

ALEAGUARA

Erica Jong

No más miedo

Narrativa Internacional Traducción de Mariano Peyrou



ALEAGUARA



Erica Jong

No más miedo

Narrativa Internacional Traducción de Mariano Peyrou



Erica Jong

No más miedo

Traducción del inglés de Mariano Peyrou

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para mi mejor amiga para siempre, Gerri
&
L'Ultimo Marito, Ken

Pasan los días y los años se esfuman, y vamos andando ciegos entre los milagros. Señor, trae luz a nuestros ojos e imágenes a nuestra mente. Que haya momentos en que Tu Presencia, como el relámpago, ilumine la oscuridad en la que avanzamos. Ayúdanos a ver, allá donde miremos, que la zarza arde sin consumirse. Y nosotros, barro tocado por Dios, trataremos de alcanzar lo sagrado y exclamaremos con asombro: «¡Todo está lleno de sorpresas y no nos dábamos cuenta!».

Atribuido al Mishkán Tefilá: un sidur reformista

Primera parte
OTOÑO

1. Mujer felizmente casada, o ¿hay sexo después de la muerte?

Por lo general, evito la tentación, salvo que no pueda resistirla.

MAE WEST (tomado de Oscar Wilde)

Me encantaba el poder que tenía sobre los hombres. Cuando iba por la calle, mi culo en forma de mandolina oscilaba y se balanceaba y ellos volvían la cabeza para mirarlo. Es extraño que no entendiera del todo este poder hasta que lo perdí o se lo transferí a mi hija; todas las miradas masculinas sobre su núbil cuerpo de veinteañera, como una gran promesa de bebés. Echaba de menos ese poder. Me parecía que las cosas que habían venido a sustituirlo — el matrimonio, la maternidad, la sabiduría de la mujer mayor (*puf*, detesto esa frase)— no valían la pena. ¡Ah, la pena! La pena es lo que permanece, lo que no deja de arder. Meras palabras que no significan nada. Sé que debería hacerme a un lado como una niña buena y vieja y evitarle a mi hija la vergüenza de revelar mis pasiones, pero no puedo, del mismo modo que no puedo morir como corresponde. La vida es pasión. Pero ahora conozco el precio de la pasión, así que es difícil seguir siendo tan despreocupada.

Pero ¿acaso alguna vez fui despreocupada? ¿Acaso alguien lo es? ¿Acaso el amor no es siempre un cigarro de broma que te explota en la cara? ¿No dijo Gypsy Rose Lee: «Dios es amor, pero que te lo ponga por escrito»? ¿Y no dijo Fanny Brice: «El amor es como un truco de cartas: cuando sabes cómo funciona, ya no te hace gracia»? Esas tipas sabían muy bien de lo que hablaban, y ¿se rindieron alguna vez? ¡Jamás!

No pienso contaros —todavía— cuántos años tengo ni cuántas veces me he casado (he decidido que nunca voy a pasar de los cincuenta). Mi marido y yo leemos las necrológicas juntos más veces de las que tenemos relaciones sexuales. Solo voy a decir que, cuando todos los problemas de mi familia de origen se me vinieron encima y me di cuenta de que mi matrimonio no podía salvarme, llegué a un punto en que estaba tan trastornada que puse el siguiente anuncio en zipless.com^[1], una página web para encontrar sexo fácil:

Mujer felizmente casada con energía erótica de sobra busca hombre felizmente casado para compartirla. Celebremos a Eros una tarde por semana. Discreción garantizada. Juguetona, bonita, imaginativa, ingeniosa. Envía e-mail y foto reciente. Nueva York y alrededores.

¡Esta mujer sí que estuvo al borde de un ataque de nervios! Era otoño en Nueva York, una época de ligeras neblinas, fiestas judías y cenas benéficas de cinco mil dólares el cubierto para ayudar a quienes padecen enfermedades *chic*. Una época para nuevos principios (Yom Kipur), para comenzar de nuevo (Rosh Hashaná) y para sembrar de cara a un invierno estéril (Sucot). Cuando puse el anuncio, me imaginaba entrevistando tranquilamente a distintos candidatos a amante, como una sofisticada sibarita. Pero, de repente, fui presa del pánico. Empecé a fantasear con todos los pervertidos, perdedores, carrozas, extorsionadores y maníacos homicidas que atraería un anuncio como ese, y entonces empecé a recibir tantas llamadas de mis padres enfermos y de mi hija embarazada que me olvidé por completo del asunto.

Pasaron unos minutos. Entonces, de pronto, las respuestas empezaron a llegar de la red. Fue como cuando una máquina tragaperras se pone a escupir monedas. Casi me daba miedo mirar, pero, al cabo de un momento, ya no pude resistirlo. Sentí una esperanza parecida a la de que te toque la lotería. En la primera respuesta había una instantánea escaneada de un pene erecto, un espécimen moreno sin circuncidar y con una gotita de rocío guiñando el ojo en la punta. Debajo de la foto, en el borde blanco, decía: «Sin Viagra». El mensaje que acompañaba era bastante conciso:

Me gusta tu estilo. Siempre me han ido las mujeres resueltas. Manda foto desnuda y medidas.

El siguiente comenzaba así:

Querida Buscadora:

A veces pensamos que lo que queremos es carnalidad cuando, en realidad, estamos buscando a Cristo. Descubrimos que, si abrimos nuestros corazones para que Él pueda entrar, podemos obtener toda clase de satisfacciones que nunca habíamos soñado. A lo mejor crees que estás buscando a Eros, pero, en realidad, buscas a Tánatos. En Cristo está la vida eterna. Él es el amante que nunca decepciona, el amigo que es fiel para siempre. Sería un honor conocerte y aconsejarte...

Incluía también un número de teléfono: 1-800-CRISTO-Y-TU.

Tiré todas las respuestas a la papelera virtual, las borré y apagué el ordenador. Debí de volverme loca en el momento en que di mi verdadera dirección. Me engañé pensando que ahí acababa todo. Otra mala idea abortada. Volví a mi vida de casada como una autómatas. Siempre he sido impulsiva, y la gente impulsiva sabe cómo evitar sus impulsos. El sexo era un lío, eso a cualquier edad, pero, a los sesenta —vaya, se me ha escapado—, ya era una broma. A las mujeres no se les permite sentir pasión a los sesenta. Se supone que tenemos que convertirnos en abuelas y retirarnos, que nuestra condición es la de una serena ausencia de sexo. El sexo es para las de veinte, treinta, cuarenta, incluso cincuenta. El sexo a los sesenta es una vergüenza. Incluso si tienes buen aspecto, ya sabes demasiado. Ya conoces todas las cosas que pueden salir mal, todos los inconvenientes a los que te arriesgas, todos los peligros que supone jugar con desconocidos. Sabes que la discreción no es más que una fantasía imposible. ¡Y ahora había dejado mi e-mail en manos de toda la gentuza que hay en internet!

Además, adoro a mi marido y lo último que quisiera es hacerle daño. Siempre he pensado que, al casarme con alguien veinte años mayor que yo, me arriesgaba a pasar mis últimos años sin sexo. Pero él me había dado tantas otras cosas... Me había casado con él cuando tenía cuarenta y cinco años y él sesenta y cinco, y había sido estupendo. Me había curado todas las heridas que tenía de los matrimonios anteriores. Había sido un padrastro buenísimo para mi hija. ¿Cómo me atrevía a quejarme porque en mi vida faltaba algo? ¿Cómo me atrevía a poner un anuncio en busca de Eros?

Mis padres se estaban muriendo y yo empezaba a volverme inimaginablemente mayor; pero ¿era eso un motivo para buscar lo que mi vieja amiga Isadora Wing^[2] había llamado *polvo súbito*? Seguro que sí. Era eso o el éxtasis espiritual. Por lo visto, los creadores de zipless.com se habían apropiado de la expresión de Isadora sin pagarle ni un céntimo. La compañía que compró los derechos cinematográficos fue vendida a una compañía que tenía derechos editoriales, que a su vez fue vendida a una compañía que explotaba derechos digitales, que fue vendida a una compañía que explotaba expresiones conocidas. Así es la vida de los escritores, tan salvaje como la de los actores.

Isadora y yo somos amigas para siempre. Nos conocimos por una película

que no llegó a hacerse. Incluso pasamos todas las resacas juntas. Y puedo llamarla para que me dé apoyo moral cada vez que la necesito. Ella es mi mejor amiga para siempre, mi *alter ego*. Ahora realmente la necesitaba.

Voy a ir a visitar a mis padres a su apartamento y me da miedo. Se han deteriorado muchísimo durante los últimos meses. Los dos se pasan el día en la cama, atendidos por sus cuidadores. Los dos llevan pañales (si hay suerte). Su apartamento huele a orina, a caca y a medicinas. El olor a caca es el peor. No es caca saludable, como la de los bebés. Es una cosa enferma. Su aroma fétido lo penetra todo: las alfombras orientales, los cuadros, los biombos japoneses. Es imposible escapar de él. Llega hasta el salón.

Cuando entro, me doy cuenta, con gran alivio, de que mi madre tiene un buen día. Es la luchadora de siempre. Está tumbada en la cama y lleva un *negligé* de raso lila. Moviendo los dedos de los pies, con las uñas pintadas de amarillo, me espeta:

—¿Quién va a ser el próximo con el que te cases?

—Estoy casada con Asher —le digo—. Llevamos casados quince años. Ya lo sabes.

—¿Eres feliz? —me pregunta mi madre, mirándome fijamente a los ojos.

Considero durante un tiempo esa pregunta incontestable.

—Sí —le digo—. Soy feliz.

Mi madre me mira los anillos. El disco de oro *art nouveau*, el sello de cornalina traído de Grecia, la aguamarina perforada de estilo victoriano traída de Italia.

—Si te casaras otra vez, podrías conseguir más anillos —dice ella, y suelta una carcajada.

Mi madre ya hace tiempo que cumplió los noventa y su alegre demencia está tachonada de percepciones muy perspicaces. También es mucho más agradable de lo que era cuando yo era joven. Junto con las arrugas del cuello y la piel que le cuelga de los brazos y los juanetes en los pies, ha adquirido una dulzura salpicada de una sinceridad feroz. A veces piensa que soy su hermana o su madre. Los muertos y los vivos se confunden en su cabeza. Pero me mira con un amor infinito con el que ojalá yo hubiera podido contar cuando era joven. Toda mi vida habría sido distinta. Al menos eso es lo que creo. La verdad es que, cuando era joven, mi madre me aterrorizaba con

frecuencia.

La gente no debería llegar a esas edades. A veces pienso que la senectud de mi madre me está quitando años de vida. Tengo que hacer un esfuerzo para mirarla. Tiene las mejillas cetrinas y llenas de millones de arrugas que se entrecruzan. Tiene los ojos acuosos y manchados de coágulos amorfos y grasientos. Tiene los pies nudosos y retorcidos y las uñas gruesas, a capas, de un color mostaza irregular. El camisón se le abre todo el tiempo y se le ven unos pechos aplastados.

Pienso en todas las veces en que he estado en habitaciones de hospital con mi madre durante los últimos años. Rezo vehementemente para que no se muera. Pero ¿no estaré, en realidad, rezando por mí? ¿No estaré, en realidad, rezando para no ser la que queda delante del precipicio? ¿No estaré, en realidad, rezando para no tener que cavar su tumba y caerme dentro?

Cuando te haces mayor, es muy impactante que la gente cercana se muera. La edad de la gente que aparece en las necrológicas es cada vez más parecida a la tuya. Los amigos y los parientes más mayores se mueren, haciéndote sentir pasmada. Tus rivales se mueren, haciéndote sentir victoriosa. Los amantes y los profesores se mueren, haciéndote sentir perdida. Cada vez te es más difícil negar tu propia muerte. ¿Nos aferramos a nuestros padres o a nuestro estatus de niños inmunes a la muerte? Creo que tratamos de agarrarnos, con una desesperación creciente, a nuestro estatus de niños. En el hospital ves otros niños —niños de cincuenta años, de sesenta, de setenta— aferrándose a sus padres de ochenta, de noventa, de cien. ¿Acaso todo este aferrarse es amor? ¿O no es más que la necesidad de sentirnos tranquilos con respecto a la propia inmunidad ante las decisiones risueñas de Moloc, el temido Ángel de la Muerte? Porque todos creemos en secreto en nuestra propia inmortalidad. Como no podemos imaginarnos la pérdida de la conciencia individual, no somos capaces de imaginarnos la muerte. Yo pensaba que estaba buscando amor, pero lo que en realidad buscaba era la reencarnación. Quería revertir el tiempo y volver a ser joven (pero sabiendo todo lo que sé ahora).

—¿En qué estás pensando? —me pregunta mi madre.

—En nada —le digo.

—Estás pensando en que no quieres llegar a ser tan vieja como yo —dice —. Te conozco.

Mientras tanto, mi padre duerme. Es muy llamativo el poco espacio que

ocupa su cuerpo agotado debajo de las mantas. Con el audífono apagado, no puede seguir nuestra conversación y tampoco quiere hacerlo. Prefiere pasarse el día durmiendo. Hace apenas seis meses, antes de que lo operaran de un cáncer, era un hombre distinto. Mis hermanas y yo solíamos comenzar el día con sus amenazantes misivas, a menudo escritas en verso.

¿Qué haces cuando tus días empiezan con tochos así, escritos de cualquier manera por tu padre de noventa y tres años?

*Tengo, como el rey Lear,
tres hijas, está a la vista.
Las tres guapas y queridas,
son a cada cual más lista.
Ya está en marcha la pendencia:
¿quién recibe más herencia?
Su afán es tan mercantil
que estresan la decadencia
de este rey Lear senil.*

Pero basta ya de poesía. En la parte inferior de la página ha garabateado con mano temblorosa: «Leedlo una y otra vez. ¡No quiero pendencias!».

¿Cómo pasó nuestro padre de Brownsville a la tragedia shakespeariana?

He aquí su versión:

—Lo único que me dijo mi padre en toda su vida fue: «Búscate un empleo». Yo quería ir a Juilliard. Mi padre me dijo: «Ya estás ganando dinero tocando la batería. No te hace falta ir ahí». Tiró a la basura la carta de admisión. Por eso yo estaba tan convencido de que era importante que las tres hicierais una carrera.

Mi padre dijo eso en el estudio de mi madre, que daba al Hudson. Ella estaba en la cama como la reina Lear, asintiendo con la cabeza. (Por cierto, ¿hubo una reina Lear?)

Las hermanas Lear estaban sentadas en torno a la cama de su madre. Su madre acababa de sufrir una operación de estómago y estaba aprovechándola al máximo. De vez en cuando, gemía.

—Vuestra madre tiene la enfermedad de Crohn, un problema en la arteria coronaria, una vértebra fracturada en la base de la columna, dos prótesis en las caderas y dos en las rodillas. Yo no puedo seguir trabajando de

«enfermero masculino» —la expresión patética que empleaba para referirse a su papel en la familia—. Si las tres no os presentáis aquí todos los días, en mi testamento va a haber algunos cambios.

—No te atrevas a amenazarme —dijo mi hermana mayor, Antonia—. Cuando vivíamos en Belfast, en la época más conflictiva —por supuesto, Antonia no pudo evitar casarse poéticamente con un irlandés—, y teníamos que poner el piano delante de la puerta para que no entraran los paramilitares, y salir a comprar el pan a primera hora de la mañana, antes de que empezaran los tiroteos, y tapar las ventanas con muebles para que tus nietos no resultaran heridos por la metralla, ¿tú dónde estabas? Eso era un auténtico holocausto y nadie salió en nuestra ayuda. ¡Nunca os lo perdonaré, a ninguno de vosotros!

La reina Lear revivió de repente.

—Pero ¿qué dices? ¡Te mandamos dinero!

—¡Nos mandasteis unos miserables veinticinco mil dólares! ¿Qué haces con veinticinco mil dólares si tienes cuatro niños y estás en medio de una guerra?

—Pues a mí nadie me ha mandado nunca veinticinco mil dólares —dijo Emilia, mi hermana menor.

—No, tu marido se quedó con todo el negocio. ¡Por eso no necesitabas veinticinco mil dólares! —chilló Toni.

—¡Es que tu marido no quería saber nada del negocio! ¡No lo quería nadie! ¡Nos lo encasquetaron a nosotros! ¡Vosotras dos estabais fuera, mariposeando por el mundo, y nosotros nos quedamos aquí, ocupándonos de toda la familia! Y de Bibliomanía, de la tienda también. ¡Cuando murió la abuela, yo estaba sola con ella! Papá y mamá se habían largado a Europa. ¿Dónde estabais vosotras dos? Yo nunca pude ir a ningún sitio.

—Eso no es del todo cierto —dije yo.

—Chicas, chicas, chicas —dijo mi madre.

—¡Nadie me entiende! —aulló Emmy—. Me parecía que tenía que ser una buena hija y quedarme en casa. ¡Sacrifiqué al pobre idiota de mi marido en el altar de la librería de la familia!

—¡Ese pobre idiota se quedó con todo! ¡Y tú también! ¡Y a los demás no nos tocó nada! —gimió Toni—. ¡Menudo sacrificio! Yo habría hecho ese sacrificio encantada.

—¡Anda ya! No lo habrías hecho ni loca. ¡Tu marido no lo habría hecho ni

loco! —gritó Emmy con fuerza.

—¿No podéis intentar entender el punto de vista de la otra? —pregunté.

—¡No! ¡Es una mentirosa y una falsa! —bramó Toni.

—¡Me está subiendo la tensión! ¡Tengo que irme de aquí!

Emmy se dirigió a toda prisa hacia la puerta. Yo corrí hasta ella y traté de convencerla de que no se fuera.

—¿Cómo no me voy a ir? ¡Esto me va a matar! ¡Me va a estallar el corazón!

Para entonces, mi padre, el viejo rey Lear, se había sentado al piano y estaba tocando y cantando *Begin the Beguine* de Cole Porter, para acallar el estruendo que había en la habitación de al lado.

Yo estaba donde había estado siempre, era el relleno del sándwich, la mediadora oficial, la diplomática, la payasa, la hermana mediana.

Mis hermanas se metieron en la cocina para continuar su altercado sin mediación alguna. Yo fui al cuarto de mi madre, y allí la encontré recostada sobre sus almohadas y diciendo entre sollozos:

—¿Por qué se pelean?

—Lo sabes perfectamente —le dije yo—. Papá lo ha organizado de este modo.

—Tu padre jamás haría nada así —dijo mi madre.

—Entonces haz que lo arregle.

—Yo no puedo hacer que haga nada —dijo ella, y se apoyó la mano en el pecho—. Me siento muy débil —añadió, dejando caer la cabeza hacia un lado. Entonces soltó un fuerte gemido.

Mis hermanas entraron corriendo.

—¡Llama a una ambulancia! —me ordenó Emmy.

—No necesito una ambulancia —dijo mi madre sin dejar de sollozar.

Mis hermanas se miraron. ¿Quién iba a ser la irresponsable que no llamara a una ambulancia el día final? Nadie quería cargar con esa responsabilidad.

—La verdad es que no creo que sea necesario —dije yo, pero el pánico de mis hermanas empezaba a despertar mi antigua ansiedad. ¿Y si esta vez no se trataba de una falsa alarma?

Antes de que pasara mucho tiempo, abajo había una ambulancia y nos metimos en ella, con la reina Lear tumbada en una camilla en la parte de atrás. Nuestro padre iba en el asiento delantero con el conductor, preparado para mostrar su tarjeta de donante muy generoso cuando llegáramos al

hospital. Parecía que íbamos a volcar al tomar las curvas a toda velocidad y chirriando rumbo al hospital Mount Sinai. En una de esas curvas tan cerradas, el colchón de la camilla se escurrió y chocó contra el enfermero que iba sentado detrás del conductor.

—Huy —dijo este.

—¡Tenga cuidado! ¡Es la única madre que tengo! —le dije yo.

—¡También es mi madre! —dijo Emmy, dispuesta a cabrearse en cualquier ocasión.

Nuestro padre estuvo sentado al lado de nuestra madre todo el tiempo que ella pasó hospitalizada, y, cuando volvieron a casa, empezó a amenazarnos con que nos desheredaría si no íbamos a visitarla todos los días.

Ahora, solo unos meses más tarde, está demasiado cansado para amenazarnos y yo añoro su beligerancia. Desde que lo operaron de una oclusión de colon no es más que una sombra de lo que fue. Me siento al borde de su cama, lo miro mientras duerme y recuerdo la conversación que tuvimos en el hospital la noche antes de la operación que le salvó la vida, pero que también acabó con ella.

—¿Sabes español? —me preguntó mi padre aquella noche.

—Un poco —le contesté, asintiendo con la cabeza.

—*La vida es un sueño*^[3] —dijo—. Tengo muchas ganas de dormir profundamente.

Después de eso, se hundió para no regresar nunca del todo. Tres días después de la operación solo balbuceaba tonterías incomprensibles mientras daba zarpazos al aire. Seis días después de la operación, estaba en la uci con un tubo metido en la garganta. Cuando le diagnosticaron neumonía, yo me encontraba a su lado en la uci y empecé a cantar *I gave my love a cherry* mientras él parpadeaba. Nunca pensamos que superaría esa hospitalización, pero lo hizo. Y ahora mi madre y él se pasan el día dormidos uno al lado del otro en su apartamento, pero sin tocarse ni hablar nunca. Hay enfermeras e hijas atendiendo durante las veinticuatro horas. Cada día duermen más y pasan menos tiempo despiertos.

Los antiguos griegos creían que los sueños podían curarte. Si te dormías en el templo de Asclepio, podías recuperarte gracias a un sueño. Pero mis padres no se están recuperando. Están metidos hasta el fondo en el proceso de la

muerte. Al mirar cómo se van muriendo, me doy cuenta de lo poco preparada que estoy para la muerte.

No importa lo mayores que sean. Uno nunca está preparado para perder a sus padres.

Incluso mis hermanas han intentado en vano hacer las paces ahora que hemos entrado en esta etapa final. Rara vez vamos a algún evento sin que algún conocido mayor tenga que salir en camilla.

No es extraño que pusiera un anuncio buscando a Eros. Estaba buscando la vida.

2. Mi padre («Se necesita chico»)

Hay una dignidad en la muerte que los médicos no deberían atreverse a negar.

ANÓNIMO

Nada puede sustituir al tacto. Estar vivo es desear disfrutarlo. Al día siguiente, cuando acudo a visitar a mis padres, decido que ni siquiera voy a tratar de hablar con mi padre, solo lo acariciaré, le daré un masaje en la espalda e intentaré comunicarme con él de este modo.

Llamo al timbre y me abre Veronica, la principal cuidadora de día. Es una mujer jamaicana de sesenta y tantos años que tiene una voz de lo más cantarina y una historia familiar desgarradora. Su hijo murió. Su hija tiene esclerosis múltiple. Sin embargo, ella sigue al pie del cañón, atendiendo a los moribundos.

—¿Cómo está mi padre?

—Hoy está bastante bien —me dice.

—¿Duerme?

—No está ni dormido ni despierto, sino como de camino hacia alguna parte...

Me acerco a su cama y empiezo a masajearle la parte posterior del cuello.

—¿Quién hay ahí? —dice mi madre—. ¿Antonia? ¿Emilia?

—Soy yo, Vanessa —digo. Y le masajeo el cuello a mi padre hasta que empieza a moverse.

—Noto que me quieres por la forma en que me tocas —murmura. Eso me anima a seguir hasta que se me cansan los brazos. Mientras le doy el masaje, me acuerdo de la vez en que se sentó en mi cama, cuando yo tenía seis años, y me dijo que él nunca abandonaría a mi madre debido a mí. Mis padres habían tenido una pelea terrible y yo estaba asustada. Me daba mucho miedo que se divorciaran, y mi padre me tranquilizó.

—Yo nunca te abandonaría —me dijo.

Mis hermanas siempre me han acusado de ser la predilecta de mi padre. Pero ¿qué he sacado yo de eso? Una historia conyugal que ha consistido en buscarlo infructuosamente en las parejas equivocadas hasta que me casé con

alguien que me pareció que podría ser su sustituto. Y ahora todos somos viejos y también lo es nuestra historia.

Hace como un año, cuando mi padre todavía estaba lo bastante fuerte como para amenazarnos con dejarnos sin herencia, llegué un día y me lo encontré de muy buen humor.

—¿Te he hablado alguna vez de mi primer trabajo? —me preguntó.

—No.

—Bueno, estuve dando unas vueltas por el barrio y mirando los escaparates en busca de algún cartel que dijera «Se necesita chico». Cuando encontré uno, entré de inmediato y dije: «Yo soy el chico que necesita». Ya entonces sabía que todo dependía del propio entusiasmo. Y me pasó lo mismo en el mundo del espectáculo. El motivo por el que me dieron el trabajo en *Jubilee* cuando me presenté al *casting* de Cole Porter fue que tenía muchísimo entusiasmo. No era el mejor de todos esos músicos, pero sí el más entusiasta.

—A lo mejor le pareciste mono —dijo mi madre—. Él también tenía un cartel que decía «Se necesita chico». Eso lo sabía todo el mundo.

—No sabes lo que dices —replicó él. Y entonces tuvo un ataque de vanidad y se puso a hacer saltos de tijera ahí mismo, en el dormitorio. Hizo como treinta seguidos.

—Mira a tu padre —dijo mi madre—. Se cree que si sigue haciendo ejercicio no se va a morir nunca.

Y era cierto. Mi padre hacía ejercicio como si le fuera la vida en ello. Ya octogenario, seguía yendo a pie hasta la librería todos los días, y después volvía a casa y caminaba otros ocho kilómetros en la cinta. Despreciaba a nuestra madre por su vida sedentaria. Comía poquísimo para cuidar su peso, y parecía un esqueleto.

—Aprende a irte a la cama con hambre —me dijo—. Cuanto más delgado sea uno, más años vive. Está demostrado.

Comía muy frugalmente, pero se atiborraba de vitaminas. La mesa del comedor siempre estaba llena de extracto de algas y pastillas para estimular la hormona del crecimiento y todos los suplementos que estuvieran de moda. Pero llegó un día en que ya apenas podía tomárselos debido al dolor.

Mis hermanas y yo lo acompañamos a hacerse el tac, las ecografías, los rayos X. Entramos y se sentó en una pequeña sala de espera que había en la consulta del radiólogo, temblando, con sus pantalones cortos y su camiseta.

Parecía muy pequeño, muy asustado. Era como si hubiera menguado. Las imágenes no mostraron nada. Al final, lo llevaron al hospital y le hicieron una colonoscopia, y entonces encontraron la oclusión.

Estaba ansioso por que lo operaran.

—Cortadlo. Sacad a ese cabrón —decía. Creía que, si le extirpaban el cáncer, quedaría como nuevo.

¿Cuántas veces he visto esa ansiedad por el bisturí?

—Cortadlo —decía, como si la mortalidad no fuera más que un tumor. Pero si la muerte no puede entrar por la puerta principal, se cuela por la de atrás. Le sacaron el cáncer del intestino, pero la anestesia le invadió el cerebro.

El primer día después de la operación estaba un poco confuso, pero bien. Como en los viejos tiempos, cuando nos íbamos de viaje en coche toda la familia, cantamos canciones que empezaban por todas las letras del abecedario, desde *All Through the Night* hasta *Zip-a-Dee-Doo-Dah*. Pero a la mañana siguiente cogió el *New York Times* al revés y empezó a inventarse historias para explicar los titulares. Un rato después, dos fornidos guardias se presentaron en su habitación porque había mordido a la enfermera. Lo tranquilicé un poco y le acaricié la mano y se quedó dormido. Pero al día siguiente se encontraba todavía más agitado. Primero pensaron que era por los medicamentos, el Klonopin o el Haldol o la anestesia, pero después los médicos celebraron un consejo y decidieron que era «algo físico» lo que lo hacía temblar, vociferar, estremecerse y tratar de coger el aire con las manos. Lo entubaron, le pusieron un catéter y se lo llevaron a la unidad de cuidados intermedios, y después a la uci. Allí estuve rezando para que se recuperara, y, en cierto modo, lo hizo. Ahora me pregunto si es sensato rezar en tales circunstancias. La vida, ahora lo sé, es la unidad de cuidados intermedios de todas las unidades de cuidados intermedios. El único remedio para la agitación que supone la vida es la muerte. Y, como suele decirse, es peor el remedio que la enfermedad.

—Para —me dice ahora—. Me haces daño.

¿Acaso oye mis pensamientos? Yo diría que sí.

—¡Veronica! —grita—. Quiero ir al baño.

Y Veronica viene y se lo lleva. Cuando regresa, parece agotado y vuelve a acurrucarse en posición fetal.

—¿Se pasa el día durmiendo? —le pregunto a Veronica más tarde. Ella se

lo toma como si estuviera poniendo en duda su profesionalidad.

—Ya se lo he dicho antes y se lo repetiré de nuevo. No quiere despertarse porque está deprimido y no quiere dormirse porque tiene miedo a morirse mientras duerme. Por eso, cada vez que siente que se está quedando frito, piensa que tiene que ir al baño. Solo ocurre cincuenta veces al día. No puede quedarse y no puede irse. A sus hermanas también se lo he explicado. ¿Por qué siguen preguntando?

—Porque lo queremos —digo.

—Ya lo sé —dice Veronica—. Entonces, déjenlo en paz.

—Pero queremos ayudarlo.

—¿Cómo van a ayudarlo a morir?

Es cierto. ¿Cómo vamos a hacer eso? Si pudiera darle un trago de un veneno indoloro, lo haría. ¿O quizá no? Cuando mi abuelo pidió unas pastillas para dormir a los noventa y seis años, no tuve valor suficiente para dárselas. Y me he arrepentido de mi cobardía hasta el día de hoy.

¿Cómo se ayuda a una persona a morir? Leo con asombro las historias de gente que, al llegar a cierto punto debido a una enfermedad, o a la edad, decide que ya es hora de morir. Me parece el colmo de la valentía y la crueldad. De la valentía porque cualquier cosa tan contraria al sentido común requiere valor. Y de la crueldad porque deja a tus hijos preguntándose si no habrán hecho algo mal. No hay ningún acto que no implique a otras personas. Todos estamos vinculados. Incluso el más racional de los suicidios puede suponerle un duro golpe a alguien.

—¡Vanessa! —grita mi madre—. ¿Dónde estás?

Entro a ver a mi madre. Mi padre permanece acurrucado a su lado, casi inmóvil.

—Ya nunca me habla —dice ella, señalando a mi padre con su mano huesuda—. Durante muchísimos años ha sido la persona más cercana del mundo y ahora ni siquiera me habla. ¿Qué se puede hacer?

Hasta que lo operaron, mi padre siempre se quejaba de que mi madre estaba senil, pero, ahora, a pesar de sus momentáneas pérdidas de memoria, ella parece mucho más cuerda que él. Se pasa todo el día acostada a su lado, soportando el más terrible de los rechazos. Por suerte, solo puede centrarse en ello de vez en cuando.

De repente, mi padre se levanta.

—¡Veronica! —grita.

Veronica viene corriendo y lo lleva de nuevo al baño.

Mi madre me mira.

—No creo que realmente tenga que ir —dice—. Me parece que lo único que quiere es estar en el baño con esa mujer.

—Es la ayudante de la enfermera —digo yo.

—No te creas esas bobadas —dice mi madre—. Solo simula que es la ayudante de la enfermera para poder desvestirlo. Ya me sé todos sus trucos. No nací ayer, ¿sabes? Pero hago como que no me entero. Un día de estos voy a echarla de casa.

No sería la primera vez. El año pasado, cuando mi madre estaba un poco más fuerte, despedía a la gente todo el tiempo.

—¡Sal de mi casa, pedazo de gorda! —gritaba. Y algunas veces—: ¡Pedazo de gorda negra!

Mi madre, que no había sido racista en toda su vida. Yo pensaba que ahora era más racional, pero lo único que pasaba era que se encontraba más débil. Estaba esperando el momento. Cualquiera día se levantaría gritando, como era típico en ella, y echaría a la calle a toda aquella gente desconocida.

—Si yo me fuera con los Ángeles de Primera Clase, ¿quién se ocuparía de cuidarla? —solía decir a gritos mi padre, cuando estaba en forma. Los «Ángeles de Primera Clase» me fascinaban. ¿A quiénes se referiría? ¿Al Ángel de la Muerte? ¿O es que luchaba con ángeles mientras dormía, como Jacob?

Y al oír hablar de esos misteriosos ángeles, mi madre chillaba:

—¡Nadie tiene que ocuparse de cuidarme! ¡Os voy a enterrar a todos!

A veces pienso que sabe más de lo que deja traslucir.

—He visto morir a un montón de gente —dice Veronica más tarde—, pero su padre es un pajarraco viejo y duro. Va a luchar como un demonio antes de irse de este mundo. Su madre, también. Su madre no me quita ojo. ¿Se acuerda de cuando se cayó de la cama y tuvo que ir al hospital? Le preocupaba que yo tuviera algo con su padre. No se crea que no se entera de nada. Está mejor de lo que parece.

—¿Cómo puede soportar este trabajo?

—¿Quién va a hacerlo si no lo hago yo? ¿Ustedes? ¿Van a limpiarles la caca cuando les corre por las piernas?

Entro a ver a mi madre de nuevo.

—¿Cuándo has llegado? —me pregunta como si no nos hubiéramos visto antes, como si no hubiéramos estado hablando hace un momento.

Me siento en la cama, a su lado. Mi padre está ahí, pero no está. Se duerme y se despierta una y otra vez, y entremedias permanece en su nube.

—Cuando te haces mayor, te das cuenta de que todo es una broma, ¿sabes? Todas las cosas que tanto nos apasionaban no significan nada. Simplemente las hacemos para entretenernos. Yo pensaba que el hecho de que bailara mejor que la mayoría de la gente era importante, pero ahora me doy cuenta de que solo me engañaba. No lo hacía más que para entretenerme.

—No creo que eso sea cierto.

—Lo es. Incluso si eres una persona muy conocida, ¿qué diferencia supone eso? No sirve para evitar que la gente se haga mayor y se muera. Si te ven entrar en un restaurante y te reconocen, ¿para qué te sirve eso? ¿O a ellos, si vamos al caso? Es todo una broma.

—Pero tú todavía quieres seguir viviendo, ¿no?

—Si quieres que te diga la verdad, estoy aburrida. Estoy aburrida de todo. Incluso las cosas que más me gustaban, como las flores, ahora ya me aburren. Todo menos mis hijas. Al final, eso es lo único que importa, traer hijos al mundo para que te sustituyan cuando te vayas. ¿Por qué te has puesto tan triste? ¿Qué pasa?

—Ya sabes lo que pasa. No me gusta que digas que estás aburrida de la vida.

—¿Quieres que te mienta?

La verdad es que sí, pienso. Por favor, dime que la vida vale la pena. Por favor, dime que toda la molestia de levantarse y vestirse merece la pena. No quiero creer que la vida es solo una broma. No creo que los padres deban decirles eso a sus hijos. Es curioso que yo siga esperando que se comporten como padres.

—Todavía tienes un aspecto muy juvenil —dice mi madre.

—Eso tiene una explicación —digo yo.

—Buenos genes —dice mi madre.

—Buenos genes y un *lifting*.

—No me creo que te hayas hecho un *lifting* —dice mi madre.

—Lo que tú digas —le contesto.

Antes de ver cómo mis padres empezaban a diluirse, la cosa que más miedo me dio en la vida fue hacerme la cirugía plástica. Un ritual femenino como el del parto, apilado junto a todos los demás rituales femeninos: la mutilación genital, la tradición china del vendaje de pies, los corsés hechos de mandíbulas de ballena, la lencería. Sé que algunos hombres ahora también recurren a la cirugía plástica, pero en su caso es algo muy distinto. Lo hacen voluntariamente. Las mujeres sienten que no tienen elección. Las mujeres siguen identificando la edad con el abandono. Un hombre puede parecer centenario, ser impotente y nictálope, y de todos modos encontrar a una mujer más joven que nunca haya superado el amor a su padre. Pero una mujer tiene suerte si es capaz de ir al cine o al bingo con otra vieja. En mi opinión, la cirugía plástica es tan obligatoria como la depilación de las piernas.

Lo primero que hice fue enviarle al médico un cheque tan cuantioso que ya no me permitiera echarme atrás. Después me pasé seis meses absolutamente aterrorizada (el último mes fue el peor). Y después me subí a un avión y volé hasta Los Ángeles.

Cuando llegué, habían sufrido unos aludes de lodo y hacía un tiempo terrible (fue dos inviernos antes del cambio de siglo). Me instalé en una habitación rodeada de niebla, en un hotel situado en un rascacielos. Ahí, en el piso 50, todo parecía irreal (tal vez hubiera un terremoto y así me libraría de la operación). A la mañana siguiente, temprano, tras unas abluciones desinfectantes, sin desayunar, me fui a la clínica en una limusina. Mi querida amiga Isadora Wing me acompañó para darme apoyo moral y se quedó esperándome.

La consulta del médico estaba decorada con colores chillones y todas las enfermeras tenían unas caritas perfectas hechas por él, semejantes a las de la Mona Lisa. No dejaban de dedicarme sonrisas perfectas y consiguieron que me sintiera segura.

Me hicieron pasar a una sala con las paredes de color rosa y la luz baja y me dijeron que me desnudara. Me dieron unas medias elásticas, unas pantuflas de papel, una bata verde saltamontes y un gorro verde. Yo ya me había preparado restregándome todo el cuerpo y el pelo —restregué hasta mi sombra— con unos mejunjes que me había mandado el médico. Me puse esas vestimentas ceremoniales y me acomodé en una silla abatible, una especie de asiento de avión para viajar a través del tiempo. Entonces llegaron el

anestesiista y el cirujano, que también iban de verde saltamontes.

Me acuerdo de mirar al anestesiista a los ojos —color castaño claro— y preguntarme si no sería drogadicto. Hablamos de los métodos que emplearía para dejarme inconsciente. Me dio la impresión de que conocía muchísimos. De una manera casi imperceptible, me metieron una aguja en una de las venas que se bifurcaban en el dorso de mi mano. Aquel líquido incoloro me llevó muy lejos, como a un perro cuando se le hace la eutanasia.

Yo había elegido a ese médico porque había visto su trabajo o, mejor dicho, había visto que su trabajo era invisible. La especialidad de la mayoría de los cirujanos plásticos de Nueva York es el *look* «azotada por el viento». A esos *liftings* yo los llamo *Lo que el viento se llevó*. Se los ve mucho en la tundra helada del Upper East Side. Mujeres esqueléticas cuyas mejillas se adhieren a sus pómulos como si fueran momias extraordinariamente bien conservadas. A mi médico, que es brasileño de nacimiento y tiene un apellido nobiliario alemán (mi marido bromeaba diciendo que su padre debió de ser el dentista de Auschwitz antes de huir a toda prisa rumbo al hemisferio sur con unas cuantas bolsas llenas de empastes de oro derretidos), se le conocía por sus puntos de sutura minúsculos, imposibles de notar. Era un artista, no un carpintero. Era capaz de echar un vistazo a la piel que te colgaba alrededor de los ojos y darse cuenta al momento de cuánto debía eliminar: justo lo necesario, sin pasarse. Podía hacerte en la mejilla unos retoques mínimos, imperceptibles, y borrar así las marcas de las preocupaciones y de la edad. Podía dejarte la frente tan lisa como cuando tenías veinte años. Sonreía con dulzura, como sonreiría cualquiera que fuera a cobrarte unos honorarios colosales. Aquello, para él, suponía una tarea de tres días que le reportaría cien mil dólares. Caí en un profundo sueño.

El tiempo se replegó sobre sí mismo y murió. Yo no (pero, si hubiera muerto, no me habría enterado, ¿verdad?). Me desperté en una habitación que daba a la parte de atrás de la clínica. Una enfermera me preguntó cómo me sentía. Muerta de sed. Atada como un pavo de Navidad. Con un dolor de cabeza espantoso. Por toda la cabeza.

—¿Quiere ir al servicio?

—¿Puedo?

—No veo por qué no —dijo, cogiéndome del brazo.

Fui tambaleándome hasta el baño e hice uso de él, pero evité mirarme en los espejos. Me sentía como si me hubieran embalsamado. No es que

pareciera una momia; es que me sentía momificada. Como si me hubieran extraído el cerebro por la nariz, como si los embalsamadores también me hubieran sacado el alma. Volví arrastrando los pies hasta la cama. Hasta el catre que hacía de cama, mejor dicho.

—¿Qué aspecto tengo?

—Nada malo, dadas las circunstancias —dijo la enfermera—. ¿Tiene hambre?

—Creo que sí.

—Eso es buena señal.

La avena tibia que me sirvieron me supo mejor que ningún otro desayuno que haya tomado jamás.

Estoy comiendo, pensé. Debo de estar viva.

Los siguientes días —bolsas de hielo, inmovilidad, una sensación de animación suspendida— fueron lúgubres. Los efectos de la anestesia permanecían como una pesadilla. No podía quedarme ni podía irme. No podía leer. Lo único que podía hacer era ver los Juegos Olímpicos por televisión. Estoy convencida de que pasar demasiadas horas delante de la tele hace que tu cociente intelectual disminuya. La televisión no tiene nada que ver con los contenidos que se emiten, se trata de una luz parpadeante que te acompaña en una habitación vacía.

Me recuperé al ritmo del doble *axel* y del triple *lutz*, con la impresión de que la competición de patinaje artístico se desarrollaba sobre mi cara. Lo único que podía hacer era mirar la tele y esperar a que me cambiaran las bolsas de hielo. Pedí consomé y helado al servicio de habitaciones. Tuve unos sueños en los que vi cómo me arrancaban la piel (con sus músculos y sus vasos sanguíneos) del cráneo. Una noche, me desperté con el ruido de la alarma antiincendios del hotel. Una voz grabada anunciaba:

—Parece que hay una alarma antiincendios activada. Por favor, estén atentos a nuestras instrucciones.

Este mensaje se estuvo repitiendo a lo largo de dos horas a intervalos de siete minutos, mientras yo llamaba, enfurecida, a recepción, pero siempre comunicaba. Cuando al final pude hablar con él, el conserje afirmó que se trataba de una falsa alarma. Pero todo aquello valió la pena. Cuando desaparecieron los moratones, noté que me tiraban más los trastos.

Si la vida no es más que una broma, ¿para qué me molesté en hacerme un *lifting*?

—No me puedo creer que te hayas hecho un *lifting* —insiste mi madre—. Tú eres demasiado lista como para hacerte un *lifting*.

—Por lo visto, no es así —digo yo.

—Y habrá supuesto un nuevo aliciente en tu vida, ¿no? —dice mi madre irónicamente.

—¿A usted qué le parece, señora Wonderman?

—No me llames así —dice mi madre.

Es una antigua expresión familiar. Mi padre solía usarla con sarcasmo cuando se enfurecía con mi madre. Estaban muy unidos, pero, de vez en cuando, se ponían de malas pulgas, como me pasa a mí con Asher. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo he llegado a ser Vanessa Wonderman? Y ¿qué quería Vanessa Wonderman? Amor, sexo, la inmortalidad... Todas esas cosas que nunca podemos tener. ¿Cuál es el elemento principal en el desarrollo de la vida? ¡Quiero! ¡Quiero!

Pero ¿qué era lo que quería? Quería que el sexo me demostrara que nunca iba a morir.

3. Los desenfrenados Wonderman

Lo único original de Hollywood es el plagio.

DOROTHY PARKER

En sus buenos tiempos, los Wonderman llevaban una vida glamurosa en un ático de Riverside Drive que había pertenecido a George Gershwin. Daban unas fiestas impresionantes llenas de caras famosas, apenas distinguibles entre el humo que llenaba las habitaciones. *A tinkling piano in the next apartment / Those stumbling words that told you what my heart meant*^[4]. Siempre pensé que esos versos habían sido escritos para mis padres; desde luego, evocaban lo que a mí me parecían sus fiestas, en las que las damas, con vestidos de raso y plumas de marabú, fumaban cigarrillos con boquilla, brindaban con champán, bebían de una manera en que ya nadie lo hace y cambiaban de marido como de zapatos. Los hombres tenían el pelo oscuro peinado simétricamente y un bigote fino como el de Adolphe Menjou. Las limusinas rodeaban toda la manzana, esperándolos. Los chóferes eran negros y llevaban gorra. Las criadas eran negras y muy serviles. Cuando tenían un día libre y se iban a su casa, se ponían sombrero.

Cuando el macartismo segó sus carreras en el mundo del espectáculo y mis padres regresaron de Hollywood, en el momento álgido de la Caza de Brujas, encontraron el dúplex de Gershwin y lo llenaron con tres décadas de recuerdos. Parecía más un plató de cine que un apartamento. Incluso el suelo del pasillo era de espejo, para hacer demostraciones de baile. Los pianos de cola estaban lacados en blanco. En la biblioteca había un montón de fotos enmarcadas en las que salían en todas sus películas y ejemplares forrados en cuero de todos sus guiones. El tocador que había al final del pasillo era una infinita sala de espejos en la que yo me quedaba mirando las innumerables versiones de mí misma que se volvían más pálidas y borrosas a cada reflejo.

Nunca llegué a saber de qué modo les había afectado en realidad la Caza de Brujas. Tenían muchos amigos a los que también les había hecho daño, pero mis padres eran demasiado ambiciosos como para haber firmado, incluso en los años treinta, cuando estaba tan extendido el compromiso

político, las peticiones equivocadas. La Caza de Brujas coincidió con el final de su época dorada como intérpretes. En cualquier caso, ya les había llegado el momento de dedicarse a otra cosa.

Por eso volvieron y organizaron un Hollywood junto al Hudson. Habían guardado hábilmente una buena parte del dinero que ganaron en Hollywood (aunque Dorothy Parker dijera que se derretía en la palma de la mano como si de nieve se tratara) y, con el tiempo, su tienda de libros y autógrafos, Bibliomanía, empezó a prosperar. En un negocio como el de los libros raros, en el que abundaban los ratones de biblioteca y las mujeres que viven juntas, mis padres eran excepcionales. Tenían talento para lo dramático y para mezclar a la gente. Muchas parejas se enamoraron en sus fiestas. Era como si su amor resultara contagioso.

A las tres niñas con vestidos de terciopelo negro, y merceditas de charol negro que había que abrochar bien fuerte, y que observaban sus fiestas desde la mitad de la escalera nos parecía que nuestros padres eran el rey y la reina de lo *cool*. Nos parecía que nunca viviríamos con tanto glamur como ellos. Y nos parecía que la mayor ambición que podíamos tener era hacernos mayores y convertirnos en nuestros padres.

Ahora sé que muchos niños sienten eso. Y que los que tienen suerte son los que lo superan. Toni, Emmy y yo nunca pudimos hacerlo. Por eso hemos tenido una vida tan dura. Nunca nos faltó la comida ni tuvimos que beber agua contaminada, pero nos quedamos atrapadas en una especie de pobreza emocional.

Lo que siempre pensaba, sentada en el borde de la cama de mis padres, era que ya había llegado el momento de quitarme el vestido de terciopelo negro y de dejar de sentarme en medio de la escalera.

Fue en una de las fiestas de mis padres cuando decidí que quería ser actriz. Todo por Leporello Kahn. Tenía dieciséis años cuando conocí a Lep Kahn (en aquel momento, su nombre no me llamó especialmente la atención). El padre de Lep era un famoso cantante de ópera del viejo Met, y llamó así a su hijo por el secuaz de Don Giovanni. Es terrible hacerle una cosa así a un niño. El nombre de Lep era una broma, así que él intentó hacer de su vida una broma. Con el tiempo se convirtió en uno de esos hombres de mediana edad alegres, regordetes y aparentemente inofensivos que tienen una gran habilidad para atraer a las adolescentes. Fue el primer hombre que me hizo saber que era guapa, y era tan cortés y tan listo que conseguía que todos los

chicos de dieciséis años que yo conocía parecieran unos patanes (lo cual no era demasiado difícil).

Conocí a Lep en una de las primeras fiestas en las que bebí vodka (imitando a mi madre de un modo muy poco original). Llevaba una blusa sin tirantes de color rosa peonía y unos pantalones harén (era la época de los pantalones harén), y, a cada trago que daba, mis pechos se asomaban un poco más. Lep me miraba los pechos y me dijo:

—Tienes que venir al Russian Tea Room a comer conmigo.

El Russian Tea Room representaba el glamur del mundo del espectáculo en aquella época. Ahora se ha transformado en un simulacro irreconocible, como las demás cosas relacionadas con ese mundo ya desaparecido.

Lep era un importante productor de Broadway que llevaba a las tablas todo tipo de obras, desde Shakespeare hasta Pinter. Un gran *majer*^[5]. Me prometió el papel de Julieta en una nueva producción de *Romeo y Julieta*, y, aunque el asunto quedó en nada, mi relación con Lep siguió adelante.

Si no hubiera sido por Lep Kahn, ¿habría tenido un aborto a los dieciséis años, habría dejado el colegio a los diecisiete, me habría ido a vivir al Village y habría hecho de Ana en el espectáculo ambulante de *El diario de Ana Frank* a los dieciocho? No. No. No. No. Al mirar atrás, me doy cuenta de que lo que tendría que haber hecho era quedarme en Walden (que era lo bastante flexible como para que cupieran incluso las niñas que le daban al ñaca-ñaca), terminar el instituto, ir a alguna universidad orientada al mundo de las artes como Bennington o Bard y no meterme en líos con Lep Kahn. Pero, en aquel momento, ¿quién podría haberlo sabido? Su pasión por mí me parecía la clave para acceder al tipo de vida que yo quería.

Era uno de esos hombres regordetes y atractivos. Cuando estaba desnudo y se reía, le temblaba la panza. Tenía unos pechos casi tan grandes como los míos. Pero también unos ojos castaños que te hacían derretirte y unas pestañas sedosas, largas y negras. Llevaba unas chaquetas de *tweed* maravillosas y tenía algunas canas dispersas en la barba y el bigote (lo cual le daba un aire autoritario), fumaba en pipa, en una de espuma de mar, y olía a tabaco meloso y a Old Spice (es decir, olía *sexy*). Mascaba unos chicles de canela y clavo, algo que a mí me parecía excéntrico de un modo inocuo. No me parecía que estuviera gordo. Me recordaba a Falstaff, sobre todo porque se sabía a Shakespeare casi entero de memoria. En vez de hacer una tesis, me lo hice con él.

—¡Pero silencio! ¿Qué luz es la que asoma por aquella ventana? Es el Oriente, y Julieta es el sol...

Imagínate que te dicen eso cuando estás haciendo pellas del instituto para ir a beber vodka y a comer blinis con beluga en el Russian Tea Room, sin dejar de pensar en ningún momento en que algún amigo de tus padres te va a ver ahí con Lep. El miedo a que nos descubrieran le daba aún más emoción al plan.

Como Lep fue la causa de que dejara el colegio a los diecisiete años tras abortar a los dieciséis, se podría decir que era un pederasta que me arruinó la vida. Pero a mí, en ese momento, no me parecía eso. Estaba muy excitada con la idea de hacerme mayor y ser actriz. Daba por hecho que, para entrar en ese territorio, había que pasar un *casting* en la cama. Lep organizó el aborto —en aquella época, era ilegal— con uno de esos médicos que atendían a la gente del mundo del espectáculo a un par de manzanas del Russian Tea Room.

Por muy mayor que me sintiera al escabullirme para ir a ver a Lep al RTR y luego a su cueva (como la llamaba él), que estaba en Broadway con la Calle 50, en un edificio de apartamentos viejo y sombrío, y que también era su oficina, es fácil imaginarse lo asustada que estaba por tener que pasar por un aborto ilegal sin que mis padres lo supieran. ¡Me sentía completamente sola en el mundo! Y eso que Lep me acompañó y me estuvo cogiendo de la mano todo el tiempo. Incluso se encargó de pagarlo. Creo que me consiguió el papel de Ana Frank porque se sentía muy culpable.

¿Qué escena debería presentar? ¿La de la sórdida consulta del médico abortista? ¿La del sombrío y cavernoso apartamento de Lep, que daba a un patio lleno de unos inmundos nidos de paloma? ¿La de Lep bailando desnudo con la panza temblando?

El sexo con él no era nada del otro mundo, pero en esa época yo no tenía con qué compararlo. Sin embargo, podía comerte el coño bastante bien, tal vez para compensar el hecho de que su pene no siempre estuviera operativo en aquellos días en que todavía no habían inventado la Viagra. Compensaba la blandura de su polla con la dura verdad de la poesía. Y también con el papel de Ana Frank, que en ese momento representaba la inocencia, la belleza, la verdad..., lo máximo a lo que una actriz joven podía aspirar.

Me veo a los dieciséis años, entrando con Lep de la mano en la guarida de ese médico abortista, segura de que al anochecer estaría muerta (por aquel

entonces, todo el mundo había oído hablar de alguna chica que había muerto o que había quedado estéril debido a un aborto chapucero).

No había ninguna enfermera. Ninguna recepcionista. Los abortos entonces se practicaban sin testigos y sin anestesia. Me puse una bata (como la que más adelante me pondría para el *lifting*), me acosté en la camilla con los pies descalzos sobre el estribo helado, acepté muy agradecida el trago de whisky que me ofrecieron y caí en un agujero rojo de dolor tan atroz que todavía hoy lo recuerdo. Me acuerdo de los calambres espantosos en el útero, me acuerdo de las arcadas que me asaltaron, me acuerdo de que estuve a punto de ahogarme en mi propio vómito, me acuerdo de que el médico me ordenó que me callara. Cuando pregunté por Lep, el médico me dijo que se había «ido a una reunión» —lo cual, en aquella época, no tenía nada que ver con Alcohólicos Anónimos— y que había enviado un coche para mí.

Me veo en aquel momento, pálida, temblorosa, sin ninguna esperanza, en la parte de atrás de una limusina Cadillac, tratando de ser valiente, tratando de no ponerme a gritar llamando a mi madre, tratando de sentirme tan mayor como cuando iba a comer con Lep al RTR. No sirvió de nada. Estaba hecha polvo. Aliviada, sí, pero con la cabeza inconcebiblemente llena de imágenes de bebés de color rosa, con el corazón hueco, con la rabia oculta bajo un millón de excusas (Lep tenía una reunión, debía cerrar algún trato, debía huir de sus responsabilidades, porque eran demasiado dolorosas). Sentía más indulgencia hacia él que hacia mí misma.

En aquella época, las mujeres teníamos que elegir. Elegir entre ser actriz y tener hijos. Elegir entre sucumbir a una mullida domesticidad que, con el tiempo, te consumía el alma y ser una mujer elegante, con los ojos pintados de kohl y demasiado sofisticada para confesar siquiera que quería un bebé. Elegir entre Katharine Hepburn y el ama de casa feliz. No había un punto intermedio. Todas las opciones disponibles para las mujeres implicaban dolor y renuncia. Las mujeres de la generación de mi hija, que dieron la espalda a magníficas carreras para tener magníficos bebés, aprendieron eso con el tiempo. Una mujer sin un salario pasa a ser una esclava en un mundo que adora al becerro de oro. Podríamos habérselo dicho, pero ¿nos habrían escuchado? ¿Acaso las hijas escuchan alguna vez a las madres o a las figuras maternas? No. ¡No se le puede decir nada a nadie! Acuérdate de eso y cállate. La paternidad consiste, en buena medida, en cerrar el pico. El mundo es obra de los Monty Python, y el Sermón de la Montaña está reescrito por Lloyd

Blankfein y Jamie Dimon. No pongas la otra mejilla si no quieres que te saquen hasta la calderilla. Así es la cosa.

Pero tal vez sea yo quien esté reescribiendo la historia. Ahora que tengo sesenta años y mis ovarios y mi carrera como actriz están totalmente acabados, cada hijo que no tuve me grita como un fantasma desde una nube sembrada de niños borrosos. Pero ¿qué sabía yo entonces? ¿Sabía que mis padres se convertirían en unos viejos enfermos? No lo hubiera creído posible. Entonces parecían muy poderosos.

No hace mucho, leí en el *Times* que Lep Kahn había muerto. *Qué bien*, pensé, *ahora nadie puede saberlo*. Mi secreto está seguro con él. El médico abortista murió hace mucho.

Crecimos, por tanto, en el País de Nunca Jamás que era Hollywood en los años cuarenta y volvimos a Nueva York en los fabulosos cincuenta. Todas recordábamos las noches de Halloween en que íbamos pidiendo dulces de casa en casa, en limusina, siempre con los hijos de alguna estrella del cine y con los disfraces que nos prestaban los estudios. Recordábamos el olor de los eucaliptos de Westwood y el sonido que hacían las olas del Pacífico al romper en Malibú y en Trancas. Éramos niñas de California trasplantadas a Nueva York, pero nunca terminamos de arraigar. A veces pienso que por eso a las tres nos gusta tanto el paisaje mediterráneo. Toni encontró el suyo y Emmy se enamoró perdidamente de Italia. Y yo fui de la Costa Este a la Oeste antes de que se inventara ese concepto. He estado rebotando entre Nueva York y Los Ángeles como una pelota de ping-pong durante la mayor parte de mi vida profesional. Cuando más me sentía en casa era cuando iba por el aire de un sitio a otro. No era de ningún lado. Todavía muchas veces tengo esa sensación.

Cuando me casé con Asher, mi carrera de actriz se encontraba en ese lugar donde suelen hallarse las carreras de las actrices cuando se acercan a los cincuenta años. No recibía ninguna oferta de trabajo interesante, así que lo dejé. Me negué a interpretar a la madre, y después a la abuela, y después a la vieja loca. Me convertí en la esposa de Asher con todas sus consecuencias. Y como Asher, por lo visto, era rico, mi trabajo de esposa me tenía ocupada por

completo. Dábamos fiestas en Litchfield County, en la playa, en Manhattan, en el Luberon. Yo era la anfitriona perfecta, la perfecta organizadora de eventos, lo cual es una profesión. Probablemente la más antigua que hay, al margen de esa otra. Los días iban pasando. Cuando te desvinculas de tu carrera, no es tan fácil volver. Fui dejando de lado a todos mis contactos.

Por supuesto, si siguiera trabajando, no tendría que poner anuncios en busca de sexo. Cuando estás activa, en mi profesión, los hombres aparecen de manera rutinaria. Quizá no lleguen a ser hombres, quizá solo sean actores, pero saben cómo interpretar a un hombre. Ese es su oficio. Se les dan especialmente bien los líos breves y peligrosos. La permanencia les produce miedo. Todo ello encajaba perfectamente conmigo, ya que a mí también me da miedo la permanencia.

Al recordar todos los líos breves y peligrosos que tuve en mi trabajo, dudo de que fuera capaz de tenerlos ahora, aunque siguiera en activo. Hace falta cierto optimismo para meterse en una aventura, y tal vez yo ya lo haya perdido. Tienes que creer que otro hombre lo hará mejor, y eso es cada vez más difícil a medida que van pasando los años.

Odio que pasen los años. No me parece que tenga nada de bueno. La cuesta abajo de la vida está llena de piedras. Tus esquís han perdido el filo y hay trozos de hielo negro por todas partes, dispuestos a hacerte resbalar. Quizá estuvieran ahí antes, pero tú nunca te habías fijado en ellos. Ahora te esperan en cada pendiente.

Vanessa Wonderman tuvo una gran carrera a partir de Ana Frank. Interpreté a Julieta, a Viola, a la señorita Julia, a Maggie la Gata y, en el cine, a docenas de chicas asesinadas. En esa época, las mujeres eran sobre todo víctimas (en realidad, eso no ha cambiado tanto como habríamos querido). Pero morir me sirvió para ganarme la vida hasta que me hice demasiado mayor como para ser un cadáver atractivo.

Sin duda, atravesaba una mala racha. Quería sacudirme a mí misma. Esa no era forma de vivir (ni de morir).

Y entonces llegó un e-mail del anuncio de Zipless que despertó mi interés:

Me encanta que te definas como una mujer felizmente casada. Siempre he creído que las mujeres felizmente casadas deben de ser las mejores amantes. No puedo festejar a Eros una vez por semana, porque vivo lejos de Nueva York, pero quizá podría organizarme para hacerlo una vez al mes. ¿Quieres que quedemos a tomar algo en mi restaurante favorito de Nueva York y así me

examinas? Sin compromiso, solo una copa. Y, no temas, yo también estoy felizmente casado.

Llevé ese e-mail impreso en el bolso durante varias semanas. El mero hecho de tenerlo me hacía sentir una vaga esperanza. Era como si mi vida erótica no hubiera terminado, como si todavía pudiera tener expectativas. Después, de un modo impulsivo, respondí:

MFC desea ver tu foto.

Casi al instante recibí un jpg de un hombre bastante guapo, con el pelo castaño, la barba salpicada de canas y unos grandes ojos azules. Parecía tener unos cuarenta años. «Llámame», decía su e-mail. Y añadía un número de teléfono.

Llamé. Era simpático. Tuvimos una conversación agradable, aunque un poco rara.

—¿Quedamos la próxima vez que vaya a Nueva York? —me preguntó.

—¿Por qué no? —dije yo.

—¿Por qué no *sí* o por qué no *no*?

—Sí.

Era eso o el hielo negro.

Asher no se sentiría muy feliz si me suicidara. Era mejor que me acostara con otro, y ni siquiera iba a acostarme con otro, solo a tomar una copa.

Quedamos en el Club 21, bajo los juguetes que cuelgan del techo. No tengo ni idea de lo que debo esperar. Por supuesto, estoy nerviosa. Tengo dudas sobre si usar mi verdadero nombre y decido que no. Llevo una rosa blanca; es la señal que hemos elegido para indicar que yo soy yo.

Entra un hombre alto y guapo con unos ojos azules deslumbrantes. También lleva una rosa blanca. Busca en la zona del bar hasta que me encuentra, sentada en un rincón. Acerca una silla a mi mesa.

—Tú debes de ser MFC —dice.

—Sí.

—Yo soy HFC: Hombre Felizmente Casado.

—Ya veo.

—Estoy muy contento de que hayas venido —dice.

Entonces se hace un silencio. No sabemos de qué más hablar.

—¿Me vas a decir tu verdadero nombre?

—Sí. David. ¿Y el tuyo?

—Todavía no estoy preparada para eso.

—Y, entonces, ¿cómo quieres que te llame?

—Llámame Serena. Tal vez ese nombre tenga un efecto mágico.

—Eso espero. Dime por qué pusiste ese anuncio. Tengo muchísima curiosidad.

—Bueno, adoro a mi marido, pero es mucho mayor que yo, y tengo la sensación de que toda la gente que me rodea se está muriendo.

—Te falta el sexo y lo echas de menos, ¿verdad?

Incluso asentir con la cabeza me hace sentir culpable, así que no contesto ni hago nada a modo de respuesta.

—Háblame de ti —le pido.

—Mi mujer está enferma. Me sentiría un cabrón si la dejara, pero todo lo que hay en mi vida ahora es muy desolador. Tenía la esperanza de acabar con esa desolación. No quiero liarme con alguien que la conozca, o que conozca yo, pero pensé que, como vengo a Nueva York muy de vez en cuando... Entonces vi el anuncio y pensé que correría el riesgo. La verdad es que estoy aterrorizado.

—Yo también.

¿Era posible que fuéramos perfectos el uno para el otro?

—¿Puedo invitarte a una copa?

—Por favor.

Llama al camarero y pedimos. Un vino tinto para mí y un *bourbon* para él.

—Eres muy guapa —me dice— y estoy seguro de que te he visto en alguna parte.

—No lo creo.

—¿Por qué no lo crees?

—Me he pasado toda la vida en el Upper East Side. Soy ama de casa —miento. No tengo la menor intención de decirle cómo ha sido en realidad mi vida.

—¿Qué tiene eso de malo?

—En Nueva York, es un crimen no haber hecho nada con tu vida.

—Estoy seguro de que has hecho muchas cosas. Si no, no tendrías ese

aspecto tan vital.

—Gracias. ¿De verdad tengo un aspecto vital? Algunos días me siento medio muerta.

—Ojalá todos los muertos tuvieran tan buen aspecto.

—¿Qué te trae a Nueva York?

—Trato de conseguir dinero para mi empresa. Tengo reuniones con administradores de fondos de inversión, esa clase de cosas.

—¿Hombres de traje?

—Sí, y también unas pocas mujeres de traje, pero no quiero hablar de eso. Puedo soltar esos discursos hasta dormido.

—¿De qué quieres hablar, entonces?

—De lo que hemos venido a buscar aquí. De nuestras fantasías.

—¿Quieres contarme la tuya?

—Preferiría enseñártela.

—Yo preferiría conocerte un poco primero.

—Pero eso suele estropear la fantasía.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo.

—Oye, ¿por qué no vienes a mi *suite*? Estoy en el Palace, aquí al lado. Allí podemos hablar. Tengo un coche esperando.

Lo pienso un momento. Entro en pánico. Es un absoluto desconocido, y la idea de acostarme con un absoluto desconocido me da miedo.

—Pero eres un absoluto desconocido.

—Entonces, conóceme.

Lucho conmigo misma. A los veinte años me habría parecido un desafío, pero ahora pienso que meterme en la habitación de un hotel con un hombre que no conozco es una gran estupidez. ¿Voy a poner en riesgo todas las cosas estupendas que comparto con Asher por un desconocido?

—Mi padre se está muriendo —le digo.

—Razón de más para que tú vivas.

—Escucha, vete a tu *suite* y pide algo de comer, y a lo mejor yo voy luego, si consigo reunir el valor.

¿Estoy dispuesta a correr riesgos o no? Antes me resultaba muy fácil no considerar los riesgos, pero ahora pienso en todo lo que puedo perder.

—Vale. *Suite* 2733.

Se va. Corro al baño de mujeres, hago pis, me retoco el maquillaje y me dirijo a toda prisa hasta Madison Avenue antes de cambiar de idea. Después

doy tres vueltas a la manzana, completamente aturdida, debatiendo conmigo misma. ¿Estoy preparada para tener una aventura o no? El antiguo *dibuk*^[6] de la impulsividad ha vuelto. Voy a ir a su *suite*. ¿Qué puedo perder, además de todo?

Cuando llego, un camarero está dejando sobre la mesa un banquete consistente en caviar beluga, salmón ahumado y champán. La *suite* es inmensa y soleada. David agradece que haya ido. Cuando el camarero se marcha, me da un decoroso beso en la mejilla. Su barba raspa.

—Sin compromiso —dice, apartándose al instante.

Nos sentamos a la mesa, uno frente al otro, y brindamos con un Krug Vintage. Me prepara un canapé de caviar.

¿*Qué estoy haciendo aquí?*, pienso aterrorizada. En cualquier caso, continuamos charlando de cualquier cosa como si nos acabáramos de conocer en un cóctel.

—Toda la vida he soñado con conocer a una mujer que compartiera mis fantasías.

—Todos soñamos eso.

—Pero algunas fantasías son menos frecuentes que otras.

—Yo creo que todos somos bastante parecidos en cuestión de fantasías.

—No necesariamente —dice él. Entonces me mira a los ojos y añade—: ¿Me voy a atrever?

—¿Atreverte a qué?

—A compartirlas contigo.

—No veo por qué no.

—A lo mejor deberíamos limitarnos a comer y esperar a la próxima vez que venga.

—Por mí, bien. De todas maneras, hoy no puedo quedarme mucho.

—Bueno, ¡qué demonios! —dice él.

Se levanta y se mete en el dormitorio. Pasan unos segundos. Cuando vuelve, trae en las manos un traje negro de goma con unas cremalleras en el pubis y en los pechos. Tiene un aspecto tímido y travieso al mismo tiempo. Levanta las cejas, en un gesto de interrogación, como si lo hubiera poseído Jack Nicholson. La barba le da un aspecto mefistofélico cuando hace esos juegos de cejas.

—¿Qué te parece?

—¿Te lo pones tú? ¿O yo?

—Tú. Y hay unos accesorios que lo acompañan.

—¿Accesorios?

Se me ha quedado la mente en blanco. No pienso de inmediato en esposas y cadenas y látigos, aunque el marqués de Sade debía de tener esa clase de cosas en Lacoste, su castillo en ruinas en el Luberon.

—Accesorios, sí —dice él—. Ya sabes.

Entonces me doy cuenta. Está pensando en la parafernalia gótica. Me acuerdo de cuando interpreté el personaje de Justine, una sirvienta de doce años cuya *vertu* es puesta a prueba por monjas, curas, caballeros, *comtes*, etcétera. Alguien había adaptado *Justine*, la obra de Sade, para hacer una película francesa bastante guarra.

Sade fue un revolucionario, desde luego, y, como tal, detestaba el orden establecido. ¿Acaso los curas no predicaban la virtud? Entonces él predicaría el pecado. Se sabe que era miembro de la Convención Nacional y que odiaba la hipocresía tanto como a su principal proveedora, la Iglesia católica. Debido a ello, estuvo cinco años en la Bastilla y trece en el manicomio de Charenton. Escribió la mayor parte de sus libros en la cárcel, un lugar magnífico para que un libertino se dedique a escribir. La libertad, a fin de cuentas, distrae mucho.

En el único retrato de él que se conoce —de cuando tenía veinte años— aparece con una cara muy dulce. Quizá la cárcel le salvara la vida durante esa etapa sangrienta en que tantos aristócratas acabaron guillotizados. Sin duda, sirvió para estimular su producción literaria.

Ah, yo había hecho sadomaso con el director de esa película, un tal Christian Fleuvier d'Anjou, que afirmaba que era *comte* y descendiente de un primo lejano de Sade. Me pareció aburridísimo y encima peligroso. Quizá a las chicas que nunca habían oído hablar ni del «divino marqués» ni de *La historia de O* les resultara excitante, sobre todo si se llevaban dinero y regalos, además del culo escocido y el clítoris irritado. Pero a mí me pareció que era mucho mejor la penumbra con música bonita. La ternura, aunque se tratara de una falsa ternura.

Cada uno tiene sus preferencias. La mía es el sexo suave, la clase de sexo en la que el hombre tarda una eternidad en tocarte ahí abajo. Pero la mayoría de la gente se siente tan culpable en relación con el sexo que quiere combinar el crimen y el castigo en un mismo acto.

—Me temo que eso no es para mí —digo en voz baja.

—Vamos, pruébatelo —suplica David—. Nunca lo sabrás si no lo pruebas.

No sé si reír o llorar. Nada de lo humano me es ajeno, pero no quiero ponerme ese traje. Solo Dios sabe qué tendría que llevar en la cabeza. Y ya probé el sadomaso de joven, con ese director que resultó ser un auténtico cretino. Y violento, además.

—Creo que ya lo sé —digo, levantándome para marcharme—. Muchas gracias por la copa.

—Menuda zorra —murmura—. ¿Cómo me has podido engañar así?

—Pensaba que solo íbamos a comer.

—Pensaba que ibas en serio.

—Yo también lo pensaba, pero nunca te he prometido nada.

Me coge del brazo y me lo aprieta hasta hacerme daño.

—Puedo tirarme a chicas más jóvenes que tú.

—Estoy segura de ello. ¡Suéltame!

—Tú tienes cincuenta por lo menos.

—Gracias. Se lo diré a mi cirujano plástico. Seguro que le encantará.

No sé cómo consigo llegar hasta la puerta sin que vuelva a tocarme. Corro hacia el ascensor muy asustada. Él no me sigue. Bajo al vestíbulo. Recorro varias manzanas andando bastante rápido, sin dejar de pensar en que me sigue una limusina. Mis tacones repiquetean con fuerza sobre la acera. Ya estoy sin aliento.

¿Cómo puedes ser tan imbécil? Sabes que el mundo está lleno de locos que son capaces de ocultar su locura durante un rato. ¡Debajo de cada amante siempre hay un lunático! Después paro un taxi y me voy a ver a mis padres.

—¡Tengo ciento noventa y tres años y estoy medio muerto! —delira mi padre—. Es la misma historia de siempre.

Veronica lo ha hecho levantarse y sentarse a la mesa para merendar y está cabreado.

—¿Qué le pasa a tu padre? —me pregunta mi madre.

—La que se casó con él fuiste tú, no yo —le digo.

—Pero está hecho un gruñón —dice ella—. Nunca ha sido tan gruñón.

Me acerco a mi padre y le doy un beso en la cabeza.

—Es la misma historia de siempre —dice él con desdén—. Sé por qué estás aquí.

—¿Por qué?

—Por dinero.

—No es por eso. No quiero tu dinero.

—Qué mentira —dice mi padre, y empieza a toquetear su audífono para apagarlo.

—Ni se le ocurra apagar el audífono, señor Wonderman —le dice Veronica—. Vanessa ha venido a verlo.

—¿Para qué? Estoy medio muerto. Debería tirarme por la ventana.

Se levanta y se dirige a la ventana del comedor, pero Veronica lo detiene.

—Debería dar gracias por la suerte que tiene —le contesta ella—. Mire, en la calle hay un montón de gente sin hogar. A usted le ha ido bien. Tendría que mostrarse un poco más agradecido.

—Agradecido, qué manido —gruñe él.

—Por lo menos todavía es capaz de hacer rimas —dice mi madre.

—¡Déjame volver a la cama! —grita mi padre—. ¡Ya he estado despierto más que suficiente!

Es Dylan Thomas, enfurecido ante la muerte de la luz, o Ivan Illich en su saco negro.

—Se pasa todo el tiempo durmiendo —dice mi madre—. No lo entiendo.

En las películas, los moribundos tienen conversaciones largas e intensas antes de partir, pero en la vida real no sucede eso. ¿O sí? Mi padre se escapaba de mi madre de la única manera que encontró. Se escapaba de ella durmiendo, como en otra época se había escapado de ella trabajando.

—Yo sí —digo yo. Solo he estado ahí cinco minutos y ya estoy deseando marcharme.

Pienso en el traje de goma y de repente me echo a reír.

—¿De qué te ríes? —pregunta mi madre, mientras a mi padre lo traen a la fuerza por el pasillo. Con su pijama de rayas, parece un preso.

—De nada.

—¿Cómo que de nada? Vamos, cuéntamelo.

—Estoy pensando que si tuviéramos que elegir ver el mundo como una tragedia o como una comedia, deberíamos verlo como una comedia. Es más divertido.

—Estoy de acuerdo —dice mi madre. Tengo ganas de contarle lo del traje de goma. Ella vería lo absurdo de todo ese asunto. Incluso en su estado actual.

Entonces mi teléfono vibra. Echo un vistazo rápido. Es un mensaje del

cerdo del traje de goma, o eso creo, al menos.

«¡Zorra!», me ha escrito. El muy asqueroso tiene el número de mi móvil.

—¿Estás contenta, cariño? —me pregunta mi madre de repente. Se ha vuelto tan angelical como endemoniado estaba mi padre.

—¿No parezco contenta? —le pregunto yo.

—Pareces preocupada —dice mi madre—. Las madres siempre nos damos cuenta de esas cosas.

Me meto en el otro dormitorio y llamo a mi amiga Isadora.

—He venido a ver a mis padres y necesito un trago —le digo.

—Eso es lo último que necesitas. ¿Qué pasa?

—Mis padres se están muriendo y he conocido a un hombre que quiere que me ponga un traje de goma.

Isadora suelta una carcajada.

—Creo que yo también lo conocí hace tiempo. O a lo mejor conocí a su hermano gemelo. No te sentará mejor que un trago. Ven, vamos a tomar un café y así comparamos tu historia con la mía.

Cuando Isadora entra en la cafetería donde nos vemos siempre, me llaman la atención, una vez más, su pelo rubio y rizado y su inmensa sonrisa. Parece que tiene treinta años en vez de sesenta. Al verla, siento que hacerse mayor no es tan terrible.

Nos gusta quedar en una cafetería muy pequeña donde se supone que sirven el mejor *espresso* de la ciudad. Es un tugurio situado en el Upper East Side, pero lo cierto es que el café es realmente extraordinario. Las dos lo pedimos con leche.

—¿Un traje de goma? —pregunta Isadora.

—Un traje de goma —digo yo.

—¿Cómo sabes que no te gustaría?

—Lo sé —le digo—. ¿Tú te has puesto uno alguna vez?

—Me niego a contestar. Mi respuesta podría ser utilizada en mi contra. Sé que la mayoría de la gente que ha leído mis libros piensa que lo he probado todo. Y yo dejo que lo piensen.

—¿Y no es verdad?

—¿Tú qué crees?

—Yo creo que eres una buena chica judía que simula ser una adicta al sexo

—digo yo.

Isadora se ríe.

—En cierto momento de mi vida, quizá haya sido una yonqui del amor, pero aprendí mucho de ello, y ahora nunca me dejaría engañar por una página como Zipless, aunque el nombre esté tomado de mis historias. El sexo en internet está muy sobrevalorado.

—¿Por qué?

—Porque la mayoría de la gente que hay ahí confunde la fantasía con la realidad. Creen que saben lo que quieren, pero no lo saben.

—¿Qué es lo que quieren en realidad?

—Vínculos. Sexo lento en un mundo rápido. Eso no te lo puede dar una mujer con un traje de goma. Ni un hombre.

Pienso en ello. Isadora tiene razón. Todos queremos establecer vínculos, y la velocidad de nuestra cultura hace que cada vez sea más difícil conseguirlo.

—Lo que tú quieres en el fondo —me dice mi querida amiga— es alegría. Avísame cuando la encuentres, porque la estás buscando en los sitios equivocados.

4. Latidos

Si me librara de mis demonios, perdería a mis ángeles.

TENNESSEE WILLIAMS

Hay mujeres que, en cuanto las conoces, te das cuenta de que puedes confiarles tu vida. Isadora ha sido mi alma gemela, mi protectora y la madrina de mi hermosa hija, alta y pelirroja.

—Nunca te arrepentirás de haber tenido una hija —me dijo, y tenía razón. Incluso bendigo al loco de mi exmarido por haberme dado a mi hija. Ella ha sido el remanso en la tormenta de mi vida, mi hija, a la que quiero más que a ningún otro ser humano que haya sobre la tierra; mi hija, que puede hacerme enfadar más que ningún otro ser humano que haya sobre la tierra; mi querida hija actriz, que puede hacerme reír hasta las lágrimas; mi hija, que es a un tiempo una espina y un bálsamo para mi corazón. Ahora está embarazada de cinco meses. Cada vez que me llama, pego un brinco.

—Mamá, ¿me acompañas al médico?

—¿A qué hora?

—A las doce en punto.

Llego a las once y media (para evitar una tremenda bronca filial) y espero a mi hija, que es superpuntual y entra tranquilamente a las doce menos diez.

—¿Por qué has llegado tan pronto? —me pregunta.

—Para estar segura de no retrasarme y para evitar que te enfades conmigo.

—Yo nunca me enfado contigo —dice, riéndose.

—¿Glinda? —la llama la enfermera.

—¿Puede pasar también mi madre? —pregunta Glinda.

—Claro.

¿Es este el momento adecuado para hablar sobre el padre de Glinda? Era poeta y dramaturgo. Cuando nació Glinda, yo lo adoraba, pero él se puso celoso por lo mucho que yo la quería a ella y nos abandonó a las dos. Sé que no quería hacerlo, y con frecuencia me descubro pensando que ojalá el nieto

que vamos a compartir nos acerque de nuevo y podamos tener una relación más amistosa. Ha sido un testigo importante de mi vida y de la de Glinda. Debido a ella, nunca me arrepentiré del tiempo que estuvimos juntos. Se llamaba Ralph, pero se cambió el nombre y se puso Rumi, con la extraña esperanza de dar a entender que era un poeta y derviche persa. Su pasión por el sufismo lo llevó a creer que lo único que necesitaba el mundo era paz. Solía citar versos de Rumi, sobre todo unos que dicen algo así:

*Podemos creer que nos conocemos a nosotros mismos.
Podemos nacer musulmanes, judíos o cristianos.
Pero hasta que no sana nuestro corazón
solo vemos las diferencias.*

Era un auténtico idealista. Creía que podía hacer que el mundo fuera un lugar mejor por medio de la poesía. En muchos aspectos, Glinda es igual que él.

Ella y yo entramos en la sala de reconocimiento, donde la enfermera conecta el monitor fetal a su tripa. De repente, en toda la habitación resuenan los veloces latidos del corazón de mi nieto. Esa pequeña criatura, destinada a sobrevivirnos a las dos, llena la habitación con su estruendoso deseo de vivir.

—¿Suenan normal? —le pregunta Glinda a la doctora Wilder, una ginecóloga rubia y muy guapa de unos cuarenta años.

—Completamente normal. Espera, voy a ver cómo estás —mete la mano dentro del cuerpo de mi hija—. Ningún problema.

—Joder —dice Glinda, que está sufriendo un embarazo espantoso. Náuseas matutinas todos los días durante cinco meses, sarpullidos, hinchazón en las manos y en los pies, por no mencionar el miedo terrible, durante el primer trimestre, a que hubiera alguna malformación genética. Glinda y su marido son askenazís, y ambos tuvieron que hacerse un montón de pruebas genéticas. Durante todo este proceso, Glinda se ha comportado como una auténtica heroína, pero desea que todo termine ya. Reza para pedir que aparezca algún problema que haga que los médicos le induzcan un parto prematuro. Sin embargo, no tiene suerte. El bebé ya pesa más de dos kilos y medio, pero todavía no está dispuesto a nacer. En mi familia, siempre tenemos bebés enormes.

—¡No me digas que cuando estabas embarazada de mí todo fue como la

seda! —dice Glinda. Y después, dirigiéndose a la doctora—: Mi madre siempre dice que el embarazo le encantó. Me pone furiosísima.

—Cada embarazo es distinto, cariño.

—Tu madre tiene razón —dice la doctora.

Glinda me mira como si no creyera que alguna vez yo pudiese tener razón en algo.

—¿Cómo va a tener razón si me puso el nombre de una bruja?

—Era eso u Ozma —digo yo—. Quería que vivieras feliz en la tierra de Oz.

—Una bruja buena —dice la doctora—. La Bruja Buena del Oeste.

Glinda entorna sus preciosos ojos verdes.

—Doctora, quiero la epidural en cuanto me ponga de parto.

—Ya no torturamos a las mujeres —dice la doctora.

—Muy bien.

No soporto la idea de que Glinda sufra dolores, pero sé lo impredecible que es un parto. Espero que el bebé de Glinda salga fácilmente, aunque a mí me tuvieron que hacer una cesárea tras nueve horas de parto. No le comento nada de esto. No hay nada que le pueda decir y lo sé. La maternidad consiste, en buena medida, en callarse la boca, ya lo he mencionado antes. Y ojalá lo hubiera sabido antes. A veces pienso que a todas las madres novatas habría que darles una almohada donde ponga, con letras bordadas, lo que se supone que Kafka tenía en su escritorio: *Warten* (espera).

Después de la revisión, Glinda y yo nos vamos a almorzar.

—No pienso tener otro hijo —dice Glinda—. Ya se lo he comentado a Sam y él está de acuerdo.

—No tienes por qué tener otro. Con un hijo ya está bien. No es ningún problema ser hijo único. Mírate a ti.

Sé que Glinda va a cambiar de opinión como una docena de veces con respecto a este tema y a todos los demás.

—No entiendo cómo ha podido sobrevivir la raza humana —dice.

—Es asombroso, ¿verdad?

Me acuerdo de que dije lo mismo cuando la tuve a ella. Estaba sentada en el cuarto del hospital, mirando cómo un político de derechas y un sacerdote católico debatían sobre los males del aborto, y arrojé la manzana que tenía en

la bandeja de la comida contra la pantalla de la tele. No se rompió nada. Tampoco cambió nada.

Me quedaba observando a aquella preciosa criaturita en su cuna de plexiglás y me maravillaba lo perfecta que era. Cetrina, sí. Envuelta en una manta de franela rosa y azul, con un gorrito unisex de punto, como una kipá, encima de sus rizos pelirrojos. Pero perfecta de los pies a la cabeza. Era al mismo tiempo preciosa y aterradora. Sentí que solo lo mejor del mundo sería suficiente para ella. Quería que viviera la mejor de las vidas posibles, una vida de película.

«Si los hombres se quedaran embarazados, el aborto sería un sacramento», solían decir las feministas de mi generación. ¿Qué les ha pasado a todas aquellas luchadoras? ¿Dónde están ahora, cuando más las necesitamos? ¿Han muerto? ¿Cómo llegó a convertirse en un insulto la palabra «feminista»? Lo único que queríamos era hacer que el mundo fuera un poco menos injusto.

A Glinda no hacía falta convencerla de nada de esto. Daba la impresión de que había mamado el feminismo junto con mi leche. A los dieciséis años, dejó los estudios para protagonizar una película con algunos actores del Brat Pack. A los diecisiete, ganó un premio Tony por su papel de Julieta en un musical de Broadway. A los dieciocho, planeaba por encima del West End como Peter Pan. A los diecinueve, interpretó a la joven Isabel I de Inglaterra en una película maravillosa. Pero poco después ingresó en Hazelden para curar su adicción a la cocaína.

Le fue muy bien en Hazelden; parecía su hogar espiritual. Desde el momento en que halló la claridad mental, no quiso perderla jamás. Fue tutora de otros chicos que entraron en el programa de desintoxicación. Para ella, la sobriedad pasó a ser lo más importante de todo. Sentí un gran respeto por su tenacidad y por su coraje, más de lo que había admirado su capacidad como actriz, que era extraordinaria.

—Mamá, deberías estar trabajando —me dice mientras se toma una ensalada César con pollo en Sarabeth's.

—Tú también.

—Me pondré a trabajar en cuanto expulse al bebé. Pero tú no puedes dejar de actuar. Siempre ha sido tu cuerda de salvación.

—No quiero interpretar a abuelas. Quiero ser abuela, no interpretar a una.

¿Tienes idea de lo estúpidos que son los papeles disponibles para las mujeres? La tragedia es que, a medida que te vas volviendo mejor en tu trabajo, los papeles se vuelven peores. Sientes confianza en tu arte por primera vez justo cuando te van a tirar al cubo de la basura.

—Entonces deberías producir tus propias obras. Podrías interpretar al rey Lear como mujer. Que te la produzca Asher. A él le encantaría. Haría cualquier cosa para superar a su padre.

El padre de Asher lo había perdido todo, lo cual fue uno de los motivos por los que Asher había tenido un deseo tan grande de acumular mucho dinero y poder.

—¿Una reina Lear? Pero la reina Lear es mi madre. ¡Tendré que esperar a que se muera!

—No, me refiero a hacer de rey Lear, aunque seas mujer. A que cojas los mejores papeles y los interpretes. Si no hay prejuicios racistas a la hora de asignar papeles, ¿por qué iba a haberlos sexistas? El mundo ha cambiado mucho. No aceptes esos papeles de mierda que te ofrecen. Invéntate papeles a tu medida. Róbaselos a Shakespeare, o a Marlowe, o a Shaw, o escribe tus propias obras. ¡Ponte a escribir con tu amiga Isadora! El doctor Fausto interpretado por una mujer, conjurando a Adonis en lugar de a Helena de Troya. No tienes por qué rendirte. Me da muchísima rabia que te rindas. Y a Asher también. El otro día me contó que piensa que estás deprimida y que quiere que vuelvas a trabajar. Te quiere de verdad.

—¿Qué papeles voy a encontrar a los sesenta años? —le pregunto.

—Los sesenta son los nuevos cuarenta.

—Y los ochenta son los nuevos sesenta. ¿Y tú, a los veinticinco, cuántos tendrías, según eso? ¿Cinco?

—Sí, supongo que sí. Por lo menos mentalmente. Desde que estoy embarazada, tengo la sensación de que se me ha parado el cerebro. Escucha, necesito que no te rindas. ¿Cómo voy a poder tener sesenta años si tú no me enseñas el camino?

—Tienes razón.

—No digas que tengo razón para luego marcharte y olvidarte de lo que te he dicho. Lo de los abuelos te está hundiendo.

—Tienen noventa y tantos años y llevan pañales, pero supongo que los noventa son los nuevos setenta.

Suena mi móvil. Ha llegado un mensaje. Lo borro sin siquiera mirarlo.

—¿Qué era? —pregunta Glinda.

No le contesto.

—Cada vez que voy a verlos me dan ganas de suicidarme —le digo.

—Han tenido una vida larga y plena, hijas que los quieren y más éxito del que nadie podría esperar ni en sus sueños más delirantes. Y no han padecido ninguna enfermedad importante. No tienes motivos para sentirte culpable.

—Y, entonces, ¿por qué me siento tan culpable?

—Porque estás loca. La cuestión es que no tienes motivos para sentirte culpable por nada, ni siquiera por mí. Tú me salvaste la vida, mami. Nunca lo olvidaré mientras viva. Lo que tienes que hacer ahora es volver a trabajar, de verdad.

—Vamos, tú te salvaste la vida tú sola. Yo no podría haberte salvado si hubieras estado decidida a destruirte.

—Fuiste tú, mami. Tú, solo tú. Pero, en serio, quiero que vuelvas a trabajar. Necesitas hacer tu trabajo.

El agradecimiento de Glinda me hace acordarme del otoño de hace unos años, un otoño de auténtico terror materno.

Suena el timbre cuatro veces, de manera repentina e insistente (solo Glinda toca el timbre cuatro veces, así que sé que algo va mal. Glinda ha seguido mis pasos y se supone que está en Los Ángeles rodando una película). El ama de llaves abre la puerta. Mi preciosa hija de diecinueve años entra en el apartamento sollozando.

—Mamá —me dice—. Creo que me voy a morir. ¡Tienes que escucharme!

Está esquelética, le tiemblan las manos y el pelo sucio le cae sobre la cara. Está hecha unos zorros.

Lo primero que se me ocurre es decirle que no será para tanto, pero, por algún motivo, me contengo. No quiero creer que mi hija es una adicta. ¿Qué madre quiere creer algo así? Pero me doy cuenta de que la vida de las dos tal vez dependa de que la crea, así que hago lo que hacen las madres: cerrar el pico.

—Mami, ya no puedo dormir. Estoy demasiado nerviosa. Y tomo pastillas para relajarme. Me temo que voy a ser una de esas personas que no se despiertan nunca. Me estoy acostando con gente para poder meterme coca. No tienes ni idea de lo fácil que es llegar a eso en Los Ángeles.

A mí nunca me ha gustado la coca, de modo que todo eso me resulta difícil de imaginar, pero tengo unos cuantos amigos con hijos, así que la creo. Tengo amigos cuyos hijos se han tirado desde lo alto de un edificio, han inhalado dióxido de carbono, se han estrellado con el coche, se han cortado las venas.

—Creo que tengo que ir a rehabilitación. De verdad. Me da un miedo terrible. No voy a poder hacer la película. Pero, si no, no voy a poder seguir viviendo.

La abrazo y noto el olor amargo del vómito. Recuerdo cómo olía de bebé, cómo le olía la cabecita a aceite para bebé, cómo le olía el culito rosado a caca de bebé. ¿Cómo es posible que los niños se alejen tanto del punto de partida? ¿Dónde se van durante la adolescencia? Desde luego, no a la tierra de Oz. Me pongo a hacer unas llamadas de inmediato. Esa misma noche, Glinda y yo estamos en un avión rumbo a Minnesota.

Aunque es noviembre, Minnesota está helada. Minnesota siempre está helada. Estamos esperando a que aparezcan las maletas cuando un hombre alto y regordete, que lleva una parka, se acerca a nosotras.

—¿Glinda? —dice siseando. Tiene la piel roja y la cabeza afeitada y tatuada. Le faltan casi todos los dientes.

—Yo soy Vanessa. Glinda es ella.

—Soy vuestro conductor —dice él—. Me llamo Cal W.

Nos subimos a una furgoneta y nos dirigimos al norte. Empieza a nevar con mucha fuerza. Le cojo la mano a Glinda.

—Tengo miedo, mami.

—No tienes nada que temer —dice tranquilamente el desdentado Cal—. Estás en el sitio adecuado. Estás donde tienes que estar.

Me pregunto si alguna vez saldremos de esos yermos helados del norte. Seguimos avanzando. Cal apenas dice nada, salvo para preguntarnos si necesitamos ir a un bar o al baño.

—¿A un bar? —le pregunto.

—Hay gente que quiere colocarse por última vez —explica él.

—No, por favor —dice Glinda—. Yo no quiero colocarme nunca más.

—Yo tendría que ir al baño —digo yo.

Aparcamos delante de una cafetería donde un letrero parpadeante de neón dice: CAFETERÍA DE MAMÁ Y PAPÁ. BUFFET LIBRE.

Entro para ir al servicio y me pregunto si Cal y Glinda seguirán ahí cuando salga. El baño huele a rosas falsas y a mierda. En las paredes hay dibujos de unos perros y gatos de lo más monos.

Cuando estamos llegando, parece que hemos entrado en la tundra helada de América. La puerta del edificio se encuentra al final de un sendero todo cubierto de nieve. El sitio parece desierto, pero, unos minutos después de llamar al timbre, un enfermero guapo y con canas nos da la bienvenida. Glinda me coge la mano.

—Ahora tengo que hablar a solas con Glinda —dice él—. Usted debería esperar fuera.

—No te vayas, mami.

—Me parece que me tengo que ir.

—Glinda —dice el hombre canoso, un terapeuta llamado Jim R.—, tengo que hacerte algunas preguntas muy concretas sobre la historia que te ha traído hasta aquí, y creo que vas a poder hablar más cómodamente si tu madre no está delante.

—Vale —dice ella.

Me quedo esperando fuera, en un cubículo, y me pongo a rezar en voz baja. Siento unos remordimientos terribles. ¿Cómo he podido dejar que fuera sola a Los Ángeles? ¿Cómo he podido estar tan absorta en mis propios problemas? Glinda pasa alrededor de una hora con Jim R. La cabeza se me dispara. Después sale. Tiene los ojos rojos y la nariz llena de mocos. Jim y yo la acompañamos por el pasillo hasta la unidad de desintoxicación, donde hay que firmar algunos papeles. Llevan a Glinda a una pequeña habitación con una cama y un lavabo. Entra otra enfermera, que se pone a registrar su equipaje.

—¿Por qué no duerme un poco? —me dice—. Aquí la vamos a cuidar estupendamente.

—Ve, mami. Voy a estar bien, te lo prometo.

Algunas partes del edificio en que nos encontramos parecen una madriguera excavada en la tierra. A lo mejor aquí dentro nos convertimos en *hobbits*. Me encantan los *hobbits*. Me escoltan por un largo pasillo subterráneo hasta que llegamos a un laberinto de puertas, todas cerradas. ¿Dónde está mi madriguera? ¿Dónde están los simpáticos *hobbits*? Mi habitación es bastante espartana. Hay una cama individual sujeta al suelo con unos pernos, al igual que las lámparas. El baño tiene una alfombrilla de papel

y dos toallas blancas minúsculas, tamaño *hobbit*. Me quito la ropa y me meto en la cama. Es muy estrecha. Estoy temblando.

—Dios, ayúdame —susurro—. Dios, por favor, no me falles, por favor.

Muchas veces en la vida me ha parecido que había tocado fondo, pero esta es la peor. Glinda es mi futuro, es todos los sueños que no he cumplido. Me parece más necesario que viva Glinda que vivir yo.

Cuando me despierto, a las cinco de la mañana, descubro que mi habitación da a un lago helado. Hay unas cabañitas construidas sobre el hielo. Lo cruzan pequeñas figuras que van dejando sus huellas en la nieve. Es el lugar más silencioso que he conocido. Aquí puedes escuchar tus propios pensamientos. Me visto rápidamente —mi ropa es muy inadecuada, por supuesto— y salgo a la nieve. Mis zapatos crujen y, de inmediato, noto cómo el frío los atraviesa. Pese a todo, encuentro un sendero entre los altísimos abetos y empiezo a recorrerlo hasta que ya no puedo soportar el frío. Después, doy media vuelta y regreso. En una de las salas del edificio donde está mi habitación, encuentro una chimenea de piedra encendida, y café y donuts. Me sirvo un café y me siento a tomármelo delante de la chimenea. Cojo un libro que se llama *La serenidad* de una de las mesas. Estas son las primeras palabras que me encuentro: «Cuando dejamos de pensar en nuestros miedos y dudas, estos empiezan a perder su fuerza. Cuando dejamos de creer que las cosas buenas son imposibles, es posible cualquier cosa».

—¿Has encontrado algo interesante? —me dice un hombre de cincuenta y tantos años.

Levanto la vista. Tiene el pelo rubio pajizo, la barba sin afeitar y un muñón donde debería estar la mano derecha. Me doy cuenta de que me he quedado mirándoselo demasiado fijamente.

—Perdón por mirar así —le digo.

—¿Quieres saber cómo me lo hice? Pues estaba puesto de coca y tuve una alucinación en la que Dios me decía que me cortara la mano. Lo hice con un cuchillo de carnicero chino, de muy mala manera. Cuando mi hijo me encontró, había perdido mucha sangre y me colgaba la mano de un hilo de carne. Ahora pienso que es lo mejor que me ha pasado nunca. Por cierto, me llamo Doug —dice, extendiendo la mano izquierda. Se la estrecho—. Porque me salvó la vida. Me hizo despertar. Alguna gente solo puede despertar así.

¿Y a ti qué te ha traído hasta aquí?

—Mi hija.

—Bueno, pues ha venido al lugar adecuado. ¿Y tú?

—Es el lugar más tranquilo que he conocido.

—Muestra muy claramente que gran parte del ruido está en nuestra cabeza, ¿verdad?

—¿Qué haces aquí todo el día?

Doug se ríe.

—No te aburres, créeme. Siempre hay faena, reuniones y comidas, puedes hablar con la gente o escribir algo sobre tu vida para tu terapeuta. Los días pasan volando. Yo ya llevo aquí dos meses. No quiero volver a casa nunca. Pero sospecho que lo haré.

—¿Tienes miedo de volver a engancharte?

—Para eso Dios me ha proporcionado un recordatorio bien visible —agita su muñón—. A algunos no nos sirven los recordatorios sutiles.

—¿De verdad crees en Dios?

—¿Qué remedio me queda? Si no existiera Dios, habría muerto. Nadie me habría encontrado hasta que ya fuera demasiado tarde. Tiene que haber algún motivo para que yo vaya de un lado a otro con este muñón, ¿no te parece? Desde luego, llama la atención de todo el mundo. Escucha, todo el mundo tiene dificultades con esa historia de Dios. Todos llegan aquí tras haberse demostrado que no son capaces de hacerse cargo de su propia vida y van por ahí refunfuñando y peleándose por si Dios existe o no. Esta es la prueba —dice, y vuelve a agitar su muñón.

—A lo mejor tu destino era dirigir un coro —le digo.

—Tócalo —dice Doug.

El ofrecimiento me pilla por sorpresa. Después me doy cuenta de que sí que quiero tocarlo. Parece un pomo de carne, suave como un poste de escalera.

—Gracias —dice Doug. Coge el café con su mano buena y se marcha.

Más tarde, cuando veo a Glinda, sigo teniendo en las yemas de los dedos la sensación de estar tocando el muñón de Doug.

—¿Cómo estás, cariño?

Estamos sentadas en una pequeña sala para ver la televisión que hay detrás de la unidad de desintoxicación.

—Anoche me despertaron tres veces para monitorizarme el corazón y la

respiración. Supongo que por miedo a que tuviera convulsiones. También he estado tomando mucho Valium para relajarme, y parece que la abstinencia del Valium es peor que la de la coca. Anoche pasé muchísimo miedo.

—Pero ¿has podido dormir?

—Entre un despertar y otro.

Tengo mucho cuidado de no decirle a Glinda casi nada sobre el centro de rehabilitación. Si le comento que es un lugar muy tranquilo, quizá haga que le entren ganas de huir. No expreso ante ella ninguna opinión sobre nada. Trato de limitarme a escuchar.

—Aquí voy a engordar un montón, mami. La comida es muy calórica. Es un asco. Todo el mundo se pasa el día comiendo golosinas.

—Hay un gimnasio y una piscina estupendos.

—No me permiten usarlos hasta que me desenganche.

—Eso será muy pronto.

—No lo bastante. Y hace un frío terrible. ¿Me puedes mandar una parka y unas botas?

—Claro.

—¿Y puedes llamar a toda esta gente y decirles que estoy enferma, ingresada en un hospital, pero no contarles dónde?

Me pasa una lista de nombres.

—Sí.

—Te quiero, mami —dice Glinda, como si fuera una niña pequeña—. Te quiero mucho.

Pienso en cuando Glinda era un bebé. A los cinco meses, su juguete favorito era una cosa llamada *saltador*. Todavía no sabía caminar, pero podía impulsarse con las piernas y pasarse horas dando botes. Tenía una alegría exuberante. Ya desde entonces se enganchaba a cualquier cosa.

Durante toda su infancia tuve la impresión de que le sobraba adrenalina. Me contaba cuentos. Divertía a todo el mundo con sus monólogos y sus canciones. Nos cautivaba a todos. Después, a los trece años, entró en la adolescencia y tuve la sensación de haberla perdido. Hubo algunas crisis —porros, alcohol, amenazas de suicidio—, pero todas pasaron. Fue a psicólogos muy caros, pero ninguno se dio cuenta de que tenía un problema

con las drogas. A los dieciséis le ofrecieron un papel en una película. Al fin había encontrado algo que le gustaba mucho. Actuar le daba estabilidad, o eso parecía, y además yo no hubiera podido impedirle que lo hiciera, así que dejé que se dedicara a ello. Siempre me dio miedo que se metiera en ese mundo, pero ella estaba resuelta a actuar y empezaba a tener éxito. Estúpidamente, di por hecho que tenía bajo control el asunto de las drogas. Yo también me había metido en el mundo de la interpretación a los dieciséis años. Pensé que era normal.

—¿Sabes cuándo me di cuenta de que tenía un problema, mamá?

—No. ¿Cuándo?

—El verano pasado intenté recorrer el túnel Holland andando. Estaba puesta de coca y pensé que así podría matarme fácilmente. Pero no funcionó. Después fui a unas cuantas reuniones de Narcóticos Anónimos, pero no pude soportarlo. Todo ese rollo mojigato del poder superior me pareció detestable. Me quedaba dormida en las reuniones. No estaba preparada. Luego, cuando surgió lo de la película esa tan importante y me fui a vivir a Los Ángeles, la cosa empeoró. A veces me despertaba y estaba en la playa de Malibú, y no tenía ni idea de cómo había llegado hasta ahí. O de repente me encontraba vagando por la autopista del Pacífico en la oscuridad. Fue una pesadilla.

—¿Por qué no me lo contaste?

Incluso en el momento de hacer esa pregunta, estaba buscando formas de no creérmelo. Como todos los padres, quería negar la verdad. Y entonces pensé que tenía que quedarme callada y escucharla. Limitarme a escucharla. Si amar es escuchar, ahora me tocaba escucharla por muy culpable que me sintiera.

—Me daba vergüenza. Ni siquiera yo me daba cuenta de lo mal que estaba. No pensaba que fueras a entenderlo. Yo misma no lo comprendía. Al final, llegué a un punto en el que lo único que quería, todo el tiempo, era morirme. No dejaba de pensar en maneras de morir. Me metía sobredosis aposta una y otra vez. Pero no me moría. Entonces fue cuando decidí volver a casa.

—Glinda, ahora estás en un lugar seguro. Te lo prometo.

—Dios, eso espero. Ya no se puede confiar en mí en el exterior. Eso lo sé.

—Saber eso es saber mucho.

—¿Te vas a quedar otra noche?

—No sé cuáles son las reglas. Si me puedo quedar, lo haré. Tengo una reunión con la terapeuta esta mañana.

—Aquí te dicen que el ingreso es voluntario, pero lo cierto es que no puedes irte, aunque quieras.

No digo nada.

—Se supone que puedes montarte en un coche e irte al aeropuerto en cualquier momento, pero no es verdad. Esto es la tundra helada, el yermo de Estados Unidos —dice Glinda.

—Glinda, ¿te acuerdas de que siempre me pedías que te llevara a balnearios donde no hubiera alcohol?

—Sí.

—¿Qué piensas de eso?

—Quería que me apartaras de la tentación. Quería estar a salvo.

—¿Y entonces?

—¿Estás intentando decirme que este es el sitio en el que tengo que estar?

—¿A ti qué te parece? No es mi decisión, es la tuya.

La terapeuta de Glinda se llama Rae-Lynn. Es bajita, musculosa y morena. Tiene un cuerpo de levantadora de pesas. Su despacho está lleno de animales disecados y de empalagosas tarjetas de felicitación. Lleva una sudadera rosa con un corazón de purpurina roja en el medio.

—Yo fui prostituta y yonqui —dice—. Si pude dejarlo yo, es que cualquiera puede. Escucha, he hablado con Glinda a primera hora de la mañana y he leído las respuestas que escribió anoche en el formulario de admisión. Lo mejor de su caso es esto: sabe que necesita ayuda. Ha pedido ayuda. Lo peor de su caso es esto: la mayoría de la gente no lo logra. Lo mejor que puedes hacer es analizar tus propias adicciones y dejar que ella se vaya recuperando a su manera. Cada caso es diferente. Os sugiero que sigáis el programa familiar que hay aquí, si queréis. Y que busquéis apoyo en Alcohólicos Anónimos.

—¿Cómo sabes qué posibilidades tiene Glinda?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Está muy bien que haya pedido ayuda. Pero hay gente que ingresa contra su voluntad y también consigue rehabilitarse. No hay ninguna manera de hacer una predicción. A veces ocurren milagros. No es algo que esté en nuestras manos. Si quieres certezas, has venido al sitio equivocado.

El sitio adecuado, el sitio equivocado, no está en nuestras manos, ocurren milagros... Vaya forma de expresarse tienen aquí.

—¿Qué puedo hacer para ayudarla? —pregunto.

—Ya te lo he dicho. Después de eso, solo tienes que desentenderte de ella.
—Nunca en mi vida me he desentendido de nada.
—Quizá este sea un buen momento para empezar a hacerlo.
—¿Puedo quedarme un día más? —pregunto.
—Claro, pero no vas a poder ver mucho a Glinda. Podrás ir a visitarla en algunos momentos.
—Solo quiero quedarme una noche más para aclararme las ideas.
—Buena idea —dice Rae-Lynn.

Nunca pensé que llegaría a sentir que una habitación con un estrecho catre sujeto al suelo con pernos y una alfombrilla de baño de papel podía ser un santuario. Sin teléfono, sin televisión, sin radio. Pero me gustaba mi habitación. Allí nadie podía ponerse en contacto conmigo. Ni mis hermanas, ni mis padres, ni mi marido, ni mis amigos. Podía pensar sobre mi vida.

¿Qué había hecho mal con Glinda? Cuando era pequeña y su padre se fue, decidí que sería su madre y su padre a la vez. ¿Que él no pagaba la pensión? Bueno, pues que le dieran. Yo me ocuparía de ella. Y eso fue cuando me dieron el papel de la zorra de Blair en la serie *El mundo de Blair*. Entonces ganaba un montón de dinero. Pero no caí en que Glinda necesitaba algo más que dinero. Necesitaba un padre. Una madre y una abuela no bastaban. Yo estaba tan ocupada con mi trabajo y mi vida sentimental que apenas tenía tiempo para Glinda. Constantemente le compraba cosas que no quería ni necesitaba.

La gente de mi generación pensaba que los niños podían sobreponerse a cualquier cosa. Nos casábamos y divorciábamos como si estuviéramos cambiando de apartamento. Pero, en realidad, los niños no pueden sobreponerse a cualquier cosa. Glinda se lo tomaba todo como una cuestión personal, y todo la hacía sufrir. Tendría que haberla escuchado, pero dedicaba todo el tiempo a ganarme la vida.

Blair es el personaje con el que más se me ha identificado. Es el arquetipo de zorra intrigante: se trata de una mujer que se casaba un montón de veces y, tras cada divorcio, se hacía más rica. Por supuesto, todo el mundo pensaba que yo era así. A los ojos del público, yo era Blair. Los personajes malvados siempre se recuerdan más que los buenos, y Blair era supermalvada. Era como la reina de *Blancanieves*. Realmente te creías que era capaz de

envenenar manzanas.

Nunca pensé que era la versión de Riverside Drive de Meryl Streep, pero me encantaba trabajar en una serie de la tele. Me organizaba la vida. Llegabas al estudio pronto y había que trabajar durante todo el día. Ensayabas por la mañana y rodabas por la tarde. No tenías tiempo de preocuparte de tu propia vida. El personaje que interpretabas te consumía. Blair era una psicópata absoluta. No tenía conciencia. Nunca se preocupaba por las necesidades de los demás. A las mujeres les encantaba, porque era lo contrario de todo lo que les habían enseñado que tenían que ser. A los hombres les resultaba fascinante por ese mismo motivo. Asher se enamoró de mí durante la época en la que interpretaba a Blair. Creo que a lo mejor se sintió un poco decepcionado al descubrir que no era tan mala como mi personaje. Algunos hombres necesitan estar con mujeres muy fuertes para ponerse a prueba. Asher había tenido una madre fuerte y su padre lo había decepcionado. Le gustaba el desafío que suponía cortejar a Blair. Pero, aunque por fuera parezca dura, por dentro soy muy blandita. Igual que él. ¿Acaso Asher se sintió decepcionado al descubrirlo? Si fue así, nunca lo manifestó. Y yo tuve buen cuidado de ocultar mi parte más blandita.

Una de las personas que trabajan cerca de mi habitación me presta una parka y unas botas y me aventuro a salir de nuevo al frío. Mi aliento forma unas nubes blancas delante de mí. Hay montones de agujas de pino marrones y suaves en el sendero que rodea el lago y mis pies se hunden en ellas. Los abetos azules que están junto al sendero se alzan sobre mi cabeza como en un cuento de hadas. El lago helado absorbe la escasa luz del sol, atrayéndola hacia su superficie de pizarra. Los pescadores siguen ahí, sobre el hielo, esperando pacientemente. Si yo me sentara en una de esas pequeñas cabañas que hay en el lago, hiciera un agujero en la superficie congelada y metiera un sedal, ¿sacaría algo con lo que alimentarme?

Pienso en las cosas que me ha contado Rae-Lynn y me acuerdo de todas las noches en que mi madre llegaba a cuatro patas de las fiestas a las que solía ir. Nunca la consideramos una alcohólica, pero la verdad es que la única forma de pasárselo bien que concebía era emborracharse. Me acuerdo de una vez en que estaba en París con mi familia, a los dieciocho años, y bebí tanto que acabé tirada en el suelo del baño, con la mejilla apoyada en unos azulejos blancos y fríos. No podía ni moverme. Estaba paralizada. Aquello no me llamó la atención, y tampoco a mi madre, que había estado en situaciones

parecidas muchas veces, pero, al pensarlo ahora, creo que tendría que haberme preocupado. Mis padres habrían dicho que eran bobadas. Detestaban a la gente que no bebía. A mi madre le parecía que un martini con vodka era un elixir mágico, capaz de convertir el día en noche, la tristeza en alegría, los nubarrones en un sol brillante.

Incluso después de su primera operación de cadera trató de que Antonia le llevara vodka al hospital. Yo no tenía ninguna razón para dudar de que Glinda había nacido predispuesta para solucionar sus problemas con sustancias que alteran nuestro estado de ánimo. Yo misma también era así. ¿Cómo sería mi vida si dejara de beber? Aquel día, durante ese paseo por el bosque, decidí intentarlo. Pero cuando me encuentro con Glinda, antes de tomar el avión de vuelta a casa, no se lo cuento. Me he apuntado al programa familiar que habrá tres semanas más tarde y he vuelto a reunirme con la terapeuta de Glinda.

—No pretendía sugerir que fueras alcohólica —dice Rae-Lynn—. Solo pensé que tendrías que ver qué te parecería todo si no bebieras. A veces eso ayuda a la gente. A veces sirve para que cambie su punto de vista. Pero es una cosa que debes decidir tú, desde luego.

—Todos aquí están muy tranquilos —digo yo—. Da la sensación de que tuvieran algo muy especial que ofrecer. A mí también me gustaría estar tranquila.

—Si eso es lo que quieres, está a tu alcance —dice Rae-Lynn.

Ojalá fuera tan fácil. Durante el vuelo de regreso a casa, me doy cuenta de que todo el mundo exterior conspira para hacerme beber, pero no lo hago. Me cuesta bastante. Los abetos y el silencio de la clínica de rehabilitación hacen que resulte más sencillo. En el avión no dejo de pensar que con un único trago me bastaría para recuperar esa tranquilidad, aunque sé que, en realidad, no es así. Solo Dios sabe cómo logro resistir las ganas. Consigo resistir durante unos cuantos años, mientras Glinda consolida su desintoxicación. Y después me permito de nuevo tomarme una copa de vino de vez en cuando, sobre todo cuando Glinda no está.

—¿Adónde diablos te has ido, mami? —me pregunta Glinda en el restaurante.

—A los bosques de Minnesota, hace años.

—¿A que era bonito? La terapia de rehabilitación al principio me pareció horrible, pero después me enamoré de ese lugar. Casi no quería marcharme cuando me dijeron que ya podía hacerlo.

—Ya lo sé. Estabas aterrorizada cuando llegaste y también cuando te ibas a marchar.

—Me gustaría que pudiéramos ir ahora, tomarnos un fin de semana de descanso allí, pero hay que pensar en esto —dice, y se da unas palmaditas en la tripa. Me fijo en su mano hinchada.

—Te quiero con todo mi corazón, Glinda.

—Yo también a ti, mami.

—Pidamos la cuenta y vayamos a comprarle ropa al bebé.

—¡Síiiiiiiiiiiiiiiii! —dice Glinda.

Salimos del restaurante y nos centramos a fondo en la terapia de las compras.

Incluso en los peores momentos de las relaciones entre madres e hijas, ir de tiendas lo cura todo. Me encanta ver a Glinda guapísima con un vestido nuevo. No hay casi nada que un vestido nuevo no pueda resolver. Hasta que llega la cuenta.

Pero la terapia de las compras no resulta nada fácil con una hija embarazada de cinco meses y que sigue aumentando de volumen. En esa fase en la que el bebé empieza a crecer en serio, nada te queda bien. Todas acabamos poniéndonos cosas andrajosas, vestidos sueltos o vaqueros con la parte delantera cortada y sustituida por elásticos, o mallas hechas para gigantes. O cualquier otro harapo, pero siempre con elásticos. ¿Quién dijo que si el embarazo fuera una obra de teatro habría que eliminar el último acto? Quizá lo hayamos dicho todas. No puedes dormir, no puedes ponerte nada elegante, no cabes tras el volante del coche y andas como un pato en vez de deslizarte como una princesa. Y tienes la sensación de que no se va a terminar nunca. Lo único que hace que una mujer decida pasar por todo eso otra vez es la amnesia. Sin embargo, queremos a nuestros hijos más de lo que hubiéramos podido imaginar, más allá de cualquier expectativa que tuviéramos. La naturaleza es una madre muy lista.

Entramos en una *boutique* cara y compramos ropa de bebé hecha por damas pobres con el fin de alimentar a sus propios bebés y engalanada con etiquetas en francés y en italiano, que en su mayoría llevan nombres de hombres que de ninguna manera aceptarían parir a un bebé.

Segunda parte
INVIERNO

5. El dinero es la clave

¡Ah, aprovechemos todo lo que podamos
antes de emprender el descenso hacia el polvo!
Polvo hacia el polvo, y bajo el polvo yacer
sin vino, sin canciones, sin cantantes, sin fin.

OMAR JAYAM, *Rubaiyat*

Cuando conocí a Asher Freilich, tenía cuarenta y cinco años y estaba viviendo con un actor que era lo bastante joven como para ser mi hijo. Mi hija de trece era más madura que mi amante de veintiséis. Me gustaba pensar que Nikos era una reencarnación griega-estadounidense del Chéri de Colette, pero en realidad él se sentía mucho más cómodo en una cafetería de Astoria, donde había crecido, de lo que nunca podría sentirse con mis perlas puestas en un salón cerca del Bois de Boulogne. Yo me había liado con él exclusivamente por su aspecto de James Dean y por su infatigable polla. De algún modo pasó de quedarse a pasar la noche de vez en cuando a no regresar a su casa jamás. Pero yo estaba muy ocupada con mi trabajo en la serie y nunca encontraba ocasión para echarlo y recuperar la llave que le había dado.

Conocí a Asher en una función teatral benéfica destinada a ayudar a los enfermos de sida. Miles de actores homosexuales jóvenes y guapos, y ahí estaba Asher, una figura paterna con el pelo plateado. Alto y atractivo, con sus ojos de un tono castaño dorado, me llegó al corazón porque recordaba todas mis películas. ¡Incluso las que yo hubiera preferido olvidar! Era de esa clase de hombre en la que nunca me habría fijado cuando era joven: plenamente responsable y dueño de acciones y bonos y empresas que hacían cosas tan extrañas como construir tuberías y purificar el agua. Para tratarse de alguien que amaba el teatro y el cine, tenía un talento innato para los negocios. Era un viudo desconsolado (y se había casado y divorciado casi tantas veces como yo) y tenía un montón de pasta, pero eso no era lo que me gustaba de él. A mí, que siempre me había sentido atraída por los artistas fracasados. Lo que me gustaba de él era que me recordaba a mi padre. Los dos eran leo, habían nacido el mismo día —el 10 de agosto— y tenían la misma energía feroz y ese humor típico de Catskill Mountains. Hasta tal punto no era mi tipo que le dije a mi analista del momento —una mujer enorme y canosa llamada Bobo Bressler (de soltera Barbara Neuwirth), que

escribía libros de autoayuda sexual, el más famoso de los cuales era *Cómo ser tu propia terapeuta sexual*— que nunca podría estar con él, pero no me creyó.

—Sí que eres capaz de amar a un hombre que te adore —me dijo—. Quítate esas anteojeras.

Muchas veces he utilizado esa frase al aconsejar a amigas que han conocido al hombre de sus sueños y no se dan cuenta. «Quítate esas anteojeras», les digo.

Isadora, por su parte, pensaba lo mismo que mi analista.

—Si no te lo quedas, me lo quedo yo.

Se percató de inmediato de que estaba intentando convencerme a mí misma de que aquel tipo estupendo no era para mí.

Al final, tenían razón y su consejo resultó ser el adecuado: Asher era divertido, tierno, cariñoso y hacía regalos de manera compulsiva. Compraba joyas como si fueran trufas de chocolate. Y también compraba trufas de chocolate, casi siempre para Glinda, que sintió adoración por él en cuanto lo vio, comenzó a despreciarlo cuando nos casamos y acabó después intimando muchísimo con él. Asher también quería a Glinda. A veces me parecía que la quería más que a mí.

Nikos intentó sacarme una pensión alimenticia, pero Asher me mandó a ver a un abogado buenísimo llamado Thomas Breedwell, que me dijo que esas cosas nunca prosperaban en los tribunales neoyorquinos; así que recuperé mi llave. Y, en un gesto que me dejó más sorprendida que a nadie, abandoné a mi actor parado e infiel por un amable millonario. Fue una cosa que me pegaba tan poco que mis amigas se quedaron demasiado desconcertadas como para ponerse celosas. Por lo menos al principio.

¿Acaso nuestras madres no nos habían dicho siempre que es tan fácil casarse con un hombre rico como con un hombre pobre? Bueno, en realidad, para mí no había sido así. Si no era yo la que pagaba las cuentas, sentía que no controlaba mi vida. Además, las mujeres de mi generación creíamos que llevar los pantalones económicamente serviría para conseguir la igualdad de derechos. ¡Ja! Cuando conocí a Asher, tuve que cambiar todas las ideas que tenía sobre los hombres. Y sobre mí.

Tenía que haber gato encerrado, pero ¿dónde? Durante un tiempo, el gato estuvo muy bien oculto. Glinda y yo nos mudamos a la casa de Asher, un dúplex situado en la Quinta Avenida que tenía catorce habitaciones y parecía

un museo. Yo me había imaginado transformándolo por completo, volando una y otra vez a Milán con Asher para llenar el apartamento de muebles de estilo futurista que haríamos resaltar con obras de arte contemporáneo. Pero Asher no soportaba que cambiara nada. Su última esposa —la que él santificó tras su muerte— había ido decorando la casa a lo largo de los años, y cualquier cambio, por pequeño que fuera, equivalía a matarla de nuevo.

Yo detestaba la manera en que había decorado la casa. Unos excelentes muebles franceses de los siglos XVII y XVIII, alfombras Aubusson, tapices gobelinos, maceteros y candelabros de oro *vermeil*, cuadros de tercera categoría de tal o cual escuela. La difunta y llorada esposa de Asher tenía más dinero que gusto, pero ¿qué podía decir yo? Criticar la decoración era como criticarla a ella. Había muerto tras una larga lucha contra un cáncer de pecho. ¿Cómo iba a atacarla después de eso?

Asher era generoso y me trataba con mucho cariño. Lo que le faltaba de técnica sexual lo compensaba con su entusiasmo. Le encantaba la intimidad cotidiana del matrimonio. Pero ¿era realmente intimidad? Al cabo de un tiempo, vivir con Asher me permitió entender por qué Freud había dicho que ni siquiera él podía analizar a una mujer hermosa o a un multimillonario. Como Asher tenía tanto dinero, la gente le lamía el culo todo el tiempo, lo cual lo había vuelto inseguro y arrogante a la vez. Y, sin embargo, yo estaba decidida a conseguir que nuestro matrimonio funcionara. Ya había tenido suficientes relaciones que habían fracasado. Esta iba a durar.

Y luego estaba el problema de sus hijos.

Dickie (Richard, en público) tenía cuarenta años y trabajaba con su padre. No desconfiaba de mí tanto como su esposa, Anita, una arpía codiciosa y tacaña que estaba segura de que me había casado con Asher solo por su dinero. Y también estaba Lindsay, la hija lesbiana que, a ojos de su padre, era completamente intachable. Asher siempre estaba rezando para que ocurriera un milagro y tratando de conseguirle un marido. Nunca pronunció la palabra *gay*. ¿Acaso pensaba que su pareja, Lulú, no era más que su compañera de piso? Por lo visto, sí. Lindsay era tolerable, pero su pareja contaba con recibir una cuantiosa herencia. A pesar de que ambos hijos ya disfrutaban de unos generosos fondos fiduciarios, lo más probable era que mi aparición en escena fuera a causar una reducción del patrimonio de todos.

No es que yo necesitara el dinero de Asher cuando me casé con él. En

aquella época yo me dedicaba a escribir guiones y me iba muy bien. Fue solo al limitarme a hacer de esposa, dejar de escribir y convertirme en la productora y directora de nuestra vida social cuando el dinero empezó a resultarme necesario. Como es natural, mis necesidades se ampliaron de acuerdo con los ingresos de mi marido. En lugar de comprar en Loehmann's, empecé a hacerlo en Valentino. En lugar de comprar el caviar en Zabar's, empecé a hacerlo en Petrossian. En lugar de cocinar para las fiestas que daba, empecé a contratar a un chef particular. Lo único que no hice fue contratar a una secretaria privada/organizadora de fiestas. De eso me encargaba yo. Así tenía algo que hacer, además de ir de compras.

Nada de esto me hizo sentir más feliz. En Nueva York, el consumismo ostentoso es una escalera infinita. Por muy derrochadora que una sea, siempre hay alguien que lo es más.

Yo entendía todo eso gracias a haber pasado la infancia en Hollywood. Nada de eso era real. Nada de eso tenía ninguna importancia cuando, a las tres de la mañana, durante un ataque de insomnio, surgían los fantasmas de las profundidades y empezaban a perseguirte. Pero para Asher era parte de la competición para ver quién la tenía más larga en que consistía su vida. Una mujer hermosa, un avión privado, un dúplex en la Quinta Avenida, una finca en Connecticut, una casa de playa situada en el East End de Long Island, una villa en Cap Ferrat, un chef que había trabajado para George Soros. Todo esto era importante porque intimidaba a los otros hombres y atraía a las mujeres. Se trataba de una serie de símbolos de poder que servían para que otros primates te lamieran las partes pudendas. Por supuesto, cada vez que lo hacían, te sentías cínica y recelosa.

En las fiestas benéficas a las que teníamos que ir, a veces me entretenía imaginándome que todos los asistentes eran babuinos o gibones que se acicalaban unos a otros, mostrando sus enrojecidas nalgas, arrodillándose ante los multimillonarios más caritativos y quitándoles (y comiéndose) las pulgas. Estos rituales eran muy evidentes. No se podía tener una conversación decente, en cualquier caso, porque apenas se podía oír lo que la gente decía. Pero bastaba con observar el baile de los primates para entender quién era importante y quién no. Los miembros de a pie y los directores ejecutivos de las organizaciones benéficas, con tal de recaudar fondos, estaban dispuestos a arrastrarse, aunque fuera por un poco de calderilla. Estaban acostumbrados a permanecer de rodillas y no dudaban en humillarse

en cuanto se presentaba la ocasión, y los multimillonarios a los que pretendían sacarles los cuartos lo sabían muy bien.

—Ahí viene ese francés farsante del museo —decía Asher—. Vamos a hacer que se lo curre un poco, si quiere dinero.

Y entonces yo observaba cómo Simon di Sinalunga se humillaba mientras fingía que no lo hacía, nos invitaba a almorzar, trataba de organizar una cita para venir a nuestro apartamento y tasar los cuadros al tiempo que fingía que lo único que le interesaba eran las obras de arte.

A Asher le encantaba poner en ridículo a Simon, mirar cómo examinaba el escote de mi vestido rojo de Valentino, ver cómo trataba de contar los diamantes de mi collar. Nunca estuvimos tan unidos como pareja como en público, delante de las cámaras. Era nuestra mejor actuación. Yo sospechaba que lo mismo les sucedía a muchas de las parejas que había en esas fiestas, que flirteaban en público y, después, se iban a casa y no se dirigían la palabra, como los niños de dos años que practican juegos paralelos en un arenero.

Simon, con su barbita de chivo, apareció una vez con un esmoquin hecho a medida y, hablando con un acento que solo saben poner los directores de museos y los presentadores de conciertos de música clásica, comenzó a contarnos que habían empezado a construir una nueva ala en Central Park. Asher hizo como si estuviera fascinado.

—¿Estás dispuesto a llamarla el Ala Freilich? —se burló.

—Depende —dijo Simon.

—¿Cuánto sería? —preguntó Asher.

—No es solo cuestión de dinero.

—Y, entonces, ¿de qué es cuestión?

—¿Puedo invitarte a comer en la sala de juntas?

—Llámame —dijo Asher, y se dio la vuelta.

Y, en cuanto estuvimos fuera del alcance de su oído, Asher dijo:

—Menudo idiota, dice que no es cuestión de dinero.

—Shhh, te va a oír.

—Vanessa, me seguiría lamiendo el culo aunque lo insultara a la cara. Esta gente no tiene ninguna sensibilidad. Son tan sensibles como un retrete. Un ábaco humano con apellido italiano. No hay manera de que se sientan insultados. Créeme, lo he intentado muchas veces.

A Asher le encantaba montarla. La verdad es que esa era una de las cosas

que más me gustaban de él. Para él no había vacas sagradas, salvo su difunta esposa, tal vez, que era intachable. Es sorprendente la santidad que alcanzan los cónyuges después de muertos.

A medida que Dickie Freilich se iba haciendo cargo de una parte cada vez mayor del negocio, Asher decidió convertirse en artista. Desde luego, había conocido a un montón de ellos que deseaban que fuera su mecenas. ¿Por qué él no iba a poder convertirse en uno? Pintar los domingos, como Winston Churchill, su ídolo, no era para él, y tampoco hacer construcciones de acero como su amigo Arthur Carter. Lo que quería era hacer *earthworks*, obras que modificaran el paisaje, como las de Robert Smithson, o envolver monumentos, como Christo. Lo que le atraía de las *earthworks* era su enorme tamaño, la cantidad de tierras que había que adquirir, el número de personas que tenía que contratar para llevarlas a cabo. Parecía como si las tuberías y las presas no fueran tan distintas de esta clase de obras, salvo por el hecho de que las *earthworks* no tenían ninguna finalidad práctica, cosa que le resultaba muy atractiva al cínico que había en Asher.

—Cuando solo me dedicaba a construir sistemas de tratamiento de aguas, me podían considerar un jovencito maleducado. ¡Pero, si hago cosas así, dirán que soy un artista! ¡Me encanta! El arte se define por ser inútil.

Asher se había hecho rico con negocios muy variados, desde las finanzas hasta los bienes inmuebles, pasando por la ingeniería hidráulica. La obra de arte contemporáneo que más admiraba era *Muelle en espiral*, una pieza de Smithson construida en el Gran Lago Salado, en Utah. Tuvimos que volar hasta allí en nuestro avión y examinarla desde todos los ángulos. Nos llevamos todos los catálogos y nos fijamos en cómo había ido cambiando de color a lo largo de los años. Al enterarse de su interés por Smithson, la Fundación Dia Art intentó convencer a Asher para que financiara la restauración de esta obra, pero Asher quería construir algo como ese muelle y firmarlo con su nombre. Estaba harto de ser mecenas. Quería ser artista. Entonces se le ocurrió contratar a Smithson para que le enseñara.

—Está muerto —dije yo—. Murió en un accidente de avión en los setenta.

—Bueno, encontraremos a otro artista que se dedique al *land art*.

—No va a ser tan fácil —dije yo—. El *land art* ya no está de moda.

En ese momento, decidió llevarme de viaje por los crómlechs de Inglaterra e Irlanda.

—¡Todos los pueblos han honrado a sus dioses con rocas y tierra! —dijo.

—Pero tú no quieres honrar a Dios, quieres honrarte a ti mismo.

Me miró críticamente, casi con desaprobación, como el sátrapa que está a punto de ordenar que maten a su concubina. Entonces se empezó a reír a carcajadas.

—Por eso te quiero, Ness, porque no puedo ocultarte nada. Me conoces muy bien, nena —dijo, y me apretó la mano, y estuvo a punto de amputarme un dedo con el inmenso diamante amarillo canario que yo llevaba.

—¡Ay! —grité.

—La cosa esa es letal. ¡La próxima vez, recuérdame que te compre uno más pequeño!

Sí, lo conocía, pero ¿él me conocía a mí? ¿Sabía que lo quería con todo mi corazón? Yo quería que eso le quedara muy claro.

Lo cierto es que todos deseamos que nos conozcan. Y, al mismo tiempo, eso es algo que nos da miedo. Queremos que nos desenmascaren y respetamos a la persona capaz de hacerlo. Ese fue el verdadero motivo por el que Asher se enamoró de mí. El hecho de que yo lograra conocerlo acabó con su sensación de soledad. Tal vez su difunta y bendita esposa no lo hubiera conocido realmente, aunque él nunca lo admitiría, ni siquiera ante sí mismo.

El dinero es como el sexo. En algunos casos, cuanto más tienes, menos tienes. Los antiguos chinos sabían que no hay dinero en el mundo para hacer que la gente hable bien de ti a tus espaldas. Pero Asher acumulaba dinero sobre todo para impresionar a otros hombres que se dedicaban a acumular dinero. Ellos eran sus pares y él necesitaba deslumbrarlos. Nunca olvidaré el día en que se enteró de que un coetáneo suyo se iba a comprar un Concorde que había quedado fuera de servicio y pensaba convertirlo en su medio de transporte personal. Aquello casi lo vuelve loco.

—Sé que es una estupidez poco práctica, pero me jode vivo. ¡Ese cabrón va a poder llegar a París en tres horas, y nosotros tardamos seis!

—¿Cuánto cuesta el mantenimiento?

—¡Esa no es la cuestión!

—Y no puede usarse para ir a California.

—Si fuera mío, yo intentaría que cambiaran las reglas.

—¡Y nuestro avión es precioso! —en aquel momento, era un Gulfstream IV.

—¡Pero con un Concorde tendríamos un palacio volante!

—Para enanos. ¿Y qué importa?

- Ese gilipollas va a tener algo que no posee nadie más.
- El sultán de Brunéi tiene muchas cosas que no posee nadie más, incluso un harén.
- ¡Pero yo no fui al instituto con el sultán de Brunéi!
- Así que todo esto tiene que ver con el instituto, ¿no?
- No lo dudes.
- Es muy infantil. ¡No todas las cosas de la vida tienen que ver con el instituto!
- Puede que para mí sí. Además, todo lo relacionado con el dinero es infantil. ¿Y qué? Igual me sirve para comprar lo que más necesito.
- ¿Qué es lo que más necesitas?
- Respeto.
- O hipocresía. ¿Para qué quieres eso?
- Todo el mundo vive con la hipocresía de los demás. Yo prefiero hacerlo de la manera más cómoda posible. Mi padre nunca aprendió eso.
- Nadie puede decir que no vivas cómodamente. De eso me encargo yo.
- Por eso te quiero, nena —dijo, y me dio un beso en la nariz.

A su manera, mis padres estaban igual de obsesionados con el dinero, aunque a menor escala. Habían crecido durante la Gran Depresión, y para ellos la Gran Depresión seguía siendo una realidad, una realidad que habían transmitido a sus hijas. Las tres quedamos marcadas por sus preocupaciones económicas. Las tres nos sentíamos pobres a pesar del hecho de que, probablemente, heredaríamos su fortuna y nunca habíamos conocido ni la necesidad, ni el hambre, ni el trabajo físico. En nuestro fuero interno nos sentíamos como Oliver Twist suplicando que le dieran algo más.

6. Un ser humano

Un ser humano debería ser capaz de cambiar un pañal, de planear una invasión, de sacrificar un cerdo, de pilotar un barco, de diseñar un edificio, de escribir un soneto, de hacer el balance de una cuenta, de construir una pared, de colocar un hueso dislocado, de consolar a un moribundo, de recibir órdenes, de dar órdenes, de cooperar, de actuar solo, de resolver ecuaciones, de analizar un problema nuevo, de abonar la tierra con estiércol, de programar un ordenador, de cocinar algo rico, de luchar bien, de morir valientemente. La especialización es para los insectos.

ROBERT HEINLEIN, *Forastero en tierra extraña*

El invierno es cada vez más severo; el clima, cada vez más raro: un día hace frío, y, al siguiente, hace un calor terrible. En Nueva York hay tornados como los de Kansas, y en Kansas hay noches húmedas como las de Nueva York. Hay inundaciones torrenciales en Nueva Jersey y en Connecticut. Las playas de Long Island y Cape Cod sufren una fuerte erosión. Las dunas no aguantan ese ritmo. Ni siquiera los multimillonarios del East End pueden reconstruir las dunas con rapidez suficiente como para salvar sus carísimas «chozas».

Los cordones litorales son características geológicas temporales, como las cataratas, como nosotros. Todo el planeta parece estar sufriendo una fuerte erosión. O convirtiéndose en polvo. Tratamos de no pensar en ello; es lo que hace siempre la gente. «Ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente», dijo La Rochefoucauld. La muerte de un planeta puede que sea demasiado, pero la mayor parte de las muertes son más concretas y menos apocalípticas. Se presentan con una simplicidad asombrosa.

El portero llama a tu apartamento y dice:

—Su marido se ha desmayado en el vestíbulo.

Y yo estoy en leotardos y descalza, a punto de empezar a hacer ejercicio con el Hombre Balcánico, mi entrenador serbio.

—¡Tengo que irme! —le digo a Isadora. Hablo por teléfono con ella constantemente.

—¿Por qué? —me pregunta.

—¡Asher se ha desmayado en el vestíbulo!

—¡Dios mío! ¡Llámame luego! —me ordena.

Corro al ascensor y, como si todo sucediera a cámara lenta, bajo para encontrarme con mi marido pálido y jadeante en el suelo de mármol del vestíbulo, susurrando:

—Estoy bien, tengo que ir a la oficina...

Entonces tiene una arcada y vuelve a caerse.

—La ambulancia ya está en camino —dice el portero.

En la calle, de repente, el clima es el de un diciembre helado («El hielo / también es poderoso / y bastaría», escribió Robert Frost sobre el fin del mundo). La ambulancia llega chillando y se detiene delante del edificio. Aparecen los médicos, ponen a Asher sobre una camilla y lo sujetan con una correa.

—Estoy bien, voy a ir a trabajar —repite una y otra vez antes de perder la conciencia.

La enorme puerta doble de la ambulancia se abre para recibirlo. Los médicos le colocan cables en distintas partes del cuerpo, lo acuestan y le dan una aspirina. Él la vomita.

—A Lenox Hill —dicen.

—No, al Hospital de Nueva York —protesto, pues sé que su médico está allí. Después sigue una tensa discusión que acabo ganando yo.

En el Hospital de Nueva York, el equipo de la unidad cardiológica se pone en acción, pero no sin antes comprobar que tenemos un seguro de salud. Estoy en el limbo —en ese estado en el que siempre caigo cuando se produce una emergencia—, carente de sentimientos, y doy órdenes sin vacilar, sin ambivalencias. Siempre me concentro intensamente cuando la vida de alguien que quiero pende de un hilo.

Mi marido vomita de nuevo la aspirina medio disuelta. Todo está en el aire, como esa aspirina. La muerte siempre se halla aquí en medio de la vida, pero la volvemos invisible porque no podemos soportarla, como no podemos soportar la noticia de que el sol se apagará algún día.

Después estoy en la sala de urgencias y me dicen que mi marido ha sufrido un infarto leve. Luego, permanezco en la sala de hemodinamia y me comentan que no, que se habían equivocado.

—Parece un aneurisma disecante —dice el cirujano—. Es esencial actuar rápido. Hay que operarlo inmediatamente.

—Pero ha desayunado —digo yo, acordándome de cuando Glinda tenía tres años y tuvieron que operarla porque se había cortado un dedo y hubo que esperar a que digiriera la cena.

—No tenemos tiempo —dice el cirujano, como el Conejo Blanco de *Alicia en el país de las maravillas*.

Para entonces, Isadora ya se encuentra allí, y me traduce lo que dicen.

—No se puede esperar con un aneurisma —explica.

—¿Qué es un aneurisma?

—Es cuando la pared de un vaso sanguíneo se dilata y puede estallar —dice alguien.

—Ya ha estallado —replica otra voz.

Ahora mi marido permanece completamente despierto y sujeta una tabla portapapeles.

—Firme aquí —le dice un médico.

—¿Quiere una válvula metálica o una porcina?

—No me importa —dice Asher—. No soy *kosher*.

Lo quiero porque, incluso en momentos como este, es capaz de hacer bromas.

Firma y se lo llevan al quirófano.

Entonces me doy cuenta de que sigo descalza y de que llevo su gran abrigo *loden* verde encima de los leotardos. Estoy temblando. Tengo los pies casi azules.

Isadora me coge la mano.

—Todo irá bien —dice.

Ninguna de las dos se lo cree, como no nos lo creímos cuando su marido llegó a casa metido en un cajón después de que lo alcanzara una avalancha, con la boca torcida como si estuviera diciendo «¡mierda!».

Desde que Isadora y yo somos amigas, ha tenido que hacer frente a una serie de problemas que habrían destrozado a una persona más débil. Ha pasado de ser una chica rebelde a convertirse en una mujer sabia. Desde que su amado marido se estampó contra un árbol durante una avalancha, se ha transformado en la mujer más espiritual que he conocido.

Isadora es una escritora que se hizo famosa demasiado joven y que logró salvarse cuando se encontraba al borde de la autodestrucción. Como yo, atravesó periodos terribles en los que fue adicta al amor y a las drogas. Pero, cuando consiguió salir de todo eso, se volvió un modelo de sobriedad, como mi hija. Me encantan su sensatez y su gracia. Es una fuente de inspiración para mí. Y, a pesar de su temprana fama y de todas las críticas que recibió por ella, continuó escribiendo. La perseverancia es la prueba de carácter definitiva.

Mi hija llega con la ropa que supongo que le he pedido. Tiene ese humor maniaco que procede del terror:

—¿Qué se pone una mujer mientras a su marido lo operan a corazón abierto? ¿Los vaqueros J y el jersey Rykiel? ¿O el cárdigan de Ralph Lauren y los vaqueros Blue Cult? ¿Y qué zapatos lleva? ¿Clergerie o Blahnik? ¿Y qué bolso? ¿Fendi o Hermès?

Mi amiga y yo nos reímos por no llorar.

Cojo la ropa, me meto en el baño y me visto allí, como si tuviera que tener un aspecto adecuado para la operación de mi marido.

Esperamos. Los médicos entran y salen, y nosotras tratamos de ponerles motes. Ahí están el doctor Cachas, con sus brazos musculosos, su tableta de chocolate y su pelo al rape; el doctor Veloz, que, más que andar, corre, y el doctor Rumiante, que siempre está mascando chicle. El doctor Cachas nos hace una señal de victoria con los dedos. Y el doctor Veloz dice:

—Por ahora, todo va bien.

Más tropas de uniforme entran y salen a toda prisa del quirófano. Parece que hay todo un equipo de béisbol empleándose a fondo con mi marido. Han conseguido un doble juego.

En los últimos años he pasado una buena parte de mi vida esperando en hospitales. Primero murieron los padres de mi marido, casi al mismo tiempo. Después mis padres empezaron a estar mal. Cuando entras en las míticas fauces del hospital, tu vida ya no te pertenece, o tal vez sea demasiado tuya. Te encuentras inmersa en el tiempo del hospital, que avanza muy despacio. Te encuentras en el punto más bajo del tótem de la información. Todo el mundo sabe algo menos tú, y, si protestas, sabrás todavía menos. En mi familia, siempre estábamos compitiendo por ver quién padecía la desgracia más grande. Bueno, pues ahora parecía que iba a ganar yo.

Me suena el móvil. Es mi hermana Emilia. Em.

—¿Dónde estás? —su voz suena por encima de la crepitación del teléfono.

Me doy cuenta de que se me ha olvidado decirle dónde estoy.

—Asher ha tenido un aneurisma en la aorta. Estoy en el Hospital de Nueva York esperando a que salga de una operación a corazón abierto.

—Dios mío —dice mi hermana—. Casi no te oigo.
—¿Qué ha dicho? —oigo preguntar a mi otra hermana.
—Que está en el hospital.
—¿Por qué? —es lo único que escucho antes de quedarme sin batería.

Estoy sentada al lado de Asher, que duerme en la uci. Tiene la piel tan fría como un filete recién sacado de la nevera. Glinda llora. A Asher le tiemblan ligeramente los párpados.

—Por favor, no te vayas —le digo, tocándole el brazo helado. Me gustaría saberme alguna *brujá*[\[7\]](#), pero carezco por completo de educación religiosa. No quiero quedarme viuda como mis hermanas. Pero tampoco deseo que él siga viviendo con la memoria hecha jirones. ¿Cómo voy a rezar, y a quién? No creo que Dios tenga una relación personal con cada uno de nosotros. Sí, está lo que Dylan Thomas llamó «la fuerza que a través del tallo verde impulsa la flor», pero ¿se trata de una fuerza personalizada? ¿Quién sabe? No nos habla a cada uno de nosotros en el idioma local, y aún menos en latín, en hebreo, en griego o en hindi. Creo en Dios o en los dioses, pero no estoy segura de que Dios siga creyendo en nosotros. No hay más que pensar en el Holocausto, en el huracán Katrina, en el terremoto de Haití, en el 11-S o en Abu Ghraib. No hay más que pensar en los tiroteos en los colegios y en nuestra incapacidad para acabar con ellos...

Dios está decepcionado con nosotros. Hemos fracasado en todas las pruebas. No somos lo bastante amables ni buenos como para merecer la salvación. *La bondad es la más alta sabiduría*, dice la Torá. Desde ese punto de vista, no somos sabios, ya que torturamos a nuestros semejantes y vivimos del trabajo de niños de piel oscura. Ya está, ya lo he dicho. Eso es lo que creo. En alguna parte del universo tiene que haber seres iluminados, pero nosotros no lo estamos. Rájalo, aporréalo, destrúyelo como a la Torre de Babel. Inúndalo y haz que los pecadores perezcan ahogados. Es probable que otra ronda evolutiva genere algo mejor que los torturadores armados que pueblan nuestro planeta.

El doctor Cachas entra y me hace un gesto para que me reúna con él en el pasillo.

—Su marido tiene *mazel*[\[8\]](#), la verdad —dice—. Mi colega, el doctor Ahrens, que casualmente estaba aquí ayer, es especialista en reparación

aórtica. Le ha hecho un injerto estupendo, uno largo, con tejido de la vena safena, que está en la pierna. Ha sido un honor ver cómo trabaja. Presenta un aspecto magnífico. No hemos tenido que tocar ninguna válvula. Su marido es un hombre muy afortunado. Ahora solo nos queda esperar que no haya ninguna infección y que se recupere bien. No tenemos ninguna garantía, pero...

—¿Cuándo se va a despertar?

—Dentro de unas horas.

—¿Por qué está tan frío?

—Hay que reducir la temperatura corporal para las operaciones a corazón abierto. Tendríamos que habérselo dicho.

Tendrían que habérmelo dicho, pienso. Y, sin embargo, estoy enormemente agradecida de que Asher siga aquí, por muy baja que sea su temperatura. Supongo que es una bendición que ayer supiera tan poco sobre aneurismas. Si hubiera conocido las tasas de mortalidad, si hubiera sabido la estrecha franja de tiempo en la que hay que conseguir ayuda..., habría hecho exactamente lo mismo que hice. El instinto ha demostrado ser una guía tan útil como el conocimiento.

—Mamá, está helado —dice mi hija, que no se ha enterado de las explicaciones del médico. Comienza a temblar. Me coge la mano y me la aprieta con fuerza.

—¿Te parece muy mal que espere en el pasillo? —pregunta Glinda.

—Claro que no. Puedes esperar donde quieras —le digo yo.

Isadora me da un abrazo. Glinda huye.

A partir de entonces, paso día y noche en el hospital. Estoy todo el tiempo al teléfono, escuchando los consejos inútiles que me dan los amigos o contándoles a los parientes de Asher el estado en que se encuentra con todo lujo de detalles. Cuando una está a punto de enviudar, la gente finge que le importa. En Nueva York, te recomiendan masajistas, terapeutas, acupuntores, cirujanos plásticos. Como si pudieras ponerte en pie de un salto y reconstruir tu vida en un instante. Como si quisieras hacerlo.

Tengo muy claro que, si Ash no sale de esta, tardaré años en hacerme a la idea. No voy a estar por ahí buscando amor en cualquier parte. Ni tampoco voy a empezar a poner anuncios en internet. ¿Cómo lo sé? Simplemente lo sé.

Lo sé porque mi mejor amiga perdió a su marido en una avalancha a los cincuenta años y necesitó casi una década para conseguir volver a amar. No podemos reemplazar a las personas como si fueran camisetas o zapatillas. He empezado a entender que, si pierdo a Asher, toda mi vida quedará atrofiada. Nunca me había dado cuenta de cuánto lo necesito, de cuánto lo amo.

Quizás esté loca, pero oigo un ligero tono de exaltación en la voz de mis conocidos. El teléfono parece susurrar: *Me alegro de que no me haya pasado a mí. Me alegro de que no me haya pasado a mí. Me alegro de que no me haya pasado a mí.*

Un día tras otro, a medianoche, el hermano de Asher me llama desde Los Ángeles.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Poca cosa.

—No puede haber dicho poca cosa.

—Nunca se comprometen, ya lo sabes.

—¿Cómo está Ash?

—No tiene ni idea de lo que le ha pasado. Ha estado inconsciente todo el tiempo. Me dice que he sido yo la que ha tenido un aneurisma, no él. Quiere que le lleve comida china.

—¿Y tú qué haces?

—Le llevo comida china.

—¿Cómo se te ocurre? —me dice mi cuñado, que ya es un anciano—. Tendría que seguir una dieta baja en grasas.

—Entonces ven aquí y ponlo a dieta. Conmigo, lo único que acepta comer es comida china.

—¿Estás de broma?

—Por supuesto que no. Ya sabes lo cabezota que es.

—Pero tienes que conseguir que coma cosas más saludables. Su vida depende de ello.

—Lo estoy intentando.

Y es cierto. Isadora y yo vamos a Whole Foods y compramos todo bajo en grasas: alubias, arroz, pescado. Pero Asher no quiere ni probarlos, como rechaza probar la comida del hospital.

—Si no sé cuánto tiempo voy a vivir, voy a comer lo que me gusta —dice. Y anega su langosta cantonesa con varios sobres de salsa de soja.

—¿Le falta sal?

—Exacto, joder.

Intento hablar con él sobre lo que recuerda de la operación.

—No me acuerdo de nada. Estaba volando.

—¿Sabes que has estado inconsciente durante tres días?

—¿Cómo me voy a acordar de eso? Pero sé que me has salvado la vida. Y sé todo lo que te debo.

—Y yo a ti.

Trato de apoyar la mano sobre su corazón, pero no puedo debido a los vendajes. Él me la coge y me la aprieta delicadamente.

Los dos habíamos estado en el mismo espacio físico, pero cada uno habitaba un espacio mental diferente. Parecía no haber manera de compartir lo que habíamos pasado. La paradoja de la enfermedad. ¿Qué realidad es la real? Los enfermos habitan un universo; los sanos, otro. Puede que no sean ni siquiera paralelos. Las membranas que los separan son más gruesas que el acero forjado.

Asher no tiene miedo. Me siento junto a su cama y lo miro mientras lee el periódico como si no hubiera pasado nada.

—No me puedo creer lo tranquilo que estás.

—Porque estuve dormido durante toda la crisis. Tú te mantuviste despierta.

—¿En algún momento tuviste miedo de morir?

—No. Sabía que todo iba a salir bien.

Ese era el motivo por el que me había casado con Ash. Él era valiente cuando yo me asustaba, y estaba tranquilo cuando yo enloquecía. Por sus venas corría un Prozac natural. Era un optimista. El optimismo era la base de su éxito. Se habría mostrado optimista incluso en Auschwitz. Y habría sobrevivido. En cuanto a mí, no estoy tan segura.

Cuando, tras el 11-S, me senté delante del ordenador y me puse a buscar en internet unos refugios antiaéreos para instalar debajo de nuestra casa de campo (pese al hecho de que no tiene sótano y está situada sobre roca sólida), él me tranquilizó diciéndome que no era el fin del mundo.

—Ni siquiera es el principio del fin del mundo —dijo.

No se puede evitar amar a un hombre así. Yo no pude.

Durante aquel invierno no dejó de nevar. La ciudad estaba constantemente cubierta de nieve. Se caían los árboles. Se iba la electricidad. Había más sal en Nueva York que en el mar Muerto. Había llegado el cambio climático, o El Niño, o ambos. La nieve caía sin cesar, como si quisiera enterrar a sus propios fantasmas. Yo pensaba todo el tiempo en *Los muertos*, el cuento de Joyce, acordándome de cómo describe «la nieve que cae levemente [...], como el descenso de su último ocaso, sobre todos los vivos y los muertos». El clima transmitía la sensación de que estaba llegando el fin del mundo.

Un día, tras una fuerte tormenta de nieve que dejó muchos coches enterrados y me recordó la gran nevada de 1947, cuando yo era una niña pequeña (mis padres habían vuelto a Nueva York para asistir a unas reuniones y nos habían llevado a las tres, y nos habíamos quedado atrapados en medio de la ventisca), me pongo mi ropa y mis botas más abrigadas y salgo a pasear por Central Park con Belinda, mi querida caniche.

Los árboles permanecen combados por la nieve. De vez en cuando, una gran masa de ella cae de una rama nevada. La ciudad ha quedado en silencio. Los niños corren de un lado a otro con abrigo de colores brillantes, tirando de trineos. Veo todo el tiempo hombres que se parecen a mi padre, hasta que se vuelven y me doy cuenta de que sus rostros no son el de él.

El descenso de nuestro último ocaso. Nos encontramos mucho más cerca de ello de lo que estaba Joyce. Él vivía en un mundo sin armas nucleares, sin cambio climático, y, sin embargo, sufría por su hija. No hay vida humana que transcurra sin decepciones y sufrimientos. No hay niños que no tengan algún problema. Él inventó un nuevo lenguaje para hablar de sus problemas. ¿Acaso no nos gustaría a todos poder hacer lo mismo?

Una vez tuve un profesor de interpretación que solía citar a Stanislavski antes de ponernos a trabajar cada texto.

—No debéis olvidaros de vosotros mismos al actuar —solía decir—. Todo sale de vuestro propio ser.

Al principio no tenía ni idea de qué era lo que quería decir. Siempre había pensado que actuar consistía en convertirse en otra persona, pero, en realidad, se trataba de convertirse en uno mismo, solo que de un modo más activo, más humano. Tardé siglos en comprenderlo.

Y aquí, en la nieve, eso tenía sentido. ¿Quién soy yo realmente? Un ser

humano que va dando tumbos, de edad desconocida y que sabe que va a morir. Nunca antes me lo había creído de verdad.

Recorro Pilgrim Hill y me tumbo boca arriba, junto a la estatua nevada, con Belinda. A ella le encanta la nieve. Levanto los brazos y los aprieto contra la nieve como hacía con mi padre cuando era pequeña. Cuando me levanto, veo mi huella angelical^[9], un poco inflada debido al abrigo. Se ha extendido alrededor de donde permanecía acostada. La huella angelical de mi perrita también ha quedado poco nítida.

—Siempre hay que irse a dormir con hambre —oigo decir a mi padre—. Ese es el secreto para no engordar. No comer por la noche.

Lo que no decía era que pensaba que la delgadez garantizaba la inmortalidad. No sé cómo se podía equivocar tanto.

Cuando eres joven, tienes tanta energía que piensas que puedes hacer cualquier cosa, pero esa energía no está canalizada. Cuando te vas haciendo mayor, debes canalizar tu energía, porque esta es limitada.

La nieve húmeda sigue cayendo en cascada desde las ramas creando blancas explosiones. Camino con la señora B. y empiezo a asustarme pensando en que una rama me puede caer en la cabeza y matarme. *El peligro genera excitación*, también lo dijo Stanislavski.

Me sigue pareciendo ver a mi padre una y otra vez. Corre a toda velocidad por detrás de los árboles. Su aspecto es exactamente el mismo que tenía cuando él y yo éramos jóvenes. ¿Acaso creo que, si me volviera joven, mi padre también sería guapo de nuevo? ¿Qué es la magia, al fin y al cabo, sino la profunda intención de cambiar? ¿Qué es la magia sino un viaje hacia atrás en el tiempo?

Mientras vuelvo a casa por la nieve con Belinda, pienso que es totalmente imposible explicarles a los jóvenes lo que sucede cuando sabes que no eres inmune a la muerte. Todo cambia. Miras el mundo de un modo distinto. Cuando eres joven, te falta perspectiva. Crees que la vida dura para siempre, días y meses y años que se extienden hacia el infinito. Crees que no tienes que elegir. Crees que puedes perder el tiempo tomando drogas y alcohol. Crees que el tiempo siempre va a estar de tu parte.

Pero el tiempo, que fue tu amigo, se convierte en tu enemigo. Se echa a galopar cuando te haces mayor. Las vacaciones llegan cada vez más rápido. Los años pasan por el calendario como en las películas antiguas. Lo único que deseas es volver atrás y vivirlo todo de nuevo, corregir los errores, hacerlo todo bien. Mi padre debe de sentirse así. Lo entiendo cuando ya es demasiado tarde para decírselo.

¿Acaso todo el mundo muere dejando cosas inconclusas? ¿Y esos gurús que eligen la hora de su muerte, convocan a sus discípulos y se despiden de ellos? ¿O eso no es más que un hermoso mito?

La esencia de la juventud no tiene que ver con el aspecto ni con el sexo, sino con la energía. Me sorprende a mí misma: de repente tengo tanta energía que Belinda y yo volvemos trotando a casa entre la nieve a medio derretir.

7. Querer al señor Huesos

La muerte es una sombra que siempre sigue al cuerpo.

Proverbio

¿Alguna vez te has pasado días yendo de un hospital a otro? Así empezó a ser mi vida. A mi padre lo ingresaron en el hospital de nuevo. Entraba y salía de él una y otra vez, como hace mucha gente al final de su vida. Estaba en el Mount Sinai, y mi marido en el Hospital de Nueva York, y yo, como una pelota de tenis, iba de uno a otro, impulsada por el amor y el miedo.

Cuando no corría entre ambos pacientes, vagaba por el ciberespacio, solitaria como una nube. Buscaba amor en internet, que parecía ofrecer una cantidad ilimitada de posibilidades. Encontré, por ejemplo, un tipo que quería llevar a su amante por todo el mundo en un avión privado. Había leído *Emmanuelle* y pensaba que el sexo en un avión era la cumbre del erotismo. Yo jugué a su juego durante un tiempo, y le escribí mensajes detallando mis fantasías sexuales como respuesta a las suyas. Estaba segura de que había un lugar para el éxtasis y la trascendencia y de que podía encontrarlo si conocía el código, si sabía la palabra clave. Era un lugar lleno de sueños sagrados, de aguas curativas, de plantas que podría comer para obtener la inmortalidad y de incontables amantes ideales. Tenía que atravesar un bosque mágico y umbrío, donde las hojas susurraban y los árboles se mecían. Yo conocía su existencia, pero, en cuanto descubriera la entrada, se desvanecería tras el tembloroso follaje. Si pudiera entrar en él, se acabarían la desesperación y el envejecimiento, borraría toda mi historia y podría empezar de nuevo. Internet era una especie de fuente de la juventud, una poción que podía beber y que me permitía rejuvenecer y reinventarme. Me había registrado en zipless.com como si pudiera cambiar mi vida reescribiendo mi historia para mis potenciales amantes, como si tuviera un control absoluto. Por supuesto, para eso hacía falta no conocer jamás a ninguno de aquellos pretendientes imaginarios, no arriesgarme a que nunca me decepcionaran.

Además, en esa época también me escribía con un tal Byron, que afirmaba que había vivido su vida siguiendo una serie de principios poéticos,

significara lo que significara eso. «Scribo nel corpo de mis amantes», me dijo. No me sonó muy prometedor. ¿Acaso internet era un inmenso mar de dementes? A veces eso era lo que parecía. ¡Y el nivel del mar estaba subiendo!

—¿Sigues pensando que Zipless es un fraude? —le pregunto a Isadora cuando quedamos para comer.

—¿Al margen del hecho de que me hayan robado el nombre?

—Sí. Tendrías que demandarlos.

—No quiero pasarme el resto de la vida en los tribunales. Cuando apareció Zipless, estaba cabreadísima porque me habían robado el nombre, pero pensé que podía ser una página buenísima. Ahora me parece que es repugnante y engañosa, como la mayoría de lo que circula por internet. No creo que vayas a encontrar al amante ideal ahí.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Porque, si la gente puede presentarse anónimamente, tiende a mentir y a engañar. Yo, como escritora, asumo la responsabilidad de lo que digo. Firmo con mi verdadero nombre. En internet la gente se esconde, y, cuando lo hace, tiende a no decir la verdad.

—¿Así que has dejado de creer en los polvos súbitos?

—Completamente —dice Isadora—. Eso funciona en la fantasía, no en la realidad. En la realidad, tienes que confiar en alguien para que el sexo sea bueno, y ¿cómo vas a confiar en lo que lees en internet? Internet ha hecho que el tiempo durante el que podemos estar concentrados sea menor, ha convertido los titulares en algo más importante que las explicaciones. ¿Cuántas veces he pinchado en un titular para descubrir que no tenía nada que contarme? Internet estimula los ojos, no la mente. Muchísimas veces pincho en una historia y resulta decepcionante. Ni siquiera me gustan los tuits si la gente no usa su nombre real. ¿No es irónico que la gente piense en mí solo en ese contexto?

—Igual que la gente piensa en mí como si fuera Blair —le digo—. Todos estamos atrapados por nuestro pasado.

En el hospital, mi padre seguía en la uci. Parecía contento por verme, pero

lo habían entubado de nuevo, así que no podía hablar.

La enfermera me contó que se había quitado todos los tubos durante la noche anterior y que habían tenido que reconectarlo los del turno de mañana. Incluso se había arrancado la sonda por la que le daban el alimento.

Me senté al lado de su cama y me quedé mirando cómo se dormía y se despertaba a cada rato, y me maldije por lo que le hacíamos. No estábamos respetando su testamento vital. Era demasiado difícil de interpretar. Nadie se atrevía a representar el papel de Dios. Nadie se atrevía a tomar una decisión. Tal vez la histérica de mi hermana mayor tuviera razón. Tendríamos que dejarlo marchar. Pero ¿cómo? ¿Quién podía tomar una decisión tan seria?

Asher y yo éramos unos adictos a las noticias increíbles. Las mirábamos con una mezcla de fascinación y horror. Niños pequeños que se quedaban sin piernas tras pisar minas antipersonas, hospitales rebosantes de gente asesinada en mercados, en escuelas, en coches (al encender el motor). Ese era el mundo que habíamos construido. Sin embargo, permitir que tu padre de noventa y tres años soltara amarras no se había vuelto más fácil que antes.

Durante toda mi vida había habido guerras. ¿Qué se había conseguido con eso? Se habían disparado el precio del petróleo y el de las acciones de Halliburton, y habían muerto un montón de niños de piel oscura. Cuanto más pequeños eran estos, más morían. Y las mujeres también. Y los hombres más jóvenes.

Cuando pensaba en los niños sin piernas, no podía dormir. ¿Cómo podría alguien dormirse pensando en eso?

Bueno, pues mi padre podía. Por lo menos si estaba lo bastante drogado. En otro tiempo había sido un atleta, y ahora era el señor Huesos. Se le veían las caderas y la pelvis a través de la colcha. Tenía unas piernas esqueléticas. No llegaba ni a los cuarenta y cinco kilos.

¿Qué puedes desear cuando ves a uno de tus padres luchando contra la muerte? ¿Que llegue el final o que siga viviendo? Y ¿hasta qué punto importan tus deseos?

Los más afortunados mueren en un restaurante, tras una buena cena. O mientras duermen, en su cama, durante un sueño erótico con un amante que

hace tiempo que se fue al otro barrio. Yo espero merecer una muerte de ese tipo.

El geriatra alto y delgado del equipo de cuidados paliativos entra en la habitación.

—Señor Wonderman —le dice a mi padre—. Soy su médico. ¿Cómo se encuentra?

Mi padre se arranca el tubo con fuerza y grazna:

—¡Mala praxis!

—¡Papá, tú sí que sabes llevarte bien con los médicos! —le digo yo.

—¡Déjenme salir de aquí! —murmura, tratando de gritar. Se arranca los tubos, se quita la sonda y las vías y trata de levantarse. Tiembla mucho, pero casi lo consigue. Llega el enfermero—. ¡Si me vuelve a poner ese tubo, lo mato! —le dice mi padre.

Yo estoy allí de pie, orgullosa y aterrorizada al mismo tiempo. Me llevo al médico aparte.

—Quítele el tubo. Si se muere, se muere —le digo en voz baja—. No lo torture.

—De acuerdo —acepta el geriatra.

Pero mi padre se niega a volver a la cama. No quiere estar aquí. Nadie puede culparlo por ello.

—Si le prometo que no voy a volver a ponerle el tubo, ¿se quedará tranquilo? —le pregunta el médico.

—No lo sé —dice mi padre. Pero la enfermera lo consuela y no entiendo cómo logra que vuelva a la cama, ya sin los tubos ni los monitores.

—¡Quiero irme a casa! ¡Quiero irme!

Entonces empezamos a hacer planes para llevárnoslo a casa.

No es cosa fácil. Hay que alquilar una cama de hospital, contratar a una enfermera, conseguir que nos hagan unas recetas para que le puedan dar morfina. Pero, tras salirse con la suya, mi padre parece experimentar una mejoría asombrosa. Le chilla a todo el mundo, le da órdenes a todo el equipo de cuidados paliativos. Todos parecen amedrentados.

—¿Qué son los cuidados paliativos? ¡Es una manera de congelar a los viejos para que no den la lata! Ustedes son el equipo del Ángel de la Muerte, eso es lo que son.

En el fondo de mi corazón, lo aplaudo.

—Llévenme a la Calle 11 Oeste —grita. Ahí se encuentra la planta del hospital, que se parece a un hotel lujoso, donde te cobran una cantidad de dinero absolutamente desmesurada.

Mis hermanas regresan y conseguimos que lo saquen de la uci y lo lleven a planta. Mi padre está triunfante. Habla y respira y grita como un campeón. Parece haber recuperado su antigua fuerza. Obtiene su energía de la ira.

—¿Sabes lo que dijo Mark Twain?

—¿Qué? —le pregunto.

—¡La noticia de mi muerte es una gran exageración!

—¿Sabes lo que dijo Art Buchwald? —le pregunto.

—No —murmura papá.

—Yo tampoco, pero se negó a morir.

—¡Se negó a morir! —grita mi padre—. ¡Se negó a morir!

No tengo ni idea de cómo ha ocurrido, pero, incluso en su lamentable estado, mi padre se ha echado un amigo muy especial en el hospital. Se trata de un psiquiatra geriátrico, el doctor Cragswell. Su nombre de pila es Fin, de Finnegan. Tiene una larga coleta que le cae sobre la espalda y unas gafas con montura de hierro, como las de los anarquistas de comienzos del siglo XX, y está totalmente en contra de las actividades del equipo de cuidados paliativos. Ha hablado conmigo a solas en numerosas ocasiones y me ha dicho que mi padre padece «una enfermedad aguda, pero no fatal».

—Te está tirando los tejos, Ness —dice mi hermana pequeña—. Es uno de esos que quiere follarse a las famosas.

—Está loco —dice la histérica de mi hermana mayor—. Nos encantan los locos porque nosotras también somos unas locas.

Pero él parece capaz de conectar con mi padre de un modo en que nadie más puede hacerlo, y le estoy agradecida por ello.

—Si se llevan a su padre a casa, iré a verlo allí —dice el doctor Cragswell.

—Gracias —le digo yo.

Mis hermanas lo ignoran.

Piensan que me está tirando los tejos. ¡Piensan que, por ser actriz, una está más protegida!

¡Ja! Al contrario, una está más expuesta. Todo el mundo se entromete. Te pasas la vida rodeada de entrometidos. Durante tres décadas y media he sido la actriz que todo el mundo admiraba o detestaba. Desde luego, eso hace que se te acerquen todos los *kibitzers*[\[10\]](#). Y los locos.

Los enfermeros meten a mi padre en la cama y le aconsejan que no vuelva a levantarse. Le vendan las heridas que se ha hecho al arrancarse los tubos y la sonda. Los enfermeros son todos muy dulces, sobre todo los varones. Tranquilizan a mi padre. Él responde a sus caricias.

El sol se está poniendo y el cielo tiene ese color azul neón que nos llega al corazón por ser tan fugaz. *L'heure bleue*. Me quedo un rato más y después me marchó corriendo al otro hospital para ver a mi marido. Estoy tan cansada que caigo en un sueño profundo en el sillón reclinable que hay en su habitación.

Es medianoche. El parque ha estado cubierto de nieve todo enero y todo febrero, de modo que hay trozos de hielo en los senderos y una capa de nieve helada en los montículos. En algunos lugares la nieve parece azul, y en otros, negra. La luna creciente ilumina las copas de los árboles. La luz de las farolas deja charcos azules sobre la nieve.

Aparece una procesión de ancianos vestidos con batas de hospital. Algunos se apoyan en andadores; otros, en bastones, y otros van en sillas de ruedas. Mi padre y el médico alto y delgado que tiene una larga coleta que le cae sobre la espalda van delante. Mi padre tiene una fuerte rama rota que emplea como báculo. El doctor Cragswell, una guadaña. La escena parece sacada de una película de Ingmar Bergman rodada en Nueva York.

Mi padre exhorta a todos los ancianos a que sigan avanzando, a que no se rindan, a que deshereden a sus hijos desagradecidos. Su voz es débil y ronca, pero casi puedo oírlo desde donde estoy.

Al principio, la procesión consiste en unas pocas personas, pero ahora mi padre ha soltado su báculo y está tocando un tambor que lleva colgado del cuello. *Mamapapamamapapa*, suena, como solía decirme cuando intentó enseñarme a tocar la batería (a los chicos con los que salía en el instituto les encantaba venir a mi casa por todos los timbales que había).

A medida que toca, la procesión se va volviendo más larga. Parece exultante. Ha triunfado. Todos los ancianos lo siguen por las colinas nevadas

del parque, y, a medida que avanzan, se van volviendo cada vez más jóvenes. Los jorobados se enderezan y tiran a un lado sus andadores. Los que van en silla de ruedas se levantan y comienzan a caminar solos. Mi padre se ha convertido en una especie de flautista de Hamelín del parque.

—Nunca me había dado cuenta de que los viejos están tan resentidos con los jóvenes —le digo a mi padre en el sueño.

—¡Claro que estamos resentidos! —me grita—. ¡Si pudiéramos volver a ser jóvenes, sabríamos qué hacer! ¿Qué te pensabas?

—¡Pensaba que nos queríais!

—¡Eso es secundario! —me grita—. ¡Nosotros llegamos antes que vosotros!

Yo intento gritarle a él, intento expresar a gritos que estoy escandalizada y decepcionada, pero entonces me despierto.

—Mira que haces ruido al dormir —me dice Asher.

—Tenía motivos para hacer ruido. He tenido un sueño de lo más loco.

—Cuéntamelo.

—Ya sabes cómo son los sueños: fascinantes para el que sueña, aburridos para los demás. No quiero aburrirte.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Mi padre iba por el parque, guiando una procesión de ancianos moribundos que caminaban por la nieve.

Pero, mientras describo las imágenes del sueño, se desvanecen como el humo en el viento.

—No tenemos rituales para la muerte —digo—. Por eso resulta tan dura. Debemos desaparecer cuando ya no somos jóvenes. Nuestros padres nos hacen sentir incómodos porque nos recuerdan nuestro destino. Y nosotros los hacemos sentir incómodos a ellos porque les recordamos lo que han perdido. Necesitamos nuevos rituales, nuevas filosofías. Si al menos pudiéramos creer...

—¿En qué?

—Ese es el problema. ¿Cómo se puede creer en Dios después del Holocausto, de la guerra de Vietnam, de Irak, de Afganistán?

La cuestión se queda flotando en el aire como el humo de mi sueño. Mi marido me invita a su cama de hospital. Me abraza. Débilmente.

—Pero ¿por qué no puedes disfrutar de lo que tenemos ahora y olvidarte del futuro? El futuro no existe, en realidad. Lo único que tenemos es este momento.

—Ya lo sé.

—Si me muero, no quiero que estés llorándome durante el resto de tu vida como si fueras la reina Victoria. Quiero que vivas. Quiero liberarte para que vivas. Tú me liberaste a mí.

—Ya lo sé.

—Durante la mayor parte de mi vida no supe cómo vivir. No tenía ni idea. Ahora lo sé. Gracias a ti. Quiero devolverte lo que tú me diste.

—Ya lo sé —digo. Asher tiene un lado vulnerable que muestra ante mí y que nadie más ve.

—Lo sabes, pero no lo sabes en absoluto.

—Ya lo sé.

Me abraza muy fuerte.

Intento volver a dormirme y regresar al sueño. Quiero conservar esa visión de mi padre pisando con fuerza la nieve. Pero ha desaparecido.

Mi marido mejora y mi padre empeora. Asher sigue en el hospital, pero habla por teléfono con sus colegas. Para ellos, su aneurisma aórtico ha pasado a llamarse «ataque al corazón». No tendría sentido darles largas explicaciones sobre la operación a corazón abierto y el injerto. Sus amigos ya están lo bastante conmocionados por su ausencia. Dependen de él. Y él depende de ellos. Hablar por teléfono con ellos hace que se sienta útil de nuevo.

Yo también quiero sentirme útil. Empiezo a tomar notas sobre lo que está pasando. No quiero escribir unas memorias, pero esta repentina crisis relativa a la vida y la muerte me absorbe. Isadora me ha aconsejado que lo haga, como una catarsis. Quiero intentarlo.

Tomo notas sobre mi padre y sobre mi marido. Me doy cuenta de lo parecidos que son y de lo mucho que he dependido de los hombres para sentir que mi vida estaba completa. Una vez tuve una idea para una película en la que una mujer recordaba a sus antiguos amantes y todos resultaban ser el mismo hombre. ¿Es esa mi historia? ¿Es esa la historia de todas las mujeres?

En mi cuaderno de notas trato de imaginarme sobrevolando montañas en el interior de la cabeza de mi marido. Si el amor es empatía, quiero ser él, convertirme en él.

Asher nunca recuerda sus sueños, y tampoco recordará este, en el que planea por encima de las Green Mountains, chocando suavemente contra los nimbos con forma de yunque, volviendo a ascender como si estuviera dentro de un ojo gigante. ¿Acaso esto es el cielo? Bien podría serlo, una franja verde entre dos montañas con biplanos, triplanos, monoplanos y planeadores afilados que tachonan el verdor del exuberante verano en Vermont. Pero el cielo todavía no está realmente preparado para recibirlo, porque lo siguiente que sucede es que una ráfaga de viento levanta las alas de su Cessna 210 —el primer avión que tuvo, a los veintitantos años— y lo arrastra hacia una corriente térmica que se eleva sobre las montañas. No puede emplear los flaps, de modo que sabe que no le será posible aterrizar. Sigue girando como una hoja en medio de una tormenta. Intenta quitarse el cinturón, pero se ha quedado atascado. Por los auriculares solo oye interferencias a un volumen ensordecedor.

Sé lo que tengo que hacer, piensa. En vez de estrellarme, me despertaré.

Se despierta y se encuentra entubado y con unas sondas que le salen del pene. No es capaz de recordar cómo ha llegado hasta aquí ni por qué.

*Un hospital, piensa. Un aneurisma aórtico. ¿Qué dicen las estadísticas? ¿Que sobrevive uno de cada diez? Ahora las estadísticas tienen que haber mejorado, ¿no? A lo mejor esto es el cielo. O el infierno. Lo sabré cuando me encuentre con mi padre y mi madre. Si los veo, sabré dónde estoy. Pero debe de ser el infierno, porque no puedo hablar. O quizá sea el cielo, por todas las nubes que hay. Después el sueño vuelve a apoderarse de mí. Mi madre y mi padre están reducidos al tamaño de Ken y Barbie y los puedo coger con la mano. Van vestidos como para una función en Palm Beach. Mi padre lleva un esmoquin de Turnbull & Asser y una pajarita y un fajín a juego color escarlata. Mi madre, un vestido de *chiffon* azul oscuro de Ángel Sánchez y todos sus diamantes y esmeraldas. Van con sombreros de fiesta y matasuegras como si fuera Nochevieja en el club de campo. Pero ¿de qué año? ¿Tengo dieciocho años o treinta y seis o sesenta? Debo de estar muerta, porque Palm Beach es el infierno, eso lo sé seguro.*

¿O estamos en los Hamptons, en alguna ridícula proyección o fiesta

benéfica? Sally Smerdykaf, cuidadosamente arreglada y con el pelo lleno de laca, aparece ante mi vista con un sujetapapeles lleno de nombres escritos en negrita. Preferiría estar muerta que en un sitio donde tienes que vestirse en la playa. Para mí, lo más parecido al cielo es Vermont, con sus tabernas campestres, sus criaderos de caballos, sus pistas de aterrizaje cubiertas de hierba, sus viejos *hippies* que se dedican a trabajar la cerámica y a cultivar marihuana; *hippies* que desfilan por Main Street el 4 de Julio con maltrechos tricornos sobre el pelo canoso y largo y sandalias raídas en los pies viejos y nudosos. El olor a cannabis lo inunda todo, pero nosotros ya no participamos.

Nos casamos allí. Me acuerdo de decir *Harei! At mekudeshet li, b'tabaat zu k'dat Moshe v'Yisroael!* (¡Mira! Te has casado conmigo con este anillo, de acuerdo con las leyes de Moisés y de Israel.)

De la parte legal se encargó un juez de paz. Nuestros amigos y familiares estaban allí, junto al estanque. Las dos parejas de padres vivos y aparentemente aliviados de que al fin hubiéramos encontrado a alguien, como si siempre hubiera alguien *bashert*[\[11\]](#) y ellos lo supieran desde el principio, pero no hubieran querido decirlo.

No se podía distinguir a la familia del novio de la de la novia. Todo el mundo pertenecía al mismo linaje. Y el primo Ira se puso a hacer apuestas sobre cuánto duraríamos. Éramos un matrimonio de alto riesgo. Los dos habíamos estado subiéndonos por las paredes durante toda la veintena, la treintena y buena parte de la cuarentena, de modo que cerramos el trato confiando en nuestras semejanzas. Nos comprometimos. El sexo, inevitablemente, no fue fácil al principio, pues teníamos miedo de tenerlo todo y de perderlo todo. Pero después sí: risas en la cama, orgasmos múltiples, perversiones diversas, chistes viejos, yidis. ¿Qué es lo que hace que dos personas se unan? ¿Que se vuelvan una sola? ¿Las feromonas? ¿La inteligencia? ¿Los genes? ¿Los nervios? Hay que tener descaro, agallas y *jutzpá*[\[12\]](#), y ni siquiera eso es una garantía de nada. Los nervios saben las cosas antes que la inteligencia y la intuición. ¿Cómo vas a saber algo, si no? Y lo sabes todo el tiempo.

Ella decía: «Vuelve a hacer eso y me marchó». Y él: «¿Adónde vas a ir?». Y ella se reía. No hay ningún sitio al que ir cuando dos están unidos de ese modo. Cada año más unidos. Una locura de pegamento.

Sé que me quiere. Incluso su inconsciente me quiere. Nunca me ha pasado esto antes. Y eso es lo que la mayoría de la gente que conoce a Asher no puede ver. Casi todos se creen su interpretación de un tipo duro. Yo no. Veo a un niño dulce debajo de sus bravatas. Me lo imagino diciendo faroles en su *Bar Mitzvá*. Veo lo vulnerable que es, incluso antes de que cayera enfermo. Veo la manera en que me mira, como si me fuera a atravesar la piel con la mirada. Sé que me quiere hasta en sus sueños. Y yo quiero devolverle su amor de la misma forma. ¿Puedo hacerlo?

—¿Qué piensas de esta casa toda llena de mujeres? —pregunta mi madre. Es la única referencia que hace al hecho de que mi padre esté hospitalizado. Está tumbada en la cama, con unos pañales puestos, y se despierta y se duerme una y otra vez, atendida por unas enfermeras que se van turnando. Cuando busco un jarrón para poner las flores que le he traído, descubro que todos los recipientes tienen una polvorienta capa de grasa, cosa que ella jamás habría permitido cuando estaba despierta y consciente. Todas las mujeres de mi familia son amas de casa enloquecidas, limpiadoras compulsivas. Las capas de grasa no son nuestro estilo. *Así es como termina el mundo, pienso, con una polvorienta capa de grasa que lo cubre todo.*

Le doy un beso enorme y me siento junto a ella, en su silla de ruedas, mientras ella pierde y recupera la consciencia intermitentemente.

Se despierta, ve las flores que hay al lado de la cama y dice:

—Tendría que pintarlas.

Pero lo cierto es que no ha pintado en años. Se ha olvidado de cómo hacerlo.

Mi madre echa la cabeza hacia atrás y levanta la vista hacia el techo, con la boca abierta, como si fuera a tragarse el cielo. Esto no es vida para la persona llena de energía que fue en otro tiempo. Si pudiera verse, no se sentiría nada feliz.

Cuando los bebés se pasan el día durmiendo y despertando, no nos ponemos tristes, porque sabemos que su vida avanza hacia delante. Pero ver a una persona mayor que se duerme y se despierta a cada rato nos hace pensar en una preparación para la muerte. Lo sabemos. ¿Lo saben también ellos? Y, si lo saben, ¿les importa?

¡Sí!

¿Qué demonios vamos a hacer con nuestros viejos, viejos, viejos, viejísimos padres? Si tenemos que elegir entre los bebés y los ancianos, sabemos más que de sobra lo que debemos hacer. Mi madre siempre contaba la historia de la madre águila que, cuando hubo una tormenta terrible que amenazaba con destruir su nido, se dio cuenta de que solo iba a poder salvar a uno de sus polluelos. Entonces le preguntó a cada uno qué haría cuando ella fuera vieja y dependiera por completo de sus cuidados. El primer polluelo contestó: «Quedarme contigo y cuidarte, madre, durante toda tu vida». El segundo dijo: «Renunciar a todo por tu bienestar, madre». Y el tercero: «Tendré hijos que cuidar, y ellos estarán por delante de ti. Si puedo salvarlos a ellos y salvarte a ti, lo haré. Pero si, cuando seas vieja, tengo que elegir, los elegiré a ellos». Por supuesto, el águila salvó al tercer polluelo.

La supervivencia de la tribu es más importante que la de los moribundos. Lo que nos enseñó mi madre se llama *triaje*. Es un término mucho menos ambiguo que el de *testamento vital*. Sin embargo, ¿cómo seguirlo? Más nos valdría endurecer nuestros corazones cuando la tierra se llena de moribundos. Los viejos son rígidos. No quieren renunciar a su poder. A no ser que los reemplacemos por gente nueva y flexible, no tenemos ninguna posibilidad de cambiar el mundo. Supongo que por eso los inmortales inventaron la muerte. Seguramente sabían que la inmortalidad no era ningún chollo.

¿Alguien se acuerda de Titono, el hombre que no podía morir?

¿Alguien se acuerda de Tennyson?

*Envejecen los bosques, envejecen y mueren,
la humedad sollozante deposita su carga,
viene el hombre, ara la tierra y yace en ella,
y tras muchos veranos muere el cisne.
Solo a mí me consume esta cruel
inmortalidad: me marchito lentamente en tus brazos,
en el callado límite del mundo,
encanecida sombra vagando como un sueño...*

Titono le pidió a Eos, diosa de la aurora, la inmortalidad, pero se olvidó de pedirle la juventud eterna de la que disfrutaban los dioses (si es que la disfrutaban). Los dioses son taimados, probablemente porque se aburren. Debe de ser aburrido vivir para siempre. Tienes que ser muy concreto al pedir tus

deseos, porque si no volverán a por ti. Eos siguió tan contenta, levantándose siempre con su gasa rosa y roja con netas doradas y azules. Titono, en cambio, obtuvo la inmortalidad y vivió como un cadáver decrepito, aunque capaz de caminar y de hablar. Pero, por lo menos, lo que decía era poesía.

El deseo de mi padre era más ambicioso: la inmortalidad y la juventud eterna. Por supuesto, no logró ninguna de las dos.

Aldous Huxley, que fue un visionario en relación con tantas cuestiones — desde la inseminación artificial hasta los úteros artificiales, pasando por la eutanasia—, profetizó que los moribundos se irían al otro mundo flotando en una nube de música y *soma*. El dolor quedaría obsoleto y las drogas serían ubicuas. Ya casi hemos llegado a eso.

Me gusta la morfina tanto como a cualquier otro adicto. A veces pienso que me gustaría volver a romperme la pierna para poder tomarla de nuevo. Byron y Shelley vivieron —y murieron— tomando láudano, una tintura de opio. ¿Acaso alguien tiene algo que reprocharles?

No tenemos una verdadera conciencia de nuestro cuerpo hasta que su hermoso equilibrio se rompe. Mi padre no podía comer, no podía tragar, no podía mear, y, a pesar de todo, no quería morir.

Ojalá pudiera haberme metido en su cabeza y saber lo que estaba pensando. Pero no pude hacerlo ni siquiera cuando se encontraba bien. Siempre iba corriendo de un lado a otro: al aeropuerto, al piano, a la batería, al Metropolitan, al Carnegie Hall, a su despacho, a Japón, Italia o China. Era un artista del escapismo. Y, desde luego, también yo lo era. Tardé años en encontrar un marido del que no quisiera escaparme, y, sin embargo, seguí teniendo fantasías escapistas. Quizá fueran esas fantasías las que me permitieron no escaparme. Quizá la fantasía sea la única forma de que el matrimonio dure, o de que lo haga la vida.

Ahora mi padre no podía escaparse, salvo muriendo. Me pregunté si lo sabría. Por supuesto, no tuve el valor para hacerle la pregunta. Lo único que podía hacer era cogerle la mano huesuda y, después, irme al otro hospital y soñar que escapaba a través del parque.

Por supuesto, cuando finalmente murió, nuestra madre estaba en la habitación de al lado. Lo habíamos llevado a casa, donde instalamos una cama de hospital. Teníamos los bolsillos llenos de morfina y jeringuillas que

nunca llegamos a usar. Lo acostamos en la cama, lo arropamos y mis hermanas se fueron.

—¿Dónde está *la seconda*? —preguntó (esa era yo).

—Aquí —dije.

Una especie de sexto sentido impidió que me marchara. Estuvo muy tranquilo durante varias horas, observando. Yo lo observaba observar. Después me pareció que se había quedado frito. A la una de la mañana, se despertó muy dolorido. Hizo una mueca terrible y, con mucha dificultad, cogió tres bocanadas de aire. ¿Había tres ángeles llamándolo, como nos cuenta la tradición cabalística? ¿Se estaba resistiendo a su llamada? ¿O se había quedado sin fuerzas para resistir?

Parecía que hubiera estado esperando a regresar a casa. Había estado mirando los montículos nevados del parque, imaginando que se escapaba. Y ahora se había ido. El tránsito de la vida a la muerte se reflejó en su respiración.

—¿Está en ese ataúd? —preguntó mi madre en el funeral.

—No —dije yo, sin mentirle. Él ya estaba muy lejos.

Cuando tuve que identificar su cuerpo, le di un beso en la mejilla, dejándole una mancha de pintalabios, pero la expresión de su rostro ya no era la suya. ¡Con qué rapidez huye el espíritu!

—Te quiero, papá —le dije a esa mejilla fría.

Era como hablarle a una muñeca hueca. Inanimada, carente de calor y de movimiento, la carne es casi irreconocible. Lo que queda son los recuerdos de los supervivientes: los gestos que imitan otros gestos, las palabras, la música.

Yo llevaba un vestido negro con joyas de plata y creo que uno de los pendientes se me cayó en el féretro. Ni siquiera lo oí caer ni vi su brillo. Hasta que no volví a casa, por la noche, no me di cuenta de que lo había perdido. Me alegró que lo que quedaba de él lo hubiera secuestrado, que el pendiente se hubiera ido con esa mancha de pintalabios que dejé sobre su carne muerta.

Inevitablemente, como con todos mis parientes muertos no practicantes, tuvimos que contratar a un rabino. Mi padre nunca perteneció a una sinagoga. Se negaba a pertenecer a ningún club que lo aceptara como miembro (como Groucho Marx). Tenía una mezcla de inseguridad y arrogancia que le impedía disfrutar de formar parte de ningún grupo.

Su testamento ordenaba que cada una de nosotras hablara de él en el funeral. Y lo hicimos. Lo habríamos hecho en cualquier caso, pero su ansiedad lo llevó a mencionarlo en el testamento. Fue muy llamativo que, siendo tan distintas, las tres hiciéramos hincapié en las mismas cosas. Las tres comentamos que la música ocupaba un lugar importante en nuestros recuerdos. Él tocaba el piano en nuestros sueños (su piano de cola era muy bueno con él, como dice una canción de Billy Joel. Quizás esa fuera la única relación amorosa a la que se entregó por completo). Estuvo arrastrándonos a conciertos y óperas hasta que aprendimos a apreciarlos. No estaba dispuesto a permitir que cerráramos la puerta a la música.

En el entierro estuvimos cantando. Siempre recordaré esa escena, bajo la nieve, todas cantando con voz temblorosa: *I gave my love a cherry that had no stone, I gave my love a chicken that had no bone, I gave my love a baby with no crying*[\[13\]](#). Era como si estuviéramos de pie alrededor del piano en el antiguo apartamento del West Side. Cantamos mientras echábamos paladas de nieve sobre su ataúd.

Los huesos repiquetean, pero la música lo tapa todo. Su vida entera fue música para nuestros oídos, si no para los suyos.

Y lo más raro de todo es esto: cuando estaba vivo, yo pensaba que todas nuestras conversaciones eran incompletas, frustrantes, ininteligibles. Pero, una vez muerto, empezamos a hablar de verdad. Hablábamos en todos mis sueños. Hablábamos durante toda la noche hasta el amanecer. Vivo era cerrado y prudente. Muerto me lo contaba todo. Creo que es posible que ahora mismo me esté dictando esto.

8. Dolor, pérdida, exmujeres, perros

Toco el dolor y la pérdida como quien tocara la electricidad con las manos desnudas, y sin embargo no muero. No logro entender cómo se produce este milagro. Tal vez cuando termine de escribir esta novela trate de comprenderlo. Ahora no. Es demasiado pronto.

DAVID GROSSMAN, *Escribir en la oscuridad*

Se puede ir del país de los sanos al país de los enfermos en medio segundo. Me he convertido en una guardiana del sueño. A Asher lo ha raptado el dios que tiene alas en el pelo.

—¿Me he quedado dormido? —me pregunta.

—Creo que sí.

—No me gusta nada esto —dice—. No quiero hacer que te vuelvas una esclava de mi enfermedad, como hizo mi padre con mi madre.

—Es un poco pronto para preocuparte por eso. Apenas llevas una semana aquí.

—Siento pinchazos en los pies. ¿Me ayudas a dar una vuelta para ver si puedo andar?

Y comenzamos a recorrer lentamente el pasillo de la unidad cardiológica, empujando un soporte con ruedas del que cuelgan sus goteros y tubos. Es por lo menos treinta centímetros más alto que yo, y pesa unos veinticinco kilos más, pero se apoya en mi hombro como si yo fuera el doble de grande que él. Avanzamos paso a paso, deteniéndonos solo para que le cierre la parte de atrás de su bata de hospital de modo que no enseñe el culo al personal.

—¿Qué tal esos pinchazos?

—No tan mal como la última vez. Pero ya quiero volver.

Cuando regresamos a su habitación, está con la lengua fuera y con muchas ganas de meterse en la cama.

—Dios, odio todo esto —dice—. ¿Cómo puedes aguantarlo?

—No te preocupes por mí. Esto no es nada. Tú eres el que ha vuelto de entre los muertos. Has tenido suerte. Mi padre no pudo.

—Pero él tenía noventa y tres años —dice Asher, sin añadir nada sobre su propia edad.

Los dos hemos vuelto de entre los muertos, cada uno a su manera. Ponemos un pie delante del otro, aprendiendo a caminar de nuevo.

Comienza la procesión de exmujeres.

Las exmujeres de Asher son un homenaje a la interminable historia de amor que tuvo con su madre. Su madre era una belleza de metro ochenta casada con un magnate de metro cincuenta. Todas las mujeres de Ash son altas menos yo.

En primer lugar está Diane, una productora de televisión pelirroja que se casó con un multimillonario *goy*[\[14\]](#) cuando dejó a Asher. Se hizo famosa por un documental sobre las mujeres que se dedican al sadomaso en Las Vegas, pero ahora hace programas de crímenes, de ciencia ficción y *realities*. Diane entra dándose aires con sus tacones de diez centímetros y un ajustado traje pantalón de cuero negro. Sus rizos rojos le caen sobre la cara y lleva las pestañas salpicadas de pequeñas gotas negras. Tiene una nariz que parece un trampolín cortesía del doctor Naso (juro que es su verdadero nombre) y unos inmensos pechos operados.

—Ash, cuando me enteré no me lo podía creer. Siempre has sido tan fuerte. ¿Lo tienes desde hace mucho tiempo, cariño? ¿Qué es lo que te han dicho? ¿Por qué no te lo habían detectado antes?

A mí me ignora por completo. Se instala en la cama de hospital de Asher y empieza a acariciarle el pelo, le coge la mano, desplaza los tubos. Parece dispuesta a meterse debajo de las mantas sin siquiera quitarse esos tacones letales.

Sé que Diane dejó a Asher antes de que a él le fuera realmente bien para casarse con alguien «rico, pero rico de verdad», como dice ella, así que decido salir a dar una vuelta por el pasillo y dejarlos con sus recuerdos. Si necesita actuar como si no lo hubiera dejado nunca, que lo haga. Su manera de engañarse no me incumbe. Pero, en cuanto he recorrido la unidad un par de veces, siento que debo volver. Ahora Diane está entreteniendo a Ash con la explicación de todas las dificultades que tiene para encontrar dinero para su próximo programa —un *reality show* sobre psiquiatras— y al fin comprendo la causa de que se haya mostrado tan mimosa.

¿Puede haber algo más grosero que intentar que te financie un programa televisivo alguien que está acostado en una cama de hospital?

—¿No podemos hablar de eso cuando esté mejor? —le pregunto a Diane.

—Ay, lo siento. No quería ser desconsiderada, pero ya sabéis lo mucho

que me obsesiono con mi trabajo. Perdonadme, por favor. ¡Qué tonta he sido!

Yo asiento con la cabeza, pero ella no me mira.

—¡Voy a llenarte de energía curativa! —exclama dirigiéndose a Asher, y saca un pequeño frasco de aceite de lavanda y salvia de su inmenso bolso de cocodrilo y se lo entrega—. Voy a venir a verte todos los días, te lo prometo.

Pienso que probablemente sea la última vez que la veamos.

—¿Cómo pudiste casarte con alguien tan idiota? —le pregunto a Asher cuando ya se ha ido.

—Era joven —dice Ash—. Supe desde el principio que había sido un error. Cuando estábamos de luna de miel, en Londres, una noche salí a dar una vuelta y me acosté con una puta. Solo para demostrar que seguía siendo libre.

—¿Y ella nunca se enteró?

—Claro que no, por Dios. Se habría puesto furiosa.

—¿Y cómo te sentiste?

—Como si no le perteneciera en absoluto. Entonces necesitaba saber eso. Era muy controladora. Dejé de follar con ella cuando llevábamos casados no más de un mes. ¿Qué sabía yo en aquella época sobre mí mismo? Nada. No me había analizado. Era muy primitivo. Combatía el control con más control. Incluso dejé de sentirme atraído por ella —acaricia el frasco de aceite aromático—. ¡Energía curativa! ¡Menuda gilipollez! ¡Ve a echarle a otro esta porquería!

—Hay un tipo ahí en el pasillo con pinta de necesitarla. Pobre hombre. La verdad es que todavía no me puedo creer que te casaras con ella.

—Antes no se vestía así. Empezó a llevar esa ropa cuando se convirtió en una celebridad gracias a *Mi esclava personal*. Es como si fuera una niña buena que ha dejado de ser practicante, ¿entiendes? No como Lola, que era una niña mala que había dejado de ser practicante y volvió a serlo conmigo.

—¿Qué pinta tenía?

—También era alta y pelirroja, como mi madre.

—¿Y dónde está ahora? —como solía decir mi antigua analista.

—Solo Dios lo sabe.

Pero pronto lo sabríamos también nosotros, ya que al cabo de una hora aparece Lola.

Ahora es jueza. Una jueza que sale en televisión y a la que llaman «la juez Lola». Pero Asher no lo sabe porque nunca ve la tele. Ella todavía tiene

puesta la camisa blanca con chorreras que, en la tele, asoma desde debajo de su toga negra.

Habla con un acento neoyorquino exagerado para mostrar que forma parte del pueblo llano. Y tiene un pelo muy voluminoso color caoba.

—No puedo creer que nunca me hayas visto en la tele.

Asher levanta las manos en un gesto de desesperación y suelta una carcajada.

—¿Tú crees que eso sería bueno para mi corazón?

—Desde luego que lo creo —sí, exagera muchísimo el acento—. ¡Te vendría muy bien!

—Me alegro de verte, Lola.

—No digas tonterías. Solo he venido porque pensé que a lo mejor te morías. Pero parece que estás bastante bien, así que puedo postergar nuestra reunión.

—Nunca se sabe, podría palmarla en cualquier momento.

—No, eres demasiado duro. Si vinieras a mi programa, te cantarías las cuarenta.

—Pues cántamelas ahora.

—No puedo poner en peligro la vida de un paciente. Incluso yo tengo algo de modales.

—Tus modales siempre fueron impecables.

—Gracias a Viola Wolf y a sus clases de protocolo, siempre he sabido qué tenedor tengo que usar.

Viola Wolf fue la que enseñó modales a todos los niños de Nueva York durante los años cincuenta.

—Y también te llevaste todos los tenedores, por no hablar de las cucharas y los cuchillos.

—Entonces cómprate otros —dice ella, mirándome.

—Nosotros comemos con las manos —digo yo—. Así es más divertido.

La verdad es que tanto Asher como yo perdimos la mayor parte de nuestras cuberterías de plata en los divorcios, pero, ahora que nuestros padres estaban muriéndose, íbamos a conseguir cuberterías nuevas, aunque no pegaban nada. Pero ¿a quién le importan hoy en día esas cosas? La última moda es combinar lo que no pega.

—Volveré mañana —dice Lola, y se marcha haciendo aspavientos. Pero tampoco vuelve nunca, lo cual es una bendición.

—Tendríamos que dar una fiesta para todas tus exmujeres —propongo.

—¿Y qué te crees que es esto?

—¿Un anticipo de tu funeral?

—Lo mejor es que yo no estaré allí.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero espero que los hindúes se equivoquen en lo de la reencarnación. Con una vez basta.

—Probablemente vivirás algunas décadas más que yo.

—Espero que no, sobre todo al ver el pésimo gusto que he tenido para las mujeres, salvo en tu caso.

Como si con esa frase le hubieran dado la entrada, aparece Leona.

Es alta y delgada y se ha hecho varios retoques, *liftings* e implantes. Una vez más, tiene el pelo color caoba. Leona es unos años más mayor que Asher. Han seguido siendo amigos y mantienen el contacto, así que la conozco y me cae bastante bien. De todas las exmujeres de Asher, Leona es mi favorita. Se pone cómoda y empieza a hablarnos de sus protestas contra la guerra de Irak. Se ha hecho cuáquera. Creo que yo debería seguir su ejemplo. Los cuáqueros son los únicos, por lo visto, que creen en la beneficencia anónima. Dan a los menesterosos y a los enfermos sin exigir que les pongan sus nombres a edificios. Eso me gusta. También están en contra de la guerra sin desear que los feliciten por ello. En nuestra sociedad, la humildad es una virtud en peligro de extinción, y ellos la tienen. Eso me parece admirable.

Sin embargo, la guerra siempre ha existido, y a pesar de ello hemos logrado sobrevivir. La guerra contra nuestro planeta y la incertidumbre sobre las posibilidades de supervivencia de este es lo que resulta más doloroso. Cuando Louise Bogan, una de mis poetas favoritas, afirmó que «se mueven más cosas / que la sangre en el corazón», la supervivencia de la naturaleza la estaba reconfortando. Pero tal vez haya llegado el fin de la naturaleza. Incluso es posible que nuestros hijos no sobrevivan. O nuestros nietos. Es inconcebible.

Tenemos un problema con la muerte. Pensamos que no es norteamericana. Pensamos que no nos alcanzará. Los gritos y lamentos, el tirarse de los pelos y los hábitos de penitencia son cosas que no van con nosotros, que se consideran «autocomplacientes», una palabra usada sobre todo por quienes más lo son. Pero ¿qué es la autocomplacencia? ¿Qué significa eso? ¿Significa ser demasiado complaciente con uno mismo para evitar la extinción?

¿Significa aferrarse a la propia persona en el momento en que uno nota el peligro de que lo barran del mapa, de que lo confinen a una eternidad impersonal? Si es así, tendríamos que mostrarnos más indulgentes con nuestros gritos y lamentos, tendríamos que permitirnos un periodo de duelo por el individuo. No sabemos lo que nos ofrecerá la eternidad, pero intuyo que no será una existencia individual. Quizás eso sea bueno. Quizá la individualidad sea dolorosa, pero por lo menos permitámonos un tiempo de duelo en el momento de renunciar a ella.

Estoy pensando en estas cosas cuando vuelvo a nuestro apartamento a medianoche y me encuentro con veintisiete mensajes en el buzón de voz y setenta correos electrónicos, muchos de zipless.com. No puedo con ellos. Estoy demasiado cansada. En este momento, la posibilidad de un polvo súbito no me interesa en absoluto. Entonces, de repente, veo un mensaje titulado «El ingenio y la sabiduría de Isadora Wing». Hay una cita dedicada especialmente a mí: «El sexo sin amor es un cigarrillo cancerígeno que estamos deseando fumar». Me echo a reír. ¡Menuda pícara es mi amiga Isadora! Siempre me ha dicho que iba a recopilar su ingenio y sabiduría en un librito, y aquí me está ofreciendo una muestra. Apago el ordenador, sin dejar de reírme.

Belinda Ladrinsky, mi caniche grande y negra, se subió a la cama de un salto y empezó a lamirme la cara. ¿Cómo podríamos afrontar nuestros problemas si no tuviéramos perros? Pese a que estaba agotada, y aunque ya la había sacado a pasear su paseador —un servicio sumamente necesario en Nueva York—, le puse su jersey rosa con capucha, le acaricié la cabecita suave y peluda, le abroché la correa, cogí mi abrigo y bajé a la calle a dar una vuelta con ella. Todos aquellos que forman parte del mundo canino estaban fuera en ese momento: los paseadores, los dueños, los adiestradores. Si tienes un perro, Nueva York es como un pueblo. Si vas mirando hacia abajo, reconoces a los perros antes que a sus acompañantes humanos. Antes me reía de la gente que menospreciaba la palabra *mascota*, pero ahora estoy de acuerdo con ellos. De hecho, en vez de emplear la expresión *animales de compañía*, tan políticamente correcta, pienso que los perros son los gurús y nosotros solo sus discípulos. Si tuviera que haber una jerarquía, debería ser esta. Son mucho más humanos que nosotros, al menos con respecto a las

cuestiones fundamentales: la empatía, la lealtad, el sentido del olfato. La nariz es el órgano más primario e infalible. Si todos viviéramos guiándonos solo por el olfato, el mundo sería radicalmente distinto.

Belinda se puso a retozar y a dar brincos. Quería alegrarme. Supo de inmediato lo que yo necesitaba y trató de proporcionármelo con gran entusiasmo. Como todos los caniches, tenía el don de la clarividencia.

Nos encontramos con un *schnauzer* que ella conocía, pero se limitó a olisquearlo un poco. Me dedicaba toda su atención. Después nos encontramos con dos *golden retrievers* y su dueño, que tenía la misma expresión de cansancio y candidez que sus perros.

Nos encontramos también con una señora de pelo cano que iba con un galgo ciego que había logrado salvar, un caniche gris y un *springer spaniel*.

—¿Cómo está Belinda? —preguntó—. ¿Está controlado lo de la enfermedad de Addison?

—Sí, eso va bastante bien. ¿Cómo está Horacio?

—Mucho mejor con la prednisona y el Percorten.

—Belinda también. ¿Y Tiresias?

—Nadie se daría cuenta de que es ciego si no se lo dijera.

Asentí con alegría y le di unas palmaditas al galgo, que me acarició con el hocico mientras Belinda reprimía sus celos. El *springer* empezó a tirar de su correa para volver a casa. Hacía frío y había empezado a soplar el viento.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —respondió la señora—. ¿Los juntamos algún día en una cita perruna?

—¡Claro!

Cogí su teléfono y le di el mío, pensando que en Nueva York los perros pueden aportarte cualquier cosa relacionada con el consuelo que necesites.

Volvimos andando a casa, subimos en el ascensor y hablamos del tiempo con el ascensorista, que insistía en llamar Melinda a Belinda. ¿Y qué? Si a Belinda no le importaba, ¿por qué me iba a molestar a mí?

He quedado a comer con Isadora Wing y estoy intentando explicarle la locura que han sido todas mis citas con los tipos de Zipless.

—Era un rubio con una cara muy dulce, de unos cuarenta años. Y cuando abrí la puerta de su apartamento con una llave que me dio el portero, me lo

encontré a mis pies, a cuatro patas, gruñendo.

—¿Y qué hiciste? —me pregunta Isadora.

—Le saludé: «Hola, me encantan los perros». Se lo dije con mucho cariño, pero no fue la reacción adecuada. Por lo visto, quería que lo azotara. «La verdad es que no me parece bien azotar a los perros», le comenté. «¿Ni siquiera cuando se portan mal?», me preguntó. Y entonces se puso a hacer pis en el suelo. Yo abrí la puerta y me largué lo más rápido que pude.

Isadora empieza a reírse histéricamente.

—¿O sea que nunca antes habías conocido a un hombre que quisiera ser un perro? Yo a muchísimos.

Nos quedamos en silencio un momento y tomamos un trago de agua de los vasos que hay sobre la mesa, enjuagándonos los restos de las sonrisas que se dibujan en nuestros labios y dejando marcas de carmín. Entonces Isadora se pone más seria.

—Estás corriendo unos riesgos terribles al encontrarte así con desconocidos —afirma—. Ni siquiera entiendes el peligro que eso supone.

—De acuerdo —replico—. Tendré cuidado.

Le cuento que acabo de recibir un correo electrónico muy provocador de alguien que me ha encontrado en Zipless y que estoy intrigada. «Quiero ser tu esclavo personal», decía.

—Ni siquiera entiendo lo que es un esclavo personal —le explico.

—Yo sí —dice Isadora—. Es alguien entrenado por una dominatrix para hacerte todas las guarradas que quieras a cambio de nada. Hay gente a la que eso le resulta muy atractivo, sobre todo a los hombres poderosos.

—¿Cómo sabes esas cosas? —le pregunto a mi amiga.

—Investigo —dice, y después añade—: Hace años, una famosa dominatrix neoyorquina solía invitarme a sus fiestas. Estaba desesperada por aparecer en mis libros. Allí vi a famosos presidentes de compañías lavando los platos con un delantal puesto. Al principio no me lo podía creer. No tenía ni idea de para qué necesitaban esa humillación. ¡Incluso le pagaban a la dominatrix por ese privilegio! Pero parece que los hombres que humillan a los demás necesitan que los humillen. El corazón humano es un bosque muy, muy oscuro, y nunca sabes cuándo vas a encontrarte con algo de lo que no serás capaz de escapar. Te recomiendo que no te la juegues. Lo que he descubierto es que, con todos los cambios que ha habido en la sociedad, los hombres están más confusos que las mujeres, y nunca se sabe cómo pueden reaccionar.

—Me imagino perfectamente por la calle llevando a mi esclavo personal atado de una correa —le digo.

—Pues no lo hagas —dice Isadora—. No tienes ni idea de los problemas que puede dar un esclavo personal. Se parecen a los Umpa-Lumpa de *Charlie y la fábrica de chocolate*. Cuando se excitan, no hay manera de tranquilizarlos. Empiezan a acosarte y llaman a sus amigos. No tienes ni idea. Lo que deberías hacer ahora es darte cuenta de lo afortunada que eres. Tendrías que apreciar y amar a Asher mientras esté aquí. Es tu media naranja. Lo último que necesitas es un esclavo personal.

Ojalá hubiera seguido el consejo de Isadora desde aquel mismo momento, pero estaba demasiado inquieta y tenía demasiada curiosidad, demasiado miedo a morir.

Quedo con el hombre que se anuncia como esclavo personal, pero me alegra decir que llevo conmigo a mi amiga Isadora para que me proteja.

—¿En qué consiste exactamente tu esclavitud? —le pregunto al candidato.

—Hago cualquier cosa que necesites, desde limpiar la casa hasta ir a la compra, o tener relaciones sexuales. Y me sentiría feliz de hacer de esclavo de las dos, ya que parece que estáis juntas. Nada sería demasiado. Me daría un gran placer servir a ambas y a quienes me ordenéis. Me puedo poner los uniformes que deseéis y trabajar las horas que hagan falta sin pedir nunca nada a cambio. Me puedo meter piedras en los zapatos a modo de penitencia, si queréis que lo haga, o dormir en la cocina detrás de la basura, o pelar patatas y alimentarme solo de las mondas...

Isadora y yo soltamos unas risitas, y entonces el esclavo parece terriblemente dolido.

—¡No os burléis de mí! —grita—. ¡No está nada bien burlarse de las obsesiones de los demás! ¡A lo mejor soy un enfermo, pero puedo hacer que vuestra vida sea maravillosa, si me dejáis! —y, al decir esto, empieza a llorar.

Isadora se disculpa por nuestra falta de sensibilidad, le pide perdón, le dice que respetamos su enfermedad y, pasándome el brazo por encima del hombro, me hace salir a toda prisa del café donde hemos quedado con él.

—¿Ahora me crees? —me pregunta cuando estamos a más de una manzana de distancia.

—Sí, sí, sí —le contesto—. Tenías razón. Nunca más voy a volver a dudar

de lo que me digas.

—Si se trata de pervertidos, ten por seguro que sé de lo que hablo —dice—. He hecho de todo, y ahora ya me aburre. ¿Para qué están los amigos, si no es para rescatarte de tus más locas fantasías? Tu marido te necesita. Sé de lo que hablo, aunque tú no lo entiendas. Tú tienes miedo de que se muera y te deje sola. Esa es la causa de tu pánico. Pero los pervertidos no te van a dar una solución para eso, te lo puedo prometer.

—¿Así que nunca te lo pasaste bien en tu época loca? ¿Nunca?

Isadora mira al infinito, buscando entre sus recuerdos. Respira con suavidad.

—¡Cuéntamelo! —le pido.

—Bueno, una vez en París había una mujer llamada la Condesa. Tenía muchos esclavos personales.

—¿Y?

—Yo estaba fascinada con ella y le pregunté si podía asistir a lo que ella llamaba una *cérémonie*. «No hay espectadores —me dijo—, solo participantes, y no estoy segura de que estés preparada». Bueno, eso sí que despertó mi curiosidad. La Condesa ya estaba muy mayor y era famosa por sus bonitas mazmorras y sus hermosos esclavos. Tardé meses, pero al final conseguí convencerla. Oye, no me hagas contarte estas cosas. No te va a hacer bien en este momento de tu vida.

—¡Cuéntamelo! —le digo.

—Bueno, pues sus esbirros me dijeron lo que tenía que ponerme y adónde debía ir, y, cuando llegué vestida de arriba abajo de terciopelo negro, con un antifaz y sin bragas, muy *Historia de O*, de todos modos insistieron en que me cambiara de atuendo. Me llevaron por un montón de pasillos oscuros hasta que empecé a marearme por el deseo y el miedo. Al final, me hicieron tumbarme sobre un altar de terciopelo donde un hombre guapísimo, su esclavo personal, me hizo un *cunnilingus* hasta que me dejó exhausta. La Condesa le daba instrucciones mientras me perforaba la piel con unos minúsculos alfileres de plata. Tenía varios esclavos varones que me bañaron, me follaron y me cantaron. Fue increíblemente erótico, es algo casi imposible de describir, como suele ser el éxtasis. Una parte del placer tenía que ver con la pérdida de control. Yo no le decía a nadie lo que tenía que hacer; de eso se encargaba la Condesa. Salvo por lo de los alfileres, solo me hizo el amor con los ojos. Yo le había cedido el control absoluto y confiaba completamente en

ella. No sé cuántas horas estuve allí, ni cuántos orgasmos tuve. Pero fue lo más excitante del mundo. Nunca había sido capaz de hablar de ello hasta ahora que lo he hecho contigo.

—¿Por qué fue tan especial? —le pregunto.

—Por perder el control de esa manera, estoy segura. Puede ser todo lo políticamente incorrecto que quieras, pero a todos nos impacta dejar de lado nuestra propia voluntad. Si no actuamos por nuestra propia voluntad, no podemos sentir ni culpa ni ambivalencia. Nos entregamos a otro. Hay gente que busca sentir eso pidiendo que la encadenen o que la aten. En cualquier caso, dejar de lado la voluntad es una experiencia sumamente erótica. No me atrevería a escribir esto, pero sé que es cierto. Somos unos seres muy raros en lo que se refiere a la sexualidad. Cada vez que creo que lo sé todo, descubro que no sé nada. La mayoría de la gente es muy poco sutil con respecto al sexo, pero la Condesa sabía que es necesario rendirse de una manera absoluta. Cuando acabó la noche, me eché a llorar en sus brazos. No podía parar. ¿Alguna vez te has rendido por completo?

—No lo sé —digo yo.

—Bueno, ahora no es el momento. Tienes demasiadas cosas que hacer. Tienes a Glinda, a tus padres y a Ash. Pero quizás en el futuro vayamos a visitar a la Condesa. Esto aún no se ha acabado. Todavía tenemos un brillante futuro por delante.

—Eres una amiga increíble —le digo—. Pero explícame una cosa: ¿por qué nunca escribirías sobre eso?

—Creo que el sexo tiene que ser totalmente secreto, pues de lo contrario puede malinterpretarse totalmente. Si escribiera lo que acabo de contarte, empezarían a preguntarme tonterías como: «¿Entonces todas las mujeres quieren ser dominadas?» o «¿Y esto qué significa para el feminismo?». No se trata de nada político. En nuestra vida privada, vivimos nuestras fantasías e incluso nuestras fantasías cambian. Lo que funciona en cierto momento de nuestra vida no tiene por qué hacerlo en otro. Es imposible generalizar sobre la sexualidad, incluso sobre la propia. La única forma de mantenerla pura es renunciar a hablar de ella. Dejarla al margen de las palabras. La sexualidad no vive en las palabras. Sin privacidad, no hay éxtasis, de modo que internet y la prensa deben dejarse de lado. Todo esto lo aprendí por las malas.

Me quedo mirándola, asombrada. Isadora es la única persona que conozco con quien podría tener una conversación así.

9. Furiosa con la edad

Soy demasiado vieja para pensar que puedes pedirle cosas a la vida y esperar que esta te las conceda, como si tuvieras una varita mágica.

ANNIE LENNOX

Ash volvió a casa. Al principio estaba muy débil. Se quedaba todo el día tumbado en la cama, quejándose por tener que quedarse tumbado en la cama. Se dedicaba a divertir a su hermano, a sus rivales, a diversos artistas que admiraba. Incluso me divertía a mí. No tenía el menor interés por el sexo. Probablemente tenía miedo de que lo matara. Yo también estaba preocupada por eso.

Digan lo que digan los animosos gurús del envejecimiento, el sexo cuando uno es mayor es muy distinto de lo que era en la juventud. La Viagra no es para todo el mundo. A mucha gente que la toma le salen lunares azules en la retina. También hay quien se desmaya. Y las bombas de vacío para conseguir una erección son muy desagradables.

Por lo menos estábamos vivos y juntos. ¿Cómo podíamos atrevernos a pedir más? Habíamos superado una situación terrible y podíamos seguir dándonos la mano en la cama.

Cuando observo a mis amigas, solo veo viudas o casi viudas. Si fuera más emprendedora, montaría un *sex shop* para viudas: un sitio al que pudieran ir a que unos jóvenes sementales se encargaran de satisfacer rápidamente sus necesidades para después volver a sus labores de abuelas, profesionales o filiales (todas sus madres son viejas-viejas, mientras que nosotras somos simplemente mayores). La definición de vejez cambia todo el tiempo. Antes pensábamos que a los sesenta uno ya era viejo. Ahora a los sesenta uno está en la flor de la vida. Pero ¿acaso la gente está dispuesta a admitirlo? Mi *sex shop* para viudas quizá no funcionara, porque las viudas se boicotearían enamorándose de los sementales, como Isadora estuvo a punto de enamorarse de los esclavos personales en París. Se les rompería el corazón. Alguien pondría una demanda, el secreto saldría a la luz y habría que cerrar el

negocio. Y todo aparecería en los periódicos.

Yo no quería ser una viuda. Era demasiado joven para ser una viuda. El mundo está lleno de mujeres de sesenta años que simulan tener cincuenta y van de un lado a otro buscando escandalosamente una manera de canalizar toda esa energía sexual.

Asher estaba tranquilo. Se sentía bien negando la realidad. Nunca pensó que podría morir. Hizo simplemente lo que le dijeron los médicos. No discutió ni tuvo ideas apocalípticas. Actuó con mucha más sensatez que yo.

Hacerse mayor implica renunciar a algunas cosas —ante todo al sexo y a tener un aspecto atractivo—, pero Ash nunca se quejó. Y siempre pensó que se pondría bien. Me encantaba su optimismo. «Hay que ver el lado positivo, aunque no lo haya», había dicho Dashiell Hammett. Asher podría haber afirmado lo mismo, si hubiera sido un escritor curtido en lugar de un multimillonario curtido con un corazón tierno.

—No quiero ser una viuda —le digo a Isadora por teléfono.

—Nadie quiere —contesta ella.

—Temo no encontrarme con una erección nunca más.

—Ah, «el viejo mete-y-saca», como lo llamó Anthony Burgess. Probablemente, algo sobrevalorado. Ten paciencia. Hay un millón de maneras distintas de tener relaciones sexuales. Ya te lo he dicho. A lo mejor necesitas pensar sobre por qué tienes una necesidad tan grande de ejercer el control.

—¿Me estás reprochando algo? —le pregunto.

—Por supuesto que no —dice Isadora—. Me parece que lo único que pasa es que tienes una concepción del sexo demasiado limitada, como si fuera una forma de masaje de tejido profundo, y puede ser mucho más. Relájate. Relájate de una puta vez. No tienes por qué controlar todo el universo.

¿Cuál era el problema de las mujeres de mi generación? Pensábamos que estaríamos cada vez mejor. Pensábamos que la guerra y las enfermedades solo afectarían a la gente que vive al otro lado del mundo. Incluso después del 11-S —que, según se dijo, lo cambió todo—, seguimos creyendo que teníamos una vida privilegiada y que no había nada que el bótox no pudiera

arreglar. Tendríamos que habernos preparado para el calentamiento global, para el fin del mundo y para la pérdida de nuestros seres queridos, pero no lo hicimos. Como de costumbre, permanecemos centradas en la superficie. ¿Qué hacía falta para que la gente abriera los ojos y tomara conciencia del peligro que nos amenazaba a todos?

Con frecuencia me imaginaba a los noventa años, viviendo en lo alto de un rascacielos a punto de desmoronarse en medio de una tremenda inundación. Alrededor de los edificios circularían pequeños barcos tratando de salvar a los rezagados, pero yo no querría que me salvaran. Antes de que mi edificio se viniera abajo, saltaría entre las olas y me hundiría lentamente. ¿Para qué iba a querer seguir viviendo en un mundo así?

Ash me llamó desde el dormitorio.

—Solo quería verte la cara.

—¿Necesitas algo?

—Solo a ti.

—¿Por qué estás tan alegre?

—Esto es lo que he entendido —dijo—. Tenía una parte de la aorta muy débil y se ha dilatado, y me han puesto una tela mucho más resistente, que puede durar décadas. Además, ¿para qué sirve preocuparse?

—Eso es verdad. Pero yo me preocupo si no me preocupo.

—Eso es porque tú empleas las palabras supersticiosamente, como si eso sirviera para alejar los fantasmas.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no funciona?

Los dos nos reímos y nos abrazamos. ¿Qué demonios haría yo sin él?

—Dios, eso duele.

—¿Qué?

Se levantó la pernera del pijama y tenía una enorme hinchazón roja en el muslo, donde le habían sacado una vena para hacerle el injerto. Debajo de la incisión había pus.

—Pero eso tiene un aspecto horrible —le dije—. Las peores infecciones son las que se cogen en los hospitales. Podrías tener el MARSA o algo así. Voy a llamar al médico.

—No seas ridícula. No es nada.

—De lo único que estoy segura es de que es algo.

Él intentó detenerme, hacerme creer que no era nada, convencer al médico de que no era nada, pero pasaron los días y cada vez estaba peor.

Al cabo de una semana volvimos al hospital para que le miraran la pierna.

—Es un absceso, está claro —dijo el médico.

Abrió la herida por los bordes y salió supurando una cosa amarilla verdosa. Miré la herida y vi los glóbulos blancos y el fluido y la supuración, y me pareció que estaba ante la mismísima materia primordial. Me dio un mareo. Me fallaron las rodillas y, muy asustada, caí al suelo. Cuando volví en mí, a Asher le habían puesto una inyección de penicilina y le habían limpiado y vendado el tajo que tenía en la pierna.

—Es la primera vez en mi vida que me desmayo —dije—. Debe de ser que te quiero mucho. No hay nada mejor que una buena herida para demostrar la fragilidad de la carne.

—Solo a ti se te ocurriría verlo así —afirmó él.

Durante las siguientes cuatro semanas ni siquiera intentamos hacer el amor. Ash tomaba toda clase de medicinas para bajar la tensión arterial y estaba agotado. Pero cuando al fin lo hicimos quedó claro que había un problema. La medicina moderna ha inventado un término para definirlo: *disfunción eréctil*. Por suerte, la medicina moderna también ha inventado un remedio para solucionarlo: la Viagra. El problema era que la Viagra hacía que a Asher le salieran esas infames manchas azules, que viera borroso hasta el punto de que creía estar volviéndose ciego y que tuviera la sensación de que le había pasado un camión por encima.

—Siempre puedes usar una bomba de vacío —le dije. Unas amigas me habían informado sobre esta materia.

—¿Qué es una bomba de vacío?

—*Su pene crecerá hasta alcanzar un tamaño asombroso gracias a la bomba de vacío. Un placer sensual, sensacional y sedoso. Puede emplearse en modo hinchable o electrónico.*

—Suenan espantoso.

—Me han dicho que puede ser muy *sexy*.

—Pues a mí me parece peligroso. Como si fuera a hacer que se me cayera el pene.

—Hay otras cosas. Puedes preguntarle a tu urólogo.

Entonces empezamos la búsqueda de un método que nos proporcionara la erección que deseábamos.

Resultó evidente que no éramos los únicos que estábamos en esa situación. La farmacopea contenía una innumerable variedad de respuestas, desde

inyecciones hasta implantes, desde anillos hasta bombas. La nuestra era la generación que no se rendía nunca. El orgasmo era uno de nuestros derechos fundamentales.

Comencé a investigar en internet buscando juguetes sexuales. No solo había bombas de vacío, vibradores, anillos, varitas y geles lubricantes; también encontré un montón de ecologistas que advertían de los peligros que conllevaban los juguetes sexuales. Por lo visto, contenían sustancias tóxicas. Por lo visto, su producción no estaba regulada. Por lo visto, se podría escribir un escandaloso volumen sobre los objetos peligrosos que la gente se metía en el interior del cuerpo o se colocaba en el exterior. Algunos soltaban gases, otros se desintegraban al entrar en contacto con agua y jabón o con los fluidos corporales. No había ningún organismo público que los supervisara. Y, a pesar de todo, se vendían a paladas. Por lo visto, a nadie le preocupaban en absoluto los riesgos que suponían estos productos, salvo a unos pocos ecologistas aguafiestas.

Pero a Asher ninguno de esos juguetes le parecía erótico. Los consoladores eran tan grandes que hacían que él se sintiera pequeño. Las bombas de vacío las encontraba peligrosas. Los anillos, también. Quizá todavía estuviera demasiado cansado para considerar estas opciones. Tenía que haber otra solución.

Cuando intentábamos hacer el amor, era evidente que no íbamos a acabar dándonos la mano metidos cada uno en una bañera, como en un anuncio de algún producto para lograr la erección que habíamos visto. Había muchísimos anuncios de cada uno de estos productos que empleaban metáforas sumamente extrañas: una calle que empieza a desaparecer y se convierte en una selva exuberante; una pareja ascendiendo por el aire en un globo aerostático multicolor; una hermosa chica inglesa en el Caribe tranquilizando a su «amorcito»; una pareja de ancianos cosechando pepinos, y, por último, esa imagen absurda de los amantes dándose la mano, cada uno metido en una bañera de lo más obsoleta. ¿Qué demente habría ideado eso? Nosotros estábamos ahí acostados, mirando una polla floja.

Hasta que tu pareja no está a punto de morirse, nunca piensas en serio en tu propia mortalidad. Hasta que no renuncias al sexo, nunca piensas que eres viejo. Ahora pensaba que era vieja y no me gustaba nada. No me gustaban los pelos que me crecían en la barbilla. No me gustaba teñirme las cejas. Quería

recuperar mi juventud, aunque tuviera que soportar todos sus sufrimientos. Envidio a los jóvenes, y ellos ni siquiera saben que son envidiables. Yo, desde luego, no lo sabía cuando era joven.

Odio, odio, odio envejecer. Vendería mi alma al diablo para seguir siendo joven. Y entonces comienza a surgir una idea para una obra de teatro.

Estoy furiosa con la edad. Por ello he contratado a diversos dermatólogos, maestros de yoga, entrenadores, nutricionistas, naturópatas, fisioterapeutas y médicos, tanto alternativos como convencionales.

En Nueva York no faltan los especialistas en combatir la edad: desde dermatólogos que te extraen grasa y la reutilizan hasta expertos en congelarte los músculos faciales con toxinas. Hay limpiadores y raspadores, inyectores y liposccionadores. Hay revestidores cutáneos, fraxelistas —si no taxidermistas—, reductores de poros y reguladores de manchas rojizas para quienes padecen rosácea. Hay cirujanos plásticos y acupuntores, e incluso hipnotizadores que te hacen regresar a una juventud falsa que tú sueñas que es real. Pero yo quiero más. Yo quiero magia.

Mientras Ash se iba recuperando poco a poco, un antiguo amigo mío llegó a Nueva York. Era un actor mayor y habíamos flirteado durante décadas, tanto en el escenario como fuera de él. Siguiendo el consejo que me había dado Isadora unos días antes, en el almuerzo, pensé que sería menos arriesgado quedar con él que con un desconocido de Zipless, pero el plan era lo bastante prometedor como para provocarme cierta excitación. El futuro me asustaba, de modo que acepté quedar con él en su hotel, un sitio nuevo y de lo más *chic* situado en el centro de la ciudad.

Era uno de esos actores protagonistas que en su juventud interpretaban a James Bond y ahora hacían de malvados papas de la familia Borgia. Era inglés, se había formado en la Real Academia de Arte Dramático y tenía una belleza que daba un poco de miedo, con sus pómulos hundidos, sus ojos verdes y profundos, sus cejas pobladas y su voz sonora. Con frecuencia bromeaba diciendo que, si llegaba a hacerse mucho más viejo, acabarían llamándolo para hacer de Nosferatu.

—Por fin voy a interpretar a un viejo vampiro —me dijo, dándome un abrazo en la puerta de su *suite*.

—¿Tengo que decirte *mazel tov*[\[15\]](#)? —le pregunté.

—Creo que lo que tienes que hacer es coger una cruz —dijo él—. Para protegerte.

Yo sabía que siempre le había gustado y él sabía que siempre me había gustado a mí. Estas cosas se saben. Por supuesto, ambos estábamos casados —con otras personas—, lo cual siempre es de gran ayuda.

Se llamaba Nigel Cavendish y habíamos interpretado a Shakespeare juntos durante toda una temporada hacía un millón de años.

Nos quedamos en su *suite*. Ninguno de los dos bebió ni una gota, debido a que ambos estábamos participando en programas de Alcohólicos Anónimos.

Entonces, cuando nos besamos para decirnos adiós, el adiós se convirtió en hola y él le dio un trago a una botella de Amarone que le había enviado su productor y yo me emborraché con los vapores. Antes de poder darnos cuenta, estábamos medio desnudos en el suelo, acariciándonos con ternura los envejecidos cuerpos.

—¿Vamos al dormitorio? —me preguntó, señalándolo con la cabeza.

Tenía una cabeza hermosa y con abundante pelo (aunque ya bastante plateado). Yo asentí, y un instante después estábamos sobre, o más bien dentro del *letto matrimoniale*, que no sé si era Queen o King Size.

—Siempre te he deseado —dijo él.

—Yo también —contesté yo.

Y no añadí nada más porque nos estábamos besando muy intensamente. Y poco después empezó a chuparme los pezones y a tocarme el coño. Y luego comenzó a lamérmelo con entusiasmo. Y luego se puso un condón en su preciosa polla, y para entonces ya me pareció que era demasiado tarde para negarme.

—¿Vamos? —preguntó muy caballerosamente. Pero no esperó a que la dama contestara y empezó a penetrarme.

Estuvimos haciendo «la bestia de dos espaldas» durante lo que parecieron largas horas. Nos susurramos y murmuramos y besamos y abrazamos y lamimos todo lo que quedaba al alcance de nuestras lenguas, pero ninguno de los dos se acercaba al clímax. Ninguno de los dos podía relajarse. Ninguno podía relajarse de una puta vez. Los dos necesitábamos no perder el control.

—Me ha parecido ver a la buena de mi mujer, Vivienne, atravesando la pared —me confesó.

—No pienses en ella —le dije, pero yo era incapaz de no pensar en Asher. Nunca podía dejar de pensar en él. Lo llevaba en los huesos.

Nigel y yo probamos toda clase de cambios de postura y caricias y mordisquitos con mucha osadía, pero no pasaba nada. En el lugar de encuentro de nuestros cuerpos no rompió una ola, ni salió el sol, ni cayó un rayo.

—Le prometí a Vivienne que no haría esto nunca más —dijo Nigel—. Y ella viene mañana.

—No te preocupes —susurré.

—No quiero dejarte tirada —murmuró.

—No te preocupes —volví a decirle—. No es un buen momento. Los dos estamos preocupados por otras cosas.

—¿Quizá la próxima vez que nos veamos? —preguntó.

—Claro —le dije—. Claro.

A las mujeres de mi generación nos resulta tan fácil mentir como besar.

Luego, en el salón de su *suite*, nos pusimos a comer caviar y paté. Él tomó un poco de Amarone y yo, agua mineral.

—¿Seguimos siendo amigos? —preguntó.

—Amigos amantes —dije yo—. Ya llegará nuestra oportunidad.

Pero sabía que nuestra oportunidad nunca llegaría, porque no teníamos esa clase de vínculo. No todas las parejas pueden convertirse en amantes, por mucho que piensen que deberían serlo. Las estrellas tienen que alinearse de determinada manera. Hay que poder dejar de lado las preocupaciones. Las esposas no pueden aparecer atravesando paredes, ni los maridos pueden estar en casa recuperándose de ataques al corazón. Deben juntarse muchas cosas para que dos personas puedan unirse. Yo ya sabía eso, pero, por algún motivo, lo había olvidado. ¡Y encontrarme con Nigel solo me hizo echar más de menos a Ash! Es curioso que tuviera que estar con Nigel para darme cuenta de lo unida que me sentía a Ash. Tuve mucha suerte de no quedarme atrapada en alguno de mis diversos experimentos.

Más tarde, aquella noche, tuve un sueño en el que tenía treinta años menos, como por arte de magia. Me hallaba con Nigel. Los dos nos encontrábamos en una etapa entre matrimonios y estábamos completamente abiertos, no como cuando nos habíamos visto ese mismo día. Teníamos nuestras respectivas vidas románticas por delante, no por detrás. Porque envejecer no tiene que ver solo con la carne, sino también con las grandes expectativas que

ponemos en la juventud.

Y entonces fue cuando empecé a escribir la obra. Mientras Asher se recuperaba, me sumergí en una fantasía surgida de lo furiosa que estaba con la edad. En ella, una mujer, desesperada por el paso de los años, descubre una manera de dar marcha atrás. O eso cree ella. Me puse a investigar para escribir la obra. Leí todo lo que pude encontrar sobre transformaciones mágicas. Vi películas. Busqué conjuros y hechizos en grimorios.

Mi obra comenzaba con dos amigas de cierta edad —¿Isadora y yo?— sentadas delante de una mesa en un escenario vacío:

—¿No quieres volver a ser joven?

—¿Estás de broma? Vendería mi alma por ello.

Quizá hasta pudiera convencer a Isadora de que la escribiéramos juntas. Sería muy interesante colaborar con una escritora de verdad.

—Yo sueño con volver a ser joven —dice mi personaje.

—Yo también —replica el personaje de Isadora.

—Lo único que quiero es ser treinta años más joven, sabiendo lo que sé ahora.

—Estoy contigo. Bueno, ¿cómo lo hacemos? ¿Usamos conjuros? ¿Pociones? ¿Pensamiento mágico?

—¿Conoces a alguna bruja que pueda ayudarnos?

—No hay tal posibilidad. Ya he buscado.

—Me parece increíble.

—Porque cuando éramos jóvenes no apreciábamos nuestra juventud. ¡Eso es lo que me vuelve loca!

—No sabíamos el poder que teníamos, ni cómo emplearlo.

—Es cierto. Totalmente cierto.

—Tú conocías a un montón de hechiceros. ¿Sigues teniendo sus números de teléfono? Probablemente ahora usen el correo electrónico. Hechiceros.com.

—Bueno, pues encuéntralos. O lo haré yo.

La idea era contar la historia de una mujer que vuelve a ser joven gracias a la brujería.

Mi heroína recibía la visita de un hombre que afirmaba ser Mefistófeles. Podría interpretarlo mi amigo Nigel. Afirmaba que podía satisfacer «el deseo

que no se atreve a pronunciar su nombre». Se trataba, por supuesto, del deseo de volver a la juventud, el deseo más faustiano de todos.

Entonces inventé unos personajes que parecían sacados de un desfile de Halloween: dos hechiceros, probablemente homosexuales, y una vieja bruja que venía a tentar a mi heroína con la ilusión de invertir los efectos de la edad. Y ella se metía hasta el tuétano, y vendía su alma sin dudarle firmando el contrato con sangre. Entonces, milagrosamente, volvía a ser joven. ¿O quizá solo creía que había vuelto a serlo?

Nunca había escrito una obra de teatro antes, pero me impliqué a fondo en ella y la llené con mis fantasías más delirantes sobre la magia y los viajes en el tiempo. Mis hechiceros llevaban unas capas largas y tenían sofisticados *piercings* en el cuerpo. Mi vieja bruja iba vestida como una Lady Gaga puesta hasta arriba de esteroides.

Yo apenas sabía lo que hacía, pero tal vez me acompañara la suerte del principiante. Los diálogos comenzaron a fluir.

—¿Hasta qué punto lo quieres y cuánto estás dispuesta a pagar? —pregunta Mefis.

—¿Qué clase de pago tengo que hacer? —pregunta mi heroína.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dice Mefis—. ¿Qué es la magia sino un serio intento de cambiar?

—El tiempo era mi amigo. Ahora pasa cada vez más rápido —dice mi heroína.

—¿Hasta qué punto quieres detenerlo? —pregunta Mefis.

Y así seguía. Me estaba divirtiendo, jugando sobre el papel. Era algo nuevo para mí. Me dejé llevar por completo y permití que la fantasía se apoderara del proceso. Isadora me contó que todos los libros que ella había escrito eran un autoanálisis completo. Empecé a entender lo que quería decir. La fantasía puede conducirte hasta la realidad, pero para eso tienes que estar abierta.

A medida que veía cómo mi heroína se iba transformando, me fui preocupando por el precio que tendría que pagar. ¿Su alma? ¿Su hija o su nieta? Seguí tecleando delante del ordenador con el corazón acelerado por el pánico.

Entretanto, mi teléfono seguía pitando cada vez que un amante potencial me escribía un mensaje. Tuve conversaciones largas y coquetas con algunos de ellos y sexo telefónico con otros, pero la enfermedad, la muerte y mi obra no dejaban de interrumpirnos. Mi obra me tenía atrapada por el cuello. Me

estaba enseñando una nueva clase de libertad. Además, había pensado que ya no quería distraerme con lo de Zipless. La enfermedad de Asher me había desconcertado, porque había dado por hecho que podía contar con su amor.

¿Quiénes eran mis brujos ficticios y qué significaban? Nunca te hagas esas preguntas cuando estés escribiendo. Pueden paralizarte. Solo tienes que confiar en que, si tú crees en tus personajes, otros también lo harán. Esto es algo que yo aprendí por las malas. Cuando pensaba en mi obra de un modo demasiado crítico, no era capaz de escribir. Isadora también me lo había dicho.

En la mayor parte de las transformaciones faustianas, el aficionado a la magia acaba recibiendo un castigo. No debemos jugar con el tiempo y el diablo. Desafiar a los dioses es una prueba de falta de humildad que casi siempre resulta fatal.

Me parecía que solo estaba divirtiéndome con un relato antiguo. ¿Por qué, entonces, me encontraba tan asustada?

Lo que no sabía entonces era que, para quien escribe, un relato no es solo un relato, también es un amuleto. Como me había pasado la vida pronunciando palabras ajenas, era muy inocente al respecto. Sí, había escrito algunos guiones, pero nunca un relato que surgiera de mi propia alma.

Poco a poco me fui dando cuenta de que estaba escribiendo sobre cuestiones relacionadas con la vida y la muerte y de que las estaba tratando a la ligera. Tomé muchísimas notas sobre cómo concluir la obra. Los comienzos son fáciles, y los finales, complicados. ¿Era una comedia o una tragedia? ¿Mi heroína realmente tenía una segunda oportunidad de ser joven o sus propias fantasías la traicionaban? ¿El tono debía ser satírico o triste? ¿O una mezcla? Mientras meditaba sobre estas cosas, organicé un largo viaje a la India con Asher. Probablemente él quería ir porque pensaba que se estaba muriendo y que ese sería su último viaje. Cada uno tiene su propia imagen de la India, pero muchos la asociamos con el concepto hindú de la reencarnación.

Isadora y yo estamos de nuevo al teléfono. Yo estoy en mi apartamento y ella está en el suyo. Belinda Ladrinsky se encuentra enferma y no quiero dejarla sola.

VANESSA

Estoy escribiendo una obra de teatro y tú has dejado de escribir. ¿Qué está pasando aquí? ¡Esto es de locos!

ISADORA

Bueno, tengo que contarte una cosa. No se lo he contado a nadie y no quería hacerlo, porque me daba miedo gafarlo. He estado escribiendo fantasías.

VANESSA

¿Fantasías? ¿Qué quieres decir?

ISADORA

No tengo ni idea de lo que quiero decir. Hay unos personajes que van a otros planetas. Descubren los planetas Ricitos de Oro. Se marchan de la Tierra, que está toda contaminada, y crean utopías en esos mundos vírgenes. Dejan atrás a los hermanos Koch y las empresas malvadas que intentan destruir la Tierra, y los planetas Ricitos de Oro ya no están tan lejos, sino que, de pronto, se encuentran lo bastante cerca como para que podamos poblarlos. Pero hay un proceso de selección muy estricto. La gente elegida tiene que ser amable y amar el medio ambiente, los perros, los árboles, las flores... ¡Sobre todo los perros! ¡Sobre todo a los caniches!

VANESSA

Creo que es estupendo que estés escribiendo, pero ¿de verdad crees que puedes hacer una criba así y solo dejar que la gente buena se suba a una nave espacial?

ISADORA

Ya te dije que era una cosa fantástica.

VANESSA

Bueno, pues la verdad es que suena muy fantástico, sí, porque ya sabemos que es imposible hacer una criba y quedarse solo con la gente buena... A mí me parece imposible.

ISADORA

Probablemente sea imposible, pero ya te he dicho que es una ficción utópica. Lo cierto es que no sé dónde estoy yendo con todo esto. Tengo un miedo terrible porque nadie espera esto de mí. No soy conocida por esto. Soy conocida por escribir honestamente sobre las mujeres y el sexo y bla, bla, bla... ¡Y estoy harta de eso!

VANESSA

Entiendo muy bien que te hartes de lo que se espera de ti. Todo el mundo se harta de sentirse encasillado. Me acuerdo de cuando querían que siguiera interpretando a la zorra de Blair eternamente. ¡Me ponía enferma! Quise montar

una obra haciendo del rey Lear y nadie aceptó producirla. Quise interpretar a Macbeth siendo mujer y que un hombre hiciera de Lady Macbeth y nadie aceptó producir eso tampoco. Quise hacer un Hamlet femenino, ¿te acuerdas?

ISADORA

(Risas.)

VANESSA

¿Y te acuerdas de cuando intenté que hicieran una película basada en uno de tus libros?

ISADORA

¿Qué libro era?

VANESSA

¡Pero si ya lo sabes! Estaba ambientado en la antigua Roma. Creo que se llamaba *Livia*. Iba sobre la esposa de Augusto. ¿Te acuerdas? Tenía una mujer llamada Livia que tenía una villa impresionante llena de murales de aves y flores. Los frescos están en uno de los museos municipales de Roma. Son increíblemente hermosos. Pero nadie quiso producir una película sobre Livia. Todo el mundo me decía que debería ser sobre Augusto, porque el emperador era él, y que a nadie le importaba una mierda su esposa. Aunque era brillante y guapa y una mujer muy poderosa en la Roma de la época, nadie quiso producir una película sobre una mujer.

ISADORA

Sí, me acuerdo vagamente. ¡Eso fue hace bastante!

VANESSA

Bueno, ya lo he entendido... Estás escribiendo esas fantasías y no se lo has contado a nadie. ¿Quién es la heroína?

ISADORA

Ya basta de heroínas y de héroes. Somos seres humanos. Algunos estamos dominados por lo que ocurre de cintura para abajo y otros no, pero todos somos seres humanos ambivalentes, vacilantes y quejicas. Somos demasiado listos para tener un cuerpo tan frágil. Somos demasiado inteligentes para ser mortales. Lo que yo quería, ante todo, era imaginarme una gente sin género, lo bastante lista como para saber que con el tiempo morirá y actuar en consecuencia.

VANESSA

¿Me vas a dejar leer algunas páginas?

ISADORA

Desde luego que no. Lo estoy escribiendo solo para mí. No es para publicarlo. No es para que lo lean los amigos.

VANESSA

Piénsalo un poco, querida...

ISADORA

Lo estoy pensando...

10. Perros viejos

Para poder disfrutar de verdad de un perro, no se puede tratar de adiestrarlo para que sea semihumano. Lo interesante es abrirse a la posibilidad de convertirse parcialmente en perro.

EDWARD HOAGLAND

Y después Belinda, mi perrita, murió.

Belinda ya está vieja. Eso es lo malo de los perros. Los quieres y los pierdes. Una mañana, se niega a levantarse. Se queda echada, incapaz de moverse, jadeando, con el hocico seco y unas enormes lágrimas grises y viscosas cayéndosele de los ojos. La llevo en brazos al piso de abajo y tomo un taxi rumbo a la clínica veterinaria.

La mayor parte de los humanos que están allí esperando con sus transportines y sus correas y sus cochecitos para perros son mujeres de mediana edad. Solo hay unos pocos hombres. De los transportines salen gorjeos y maullidos, y los perros babean y resuellan. De vez en cuando, una serpiente asoma la cabeza de su transportín, como si ya estuviéramos en la India, o en el Jardín del Edén.

Sentimos apego. Proyectamos nuestros miedos y deseos sobre nuestros animales de compañía.

—Max, siéntate —dice una rubia con la cara cubierta de tiritas.

Los hijos se marchan de la casa, pero los perros se quedan. Perros incontinentes como ancianas, perros con verrugas, perros con ruedas en lugar de patas. Mientras espero para que le hagan una radiografía de pecho y diversos análisis de sangre a Belinda, contemplo una amplia gama de interacciones entre humanos y animales. Mujeres convencidas de que sus gatos son sus bebés, pájaros heridos, perros con una pata trasera coja.

Espero un largo rato. Me leo todas las revistas de animales que hay. Me bebo un brebaje con un ligero parecido a un café demasiado azucarado que saco de una máquina expendedora. Al final aparece un veterinario que se pone a hablarme como si tuviera tres años.

—Belinda no está nada bien. Es una caniche muy mayor. Sufre una crisis, probablemente por lo de la enfermedad de Addison. Bueno, tiene cuarenta y uno de fiebre y crepitaciones en un lóbulo de un pulmón. Deberá quedarse a

pasar aquí la noche. ¿Sería tan amable de pasar por caja?

¿Qué puedo decir? ¿Que cuiden gratis a mi perrita enferma?

Por supuesto, me acerco al encargado de los cobros con mi tarjeta de crédito. Después de abonar miles de dólares, me invitan a ver a Belinda en la uci perruna. Parece muerta hasta que levanta la vista y me mira perpleja con sus ojazos.

Luego se la llevan para hacerle más análisis y me vuelven a decir que deje que Belinda pase la noche allí.

Le pusimos Belinda Ladrinsky porque era una ladradora muy alegre, una caniche grande y negra que solía dar vueltas en círculos y no dejaba que su felicidad pasara inadvertida. Le encantaba a todo el mundo, desde los desconocidos que la veían por la calle hasta los amantes de los perros y los gatos, pasando por la gente que no amaba a nadie.

Como los perros viven poco tiempo, representan etapas de nuestras vidas. Belinda vino a nosotros cuando yo tenía cincuenta y tantos y me acompañó en numerosas pérdidas. Era lista y dulce, cariñosa como un chucho recogido en la calle y feliz como un cachorrito saltarín de bichón. Cuando durante los siguientes días iba a verla a la uci, siempre se animaba al oír mi voz.

Siempre me habían encantado los caniches, pero nunca había tenido uno. Belinda fue la primera. Cuando la vi, empecé a preguntarle: «¿Tú eres mi perrita?», y ella no dejaba de ladrar. Yo lo tomé como un sí.

Todas las noches seguía la misma rutina. Se quedaba dormida en mi despacho y, después, cuando se despertaba a las tres, se metía en nuestra cama. Nos despertábamos con sus suspiros peludos a nuestros pies. Era una lección diaria sobre el vivir día a día. Las expectativas y el arrepentimiento no estaban en su vocabulario. Lo que más nos habría gustado era ser como ella. *Vive el momento*, nos decimos. Pero solo nuestros perros pueden poner eso en práctica completamente. Son nuestros maestros zen. Queremos emularlos, pero rara vez lo conseguimos del todo.

Cometí el error de permitir que los veterinarios le quitaran un tumor que tenía en el costado. Era benigno, pero la operación fue el principio del fin. Al intentar salvar a mi preciosa Belinda, quizá precipitara su fallecimiento. Es posible que nunca me perdone a mí misma, pero sé que ella lo ha hecho.

Era una perrita absolutamente extraordinaria. Tenía el pelo negro como el cielo nocturno cuando no hay luna, los ojos marrones como el chocolate sin leche o, por qué no, como los «olivos eternos», y las patitas peludas y con

unas uñas de ébano que repiqueteaban contra el suelo cuando se ponía a dar saltitos.

El criador la había llamado Bella, pero nosotros preferíamos Belinda, un nombre dieciochesco procedente de *El rizo robado*, de Alexander Pope.

*Ahora los perros falderos se agitan en el sueño
y los amantes insomnes, a las doce en punto, despiertan:
sonó tres veces la campana, la pantufla golpeó el suelo
y el reloj de repetición contestó con un sonido plateado.
Belinda yacía quieta en su almohadón mullido;
su silfo guardián prolongaba su balsámico descanso,
pues él había enviado a su lecho silencioso
el sueño matinal que se cernía sobre su cabeza.*

En la placa de plata con forma de hueso que compramos para que llevara en el collar, hicimos que pusieran la siguiente inscripción: «Yo cuido a Vanessa y a Asher. ¿Sería tan amable, señor, de decirme a qué perro pertenece usted?»^[16]. Sabíamos, por lo tanto, que era una perrita muy ingeniosa, versada en literatura inglesa. Como yo, no tenía ningún título, pero no por ello era menos lista. Como mi abuelo ruso, era autodidacta.

Supe que la amaba porque la primera vez que me vomitó encima, en el coche, no me molestó en absoluto. Era como si la hubiera parido. Un vómito es un vómito, pero el vómito de un hijo es como si fuera propio.

Era una caniche de pedigri noble, pero, como muchos aristócratas, tenía un defecto genético debido a la endogamia. Cualquier chucho recogido en la calle habría sido más robusto y vigoroso. Pero Belinda padecía, al igual que John Fitzgerald Kennedy, la enfermedad de Addison. Sus glándulas suprarrenales habían dejado de funcionar cuando tenía solo cinco años. ¿O quizá fuera a los seis? Eso hizo que la quisiéramos más, porque requería más cuidados. Ah, sabíamos que estábamos locos por ella, pero no nos avergonzábamos. La amábamos. El amor no se avergüenza nunca. ¿Acaso el amor realmente significa que no hace falta pedir perdón?

Era encantadoramente previsible: su cama, el suelo, nuestra cama a las tres de la mañana. Con frecuencia, sus filosóficos suspiros perrunos me despertaban a las siete. Rara vez se tiraba un pedo, pero sus suspiros eran muy profundos.

Y, si se tiraba un pedo, nos parecía que la complejidad del aroma era otra señal de su humanidad. No solo le encantaban las galletas, sino también los *bagels*, el salmón ahumado y el hígado picado. Tenía unos gustos completamente yidis. Era una caniche judía. Podríamos decir que era una *judiche*. Pero no tenía nada de mal genio; era dulce y cariñosa. Quería a todos los perros, incluso a esos que tienen un ladrido muy agudo. Y a los niños.

No la queríamos por las miradas de admiración que atraía en las calles de Nueva York. No. La queríamos por su intuición y sus habilidades conversacionales. Ella nos conocía. Profundamente. Y creía que nosotros la conocíamos a ella.

En *Orlando*, Virginia Woolf afirma que los perros no tienen conversación. No estoy de acuerdo. La conversación de Belinda era infinitamente más ingeniosa que la mayoría de los comentarios que se oyen en las cenas benéficas, esa particular forma de tortura propiciada por la sociedad neoyorquina.

¿Por qué debemos exhibir nuestra caridad en público, si la auténtica caridad es anónima? Admiro mucho a esas personas que dan todo el tiempo y que se niegan a que les pongan su nombre a los edificios.

En cuanto a las conversaciones que tienen lugar entre los filántropos encantados de conocerse, son prácticamente inaudibles. Nadie oye ni una palabra por encima de los falsos cumplidos y el ruido que hacen las copas al brindar. Y, si se oyera algo, los lugares comunes apenas estimularían el pensamiento, a diferencia de los suspiros de Belinda.

Sus suspiros alcanzaban profundidades insondables. Sus suspiros eran la más auténtica de las conversaciones, ya que hablaban de olores y sabores y madrigueras y ciervos. ¿Puede haber una conversación mejor que esa?

La naturaleza es la mejor conversadora.

A diferencia de los perros varones que he tenido, nunca se escapó. Tenía muy claro que quería quedarse en un lugar seguro. Pero ¿qué es la seguridad para las criaturas mortales? ¿Acaso existe?

Quisiera proponer una reflexión. Pasamos por este mundo rápidamente y solo una vez, o dos. ¿Quién lo sabe? Tal vez los hindúes estén en lo cierto y nazcamos una y otra vez, adoptando diferentes formas. Estoy segura de que en una vida anterior fui un perro, y por eso tengo un excelente sentido del

olfato y mucha empatía hacia los canes. Soy capaz de distinguir al instante si un perfume está hecho de rosas o de jazmín, y un armario mohoso me desagrada más que una alcantarilla. En Nueva York hay muchas ancianas que llenan los ascensores de unos penetrantes olores a alcanfor cada vez que exhuman sus viejos abrigos de piel. De verdad, detesto ese olor.

No sé por qué el alcanfor me desagrada tanto, salvo que en otra vida fuera una polilla o una mariposa. Pero me estoy desviando del tema, y los actores no debemos desviarnos del tema. Debemos atenernos al guion. No somos escritores.

Cuando Belinda salió del hospital y volvió a casa, comenzó a seguir una rutina imposible. Se quedaba acostada en su cama, aparentemente muerta, durante horas. Decidíamos dejarla morir y, entonces, se levantaba y bebía agua, comía algo y volvía a echarse.

Yo llamaba al veterinario para que le hiciera la eutanasia. Después cancelaba la cita. La decisión era mía, pero no me sentía capaz de tomarla. Cada vez que mejoraba, me convencía de que ya se había curado.

Pero Belinda tenía la enfermedad de Addison, de modo que no le resultaba posible curarse. Los veterinarios le extirparon el lipoma que tenía en la cadera, pero la herida no terminaba de cicatrizar. Probamos de todo, desde vendajes compresivos hasta extraños antibióticos que costaban veinte dólares la pastilla. Probamos a meterla en una cámara aséptica para protegernos del MARSA y de la *E. coli*, que la atacaban constantemente. Nos gastamos una fortuna en veterinarios y clínicas.

—¿Qué hacemos, Belinda? Dame una señal, un ladrido, un mordisco, un lametazo. Háblame.

Sentía de verdad que ella podía hablar, pero aún no había podido tomar una decisión. Tuve incontables conversaciones con ella durante las cuales sopesábamos las distintas alternativas, considerábamos la transmigración de las almas, su vida anterior, su próxima vida, y las mías. ¿Volveríamos a encontrarnos alguna vez? ¿En este planeta o en otro? Estábamos destinadas a acompañarnos, de eso estaba segura.

Pero su cadera derecha se había convertido en una oquedad sanguinolenta de la que asomaban unos músculos cubiertos de pus. ¿Y si me contagiaba el MARSA o la *E. coli*? ¿Y si se contagiaba mi marido? ¿O mi hija

embarazada? Le pregunté a Belinda si estaba lista para partir. Ella me dijo que esa decisión la tenía que tomar yo, lo cual era todavía peor que seguir en aquel limbo.

Entonces llamé al veterinario por última vez. Le cogí la pata buena a Belinda mientras el veterinario le ponía una inyección para mandarla al olvido. La larga lengua rosa se le quedó colgando, asomada entre los labios negros. Le cerramos esos ojazos castaños que tenía. Se había marchado.

Durante meses estuve oyéndola corretear por el apartamento. A veces se abría una puerta y yo estaba segura de que era Belinda. A veces entraba una ráfaga de viento seguida por un suspiro, un ladrido suave, casi inaudible. La veía en el suelo, al pie de nuestra cama. La veía en la bañera, donde le gustaba tanto dormir en las calurosas noches de verano. La veía en la calle, dando un paseo. Sufría por su ausencia. Pero estaba muerta, y mi madre, que tenía prácticamente cien años, seguía viva.

Mi casi centenaria progenitora hacía mucho tiempo que había dejado de ser la madre feroz con la que yo me medía. Ahora deambulaba entre el sueño y el sentimentalismo. Apenas era capaz de hablar, ella, que había sido tan locuaz.

La muerte puede ser —¿nos atrevemos a decirlo?— una bendición. Los griegos, que lo sabían todo, sabían que la inmortalidad sin juventud era algo mucho más temible que deseable. Pero ¿quién escucha a los antiguos griegos? Nadie. Ni siquiera los griegos modernos.

Al mirar a mi madre, que sonreía con los labios pintados y llena de perlas, me maravillaba ante su insensata tenacidad y su baja presión arterial.

—¿Y si nos sobrevive a todas? —le pregunté a Isadora por teléfono.

—Es posible —dijo ella—. Pero, por lo menos, no será tu problema.

Hubo una época en la que adoraba a mi madre. Luego otra en la que la despreciaba. Me había pasado la vida oscilando entre estos dos polos como un imán enloquecido. La había imitado, parodiado y mimado. Sabía que su muerte no sería fácil para ninguna de nosotras. Al fin y al cabo, me había pasado muchas horas llorando a mi padre, y ¿qué es un padre comparado con una madre? Ni siquiera es un pariente sanguíneo, como suele decirse de los maridos. O, como dijo Margaret Mead: «Una madre es una necesidad biológica. Un padre, una invención social». Sin embargo, un hombre con hijas mujeres tiene que pasar muchos exámenes, y lo habitual es que los

suspenda.

No puedo escribir estas cosas. Son demasiado mezquinas. Antes no me importaba nada ser mezquina, pero ahora, con la edad, me he dado cuenta de que me censuro. Pero no puedo ser sincera si me censuro. La mezquindad es una parte de la vida, es una parte de mí. Tengo que permitir que fluya. Ese es mi trabajo. La censura no va conmigo.

Quizá los ateos estemos completamente equivocados con respecto al cielo y el infierno. ¿Y si nos morimos y descubrimos que Dante tenía razón y que sus descripciones de las torturas de los condenados eran correctas? ¿Qué haría Chris Hitchens entonces?

Esta, por lo tanto, es una historia sobre el cielo y el infierno. Que quede claro. El infierno de la escritura es la autocensura. El cielo es la libertad de decir la verdad. Las mujeres tienen un problema en especial con este tema.

No hace mucho, leí las *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar. Me sorprendió mucho ver lo que había escrito en su nota sobre las dificultades que había tenido durante la escritura del libro, que le había llevado algunas décadas:

Imposibilidad, también, de tomar como figura central un personaje femenino [...]. La vida de las mujeres es demasiado limitada, o demasiado secreta. En cuanto una mujer cuenta su vida, se le reprocha que ya no es mujer.

Todas luchamos contra esto, incluso hoy. Si una mujer decide escribir empleando el disfraz de un personaje masculino, tiene la esperanza de eludir el problema. Pero no se puede eludir el problema de ser mujer.

Una semana después de su cumpleaños, fui a ver a mi madre otra vez. Estaba acostada en la cama, ni despierta ni dormida. Su piel parecía mucho más suave. Era como si las arrugas de su anciano rostro estuvieran desapareciendo, como si fuera a convertirse de nuevo en un bebé. Esta idea me dio miedo. La consideré un presagio de su muerte y entré en pánico. No quería perderla.

Me quedé sentada a su lado durante por lo menos una hora, intentando provocar alguna reacción en ella. Le froté la espalda, le acaricié el pelo y le

conté lo que había hecho aquel día, pero no hubo respuesta.

—Te quiero mucho —le dije—. Has sido una madre buenísima. Te agradezco la interpretación, los libros raros, la pintura, todo el amor que nos diste. Has sido una madre maravillosa y te quiero.

Otra vez no hubo respuesta. Era imposible saber si me oía o no. Pero mi madre era muy astuta. Nunca pude engañarla. Cada vez que le mentía, se daba cuenta. Era mi crítica más severa. ¿Cómo podía juzgar yo lo que ella sabía o no sabía? ¿Cómo podía juzgar la calidad de su vida? Era imposible. Pensé que la muerte sería una liberación para ella, pero quizá me equivocara. Quizá mi tono de despedida le resultara irritante. Quizá le molestara que le estuviera hablando en pasado. Quizá debería hablarle en presente.

—Te quiero con todo mi corazón —le dije—. Eres una madre maravillosa.
—¡Más te quiero yo a ti! —estalló.

Y esa es mi madre: ferozmente competitiva hasta el final, abrumándonos a todas con su longevidad, negándose a morir. Quizá contara la historia de los polluelos y sugiriera que estaba preparada para que la dejaran sola en el nido, pero eso no era en absoluto cierto. Quería tenernos aprisionadas a todas. Nunca nos soltaría.

Cuando nacemos, no sabemos si estamos en un nido de víboras o de dulces pajarillos cantarines. E incluso los pajarillos compiten por los gusanos que les lleva al nido su mamá, que es caprichosa con sus gusanos y con su amor. Te crees que el amor es ecuánime hasta que tienes unos cuatro años y entonces llega otro polluelo y tú le pareces tan horrible como te lo parecía a ti el polluelo mayor, y tratas de sacarle los ojos mientras cantas dulcemente todo el tiempo.

Pero tuvimos que dejar el nido y salir adelante. El hecho de que mi padre muriera, de que mi madre estuviera posada sobre su siglo de vida como una viuda negra, conservándonos a todas destripadas en su red, y de que mi marido estuviera a punto de morir, no me proporcionaba una dispensa especial ni me eximía de morir. Mi destino es el destino de todos los humanos. Tengo derecho a vivir lo que me quede de vida con alegría.

11. Más, y más, y más

El tiempo puede detenerse, estoy convencido de ello; de algún modo, tropieza, se detiene y se pone a dar vueltas, como una hoja arrastrada por la corriente.

JOHN BANVILLE, *El intocable*

¿Se puede estar alegre con una perrita muerta y una madre centenaria? Ese es el problema. ¡Ojalá se les pudiera hacer la eutanasia a las madres!

Estoy empezando a pensar que la muerte quizá no sea lo peor que le puede ocurrir a un ser vivo. Perdurar puede ser mucho peor.

Siempre he tenido sueños muy vívidos. Puedo dormir diez horas cada noche y tener infinidad de sueños. Tras la muerte de Belinda, sueño con más intensidad.

Sueño que estoy cruzando un río cenagoso. Llevo una falda larga que está cubierta de fango. Tengo un dial en la mano. No sé de dónde ha salido, pero apunta a un número, 1888. Entonces veo a un joven con un bigote negro, poblado y retorcido que cruza detrás de mí, gritándome en ruso. Aterrorizada, como en un sueño, grito:

—¡No tan atrás!

Muevo el dial hacia delante, hasta 1932, y ahí están mis padres, de jóvenes, nadando en el mar. Yo todavía no estoy.

—¡No! —grito—. ¡No!

—¿Por qué crees que puedes escoger el momento? —me pregunta mi madre.

Y vuelvo a mover el dial hacia delante, hasta un número borroso que empieza por 20. Hay cuatro jóvenes mirando el interior de un ataúd y llorando. El cadáver se incorpora. Soy yo.

—¡Demasiado tarde! —dice—. ¡Demasiado tarde!

Manipulo el dial, que está hecho de luz, y los números avanzan en una dirección, después en otra, como las páginas de un libro cuando tratas de encontrar una cita. No localizo la página, no localizo la página. Hay una rubita de tres años en la playa, una adolescente vestida para el baile de graduación, una novia, otra novia, después de nuevo mis padres, ahora en Provincetown subiendo por una duna muy empinada, después mi abuelo

escapándose de Rusia, después el ataúd, después mis padres de nuevo.

—¡No! ¡No!

Quiero despertarme, pero no puedo. Sigo avanzando y retrocediendo en el tiempo, sin lograr encontrar un punto fijo. El dial gira. La luz parpadea, y aquí estoy, pero no sé dónde he detenido el reloj.

Hacia atrás y estoy en el principio del tiempo. Hacia delante y estoy muerta. El dial sigue girando como si tuviera voluntad propia. Y la tiene.

Piensa en tu vida, en lo que hubo antes y en lo que habrá después. Y piensa en proyectar eso contra la curva del tiempo. El dial de luz corre velozmente hacia delante y hacia atrás. Si pudieras ver tu vida de esa manera, ¿dónde te detendrías? Y ¿depende de ti? ¿Puedes decidir en qué universo paralelo quieres meterte? ¿O está todo determinado por el azar? Los abuelos, los padres, todos corriendo a través del tiempo, lanzándote como si fueras unos dados de ADN, sin saber dónde caerás.

Nuestro deseo más profundo es detener el tiempo, escabullirnos entre las membranas de la memoria y burlar al Ángel de la Muerte. Si pudiera detener el tiempo en algún punto, lo haría en el momento en que conocí a Asher y me di cuenta de que encajábamos a la perfección. Recuerdo nuestra boda, su amor hacia mi hija, las risas histéricas que todavía hoy compartimos. ¿Cómo puedo soñar con perder eso? Está claro que su enfermedad me aterroriza.

La mayor parte de nuestra vida no perdura. La creencia en la permanencia suele ser ilusoria. Los incendios y las guerras destruyen los papiros e incluso las pieles de los animales. El papel se pudre. Los archivos digitales sucumben en holocaustos que todavía no somos capaces de imaginar. La voluntad de permanecer es fuerte, pero el hecho de perdurar suele ser un error. Ni siquiera nuestro planeta permanecerá, aunque actuamos como si fuera a hacerlo. Y aquí estoy yo, intentando mover el dial para retroceder en el tiempo como si intentara contener el océano.

Pensamos que tendremos que jugar con el tiempo para siempre, pero no es así. El tiempo es implacable. Puede que sea un «carro alado», pero es un carro alado lleno de armas automáticas. Es el océano imponiendo el olvido. *La ola es la manera en que el mar practica la meditación*, dicen los maestros zen. Pero su propósito es barrernos.

Y ahora estoy mirando de nuevo el dial iluminado.

Cuando me alejo de nuestro ruinoso planeta como si viajara a bordo de un satélite, veo la tierra verde volviéndose marrón en grandes franjas polvorientas cerca del ecuador. Los grandes terrones, al convertirse en polvo, despegan y salen volando hacia el espacio. Pero mi ciudad natal está inundada. Los rascacielos han quedado sumergidos por completo en el agua del mar. Unos pequeños barcos, *motoscafi* como los de Venecia, van de un lado para otro tratando de rescatar a los ancianos antes de que los edificios se desmoronen. Los ancianos —¡yo!— no quieren marcharse con los rescatadores. Cuando estábamos en el colegio, solíamos imaginarnos una Nueva York arrasada por las bombas. ¡Pero muy pronto puede inundarse y parecerse a Venecia! Gira el dial hacia atrás, si puedes. ¡Gíralo, gíralo!

La idea de una ciudad inundada me recuerda a un viaje a Venecia que hice cuando era joven y a un hombre del que estaba enamorada y que me llamaba *pane caldo* (pan caliente). Solíamos hacer el amor en su barca, en medio de la laguna. Hacer el amor en una barca es como estar en otro planeta. Las aguas del planeta nos envolvían y nos abrazaban mientras nos mecíamos, entrando uno en el otro. Cada movimiento de la barca hacía que él entrara más profundamente en mí.

Otra vez joven, todo mi cuerpo vibra con su antigua energía, con el corazón desbocado. Otra vez camino a grandes pasos, o dando saltos, y soy dueña de mi caminar. Y el horizonte sube y baja, y mis pies me permiten elevarme desde la tierra como si pudiera volar.

Todo ha sido demasiado serio y ahora he recuperado la disposición a correr riesgos. Mi vida es un saltador de pogo que no para de dar brincos.

Camino por la calle, libre ya de la maldición de la invisibilidad que sufren las mujeres mayores, que caminan con un perro invisible.

Al menos en mis sueños soy otra vez joven. Tendré que conformarme con eso. Quizá mi madre también sea otra vez joven en sus sueños. ¡Quizás eso sea lo que la mantiene viva!

Cuando has estado confinada en casa con una persona enferma, sales a la

calle como si fuera la primera vez. Yo conocía Nueva York íntimamente y, sin embargo, no la conocía en absoluto, porque Nueva York siempre se encuentra en proceso de reconstrucción. La ciudad cambia de manera constante bajo nuestros pies. Es como un planeta prístino lleno de ríos de lava y tormentas y ruidos cacofónicos. Siempre estás esperando que el suelo se abra y muestre el corazón fundido de la ciudad. Quizá por eso los nacidos en Nueva York están preparados para todo, incluso para una destrucción inminente.

Deambulo hacia el este entre zanjas de lo que nunca se convertirá en el mítico metro de la Segunda Avenida, en medio de un tráfico tremendo, y me topo con un hombre que está conversando de tú a tú con una boca de riego.

—¡Tú no eres solo una toma de agua! —grita.

Y continúa gritando, pero he conocido demasiados locos en mi vida como para detenerme. Miro con admiración a una anciana que lleva el pelo amarillo neón en un moño sobre la cabeza. Y paso al lado de otra mujer que ha teñido a su perro blanco del mismo rojo vivo que lleva ella. Ah, el Upper East Side, el hogar de los sin techo, de los locos, de los capilarmente extravagantes.

Casi sin pensarlo, me dirijo a una iglesia donde hay una reunión de Alcohólicos Anónimos a las doce y media. No he ido a suficientes reuniones, aunque ya no bebo. Al fin he aceptado que me deprime. Escaleras abajo, en las entrañas de la tierra, hay un encuentro de almas perdidas. Oigo el ruido que hacen las sillas cuando las arrastran por el suelo. La gente tose y se saluda. Una mujer mayor toma el micrófono. No la reconozco. Tiene el pelo blanco y despeinado y un maquillaje impecable.

—Soy alcohólica —dice— y me llamo Cynthia.

Entonces comienza a contar la historia de su alcohólica infancia —sus padres guardaban la bebida por orden alfabético—, de sus hermanos muertos por el alcoholismo, de sus maridos muertos por el alcoholismo y de sus diversos intentos de suicidio.

—No puedo creer que intentara acabar con una vida que no había hecho más que empezar. ¿En qué estaba pensando? Me sentía furiosa con Dios. Ahora sé que, en realidad, estaba furiosa conmigo misma. Cuando tratamos de destruirnos, nos engañamos. Creemos que podemos huir del dolor, pero no hay forma de hacerlo. La única forma de escapar del dolor es unir las propias fuerzas a las de los poderes superiores. Arrodillarse. Humillarse. Pedir ayuda. Si no pides ayuda, nunca te ayudarán. Los seres humanos podemos caer en un

obstinado desenfreno. El único camino que lleva a la felicidad pasa por la rendición. La rendición es la clave de todo. La rendición lo es todo. La rendición es la paz. Durante la mayor parte de mi vida he querido más, y más, y más. Nunca tenía suficiente. Estaba llena de envidia y resentimiento. Pensaba que todos los demás tenían más que yo. Ahora sé que esa obsesión, ese deseo de más, y más, y más, es una enfermedad, un engaño. Todos tenemos lo suficiente. Lo que pasa es que no lo sabemos.

Levanto la mano.

—Yo también he padecido esa enfermedad de querer más, y más, y más — afirmo—. Te agradezco mucho que la hayas mencionado. Quería más sexo, más control, más dinero, más de todo. Eso es una enfermedad.

La secretaria dice que ha llegado el momento de hacer una pausa y varias personas felicitan a Cynthia por su sabiduría y su generosidad y por haber sobrevivido.

¿Por qué es tan duro ser un ser humano?, me pregunto. ¿Por qué tenemos que rendirnos? Y ¿ante qué? ¿Qué pasaría si te negaras a creer en los poderes superiores? ¿Si pensaras que tú eres el único poder superior digno de confianza? Es lo que he hecho yo toda mi vida y sé que no funciona. No tienes suficiente poder, tu voluntad no es suficiente. Pero ¿Dios? Dios es un sueño pagano, un producto de la necesidad. Dios es un fallo técnico en una mente demasiado grande.

En cualquier caso, parece que necesitamos un poder superior al nuestro. Parece que necesitamos unas inmensas sombras divinas que nos vigilen. Sabemos que somos débiles. Los alcohólicos son, ante todo, personas solitarias y asustadas que se han vuelto fetichistas de su soledad, que piensan que son —que somos— demasiado buenas para formar parte de la raza humana. Y necesitamos la humillación para recordar lo que somos: seres humanos trastabillantes, más simios que ángeles.

Eso me ha pasado con mi hija, conmigo misma, con los distintos hombres que ha habido en mi vida. Necesito recordatorios constantes de mi vanidad, mi debilidad, mi estupidez. Soy un ser humano que va a morir. Lo que haga antes puede tener importancia o no tenerla. Solo quienes vengan después de nosotros lo sabrán.

Los hombres me han humillado. El trabajo me ha humillado. La vida me ha humillado. Tengo que recordar que, en última instancia, no soy más que una bolsa llena de cenizas, como Belinda.

—Me encantan tus credenciales —me dice uno de los participantes de la reunión—. Yo también pertenezco al club de más y más.

El concepto de *más, y más, y más* parece haber tocado alguna fibra sensible, porque mucha gente lo menciona. Todos tenemos quejas y problemas muy parecidos.

Tras la reunión, la oradora se me acerca.

—¿No te acuerdas de mí? —me pregunta.

La miro con perplejidad.

—Íbamos juntas al colegio, en el Upper West Side.

La observo con atención, buscando a la niña pequeña que fue en otro tiempo. No consigo recordarla.

—Alguna gente se ha conmovido mucho por lo que has dicho —afirma.

—¿De verdad? No me he dado cuenta. Pero siempre me siento mejor cuando hablo.

—Es increíble, ¿verdad?

—Somos todos muy parecidos. Todos tenemos la misma clase de conflictos. A estas alturas ya tendríamos que saberlo. Pero debemos aprenderlo una y otra vez. Me encantó lo que explicaste de las botellas en el archivo: el vodka en la V, la ginebra en la G, el whisky en la W —le digo.

—Cuando era pequeña, creía que todo el mundo hacía eso —afirma Cynthia.

Entonces vienen a felicitarla otras personas y yo me doy de bruces con mi amiga Isadora Wing.

—No te había visto —le comento.

—Pues yo sí que te he visto y te he oído —dice ella—. ¿No te parece raro que haya conversaciones tan íntimas en medio de todo el desorden de Nueva York? Bajamos al sótano de una iglesia que ni sabíamos que existía y allí hay unos absolutos desconocidos hablando sobre las cosas más profundas que les han pasado en la vida. Luego cogen y se marchan de nuevo. Si venimos con frecuencia, empezaremos a reconocer las caras y a aprendernos los nombres y toda la ciudad parecerá un lugar distinto. Como cuando tienes un perro.

El miedo es una emoción universal con la que todo el mundo lucha, pienso. Pero ¿el miedo a qué? ¿Al dolor? ¿A la muerte? ¿A la pérdida? El miedo a la muerte carece de sentido, porque la muerte acaba con el miedo a la

muerte. ¿El miedo a la pérdida de los seres queridos? No es posible prepararse para eso, por mucho que nos lo imaginemos. Siempre nos afectará de una manera imprevista. El miedo, por lo tanto, es inútil. Es solo un modo de borrar el presente y vivir en un futuro imaginario. Las reuniones nos arrastran de nuevo hasta el presente. ¿Por qué sucede eso? Es imposible saberlo. ¿Por qué nos aportan un poco de paz? Es un misterio. Entramos en el sótano de la iglesia nerviosos y salimos tranquilos.

—Te quiero —dice Isadora—. Me tengo que ir.

Camino por Nueva York. Isadora tiene razón. Cuando tienes miedo, debes arrullarlo hasta que se duerma.

Nueva York está llena de mundos secretos. El mundo de las reuniones de Alcohólicos Anónimos. El mundo de la gente del teatro, desesperada por conseguir papeles que nunca les darán, o el de los escritores, resueltos a escribir libros que nadie va a leer. O el de los violinistas, desesperados por no haber practicado lo suficiente. Tanta desesperación. Tanta lucha. El aire está cargado debido a todo eso. Se percibe. Y no hay manera de tener éxito en este mundo sin un enorme esfuerzo. La serenidad excesiva no funciona. Ese es el enigma de Nueva York o de cualquier otro campo de batalla. Hay que tener valor. Hay que tener agallas. Y, además, hay que saber cuándo relajarse y rendirse y dejarse llevar por la corriente. Parece que la rendición es la clave de todo.

La corriente me lleva a encontrarme por casualidad con mi antigua amiga Nadya Nessim, que acaba de escribir un libro sobre su impresionante coño. Nadya no me habla desde hace años, presumiblemente porque no le gustó el consejo que le di sobre su obra. No tendría que haberle dicho que hace sentirse mal a sus lectores. Pero la cosa no fue tan sencilla.

Nadya es una narcisista preciosa y pelirroja que está enamorada de su propio reflejo y es incapaz de soportar a nadie que perciba algún defecto en su belleza o en su carácter. Mide un metro ochenta y siempre está posando como si estuvieran a punto de fotografiarla de perfil. Su primer libro se llamó *La tragedia de la belleza*. Yo me había atrevido a cuestionar si sus lectores no se distanciarían al encontrarse con tanta adoración hacia sí misma. No se lo tomó bien. Se considera una leyenda y detesta cualquier clase de crítica.

—¿Cómo estás, Ness? —me pregunta Nadya con falsa camaradería.

¿Qué ocurre aquí? ¿Qué es lo que quiere de mí?

Las amistades femeninas son muy raras. Yo había acogido a Nadya bajo

mi ala materna cuando ella estaba pasando por un divorcio espantoso, la había cuidado, la había tratado como a una hija hasta que mi hija se puso celosa y Nadya empezó a querer más, y más, y más. Siempre quieren más, y más, y más. Glinda estaba muy molesta con ella. Dos pelirrojas preciosas que se odiaban mutuamente.

Nadya es un ser oportunista y ambicioso que se esconde tras un deseo apasionado de cambiar el mundo. Por no mencionar su belleza. Ante todo, quiere cambiar el mundo para que el mundo la adore acriticamente, pero no lo sabe. No conozco a nadie que se conozca tan poco. Es triste. Nadya es lista y hermosa, pero carece de honestidad emocional.

—No muy bien. Mi padre murió, mi perra murió y mi marido está bastante mal.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—Ya no bebo. Pero tú puedes tomarte una y yo me pido otra cosa.

—Genial —dice Nadya, y nos metemos en un local de la Segunda Avenida.

—Siento haber estallado aquella vez —dice Nadya.

—No te preocupes. No te guardo ningún rencor.

—No, tú fuiste muy generosa conmigo y yo me mostré completamente desagradecida.

—No tienes nada que agradecerme. ¿Cómo va el nuevo libro? —le pregunto.

—Todas mis supuestas hermanas lo están machacando.

—Entonces es que debes de haber hecho algo bien.

—¿De veras lo crees?

—Estoy segura —le digo—. «Nadie le tira piedras a un árbol sin frutos», dice un proverbio árabe.

—Pero aun así duele —dice Nadya.

—Estoy segura de ello. Me acuerdo muy bien de las críticas. Una vez un crítico famoso me llamó «hiena con enaguas». Piensa que le estás recordando a la gente el hambre que pasa, y eso no le gusta a nadie.

—Pero estoy intentando que eso cambie, que dejen de pasar hambre —dice ella—. ¿Dónde está su gratitud?

—La gratitud es una palabra del diccionario. Si estás intentando salvar al sexo femenino para conseguir su gratitud, ya puedes ir olvidándote. La gratitud es la menos habitual de las emociones. Ya tienes que saberlo.

—¡Pero mi libro intenta enseñarles a obtener placer sexual! No lo entiendo.

—Yo sí lo entiendo —le digo—. Eres guapa y famosa y tienes un amante muy atractivo. Con eso basta. Hay muchísimas mujeres muertas de hambre.

—Vanessa, no me digas que aceptas la situación.

—No es que la acepte, pero sé que los revolucionarios siempre acaban mal. O se convierten en dictadores o acaban asesinados por sus colegas revolucionarios. Lo muestra la historia. Si quieres ser una revolucionaria, acostúmbrate a los ataques.

—No puedo creer que tú digas eso.

—¿Por?

—Porque siempre fuiste mi fuente de inspiración. Desde mucho antes de conocerte. Eras mi modelo, un modelo vital.

—Vaya.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nunca he entendido menos mi vida. He pasado una etapa durísima.

—Cuéntame lo que ha ocurrido.

—Tendría que escribir un libro entero para contártelo. Y yo no escribo esa clase de cosas. Solo obras de teatro, guiones... Para eso lo único que hace falta es tener buen oído para los diálogos.

—Pues yo estoy segura de que podrías hacerlo y quizás incluso cambiar el mundo.

—No soy muy optimista al respecto. No creo que se pueda cambiar el mundo. Ya es bastante difícil cambiarte a ti misma. No estoy segura de que se pueda salvar el mundo con palabras. El mundo está hecho una mierda, y nadie escucha las palabras.

—Realmente te has vuelto muy pesimista.

—Quizá siempre lo fui. La raza humana no me deja sentir esperanza. Estamos destruyendo el único planeta que tenemos, torturándonos y matándonos unos a otros, tratando a las mujeres como si fueran basura en buena parte del mundo. Es una locura.

—Pero creo que podemos cambiar las cosas —dice Nadya.

—¿Centrándonos en nuestros coños? Siempre he estado a favor del coño, sí. Pero te sorprendería saber lo escasas que son las mujeres que tienen suficiente tiempo libre para centrarse en sus coños, por no mencionar a las

que no cuentan con compañeros. Por eso se cabrean tanto contigo.

—Pero yo quiero que tengan compañeros.

—Y yo también, pero no es tan fácil como desearlo. Les cuentas que tienen un potencial sexual magnífico y lo maravillosos que son sus coños, y todo eso es verdad, pero después se van a casa con sus vibradores o los ineptos de sus novios. Y te detestan, por supuesto. Es muy triste. Les encantaría tener los orgasmos que describes, los orgasmos que tienes tú, pero están muertas de hambre. Imagínate a un niño hambriento con la nariz pegada al escaparate de una pastelería impresionante. Estás tentando a los muertos de hambre.

—Eso ya lo sé, Vanessa, pero quiero cambiarlo.

—Entonces, consígueles a todas unos amantes tántricos espectaculares para que las despierten.

—Ojalá pudiera —dice ella.

—Es que ese es el problema: cuando conoces tu potencial, deseas su consumación.

Entonces pienso en mi raquílica vida sexual. Sé de lo que soy capaz y sé que Nadya lo ha descrito, pero es muy difícil de alcanzar, sobre todo con un marido mayor. Un marido mayor y enfermo. Ya está. Ya lo he dicho.

—Te entiendo —dice Nadya—. Y estoy preocupada por ti.

Pero Nadya todavía no puede entenderlo. Nadya no comprende ni la mitad de lo que pasa. Nadie puede saberlo hasta que no está en ese lugar, con un marido achacoso, sin echar un solo polvo súbito, ni siquiera uno que no sea súbito sino planificado. Por no hablar de la fantasía de la «mujer felizmente casada» que, además, disfruta del sexo.

¿Cómo puede decirse que alguien «además» disfruta del sexo tántrico? Cuando el sexo es tan bueno, te ocupa toda la vida, la imaginación, los sueños. Volarías a cualquier parte en su busca, recorrerías todo el Mediterráneo en tu barco, les pedirías a tus marineros que te ataran a un mástil para no volver a tirarte al agua en su busca. Es la fuerza vital, el fuego que circula desde las entrañas hasta el ombligo, desde el ombligo hasta el corazón, desde el corazón hasta la mente. Lo es todo y, en particular, es la fuerza creativa. Y yo lo echo de menos. Lo echo de menos más que nada porque recuerdo haberlo tenido.

—Yo últimamente también estoy preocupada por mí —digo.

Cuando volvía andando a casa después de mi encuentro con Nadya, pensé en toda la gente que había tratado de cambiar el destino de las mujeres a lo largo de los siglos y en que casi siempre las cosas habían vuelto a ser como antes. ¿Acaso el peor enemigo de las mujeres eran las propias mujeres? Al permitirnos envidiar a otras mujeres ¿no estábamos perjudicando nuestro progreso común? ¿O era solo que las jóvenes se sentían tan *fartutst*^[17] por el hecho de tener que hacer que les fertilizaran los óvulos que se olvidaban de la libertad? No había que olvidarse nunca de la libertad. Había que seguir luchando sin parar.

Creo que en *Un mundo feliz* Aldous Huxley dio en el clavo con respecto a la reproducción. Hasta que no podamos «decantar» el esperma y los óvulos y separar la fecundación de las relaciones de pareja, no tendremos igualdad. Los hombres son demasiado territoriales y violentos. Pero si se aísla la reproducción de las relaciones humanas puede que haya una posibilidad.

Deberíamos nacer en incubadoras. Entonces podríamos elegir los padres que prefiriéramos, en vez de tener que quedarnos con los que nos han dado la vida. Crearíamos así «familias elegidas». Me pregunto si yo habría escogido a mi madre. Lo dudo. Pero, probablemente, habría elegido a mi padre. Ay, mi pobre papi muerto. Lo echaba tanto de menos. Yo era la primera de su lista y mis hermanas nunca dejaron que lo olvidara.

La envidia era lo que corrompía el mundo de las mujeres. Por supuesto, los hombres también eran envidiosos, pero sabían que tenían que matarse hasta crear un orden jerárquico. Entonces se colocaba cada uno en el lugar que le correspondía, al menos hasta que el macho alfa comenzara a declinar. Las mujeres, en cambio, no sabíamos hacer eso. Fingíamos que no creíamos en las jerarquías, que en el fondo éramos todas hermanas, hasta que se desataban las hostilidades. Era mejor nacer en una incubadora, pertenecer a una determinada casta y no salir de ella. Sí, me estaba volviendo horriblemente pesimista. No sé quién dijo que si alguien no es un misántropo a los cuarenta es que nunca ha amado a la humanidad. Así estaba yo: desesperanzada, perturbada, deprimida.

De todos los males que nos aquejan, la depresión es el peor. Despertarse por la mañana, echar un vistazo a las pantuflas y pensar que no vale la pena salir de la cama y ponérselas es como despertarse en una tenebrosa mazmorra. No querer ducharse y vestirse, porque ya se ha visto todo, ya se sabe todo y ya nada importa, es una tortura peor que cualquier pesadilla. Yo

he estado en ese lugar oscuro, y no quiero volver a quedarme atrapada ahí nunca más. El sexo era lo que solía ayudarme a salir, el sexo y el enamoramiento. ¿Qué puede ayudarme a salir ahora? ¿Zipless.com? Ojalá. No puedo pensar en Zipless sin sentir gratitud por el hecho de que Asher forme parte de mi vida. Gracias a la Diosa, él nunca me había descubierto.

De camino a casa, me detuve en una *delicatessen* donde la comida parecía valer su peso en oro. Eran las tres de la tarde y en las mesas medio vacías había sobre todo mujeres mayores, casi tan mayores como mi madre. Hablaban distintos idiomas: ruso, polaco, portugués. Y comían con una fruición casi bíblica. Al menos los ancianos pueden seguir disfrutando del placer de la comida. Y todas esas mujeres parecían brujas, con esas mandíbulas y esas narices prominentes, con esos ojos hundidos en sus órbitas de hueso, con esas espaldas encorvadas y esos hombros que se levantaban mientras engullían la comida. Muchas llevaban unos sombreros andrajosos que habían pasado de moda hacía siglos.

Ese era el destino de todas nosotras, con bótox o sin él, con estiramientos faciales o sin ellos. Todas llegaríamos a ser brujas algún día; tal vez de eso trataba mi obra. La mayoría estaríamos solas. Algunas tendríamos viejas amigas con quienes compartir al menos un lenguaje y, en ciertos casos, en quienes confiaríamos totalmente. Todas íbamos por ese sinuoso sendero que conducía a ya sabes dónde. Estábamos dispuestas a romper nuestras varitas y a quemar nuestros libros de conjuros en cuanto viéramos a nuestras hijas al fin casadas y con hijos. Todas éramos Sycorax o Próspera o incluso Gaia. ¿Qué teníamos que temer? Todo. Nada. La nada.

Mi teléfono hizo un ruidito. Vi cómo unas páginas volaban por el espacio exterior. Al principio, pensé que podía ser un mensaje de uno de los cerdos, pero no: eran unas páginas que me había enviado Isadora:

Viajamos por la inmensidad de las estrellas. En el cielo negro vimos luces brillantes, algunas azules, algunas amarillas, algunas doradas. Nos acostumbramos a este viaje y, tras varios meses, dejamos de preguntar: «¿Falta mucho?». La odisea duró semanas, años, eones. Nacieron niños. Murieron abuelos. Nacieron más niños. No preguntamos si los niños eran chicos o chicas. Eso nos parecía irrelevante. Lo único que nos importaba

era el viaje interminable. Era como si todos nos hubiéramos convertido en Ulises y nuestro destino fuera viajar para siempre mientras los dioses, desde lo alto, hacían apuestas sobre nuestro futuro.

Ahí estaban Atenea y Afrodita. Zeus jugaba a los dados con el universo. Hermes, el mensajero de los dioses, volaba con sus sandalias aladas de una galaxia a otra, llevando los mensajes de los dioses a la gente. Parecía que el tiempo había desaparecido. El tiempo, en cualquier caso, es una ilusión, como la muerte. Al final aterrizamos en un asteroide. Con piernas vacilantes y temblorosas salimos de nuestra nave.

¿Qué planeta era ese? El paisaje era rojo herrumbroso y había unas enormes piedras azules con vetas doradas. La atmósfera era tan rica en oxígeno que no caminábamos, sino que corríamos. Saltábamos. Nos sentíamos como los personajes de algún mito, capaces de andar por el aire.

Resulta muy difícil evocar algo tan poco familiar, pero estábamos eufóricos con nuestro nuevo hogar. El aire debía de contener también alguna sustancia que nos hacía reír y cantar simultáneamente. Cantábamos, cantábamos, cantábamos. Si puedes cantar, sabes que tus problemas no son insuperables.

¿Sobre qué estaba escribiendo Isadora? ¿Sobre un nuevo mundo en el que los problemas de la humanidad se habían terminado? Yo seguí leyendo y pensando. ¡Mi vieja amiga ha estado volando por el espacio! Y después apagué el teléfono y encargué algo de comer.

Pedí un buen trozo de paté de pato y una ensalada de espinacas para Asher. Sabía que le iba a encantar. Sentí placer al imaginármelo esperando en casa; sabía que quizás eso no fuera siempre así. Dar de comer a los hombres y a los niños puede producir satisfacción, sobre todo si sabemos que algún día dejaremos de hacerlo. Todas las tareas de las que nos hemos quejado en otro tiempo pueden volverse muy gratas. Son afirmaciones de la vida. Enriquecen la vida. Son la vida.

Mi teléfono volvió a sonar. El hombre del traje negro de goma no estaba dispuesto a rendirse. La falta de respuesta por mi parte le resultaba excitante.

—¿D VERDAD STAS FELIZMTE CASADA? —me preguntó.

—Sí —le escribí.

En cierto nivel, era verdad.

Querida Diosa, ¿cómo es que mi generación entendió tan mal el feminismo? Sí, había que cambiar tanto las costumbres como las leyes. Sí, necesitábamos a Betty y a Gloria y a Germaine y a Andrea y a Shulamith y a Alix y a Erica y a Nora y a las investigadoras de Berkeley que rescataron a Emma Goldman del anonimato. ¡Qué gran mujer! ¡Sabía que, para hacer una verdadera revolución, también había que bailar! ¿Y renunció alguna vez al sexo con los hombres? ¡Nunca!

Los ideólogos se equivocaron gravemente. ¿Cómo íbamos a dejar de lado a nuestros padres y abuelos y hermanos y maridos e hijos —a todos ellos—, y a nuestros profesores y colegas? No surgimos hechas y derechas de la noche de los tiempos. Tuvimos profesores y amantes y compañeros y colegas que creyeron en nosotras. Incluso yo, que trataba de seguir la senda de las grandes exploradoras con mis zapatillas sucias, conocí hombres que me guiaron con cariño. A Lep le encantaba cómo actuaba, cómo escribía, mi ingenio. Y mi padre y mi abuelo me adoraban y trataron de enseñarme todo lo que sabían de la vida y del amor y del dinero. En algún momento me di cuenta de que la clave de la confianza que tenía en mí misma era que mi padre y mi abuelo me habían querido mucho.

¿Fue su culpa que tardara tanto en madurar? No lo creo. Me habían dado las semillas de la granada en un plato de oro, pero me negué a comer, creyéndome muy lista.

Y ahora, cuando me rodea la muerte (pese a lo cual sigo bailando, en cierto modo), sé que nací para crear vida y para crear arte, y que ambas cosas son igual de importantes.

¡Si me la ofrecieran ahora, me comería la granada y guardaría el plato de oro en una caja fuerte para que mi hija lo fundiera cuando estuviese preparada!

Tercera parte
PRIMAVERA

12. Abuelas

Esta es mi alianza, que habéis de guardar entre mí y vosotros —y tu descendencia después de ti—: Todos vuestros varones serán circuncidados. Os circuncidaréis la carne del prepucio, y eso será la señal de la alianza entre mí y vosotros. A los ocho días será circuncidado entre vosotros todo varón, de generación en generación, tanto el nacido en casa como el comprado con dinero a cualquier extraño que no sea de tu raza. Deben ser circuncidados el nacido en tu casa y el comprado con tu dinero, de modo que mi alianza esté en vuestra carne como alianza eterna. El incircunciso, el varón a quien no se le circuncide la carne de su prepucio, ese tal será borrado de entre los suyos por haber violado mi alianza.

Génesis 17, 10-14

Sonó mi teléfono. Era Glinda.

—Mamá, me he puesto de parto —me dijo mi hija—. Nos vemos en el hospital.

De modo que una vez más salí hacia ese lugar donde comienzan y concluyen tantas vidas. Esta vez era el Mount Sinai, donde la sala de maternidad está llena de judíos ortodoxos con sus anticuados sombreros y sus modernas pelucas.

Cuando iba de camino, llamé a Isadora.

—Eres una abuela muy poco convincente —me dijo—. Tienes un aspecto demasiado juvenil.

Glinda se encontraba en la sala de partos haciendo ejercicios de respiración junto a su marido, Sam, que estaba pálido y parecía aterrorizado. Pensé en las tribus que tienen la costumbre de que los maridos se hagan a la mar con los demás hombres cuando sus esposas se ponen de parto. Me pareció que era un plan mejor que el de esperar al margen en el hospital. ¿Qué puede hacer un hombre por su esposa en un momento así? El padre de Glinda, Ralph, también conocido como Rumi, grabó unos vídeos del parto que en aquel momento me parecieron más obscenos que la pornografía. Por el amor de Dios, haz algo útil, como no ahogarte. Los hombres no sirven para el papel de comadrona. No les gusta nada.

Me agradó estar embarazada, pero me habría saltado alegremente todo el proceso de dar a luz. Si me hubieran dejado inconsciente, como a las madres de los años treinta, no me habría importado. Pero en aquella época había muchísima propaganda en favor de los «partos naturales». Desde mi punto de vista, no hay nada natural en un parto, salvo la muerte. Antes de que se empezaran a emplear los procedimientos de la medicina moderna, las madres y los bebés morían como moscas, como sigue sucediendo en una gran parte del mundo. Lo que me enseñó el parto fue a no idealizar la naturaleza. Con

sus dientes y sus garras ensangrentados, con su tendencia a la aniquilación de los más vulnerables, la naturaleza no es tan maravillosa. Estuve al borde de la muerte cuando intenté parir «naturalmente» a Glinda. Fue muy ingenuo por mi parte. Al cabo de nueve horas de esfuerzos (que parecieron noventa), me rendí y me hicieron una cesárea. Probablemente la cohorte feminista que había a mi alrededor me considerara una derrotista. Pero agradezco a la Diosa la existencia de las cesáreas.

Por desgracia, Glinda estaba destinada a pasar por la misma experiencia, ya que las dos tenemos unos cuellos uterinos que no se dilatan con facilidad. Pero, por lo menos, a ella le hicieron la cesárea antes. Aunque no lo bastante pronto, en opinión de su madre, que se identificaba demasiado con ella.

Pero cuando apareció el bebé, con su gorrito a rayas rosas y azules, envuelto en una manta, con los ojos cerrados y la carita toda roja y arrugada, nos pareció la criatura más hermosa que habíamos visto jamás. Pesaba más de cuatro kilos, pasó con nota todos los exámenes neonatales y demostró claramente que era un genio. Glinda y Sam lo llamaron Leonardo, por Leonardo da Vinci, y todos empezamos a referirnos a él como Leo.

Nos volvimos unos idiotas afectados. Encontrábamos parecidos familiares en aquella criatura que se parecía a cualquier otro bebé. Veíamos en él el futuro, algo en lo que no habíamos creído durante un largo tiempo. Nos maravillaban sus manos y sus pies perfectos, su vigoroso llanto, sus pataditas adorables. Se trataba de una criatura perfecta que habíamos hecho entre todos.

¡Un bebé! De modo que la raza humana seguirá hacia delante a pesar de todos nuestros estúpidos errores, por no mencionar los de nuestros líderes políticos. ¿Qué es lo que tienen los bebés? Estamos programados para adorar sus pequeños pies y manos, sus ojos oceánicos, sus arrullos, sus gorjeos, sus vómitos, sus pises, sus caquitas de dulces olores. Por lo menos yo lo estaba. Leo me redujo a mi esencia maternal y primaria. Yo era la matriarca original, y estaba dispuesta para entregarme por completo a esos increíbles cuatro kilos de esperanza.

En cuanto a Glinda, disfrutaba de contar una y otra vez la historia de cómo había dado a luz, adornándola un poco más en cada versión. El parto era cada vez más largo, la sangre cada vez más excesiva, su heroísmo cada vez mayor.

No estoy burlándome. El heroísmo de las madres es lo que mueve al mundo. Lo cierto es que no lo valoramos en su justa medida.

Una amiga me dijo una vez que cuando vas a visitar a tus nietos estás más excitada que cuando vas a una cita con un amante. En general, es verdad. Tu punto de vista cambia de una manera impresionante. Todos tus amantes palidecen ante ese trocito de esperanza que no deja de moverse. ¡El futuro! Y tú ya eres parte de él, aunque nada sea culpa tuya.

Los niños muertos que se ven en la tele también se vuelven atrocamente reales. Niños muertos porque les ha caído un misil o han pisado una mina terrestre, debido a un terremoto o a unos secuestradores, pasan a ser tus propios niños. Antes eras un pedazo de tía y has pasado a ser un pedazo de abuela, y todos los niños del mundo son tus propios niños. Ojalá pudiéramos organizar a todas las abuelas del mundo. Eso quizás funcionara. De verdad. Quizá las abuelas sean las únicas mujeres del mundo que entienden el papel de los hombres. ¡Deberíamos unirnos para cambiar el mundo! Convertirme en abuela me había devuelto la esperanza.

Al coger a Leo en brazos, al oler su afrodisíaco aroma a recién nacido, me sentía transportada a Bebelandia, una tierra donde reina la armonía, el sueño llega con facilidad, la leche mana como las lágrimas y todo está bien. «¿Cuánto falta para Bebelandia?», decía una vieja canción que sonaba en el recuerdo. ¿De dónde venía esa canción? Estaba perdida en la amnesia de la primera infancia. Ojalá pudiera recuperar esos fragmentos de memoria.

Lo que empecé a recordar muy bien fue la infancia de Glinda. Recordaba que podía pasarme horas mirándola, fijándome en cada dedo de la mano o del pie y encontrándolo perfecto, y que me encantaba amamantarla, escuchar el borboteo de su estómago, notar que se había hecho caca cuando la cambiaba de un pecho al otro. Recordaba el placer absoluto de lo que una amiga mía llamaba «la etapa vital del tubo». Llenas por un lado y sale por el otro. ¡Qué sencillo y elemental! Era mucho más satisfactorio que presentarse a un *casting* o esperar a ver qué decían las críticas. Recibías la crítica ahí mismo, y era buena.

Pero Glinda detestaba dar el pecho, tal vez por toda la propaganda que había al respecto.

Mi hermana Antonia lo empeoró una vez que entró diciendo:

—Imagínate que eres una mona.

—Pero es que no soy una mona —dijo Glinda—. ¿A la gente de verdad le

gusta esto?

Yo sabía que, si decía que a mí me había gustado, se reafirmaría todavía más en la idea de no amamantar a su hijo, así que no dije nada. No decir nada es la profunda sabiduría de las abuelas. ¡Cállate, abuela! Tus hijos no son capaces de aceptar que tú sepas algo.

Me había encantado pasarme seis meses dando el pecho, en contacto con esa fase elemental de la existencia, consistente en alimentarse y excretar, que consume la vida de la mayor parte de los seres vivos. Y había llorado cuando mi bebé había empezado a dejar de tomar el pecho, porque ya era grande y necesitaba comida más sustanciosa. Además, al cabo de unos seis meses empiezas a sentirte atrapada por los horarios del bebé, y en mi época había que sacarse la leche a mano con unas trompetitas de plástico. De todas maneras, por nada del mundo me habría querido perder la lactancia. Era una manera muy sencilla de ser necesaria y de satisfacer las necesidades de un ser amado. Me resultaba sensual; era algo tan excitante como satisfactorio.

La nueva maternidad ecológica estaba muy de moda entre la gente de la generación de Glinda. Había que dormir con los bebés, llevarlos en un fular, usar pañales de tela y prepararles todas las papillas en casa. La maternidad se había convertido en un trabajo de una jornada y media, en clara rebeldía contra el espíritu feminista de mi generación. Las jóvenes se sentían muy superiores a sus madres gracias a los fulares portabebés, a las papillas caseras, al colecho y a la rígida observancia del método de crianza del doctor Sears. El cuidado de los bebés, un trabajo que ocupaba veinticuatro horas al día, había pasado a ocupar treinta y seis, y las madres estaban ferozmente orgullosas de ello.

Siempre había estado a favor de las nodrizas, a pesar de que suelen ser terriblemente controladoras, así que contraté una. Se llamaba Drusilla. Era una beliceña de lo más mandona que lo sabía todo y no permitía que te olvidaras de ello ni por un momento.

Las nodrizas detestan a las madres que dan el pecho, lo cual encajaba bien con las reticencias de Glinda. El sacaleches desapareció y para Glinda fue todo un alivio.

En ningún momento pensé en decirle cuánto lo había disfrutado yo. Creo que cada madre debería encontrar su propia forma de enfocar la maternidad,

que todos los consejos que podamos dar en relación con este tema son inútiles. Ya es bastante difícil ser madre sin tener que obedecer las instrucciones de determinado libro o blog. ¡Pero es increíble la cantidad de blogs que hay sobre la lactancia y las nuevas formas de ser madre! ¡Qué competitivas somos las mujeres en lo que respecta a nuestras tetas! Se diría que las hemos inventado nosotras.

Sé lo iluminador que es descubrir de repente la sabiduría del cuerpo cuando te has pasado buena parte de la vida desdeñando el cuerpo y su inmensa inteligencia.

Pero lo de la lactancia fue fácil comparado con lo que vendría ocho días después: el *bris*. El *bris*, el *Berit Milá*, el pacto de la circuncisión. O, como me gusta pensarlo a mí: ¡la próxima vez te la cortamos entera, chaval! ¡Quién se habría creído que yo estaría dando vueltas por mi apartamento en busca de una pomada anestésica para ponerle en su monísima pollita a mi nieto, mientras mi hija me prohibía que me acercara a él!

Como ya se habrá podido deducir, el *bris* se celebró en mi casa. Asher estaba entusiasmado por ser el anfitrión. Todos nuestros amigos, y los de Glinda, y los de Sam, estaban allí, esperando para contemplar aquel antiguo rito sacrificial. Mi querida analista insiste en que estoy equivocada en este punto, pero qué se le va a hacer. Ella cree en la circuncisión, como tanta gente sabia.

El *mohel* encargado de realizar la circuncisión tenía una sonora voz de rabino, un pelo oscuro voluminoso y rizado y unos ojos tristes que contaban la historia del judío errante. Bromeaba constantemente. Hizo que me acordara de un viejo chiste sobre *mohels*:

—¿Qué puso el mohel en su ventana?

—Un bonsái.

—¿Por qué un bonsái?

—¿Qué va a poner un mohel en su ventana si no?

La circuncisión de mi primer nieto fue una verdadera revelación para mí.

¿Alguna vez te has preguntado por qué los chicos judíos tienen tantos problemas con el sexo? ¿Alguna vez te has preguntado por qué se enamoran de modelos eslovenas altísimas que llevan grandes cruces de oro? ¿Alguna vez te has preguntado por qué los chicos judíos se enamoran de jóvenes chinas, o de *cheerleaders* no judías y rubias de Kansas, o de modelos negras superenrolladas que bailan como Beyoncé?

Está claro que es por el pacto con Yahvé o Dios. *Me llevo este trozo de tu picha mientras tu madre, tu padre, tus abuelos y tus abuelas miran exultantes. ¡Y no vas a poder pensar en nada más que en tu picha durante toda la vida!*

Por supuesto, la mayoría de los hombres no piensa en nada más que en sus pollas a lo largo de su vida. Pero los judíos lo hacen mejor, o peor, según el punto de vista.

¿Piensas que la circuncisión femenina es mala? Es espantosa, destructiva y horrible, y se la infligen unas mujeres a otras. Pero, por lo menos, las mujeres tienen otras cosas en que pensar, además de sus coños, como los niños, la política, la interpretación. Por lo menos las mujeres no están pensando constantemente en sus vaginas. Los hombres piensan en sus pollas durante toda la vida. Desde luego, piensan en ellas estén circuncidados o no, pero la circuncisión sitúa la cuestión en un nivel muy distinto.

Hay quien dice que es por salud, por higiene. ¡Y una mierda! En lo que piensan es en la salud de los abuelos impotentes, niño, no en la tuya. Podrías aprender a retirar la piel y limpiarte. Ya no estamos en el desierto. Tenemos jacuzzis y duchas de vapor y bañeras calientes de madera de secuoya de California, o Californica, como siempre la he llamado.

No, amigos, son los abuelos los que adoran este ritual. Las madres suelen salir corriendo a la habitación de al lado y echarse a llorar. Pero, de todas maneras, son las que cargan con la culpa. Y las mujeres judías son las que se van a llevar la peor parte más adelante, cuando los buenos chicos judíos se casen con una y luego se fuguen con Diana Ross o Beyoncé o Naomi Campbell, o cuando se casen directamente con Sandra Oh o Lisa Ling o Yoko Ono.

En los viejos tiempos, las madres de esos chicos amenazaban con suicidarse. Ahora somos más liberales. De modo que esas madres les dan un abrazo a la señora Hung, a la señora Jong, a la señora Ono, a la señora Liu, a la señora Hoe, a la señora Loe, a la señora Cho, a la señora Choi o a la señora Loi. Y ¿sabéis una cosa? ¡El niño que venga a continuación volverá a pasar por lo mismo!

Cuando mis padres eran jóvenes, había un serial radiofónico de esos que no se terminan nunca que trataba de un chico judío que se enamoraba perdidamente de una chica irlandesa. Se llamaba *La rosa irlandesa de Abie*. Esa era la fruta prohibida en el Nueva York de los años veinte y treinta. Si

alguien quisiera actualizarla, tendría que titularla *El loto chino* o *El bomboncito tántrico de Abie*. La idea sería la misma: un brillante chico judío abandona a su madre y sale a toda mecha hacia la India o China o Japón (y la India, África y China pueden encontrarse aquí, en Nueva York. No hay ninguna necesidad de tomar un avión). Ahora todo el mundo se casa con gente de otra raza, lo cual está muy bien para el acervo genético, aunque no les guste nada a las madres judías.

Muy bien. Podéis llamarme antisemita (en realidad soy prosemita, pero lo mantengo en secreto). Sí, tengo mis dudas con respecto a la circuncisión. Y he conocido a un montón de hombres judíos, y me he casado con algunos de ellos. Los *alter kockers* (término que podríamos traducir delicadamente como «viejos capullos») pueden dar toda clase de explicaciones. Al fin y al cabo, lo único que tienen los *alter kockers* son explicaciones. La circuncisión es una medida sanitaria e higiénica, afirman. Previene la gonorrea. No cogerás ninguno de esos virus horribles que hay por ahí hoy en día. Dios no lo quiera. (En mi opinión, se trata de una advertencia secreta contra la homosexualidad.) Pero ¿cómo vas a olvidar el dolor, el miedo, la confusión que deben de sentirse cuando tienes ocho días y te dan un tijeretazo en la picha?

—No se acuerdan —dicen los *alter kockers*, que tampoco recuerdan que *alter kocker* significa «viejo cabrón».

—No lo sienten —dicen las *bobes*[\[18\]](#).

—Se lo hicieron en el hospital —afirman los padres.

—No notó nada —comenta la madre (que estaba en la habitación de al lado sin poder parar de llorar).

Y aquí viene el *mohel* con su barba, su *talit*, su kipá, su vino tinto y sus compresas de gasa, su tijerita brillante y sus viejos chistes. Algunos incluso le chupan el prepucio al bebé para limpiarle la sangre y lo llaman ortodoxia (pero todas las religiones organizadas hacen cosas absurdas. Prefiero mil veces la espiritualidad desorganizada. Por lo menos cada uno puede elegir sus propios rituales estúpidos).

Si en esto consiste el pacto con Dios, entonces Dios es un sádico. Pero eso ya lo sabíamos. Desciende de Baal y de todos esos otros dioses viejos y malvados. Y no es que las diosas sean mejores. Pensemos en Kali, por ejemplo, con su collar de calaveras. La vida y la muerte siempre están unidas, como hermanas gemelas.

Incluso a Cristo lo circuncidaron, y mucha gente afirma que Cristo fue casto, él, que degradó a María Magdalena de discípula a puta, de esposa a amante, de mujer sabia a mujer florero. Pero yo nunca me he creído esa versión de la historia. Ahora contamos con textos que parecen indicar que Cristo estuvo casado, y probablemente con la mujer más parecida a su madre, esa otra María.

En el cristianismo antiguo —el que practicaba Cristo el judío—, se reverenciaba a las mujeres por su sabiduría y su espiritualidad. Pero eso no iba con San Pablo, ni con el apocalíptico San Juan Evangelista, que sin duda tomaba LSD en Patmos, donde visité su cueva. Cuando escribió lo de los cuatro jinetes y el cielo en llamas, es muy probable que se hubiera metido algo. Puede que los jinetes fueran la puesta de sol en Patmos vista por un porrero al salir de una cueva. O el amanecer, que también es un espectáculo cautivador.

En cualquier caso, digan lo que digan los viejos, la circuncisión tiene que doler, incluso a un bebé de ocho días que prueba el vino por primera vez. El dolor y el alcoholismo se dan ahí la mano.

Me mató ver a mi nieto marcado de ese modo, para que los nazis del futuro pudieran identificarlo. ¿Cuál es el problema del pueblo elegido? ¿Hemos sido elegidos para sufrir? Todos los problemas psicológicos de los hombres judíos —de Sigmund Freud a Philip Roth, pasando por Lenny Bernstein— surgen indudablemente de este dudoso ritual. Quiero decirle a mi adorable nieto que tenga cuidado con no hacer pipí jamás delante de un *skinhead*. ¡Pero, a los ocho días de edad, no sabe lo que es un *skinhead*!

¡No lo estigmaticéis! ¡No permitáis que los demás tíos que hay en el baño de hombres sepan que es judío!, quería gritar, pero lo que hice fue reírme históricamente de los chistes del *mohel*.

—¡Un público magnífico! —dijo él, pensando que mis carcajadas enloquecidas eran producto de la admiración y no de la ansiedad. Y después se marchó con rumbo al siguiente tizeretazo.

No soy ninguna experta en judaísmo, pero quisiera recordar al pueblo elegido que el *bris* comienza con Abraham, que se mostró conforme, si no encantado, con la idea de sacrificar a Isaac hasta que Dios lo detuvo ofreciéndole un cordero lechal. ¿O fue una cabra? Esto siempre me hace pensar que el *bris* es un sustituto de los sacrificios humanos. Las religiones antiguas eran bastante sanguinarias.

Digo yo.

En cualquier caso, con prepucio o sin prepucio, ese perfecto muchachito judío me pareció adorable. ¿A quién no se lo iba a parecer?

13. Agujeros espacio-temporales

Todo le era insoportable, hasta ella misma. Hubiera querido escapar como un pájaro, ir a rejuvenecerse en alguna parte, muy lejos, en los espacios immaculados.

GUSTAVE FLAUBERT, *Madame Bovary*

De nuevo tengo ese sueño extraño en el que me desplazo en el tiempo, hacia delante y hacia atrás. Pero esta vez me despierto con un dolor espantoso. Estoy en la consulta del abortista, en la Calle 57.

—Este no es lugar para mí. Ya he sido abuela —le digo a la enfermera.

—Todo irá bien —replica ella—. Solo está un poco confusa.

—¡No, no estoy confusa! ¿En qué año estamos? ¡Este no es lugar para mí!

—Shhh —me dice—. Puedo darle algo para el dolor.

Y va a buscar unas pastillas y un vaso de agua.

Tengo la cabeza revuelta. Quería retroceder en el tiempo para volver a ser joven, pero no para sentirme así. Además, ya no quiero retroceder en el tiempo. ¡Ahora que he sido abuela, quiero quedarme donde estoy!

Las pastillas son blancas. El agua está tibia. La enfermera no me escucha en realidad.

—Todo irá bien —dice, y me da las pastillas.

—No me refiero al dolor, sino a que no estoy en la época en la que debería estar.

—Respire profundamente —me dice con tranquilidad—. El legrado ha salido bien —y me pone una inyección que me deja dormida.

Sueño que soy la abuela de Leo y que estoy en su *bris*. Sueño con el embarazo y con el parto de Glinda. Pero, cuando me despierto, sigo encontrándome en la Nueva York de mi adolescencia: en la vieja Calle 57, cerca del viejo Russian Tea Room. La ventana que veo está oscura por el hollín y fuera anochece. Me levanto a trompicones y observo por la ventana llena de hollín el local de Steinway, la tienda de segunda mano donde venden abrigos de piel antiguos, los destartados colmados. ¿Cómo voy a salir de aquí? ¿Por qué habré deseado volver a ser joven?

Me acuerdo de todas las películas y libros que conozco sobre viajes en el tiempo. Todo el mundo habla sobre desplazarse al pasado o al futuro, pero

nadie te cuenta cómo regresar después. Piensas que vas a reencontrarte con las cosas estupendas de la juventud: la energía, la piel de la cara sin una sola arruga, la sexualidad desenfrenada. Pero ¿qué pasa si te reencuentras con las peores cosas de tu juventud?

—¿Por qué pensaste que podías elegir? —me reprende mi madre—. ¡Siempre piensas que puedes elegir! ¡Algunas elecciones son permanentes, Vanessa!

Vuelvo a mirar por la ventana, tratando de encontrar un Starbucks o alguna tienda actual, pero no veo ni una. ¡Y todo el mundo va con sombrero! Debo de estar en el pasado, ya que este mundo está lleno de sombreros. Quiero volver a dormirme y despertarme en el apartamento de Glinda y dedicarme a mirar a mi nieto. ¡No quiero revivir mi horrible adolescencia!

Y después la veo. Bajando por la acera donde está el local de Steinway se encuentra Bibliomanía, que en los años cincuenta y sesenta era un edificio antiguo (ya ha sido demolido) situado en la Calle 57. Empiezo a llorar descontroladamente.

El médico entra corriendo con una botella de whisky y un vaso largo de cristal tallado (¿alguien recuerda esa clase de vasos?).

—¿Qué pasa? ¿Es por la sangre? Es completamente normal sangrar y tener algunos calambres, y algunas mujeres se ponen tristes. No se preocupe, muy pronto se sentirá mejor. Esto le sentará bien —y me llena el vaso de whisky hasta arriba.

—Estoy rehabilitada —digo entre sollozos.

—¿Que está qué?

—Gracias al programa. Ya no bebo.

—¿Qué programa?

Ay, Dios. Debo de haber viajado en el tiempo de verdad, porque en esa época nadie sabía lo que era «el programa». Empiezo a aullar de un modo horrible. Y a todo volumen.

El médico, por supuesto, está aterrorizado por todo el ruido que armo. Ha hecho una cosa sumamente ilegal y ahora debe de pensar que se la ha hecho a una loca que va a denunciarlo.

—Acuéstese y descanse —dice con severidad.

Un rato después, la enfermera entra y me pone otra inyección. Estoy segura de que he llegado al final de mi vida. He leído algo sobre médicos abortistas que son capaces de sacrificar a sus pacientes con tal de que no los

pillen. Mientras voy perdiendo la conciencia, me concentro en la carita de Leo cuando duerme.

—¿Qué estabas soñando? —me pregunta Asher—. Hablabas dormida. ¿Te encuentras bien?

Miro a Asher a la cara y siento un alivio inmenso. Desde que sufrió el aneurisma, Asher se ha convertido en otro hombre: dulce, empático, lleno de alegría de vivir. Algunos hombres llegan a esto si viven lo bastante. Se vuelven sabios.

—¡Bendito seas! —le digo—. Estaba otra vez en la adolescencia. Pensaba que era de verdad.

—Los sueños pueden darte mucha información si los interpretas bien —dice Asher—. Son mensajes desde el lado oscuro.

Todavía medio dormida, lo abrazo.

—Nessy —murmura. Así me llamaba durante nuestro apasionado noviazgo. No había oído ese nombre en mucho tiempo.

No he terminado de volver del pasado cuando me besa lenta y tiernamente en la boca.

—Voy a lavarme los dientes —susurro.

—Olvídalo —dice él, y empieza a acariciarme el coño.

—Tengo que ir a hacer pis —le digo.

Y corro al baño, contenta de estar en el presente, contenta de haber dejado el pasado atrás, contenta de tener la edad que tengo.

—¡Vuelve! —grita Asher con cierta desesperación.

—¡Ya voy!

Me meto en la cama, asombrada de que Asher esté dando el primer paso, lo que no es nada habitual en él.

Cuando me acuesto a su lado, todavía sorprendida por su presencia, me abre la bata de seda y me toca el coño como si fuera Adán descubriendo el de Eva.

—Qué preciosidad —dice.

Y entonces empieza a pasarme la lengua por la vagina, metiéndome delicadamente un dedo en busca del punto G, en la pared frontal de mi coño húmedo.

Durante un segundo, recuerdo los calambres y el dolor de la consulta del

abortista, y después decido sentir, no pensar, permitir que el calor y el placer me inunden por completo, abrirme del todo a su lengua, rendirme de manera absoluta.

Cuando estás meditando, aparecen pensamientos perturbadores y tienes que esquivarlos. Lo mismo ocurre con el placer. Tienes que dejar de lado las interrupciones, los pensamientos, las distracciones, las voces que llegan desde el pasado para reprenderte.

Al principio, su lengua se mueve con lentitud sobre mi clítoris. Después él empieza a ir más rápido y luego redobla la insistencia, mientras me toca el punto G con el dedo y me siento arrastrada por una ola de expectación que me nubla la mente y solo me deja concentrarme en el placer, librándome del sufrimiento del pasado, librándome del deseo de volver allí y de ser otra vez joven y guapa. A la mierda el deseo de ser joven y guapa. Esto lo compensa todo. Y acabo corriéndome en medio de terribles contracciones que parecen no terminar nunca.

Asher me abraza.

—He sentido que un rayo me bajaba por la espina dorsal cuando te has corrido —murmura Asher—. Ha sido increíble. Nunca me había pasado nada parecido.

—Has despertado a la kundalini —le digo.

—¿Qué coño es eso?

—Lo que has sentido. Como una serpiente eléctrica en la espina dorsal.

—Si tú lo dices... Ha sido increíble.

—Es verdad. La kundalini es la fuerza vital, la energía, el fuego, la potencia sexual. Algunos yoguis piensan que, cuando empleas ese poder físico bajo el control de la mente, no hay nada que no puedas hacer. Cuando tienes ese fuego (para la sexualidad, la creatividad, el conocimiento), todo encaja.

—¡Ya te digo! Kundalini o kundalono, ha sido impresionante. Pensaba que me estaba muriendo, y tú me has rescatado.

—Creo que tú también me has rescatado a mí.

Me acordé de que, cuando conocí a Asher, tuve la impresión de que estaba en guerra contra su propio cuerpo. Nos íbamos a algún lugar maravilloso en cualquier parte del mundo, nos instalábamos en una *suite* preciosa que hacía

que me erotizara al instante y él empezaba a manipular sus diversos artilugios —CrackBerries, teléfonos vía satélite, ordenadores—, apartándome de sí con su obsesiva necesidad de estar conectado a su oficina. Me volvía loca. Yo me quitaba la ropa y me quedaba solo con la lencería de seda, y entonces me ponía a bailar por la habitación, tratando de llamar su atención, y él se enfadaba conmigo. Se sentía controlado por mi sexualidad, pensaba que yo lo empleaba como un instrumento para relajarme (¿qué tendría eso de malo?) y se obstinaba aún más en resistírseme. Yo me enfadaba muchísimo, y de vez en cuando me largaba para quedar con algún antiguo amante solo porque estaba caliente y me sentía rechazada. Una vez quedé con un antiguo amante en el Crillon, en París, en una de esas *suites* abuhardilladas, y estuvimos un par de días disfrutando de un sexo fabuloso. Un *paparazzi* me sacó una foto y estuvo a punto de publicarla, pero al final no lo hizo. En ella salgo más guapa y resplandeciente de lo que he salido nunca en una revista del corazón. El motivo es que había pasado cuarenta y ocho horas con Franco, mi antiguo amante de Florencia. El sexo puede hacer eso —volverte la piel sonrosada y llenarte los ojos de luz— sin que nadie lo sepa más que tu amante y tú. Me parecía que merecía encontrarme así de bien y tener ese aspecto tan bueno. No sentí absolutamente ninguna culpa. Cuando te has desnudado un cierto número de veces en el teatro, ningún cambio de vestuario te perturba. Tal vez por eso los actores seamos tan promiscuos. Es como si estuvieras interpretando otro papel, como si fuera un trabajo, no un juego. Pero tu trabajo es un juego, de modo que no hay ninguna culpa.

¿Acaso por eso pude viajar en el tiempo hasta mi pasado? No hay nada que lo explique, salvo mi encarnizado deseo de volver a ser joven, que ya ha desaparecido. Me sentí tan aliviada al encontrarme de nuevo en casa, con Asher, que quise borrar todos mis deseos de hacer peligrosos malabarismos con el tiempo. Lo cierto es que me aterrorizaba caer por agujeros espacio-temporales sin quererlo.

Los agujeros espacio-temporales son deseos, ¿no? Y siempre están ahí, esperando para absorberte. Nunca sabes cuándo te va a engullir la parte más dolorosa de tu pasado. Quizá justo en el momento en que sueñas que recuperas lo mejor de él, sea lo que fuere. Lo fundamental es que el tiempo no está bajo tu control. ¿Por qué creíste que lo estaba? ¡Menuda arrogancia!

Empecé a leer todo lo que pude encontrar sobre viajes en el tiempo: las curvaturas de la relatividad de Einstein, los universos paralelos, toda la

literatura sobre desplazamientos en el tiempo. Se trata de un tema que nunca ha dejado de fascinar a la gente, al igual que el de despertar a la kundalini por medio del sexo. Pero cuanto más leía sobre ello menos podía comprender mi propia experiencia. ¿Era simplemente que siempre había tenido sueños muy vívidos? ¿O acaso había logrado romper las ataduras temporales gracias a la fuerza de mi deseo? Yo sabía lo poderosos que pueden llegar a ser los deseos. Cada vez que he deseado algo con la suficiente fuerza, lo he conseguido. Tenía que tener cuidado con lo que deseaba, por lo tanto, o podía pasarme de lista. Pero, a pesar de todos mis miedos, estaba llegando al final de la obra. Descubrí el secreto de la escritura: vivir en el presente. No se puede fantasear con las posibles reacciones porque no se puede conocer el futuro.

Sabía que los viajes en el tiempo estaban alentados por mis deseos, al menos parcialmente. Cuando empecé a escribir la obra de teatro sobre la vuelta a la juventud, entrevisté a muchas brujas y estudié muchos grimorios. Sabía que la hechicería sin un deseo —es decir, sin un propósito— probablemente no funcionaría. Lo que necesitas por encima de todo es un propósito.

Entretanto, Asher y yo nos sentíamos cada vez más unidos. Su experiencia cercana a la muerte había hecho que se abriera. Y yo también me había abierto. Recordé lo apabullante que puede ser la auténtica pasión, cómo puede convertirse en tu principal razón para vivir y que hay muy poca gente dispuesta a admitirlo. Los poetas lo hacen. Los autores de canciones, también. Pero la mayor parte de la gente quiere olvidarse de la pasión cuando esta ya no forma parte de su vida. Es algo demasiado perturbador. Demasiado aterrador. Si la recordáramos bien, la echaríamos de menos con excesiva intensidad. Hay hombres y mujeres que la buscan incesantemente en aventuras de una noche. Pero a las mujeres no siempre les gustan los polvos súbitos sin una sensación de seguridad, de cariño. A los hombres, con frecuencia, la lujuria pura les resulta decepcionante; depende del hombre y del momento de la vida en el que esté. El verdadero sexo tántrico es una alegría que una debe darse solo de vez en cuando. Tiene que haber algo más de lo que mi difunto amigo Anthony Burgess llamó «el viejo mete-y-saca». Requiere tiempo, caricias, un propósito, contacto visual, bañarse juntos. Es improductivo, y esto es parte del placer que proporciona. La sexualidad

norteamericana se parece demasiado al trabajo norteamericano: se orienta hacia la consecución de una meta. Esta es el orgasmo mutuo. Pero el sexo tántrico no codicia solo la meta, y eso lo convierte en algo muy extraño para la mayor parte de los norteamericanos. No es que el orgasmo no sea importante, pero no es lo único que hay. El cuerpo al completo es el instrumento de la sinfonía sexual, y la mayoría de la gente se lo pierde. Yo también me lo estaba perdiendo, y, en ese momento de mi vida, lo echaba de menos.

Pero estaba contenta de que Asher y yo nos sintiéramos cada vez más unidos. Se trataba de un cambio que me hacía feliz. Lo único que me faltaba era poder quedarme en el presente y no dejarme arrastrar de nuevo al pasado.

¿Acaso lo que me arrastraba de nuevo al pasado era mi necesidad de pasión? A lo largo de la vida había conocido diversas clases de pasión, incluyendo algunas pavorosas y devoradoras, durante las cuales tuve la sensación de que mi necesidad de un determinado amante me estaba comiendo viva. Quería sentir eso de nuevo y no volver a sentirlo nunca más. ¿Se podía volver a sentir eso a cualquier edad? ¿Era posible?

Mi teléfono móvil seguía acompañándome a todas partes como un geniecillo electrónico, pero yo estaba cada vez menos interesada en sus ruiditos paganos.

Si se pusiera en contacto conmigo algún hombre que fuera capaz de escribir correctamente, que no quisiera ponerme un traje de goma ni hacerse pasar por un poeta muerto hace mucho tiempo, entonces quizá, quizá, me interesaría, pero hasta entonces mi búsqueda experimental del polvo súbito se había vuelto bastante insípida. El hecho de que mi marido y yo nos sintiéramos cada vez más unidos me resultaba más deseable que un encuentro con un desconocido. Algo increíble.

14. Un lenguaje más allá del lenguaje

Me imagino que sí es la única cosa viva.

E. E. CUMMINGS

—Se tarda mucho tiempo en nacer y mucho tiempo en morir —dice mi hermana entrando en la habitación de nuestra madre.

Pero esta vez parece que ha llegado el momento. Tiene la mirada perdida, se le cae la baba y parece no ser consciente de que estamos aquí. Su cuidadora, Ariella, le está dando de comer unos cereales desleídos. Le mete la cuchara en la boca. Mi madre come cada vez menos.

El equipo de cuidados paliativos ha enviado una caja precintada que no podemos abrir hasta que lleguen ellos y un anticongestivo que le da muchísimo sueño.

Tiene una bombona de oxígeno al lado de la cama y Ariella, una guapa haitiana con los pómulos prominentes, la emplea intermitentemente. Le ha dado, siguiendo las instrucciones del médico, unas pequeñas dosis de morfina para calmarle el dolor.

—Es una luchadora —dice Ariella, a pesar de todo—. Puede despertarse en cualquier momento.

En esta ocasión no he querido contarles nada a mis amigas porque es posible que vuelva a la vida. Y, cuando entro en su habitación y digo: «Estoy aquí. Te quiero», ella gira la cabeza y comienza a balbucear unas sílabas sin sentido. Trata de hablar, pero solo se oye un gorjeo mientras se le escapa la saliva.

Antes solía entonar su *ay yi yi yi*, tradicional lamento judío. Ahora ve mi blusa roja y violeta e intenta reaccionar con algún sonido ante tanto color. Pero ha perdido completamente el control.

¿Cómo sé esto, si no puede hablar? Lo sé porque la conozco y sé que le encantan los colores vivos. Quizá me haya puesto esta blusa especialmente para ella. Por supuesto que lo he hecho.

Entonces Ariella hace que se incorpore sobre su cama eléctrica y ella se pone a gorjear como una loca, tratando de sonreír ante mi camisa.

—¡Siempre te han gustado el rojo y el violeta! —le digo. Y la intensidad de los gorjeos aumenta.

—Le está contestando —dice Ariella, y sé que es cierto, pero mi madre está agotada y se deja caer hacia atrás—. Esta es la última vez que hago este trabajo. Es demasiado duro. Todos estos años con su madre para ahora verla así. Es demasiado duro. Pero me alegro de haberla conocido. Es como si fuera mi madre.

Ariella se echa a llorar.

Pensamos que sabemos cómo llega la muerte, pues la hemos visto venir otras veces, pero cada muerte es única, como cada nacimiento. No hay un patrón que se pueda aplicar a todos los casos.

Antes me pasaba horas con mi madre, escuchando su balbuceo sin sentido. No era nada fácil. Ahora empiezo a entender que también era una forma de comunicación. «Hay un lenguaje más allá del lenguaje», dice Rumi, el gran sabio sufí.

—Va cuesta abajo —solía decir Karolina, su cuidadora polaca—. Cada día duerme más. A usted y a sus hermanas yo les digo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Va cuesta abajo y sin frenos.

Yo solía tener largas conversaciones filosóficas con Karolina porque ya no podía hablar con mi madre. Karolina se había convertido en su voz. A mi madre no le habría gustado nada hablar con acento polaco, pero sé que le gustaba tener una voz. Estaba contenta por poder usar la de Karolina. Y, ahora, la de Ariella.

—*Ayyy yi yi yi* —era prácticamente lo único que podía decir entonces, y no teníamos ni idea de por qué lo decía—. *Ayy yi yi yi yi* —repetía.

—¿Por qué *ayy yi yi*? —preguntaba Karolina.

—¿Por qué *ayy yi yi*? —contestaba yo, sin tener ni idea.

En el pasado, nunca había oído esos sonidos en su boca.

Mi madre no podía contestar. Ella, la reina de las partidas de Scrabble, que siempre encontraba palabras de siete letras; ella, la del alto coeficiente intelectual, la de la famosa Gertrude, la Madre Coraje que tan buenas críticas había recibido; ella, la magnífica Lady Macbeth; la de los retratos al óleo, a la acuarela, al pastel; ella, la de los libros raros y las primeras ediciones, se ha visto reducida a *ayy yi yi*.

—*Ayy yi yi* —repito yo, como un eco—. *Ayy yi yi*.

Durante la mayor parte de mi infancia, creí que mi madre tenía razón en todo. Copiaba sus gustos en materia de teatro, de arte, de música, de libros, de política. Hasta que llegué a la terrible edad de trece años, la imitaba en todo. Y después comencé a rebelarme: *ayy yi yi*.

—Mamá, te quiero —decía a los *ayyiyís*.

¿Acaso una pequeña curvatura en sus arrugados labios indicaba el comienzo de una sonrisa? No podía saberlo. En un minuto o dos, ya parecía estar de nuevo dormida.

Y ahora duerme, y más profundamente. ¿La muerte será como dormir sin soñar o aparecerán imágenes? Mientras estamos conscientes, no podemos imaginar la desaparición de la conciencia. Pero, al ver la cercanía de la desaparición de la conciencia en mi madre, empiezo a ver el futuro. A lo mejor todos tenemos una confianza excesiva en nuestra individualidad. A lo mejor el secreto está en pasar a formar parte del todo.

¿Es posible que haya una fuerza superior infinita que mantenga todas nuestras mentes individuales zumbando al mismo tiempo? ¿Qué pasa con las mentes de toda la gente que ha vivido antes? ¿Será que, de algún modo, están todas aquí, en el éter, sin ocupar ningún espacio, pero influyéndonos? ¿Permanecen las ideas? ¿Y los recuerdos? Este es el enigma al que todos nos enfrentamos.

Al observar cómo el aliento de mi madre entra y sale de su cuerpo marchito, intento memorizar su cara, su aliento, su historia. Respiro con ella. ¿Cuánto tiempo más podré respirar con ella?

—Definitivamente, va cuesta abajo —dice ahora Ariella con convicción—. A veces, por la noche, llama a su esposo.

—¿Qué es lo que dice?

—Grita su nombre.

—¿No pregunta dónde está?

—No —dice Ariella, y me mira con curiosidad.

—Bueno, a mí sí que me gustaría saber dónde está y qué está pensando.

Ahora me mira todavía más socarronamente.

Recuerdo cuando soñé que mi padre se encontraba en la nieve y lo enfadado que estaba por tener que morir. Un día, hará como veinte años, llamé a mis padres para ver qué tal les iba y mi madre me dijo en tono triunfal:

—¡Todavía estamos vivos!

Recuerdo su tono de asombro y de victoria. Después, me pasó a mi padre y él también dijo, con el mismo tono:

—¡Todavía estamos vivos!

Y ahora él ya no lo está. Y ella lo está por poco tiempo.

¿Alguna vez superaré la pérdida de mis padres? ¿Acaso alguien la supera?

Cuando pienso en mis padres afirmando jactanciosamente: «¡Estamos vivos!», sé que siempre permanecerán vivos en mi interior.

Los echo de menos. *Ayy yi yi* no sirve para reemplazarlos.

Creo que no me gustaría que el final de mi vida fuera como el de la de mi madre. Pero tal vez ella no sepa que ha llegado al final de su vida.

¿Cómo puedo saber cómo me voy a sentir sin estar ahí?

Ese es el problema.

Al llegar a casa, Asher me pregunta cómo se encuentra mi madre.

—No preguntes —le digo.

—¿Tan mal? Espero que no digas lo mismo de mí.

—Pero tú te vas recuperando.

—Ven aquí —dice. Me tumbo en la cama, a su lado, y lo abrazo.

—Sé lo duro que ha sido para ti todo esto. Tu padre, tu madre, yo, Belinda. Pero te prometo que me voy a poner bien y que voy a permanecer a tu lado.

Cuando está fuerte, como ahora, todos los fantasmas desaparecen.

Pero ¿qué es el amor? ¿Es renunciar a tener el control?

Vale, sé que *el amor no se altera cuando alteración encuentra*. Y sé que Shakespeare lo clavó en ese soneto. Antes se decía así (como aseguran nuestros jóvenes), cuando alguien definía algo a la perfección: «Lo ha clavado».

Robert A. Heinlein fue el culpable, me parece. Todos leímos y amamos su *Forastero en tierra extraña* y después lo clavamos todo.

Volvamos al sexo. De verdad, amigos, la búsqueda del orgasmo no es más que hambre. Piensas en ello cuando te ha faltado durante un tiempo. Al cabo

de un tiempo largo, se te olvida, sientes una especie de mareo. La inanición sexual es como otras clases de hambre, pero el hambre no es amor. Ya se sabe que los niños quieren a quienes los alimentan y los miman, pero nosotros ya no somos niños, aunque hay gente que no crece nunca. Los pocos que sí nos hemos hecho adultos, en cambio, sabemos que el hambre no es amor. ¿O no? Los gatos quizá no lo sepan, pero los perros lo saben. En cualquier caso, no vamos a ponernos a hablar ahora de gatos y perros.

Antes de casarme con Asher estuve, como ya he contado, con un actor joven que tenía una erección eterna. Pero ¿era eso amor? Lo dudo. Y dudo incluso que su erección fuera eterna. Incluso él se hará viejo, siempre que no se cuelgue de un árbol cuando su miembro comience a fallarle.

Le iban las drogas: la hierba, la coca, la metanfetamina, todas. ¿Quién sabe si seguirá vivo, por no hablar de si será capaz de mantener la erección? Cuando estaba con él, pensaba que sus erecciones infalibles tenían que ver con mi atractivo. No era así. Tenía una erección con cualquiera que lo mimara y alimentara, fuesen hombres, mujeres o animales de compañía.

Las erecciones. ¡Cómo las buscamos! Una polla dura y tiesa refuerza nuestra existencia. Eso es lo que piensan los hombres, tanto los heterosexuales como los gais. Y es también lo que piensan las mujeres, por lo menos cuando el hambre nos domina. Pero ¿acaso esas erecciones tienen algo que ver con nuestro encanto y *sex appeal*? ¿Quién puede saberlo?

Nikos estaba dispuesto a follarse cualquier cosa. Era de Queens pero le gustaba tanto Joyce que parecía de Killarney. En un taller, hicimos una dramatización juntos del último capítulo del *Ulises*:

Yo era una flor de la montaña sí cuando me ponía la rosa en el pelo como hacían las muchachas andaluzas [...] y cómo me besaba junto a la muralla mora y yo pensaba bien lo mismo da él que otro y entonces le pedí con la mirada que me lo pidiera otra vez sí y entonces me preguntó si quería sí decir sí mi flor de la montaña y al principio le estreché entre mis brazos sí y le apreté contra mí para que sintiera mis pechos todo perfume sí y su corazón parecía desbocado y sí dije sí quiero Sí.

Ya se ha convertido en un lugar común, pero funciona de maravilla. A las

actrices les encanta. Con la flor en el pelo y todo eso.

Incluso a los niños les gusta, supongo que por el sexo. El sexo es universal, como el hambre. Le otorgamos muchísima importancia cuando somos jóvenes. Le damos un significado mucho mayor del que debería tener.

El sexo tiene que ver con la llegada de la próxima generación. No es algo trascendente ni filosófico ni nada que vaya más allá de sí mismo. Y, al mismo tiempo, lo es. Si los dioses lo idearon, lo hicieron con mucha astucia. Parece significarlo todo.

Cuando pienso en todos los hombres con los que me casé por el sexo, en todos los amantes que perseguí por él... Pero no es más que la manera que tienen los dioses de juntarnos en una rara intimidad. Le concedemos una fuerza mucho mayor de la que tal vez merezca.

Pero no te das cuenta de esto hasta que deja de imponer su férrea disciplina sobre tu vida.

Madre querida:

Por favor, no te mueras nunca. Sé que estás muy cansada, que te pasas la mayor parte del día durmiendo —ojalá pudiera saber lo que sueñas— y que ya no puedes hablarme ni oírme. Y, sin embargo, quiero que vivas para siempre, porque no estoy preparada para quedarme sin madre. ¿Este deseo es el colmo del egoísmo? Tú dices que sí. Y, sin embargo, tú tampoco te quieres morir. Aguantas porque tienes miedo a desaparecer, a que tu absoluta singularidad se pierda para siempre. Eso es algo que entiendo muy bien. Yo tampoco quiero perder tu singularidad, pero, sobre todo, no quiero perder la mía.

Mi hermana Antonia llama por teléfono.

—No puedo volver a hacer esto —estalla—. ¡Necesito que alguien me cuide a mí! Ella está ahí tumbada como una reina, pero ¿a mí quién me cuida? Mis hijos no me hacen ni caso.

Trato de mantener la calma. Quiero estar tranquila. Quiero que ella esté tranquila.

—Lo estás haciendo bien. Esto es un esfuerzo terrible. No te rindas.

¿Se lo digo a ella o me lo digo a mí misma? Ahora, más que nunca, quiero estar en paz con mis hermanas, quiero evitar cualquier clase de provocación,

quiero que nos aceptemos como somos. ¿Seremos capaces de hacerlo alguna vez?

Pasan los días. Mi madre mejora y empeora, mejora y empeora. A veces pienso que está muerta. A veces pienso que no se va a morir nunca. A veces pienso que no estoy lo bastante alerta para entender sus nuevas formas de comunicarse. Cuando la demencia se instala entre nosotros durante un largo tiempo, las formas de comunicarse cambian. El color la estimula, al igual que el sonido. La música le encanta, aunque creo que no oye. Y el chocolate en su lengua le produce un efecto similar al del amor.

Se incorpora y trata de gritar al ver el color de mi blusa: rojo y violeta con un verde musgoso. Una prenda de Etro que podría haberse puesto ella de joven. Su gusto en ropa siempre fue magnífico; siempre fue una adelantada a su tiempo, siempre tuvo muchísimo arte a la hora de vestirse. Pero ahora no puede hablar. Croa como una rana que estuviera a punto de sumergirse en el agua saltando desde una roca musgosa. Levanta los hombros con fuerza, aunque ya no es capaz de mantenerse sentada. Grita sin gritar. Sé que es una muestra de aprobación hacia mis brillantes colores, parecidos a los que llevaba ella en su juventud. Ha descubierto un nuevo modo de hablar sin palabras. Y entonces se pone a toser como si estuviera a punto de atragantarse.

No tenemos conciencia de la diversidad de los lenguajes que existen. No me refiero al latín y al griego, sino al lenguaje del color, al de la comida. Apenas conocemos las distintas clases de música del ser humano. Mi madre era capaz de hablar sin hablar, de reír sin reír, de cantar careciendo de voz. Quienes tienen hijos con necesidades especiales saben esto, y también aquellos cuyos padres se están muriendo.

Me quedo sentada a su lado mientras ella se duerme y se despierta, se despierta y se duerme. Pero un día tiene una expresión oscura y vacía. Algo ha cambiado. Antonia lo nota y me dice que no soporta venir.

—Bueno, no vengas. Estoy yo —le digo.

—He venido demasiado —dice ella—. Me está matando. Yo voy a ser la próxima en morir. En realidad, ya estoy muerta.

—No pasa nada. No te preocupes.

—No lo aguanta —susurra Ariella—. Déjela tranquila.

Resisto la tentación de llamar a mi otra hermana. Me quedaré aquí sola. Si hace falta avisar a la enfermera del equipo de cuidados paliativos, la

llamaremos. Si mi madre tiene dolores, abriremos la caja precintada que nos dijeron que no abriéramos. Si, si, si. Puedo añañarme. Puedo hacerme cargo. Soy adulta. Soy casi huérfana.

Apenas se le mueve el pecho. Su respiración es tan débil que no podemos oírla. De vez en cuando, le cuesta respirar y le damos el anticongestivo. Durante la mayor parte del tiempo he querido estar presente cuando se marchara de nuestro planeta hacia la luna, pero ahora me doy cuenta de que tal vez ese tránsito sea imperceptible, a diferencia del de mi padre. Ella no quiere quedarse aquí. Quiere reunirse con él, esté donde esté. Eso debe de ser el amor. Está soñando con la luna.

Comentamos el protocolo del equipo de cuidados paliativos y la manera de usar la caja con el médico. Habíamos recibido un paquete sellado, pero nos dijeron que no lo abriéramos hasta que la enfermera llegara al apartamento.

—¿Qué hay en esa caja? —pregunto.

—La enfermera se lo dirá cuando llegue —me dicen por teléfono.

Durante las siguientes horas, mi madre tiene los ojos abiertos, pero no ve nada. Su mirada es inexpresiva, unas letras muertas que van rumbo al espacio. Tal vez ya esté en la luna.

Me voy a casa unas horas, y cuando suena el teléfono a las seis de la mañana, ya se ha ido.

Mi hermana Em y yo quedamos cuando todavía está oscuro y vamos a su apartamento. Toni ha dejado muy claro que no lo soporta.

—Debe de haber fallecido al amanecer —dice Ariella, y unas lágrimas brillantes se escapan de sus grandes ojos castaños. Está bastante agitada.

—Tápale la cabeza con la manta —dice Em—. Es una señal de respeto.

—Me han dicho que no la toque —replica Ariella.

Después veo que ha estirado la manta para cubrir ese rostro muerto.

Entro en la habitación, le quito la manta, le saco la vía de oxígeno de la nariz, arranco el esparadrapo que la sujeta y digo:

—Te quiero, mamá.

Tiene el aspecto de siempre, pero está muy quieta. Todavía no está fría. Tiene la expresión de siempre.

—No quiero entrar ahí —dice Em.

—Está igual que siempre —le digo—. Sigue caliente. Tiene la cara de siempre. Debemos despedirnos.

Y las cojo a las dos de la mano y vuelvo a su habitación. Nos quedamos dándonos la mano y mirando esa cabeza anciana y materna que he destapado y que ya se halla en la cripta del tiempo.

Me fuerzo a observar detenidamente sus rasgos. La larga nariz aguileña que tanto gustaba a sus fans japoneses. Los pómulos altos y marcados. Los ojos almendrados, ya cerrados. La poderosa voz, ya silenciada.

—Que Dios me dé serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar —dice mi hermana.

—Dios le ha dado una buena partida. Gracias, Dios —dice Ariella.

—Todas te queremos mucho —digo yo—. Gracias por los libros, las obras de teatro, la música, la poesía, las películas. Gracias por Gershwin y Mozart y Cole Porter y Beethoven. Gracias por Duke Ellington, Gilbert y Sullivan, Mitrópoulos y Bernstein. Gracias por Yeats y Dickinson y Millay. Gracias por Leonardo y Miguel Ángel y Hogarth y Vigée-Lebrun. Gracias por llenarnos la cabeza con tus impresionantes conocimientos sobre todo.

Y beso el aire igual que antes la he besado a ella.

Y todas nos quedamos estupefactas ante la fuerza de la muerte.

Llamamos al equipo de cuidados paliativos, pero la enfermera no contesta. Dejamos un mensaje de voz que dice:

—Creemos que ha muerto. Por favor, venga a declarar su defunción.

La enfermera no viene ni llama. Tampoco el internista geriátrico, que, de algún modo, se ha enterado.

Mientras esperamos, Ariella busca en su memoria todos los detalles del día anterior.

—Estuvo mal durante todo el día. Cuando usted vino, ya oyó los ruidos que hacía.

Em traga saliva. Le cojo la mano.

Em y yo habíamos escuchado cosas distintas. Yo oí sus pulmones tratando de limpiarse. Em, una tos seca. Ariella, un sonido cascado. ¿Qué había sido?

Los del equipo de cuidados paliativos no aparecieron, pero el director de la funeraria sí. Em no quiso mirar. Ariella, tampoco. Yo miré.

Le tomaron el pulso. No tenía pulso. Yo ya lo sabía.

La levantaron de la cama, quitaron la sábana y metieron su delgado cuerpo

en una bolsa de plástico blanco, parecida a las que se usan para guardar los trajes. Yo meforcé a mirarlo todo para recordar lo poco que pesa un cuerpo muerto. Cómo quedamos reducidos a piel y huesos, incluso quienes nos preocupábamos por no aumentar de peso.

No abrimos la caja.

Tras la muerte de mi madre hubo muchas noches en las que no pude dormir, aunque normalmente lo hago como el más feliz de los bebés.

La noche después de su muerte estuve dando vueltas por mi apartamento, muy atenta, por si la oía. Y la noche después de su entierro pensé en tomarme una pastilla para dormir, aunque nunca suelo hacerlo, salvo que tenga *jet lag*. Pero me contuve. Si mi madre estaba por ahí, quería permanecer alerta para poder saludarla.

Una noche soñé que me encontraba en la India con mi marido. A cada uno nos asignaban un maestro tántrico. La suya era una mujer preciosa vestida con un sari dorado, y el mío, un indio pequeñito y parecido al personaje de Rumpelstiltskin, que salía en un libro de cuentos fantásticos que tuve de niña. Tenía la piel morena como una nuez tostada y era más bajito que yo, pero me prometió que me proporcionaría el placer que necesitaba.

Yo protesté diciendo que estaba casada y que no quería traicionar a mi marido, pero él replicó que mi marido se había mostrado de acuerdo. Aquella noche vino a verme, me metió su polla dura y pequeña en la vagina y empezó a follarme descontroladamente. Al principio yo no sentía nada, pero después se retiró mientras me decía un montón de palabras bonitas y entonces sentí que el coño me empezaba a latir en un orgasmo salvaje que me siguió durando y reconfortando incluso cuando ya me había despertado.

La mujer tántrica del sari también le proporcionó a mi marido un orgasmo fabuloso, y los dos nos quedamos maravillados por lo mucho que habíamos tardado en descubrir aquella espléndida isla tántrica situada en medio del subcontinente. Los dos habíamos encontrado lo que necesitábamos, un lugar donde siempre podía hallarse la satisfacción sexual sin sentir ninguna clase de miedo, ni de culpa ni de malestar.

—¿Cómo puede ser que no conociéramos este lugar? —pregunté.

—¡Debíamos de estar locos! —dijo Ash—. ¡Esto es increíble!

Muchos días después hallé las jeringuillas de morfina en la caja que no

habíamos abierto.

Los antiguos griegos sabían que la muerte es amiga. Sabían que la historia de Titono no era ninguna broma.

La diosa de la aurora, Eos, se enamoró de un príncipe troyano y le suplicó a Zeus que hiciera inmortal a su amante. Pero, enloquecida por la pasión, se olvidó de pedir que le concediera también la juventud eterna. Titono era un hombre, pero no podía morir. Vagó por la tierra suplicando piedad sin cesar mientras sus ojos, sus extremidades y sus órganos internos se iban pudriendo y cayendo y él se volvía cada vez más decrepito.

Lo único que podía hacer era hablar y hablar y hablar.

Al final, un dios piadoso lo convirtió en una cigarra.

Ahí está el lenguaje: la cigarra también tiene un lenguaje.

En la Provenza, conocen la fértil sabiduría de la estridente cigarra.

Ash y yo teníamos una casa en la Provenza, en una aldea encantadora llamada Roussillon. Allí, en verano, las cigarras celebran la vida durante toda la noche.

Pero la muerte no acaba con nada. La muerte da comienzo a la cosecha, a la cosecha del dolor, de las gestiones, de los papeleos. Y a la transformación gradual de un padre y una madre complicados en unos semisantos.

Tachemos *semi*. Los padres se vuelven cada vez más nobles tras morir. También, más divertidos y cariñosos. Y llegan a merecer tu amor desesperado.

15. Tratemos a los muertos con ternura

Y por eso le digo: tratemos a los muertos con la misma ternura con la que querríamos ser tratados, ahora, en lo que describiríamos como nuestra vida.

HAROLD PINTER, *Tierra de nadie*

Muchas veces recé pidiendo que muriera. Era tan frágil y estaba tan triste que con frecuencia no podía soportar ir a visitarla. Siempre prefería estar con mi hija y con mi nieto que con ella. No quería quedarme mirando a la muerte hasta el final. Pero, cuando al fin murió, sufrí una conmoción total. Me sentía muy nerviosa y me costaba mucho dormir. Una noche me tomé una pastilla y me encontré volando entre las nubes, en paz por primera vez. Otra noche estuve dando vueltas por mi casa, incapaz de dormirme y sin ningunas ganas de tomarme una pastilla. Quería volar junto a ella, dejando atrás todos los miedos. Quería meterme en su tumba como la heroína de una tragedia de Shakespeare. Quería gritar, aullar, estar exultante, bailar, morir. Estos distintos estados de ánimo se estuvieron alternando durante semanas.

La muerte posee una rotundidad que no podemos prever por mucho miedo que tengamos o por mucho que recemos. Cuando se quedó sin palabras y ya no fue capaz de mantenerse despierta más que unos minutos seguidos, empecé a rezar pidiendo que muriera. Pero, cuando murió, ya no deseaba en absoluto su muerte.

La reacción pública ante su fallecimiento me pareció de lo más sorprendente. No me imaginaba nada parecido, teniendo en cuenta lo avanzado de su edad y el tiempo que había pasado lejos de la esfera pública. Muy poca gente la recordaba, más allá de sus hijas y nietos. En cualquier caso, había formado parte del mundo del espectáculo y, por lo visto, los que pasan por allí nunca mueren.

Fox, Thomson Reuters, AP y otros grupos de comunicación habían comprado todas las películas de su época, de modo que su vida seguía pasando en bucle en algún lugar —quizás en Marte— junto a *Curiosidad*, la serie dedicada a investigar misterios científicos e históricos, o al menos en la Luna.

Eso me agradó, aunque el obituario estuviera lleno de errores. Tanto mi

padre como ella aparecían retratados como artistas de vodevil, aunque el vodevil ya había dejado de existir para cuando ellos empezaron a trabajar. Mis hermanas se enfadaron conmigo, como si yo fuera la responsable de esos errores. No logré convencer a Em de que la prensa tiene una vida propia que, con frecuencia, discurre al margen de la historia. Tampoco pude convencer a Antonia. Toda la prensa publicó los mismos nombres en negrita: el mío, el de Ash, los de los artistas cuyas obras habíamos comprado, los famosísimos intérpretes con los que mis padres habían trabajado. Gershwin por su apartamento, Cukor por su manera de dirigir, Bibliomanía por sus volúmenes firmados por los autores. La prensa me irritaba muchísimo, pero estaba acostumbrada a ello y no esperaba que hiciera su trabajo con más rigor. Sabía que los nombres en negrita son lo que llama la atención y que lo único que se busca en la actualidad es llamar la atención. A nadie le importa la verdad.

Pero mis hermanas me echaron la culpa, como siempre.

Querían donar el legado de mis padres, y lo que yo quería era conservarlo, exhibirlo, convertirlo en algo tan real como había sido para mí cuando era niña.

—Quedemos en el apartamento y lo hablamos —dijo Em por teléfono—. Antonia dice que ella también viene.

Entonces se me cayó el alma a los pies, junto a mis zapatos de mil dólares.

—¿No podemos hacerlo por teléfono o por e-mail? —supliqué yo.

—No. Tenemos que vernos allí las tres —insistió ella.

Así fue como me atrapó.

Tendría que haber una palabra para referirse a la atmósfera que hay en un apartamento cuyos habitantes han pasado a otro círculo: al purgatorio, al cielo o al infierno. No es una atmósfera tranquila; está saturada de fantasmas muy inquietos. Llamémosla atmósfera inquieta. Los Gershwin, por supuesto, seguían allí: George, Frankie y Ira, cada uno cantando y tocando su Steinway y una nube sombría flotando sobre sus cabezas debido a la temprana muerte de George. Todo el mundo decía que los Gershwin nunca superaron la muerte de su hermano. A mí me lo contó mi madre, que era muy amiga de Frankie Godowsky, la hermana pequeña de George y Ira. Los Gershwin eran originarios de Odesa, igual que mi familia. Tenían unos genes askenazís impresionantes y eran capaces de componer canciones, de cantar, de bailar,

de pintar, de escribir letras, de sobrevivir a Hollywood y de mudarse de Brooklyn a Manhattan sin quedar traumatizados. En la actualidad, los chicos con intereses artísticos se mudan de Manhattan a Brooklyn. En aquella época, se morían de ganas de largarse de Brooklyn e instalarse en Manhattan. Pero yo conozco la historia completa. Nada era lo que parecía. La vida es sueño, la leche descremada se hace pasar por nata[19], etc.

La última vez que estuve en una atmósfera así fue cuando mi madre había dejado de respirar y el tipo de la funeraria vino a envolverla y llevársela. Después se organizó el funeral. Fue igual que los demás funerales, pero también, por supuesto, muy distinto de los demás funerales por la inmensa cantidad de gente que acudió: abogados, contables, directores de desarrollo de proyectos, fans trastornados con sus viejos libros de autógrafos y sus cámaras destartadas. Se juntan como moscas alrededor de los cadáveres de los famosos, los cuasifamosos, los que alguna vez fueron famosos, los que alguna vez fueron amigos de los que alguna vez fueron famosos. No hace mucho tiempo los vi congregándose junto a la puerta lateral del hotel Carlyle por si daba la improbable casualidad de que Mick Jagger estuviera allí.

Durante todo el funeral estuvimos tocando música de Gershwin, como mi madre dijo una vez que quería. Piezas para pianola de Gershwin, *Rhapsody in blue* de Gershwin, *Un americano en París* de Gershwin, trozos de la ópera de Gershwin sobre Porgy y Bess. Como Gershwin, mis padres carecían de prejuicios raciales cuando muy poca gente podía decir lo mismo, y los de la funeraria debieron de ver más gente de color en el funeral de mi madre de lo que habían visto en todos los que habían organizado en su vida. Parece que también somos segregacionistas con los cadáveres. Al menos, es lo que se observa en el cementerio.

La enterramos al lado de mi padre en un cementerio judío que hay en Elmont, en Long Island, enfrente del hipódromo de Belmont Park. Allí estaba la *mishpojé*[20] al completo: mis abuelos, los abuelos de Ash, mis padres y tías y tíos y sus hijos, los padres de Ash y sus tías y tíos y sus hijos. Curiosamente, la familia de Ash había comprado un terreno cercano al de mi familia. Lo más probable es que se lo vendiera en la misma época algún estafador judío de Brooklyn o del Lower East Side. Todos los askenazís de primera generación tenían sociedades funerarias para comprar tierras para sus muertos. Poseer tierra para los muertos es una tradición judía. Caminamos sobre la tierra y luego yacemos bajo ella.

El ruido de la tierra al caer sobre un ataúd es desolador. Te hace darte cuenta, de repente, de que vas a dejar ahí a esa persona. ¿Cómo puedes dejar a tu madre en la tierra helada? Y se abre un agujero en el corazón, en el plexo solar, en las *kishkas*[\[21\]](#).

No, no, no, no, no. ¿Cómo puedo dejar a mi madre ahí?

Entonces fuimos andando de una tumba a otra, poniendo piedras sobre las sepulturas, como hacemos los judíos. Estuvimos aquí, lloramos a nuestros difuntos, nos fuimos a casa. Pero no por mucho tiempo.

—Bueno, vamos a revisar sus cosas —dijo Em.

—¿De verdad es necesario?

—Sí, Ness —contestó mi hermana.

Entonces comenzamos ese proceso espantoso de examinarlo todo, tanto la basura como los tesoros.

Em encontró, en una caja, un par de bolas metálicas. Probablemente fueran bolas chinas. ¿Para qué necesitaría mi padre unas bolas chinas? ¿Para mi madre? ¿Para otra mujer? Em las sacó de la caja. Tintineaban cuando las movíamos en nuestras manos.

—Las bolas metálicas de papá —dijo ella—. ¡Te pertenecen por derecho!

¿Me estaba haciendo un cumplido o me estaba insultando? Decidí que se trataba de un cumplido. Siempre está esa opción.

—Gracias, Em —dije—. Me vendrán muy bien. Me alegra mucho tenerlas.

No dije lo que pensaba que eran. Y mi hermanita —cinco años más joven que yo y cinco años más inocente (aunque las dos ya rondábamos los sesenta) — siguió pensando que eran las bolas metálicas de papá y que, por ser yo «el chico» de la familia, me correspondía quedármelas.

Más tarde, en casa, volví a cogerlas, y, al sentir su peso en las manos, me convencí de que serían un regalo «pícaro» de alguno de los «pícaros» amigos de mis padres. Sus amigos siempre bromeaban mandando juguetes sexuales como regalo. En la adolescencia, estos juguetes me parecían lamentables. Muy abiertos en relación con el sexo y las «picardías», mis padres tenían amigos que, como ellos, se dedicaban a cuestiones artísticas y que llevaban esta clase de artilugios a sus numerosas fiestas. Probablemente nadie había empleado las bolas chinas para lo que habían sido concebidas. Por lo menos, eso era lo que yo esperaba.

Me acuerdo de que una vez, hace mucho tiempo, en una fiesta en el elegante salón de baile del apartamento, espíe (desde la escalera) a una mujer amiga de ellos haciendo un *striptease* borracha mientras cantaba a voz en cuello: «¡Me encanta beber, me encanta comer, me encanta follar!».

Aquello me repugnó. A los adolescentes siempre les repugna la sexualidad de sus padres. Pero también me fascinó. Y tomé la determinación de vivir mi sexualidad de una manera distinta.

¿Lo había conseguido? Esta es una pregunta demasiado profunda para tratar de contestar mientras se separa la basura de los tesoros.

Con las joyas no ocurrió lo mismo que con las bolas chinas. Todas las queríamos. Éramos tres chicas. ¿Qué se podía esperar? ¿Íbamos a ponernos a pelear por las perlas?

Mi madre era una bohemia, una *hippy* rica, una chica que llevaba una rosa en el pelo, pero las joyas le encantaban. En los buenos tiempos, mi padre y ella habían actuado en Tokio, de modo que mi madre tenía un montón de perlas. Y se trataba de una clase de perlas que a nosotras, sus hijas, nos enloquecían. No eran esas miserables perlas de agua dulce que se hacen pasar por perlas en la actualidad, sino una perlas inmensas, perlas Mabe, perlas color crema todas a juego, perlas rosáceas que brillaban como pezones jóvenes, perlas barrocas que lanzaban unos destellos azules y verdes como los extraterrestres de los cómics, perlas doradas, perlas plateadas, perlas de un blanco perlino, adecuadas para ponerte sobre los pechos desnudos como si fueras una cortesana de la Belle Époque de Colette o incluso su amante.

Yo había leído *Chéri* y *El fin de Chéri* muchísimas veces y soñaba con un amante joven que quisiera ponerse mis perlas, y, tal vez, llegado el momento, pegarse un tiro por mi amor. Aunque, por supuesto, no fue el amor de Léa lo que mató a Chéri, sino la imposibilidad de detener el tiempo.

Él era como yo. Era yo, pero yo no tenía un arma. Con arma o sin ella, yo iba a aceptar la edad como Léa y Chéri nunca la habían aceptado. Seguiría avanzando por la escalera descendente de la vida.

Entonces sonó mi teléfono. Siempre lo hacía en los momentos más inoportunos.

—Tu teléfono —dijo Em.

—Que le den por culo a mi teléfono —dije yo.

—¿Quién va a querer darle por culo? —preguntó ella.

La abracé. No tenía ninguna intención de contarle las fantasías sexuales

que transmitía mi teléfono. Mis padres habían tenido una buena vida sexual. ¿Cuánto tiempo habría durado? Esperaba que mucho. Pero, como cualquier otra hija, tampoco quería pensarlo de una manera muy gráfica. Sabía que mi padre había frecuentado los salones de masaje con final feliz en sus últimos años. Lo sabía porque en aquel momento había visto las facturas de su tarjeta de crédito. ¿Qué otra cosa podía ser «final asiático»? ¡Mejor para él! El sexo es vida, pero los niños no quieren imaginarse a sus padres teniendo relaciones sexuales.

Nos pusimos con las joyas, un tema que no creaba tanta confusión. Em quería las perlas grandes y rosáceas. Yo también.

—Deberíamos llamar a Antonia —dije.

—No quiere joyas. Solo dinero —replicó Em.

—¡Pero debería tener la oportunidad de elegir!

—Que se vaya a la mierda —dijo Em con amargura—. Le daban mucho más dinero que a nosotras, por tener más hijos.

—No sabía que eso te molestaba. A ti te dejaron la tienda y todos esos libros tan difíciles de encontrar.

—¡Era lo mínimo que podían darme! ¡Mi pobre marido fue el que evitó que el negocio se hundiera!

—Por Dios, Emmy, ¿de verdad piensas eso?

—No es que lo piense. Es un hecho. Un hecho es un hecho es un hecho. Tú te largaste y te pusiste a hacer películas y a casarte una y otra vez. Ella se largó a Irlanda, se volvió histérica y se puso a tener hijos. Y nosotros nos quedamos aquí ocupándonos de todo mientras ellos se iban deteriorando. ¡No teníamos vida!

—¿Qué? Tú has tenido la vida que quisiste. Bibliomanía, los libros viejos y los firmados por los autores, así como el resto de ejemplares que los acompañaban. Por no mencionar el edificio de la Calle 57, que se ha ido revalorizando con el tiempo.

—¿Sabes cuántas hipotecas tenía? Papá era malísimo para los bienes inmuebles. ¡Cuando nos tocó, tenía tres hipotecas!

—¡Pero la vendisteis por una fortuna!

—¿Por una fortuna?

—¿No? ¿Por cuánto la vendisteis?

—No fue por tanto —dijo Em.

—¿Por cuánto?

—Pues es que la cifra es un poco engañosa.

—Hechos, por favor, Em. ¡Si a ti te encantan los hechos!

—Bueno, después de cancelar las hipotecas, de pagar los gastos, de darles su parte a mamá y papá, de...

—Vamos, Em. Me dijeron que sacaste más de cien millones.

—¡Eso es totalmente falso! ¿Quién te lo dijo?

—No me acuerdo.

—Pero tu marido es millonario. La última vez que hablamos del tema, tenías cinco casas. Una en Nueva York, otra en Londres, otra en París, otra en Aspen y otra en Roussillon. ¡Por no mencionar el yate, que es más grande que la mayoría de los bloques de apartamentos!

—¿Cómo lo sabes? ¿Te has puesto a medirlo? La verdad es que me sorprendes, Emmy. Nunca pensé que pudieras ser tan perspicaz a la hora de contar el dinero de los demás.

—Era un edificio minúsculo y destartalado.

—¡Un edificio minúsculo y destartalado en la Calle 57! ¡Al lado del local de Steinway!

Em no contestó. Parecía amargada. No estaba contenta con lo que había sido su vida. Ese era el problema. Ninguna cantidad de dinero podía compensar eso. El dinero puede hacer girar el mundo, pero no te resarce de la infelicidad familiar. Ni de la frustración conyugal. Ni de la sensación de que nunca has arriesgado la vida por un placer.

Me imaginé que había sacado un montón de dinero por el edificio de piedra rojiza en el que estaba la librería. No presté demasiada atención. Papá seguro que se llevó su parte, pero Em y su difunto marido se habían quedado con todo el resto, sea lo que fuere. Seguro que hubo gastos. Siempre los hay: impuestos, intereses de la hipoteca, abogados, contables, toda la *meguilá*[\[22\]](#). Siempre hay gastos de los que hacerse cargo, pero eso no significa que ella no sacara nada. Quería que me tragara eso, pero no lo consiguió. Yo sentía que me había robado el patrimonio que me correspondía a cambio de mi patética fama y estaba enfadada. Tenía la firme determinación de quedarme con las mejores perlas. Quizá tendría que haberme relajado un poco.

¿Por qué ponerse a pelear por una cosa así? Yo ya tenía todo lo que necesitaba. Al menos, eso es lo que pensaba en aquel momento. Pero estaba furiosa. Mi hermana pequeña se había quedado con mi patrimonio. Quizá fuera un destartalado edificio de ladrillo rojizo con unas escaleras malolientes

y más libros antiguos de los que jamás podríamos inventariar. Quizás estuviera todo demasiado deteriorado como para reformarlo, ¡pero estaba situado en un lugar excelente y mis padres lo habían comprado en 1951! Era típico de mi familia desvalorizar sus propiedades inmobiliarias, quejarse de lo mal que se había invertido el dinero, para evitar que, por envidia, nos echaran mal de ojo. Pero, si pensabas que habían comenzado a comprar libros viejos y firmados por sus autores antes de que nadie supiera qué valor tenían, que todos sus bienes inmuebles se hallaban en zonas cuyo precio nunca había dejado de subir, que tenían un gusto excelente y que conocían a todos los actores, artistas y compositores de su época, te dabas cuenta de que quien heredara sus cosas sería muy afortunado.

¡Yo quería las perlas rosáceas, maldita sea! Y las iba a conseguir, al igual que las bolas metálicas.

Nos pusimos a buscar las perlas. Mamá las guardaba en una caja fuerte que había hecho construir en el suelo de su dormitorio y que quedaba oculta bajo una alfombra china de color malva.

Estuvimos horas buscando la llave, la encontramos en un joyero que tenía mamá en el tocador y, conteniendo el aliento, abrimos la caja fuerte. Estaba llena de esas bolsitas de seda y cajitas que los joyeros japoneses usan para guardar las perlas, pero no había ni un solo collar. Quedaban algunas perlas sueltas —arañadas y desaparejadas—, pero ni un solo collar, ni un anillo, ni un broche, ni unos pendientes.

—¿Dónde se pueden haber metido? —gimió Em.

—¿Dónde se meten las cosas? —repliqué yo—. Las perlas son objetos vivos. Se habrán ido rodando.

—¡Te las has llevado tú! —dijo Em.

—Ojalá lo hubiera hecho, pero no.

Em me miró como lo haría un prestamista a un cliente poco fiable.

—Dime la verdad.

—Yo siempre te digo la verdad —le respondí—. Y tú siempre piensas que te estoy mintiendo.

—¿Quién demonios se las ha llevado?

—Puede haber sido cualquiera. Una cuidadora, una enfermera, una cocinera. En la vida de mamá entraba y salía muchísima gente. Estas cosas pasan todo el tiempo. Mi amiga Livia me dijo que, cuando su madre murió, en la caja fuerte no había nada más que un ratoncito de goma. Y Clarissa me

contó que su madre tenía un diamante amarillo canario enorme y que, en su lugar, encontraron un pedazo de cristal. Estas cosas suceden todo el tiempo. Las joyas desaparecen y lo único que te queda es el recuerdo de su brillo. A lo mejor es que nunca existieron, como el diamante tan grande como el Ritz o los bosques llenos de piedras preciosas o las doce princesas bailarinas.

—¡Maldita sea! —dijo Em—. ¡Nos las tendría que haber dado hace años!

—Supongo que sí —admití yo.

Pero, en el fondo, estaba exultante. No serían para Em. No serían para nadie.

—No me extraña que estés tan tranquila. ¡Con todas las joyas que te ha regalado Asher!

—¿Las quieres? ¿Quieres que te las cambie por esa primera edición de Shakespeare?

Em me miró con cinismo.

—¡La vendí hace años! —exclamó, muy orgullosa.

—Paremos ya, ¿vale? —dije—. Estoy agotada.

¿Por qué discutía por dinero y joyas con alguien a quien quería con todo mi corazón? Deseaba retirar todo lo que le había dicho. Probablemente ella quisiera lo mismo.

—Yo también —dijo.

Cerramos con llave la caja fuerte vacía, extendimos la alfombra y salimos del apartamento. Pensé que, en algún momento, tendría que encontrar la manera de perdonar a mis hermanas y de que ellas me perdonaran. Era mi desafío para la siguiente vida.

Enterramos a mi madre, pero yo seguía sin poder creer que hubiera muerto. Me despertaba todas las mañanas y me imaginaba que todo seguía igual y que ella permanecía acostada en su cama como siempre, al otro lado del parque.

—¡Tengo que ir a verla! —me decía. Y entonces me acordaba de que lo que quedaba de ella estaba en el cementerio. Pero en mis recuerdos empezó a cambiar. En lugar de la centenaria espectral que no salía de la cama, volvió a ser la madre llena de energía de mi juventud. Patinaba sobre hielo, bailaba, saltaba y gritaba, rebosante de vitalidad. Aunque yo no podía retroceder en el tiempo, parecía que ella sí. Ese era el secreto de los viajes en el tiempo: había que estar muerta para poder hacerlos.

Me sentía como si alguien hubiera movido el suelo bajo mis pies, como si estuviera flotando en el espacio y no hubiera dónde aterrizar. Entonces iba a la casa de Glinda y me quedaba mirando a Leo mientras dormía. Ahora él era quien me mantenía conectada con el mundo. Pese a ser diminuto, era mi punto de apoyo, mi anclaje.

Nos mantenemos anclados en la vida gracias a los lazos que creamos con los demás: con la familia, con los amigos, con los amantes. Si no fuera por estos lazos, nos perderíamos en el espacio. Me hubiera gustado que Isadora estuviera a mi lado, pero había emprendido un largo viaje a la India.

La siguiente vez que fui al apartamento de mis padres, me encontré en medio de una obra de teatro. Por todas partes había empleados de una empresa de mudanzas, cajas, parientes examinando viejas fotografías, chatarreros, agentes inmobiliarios, pintores, albañiles y gente buscando curiosidades. Nunca había pensado que venderíamos la casa familiar —una especie de vertedero en el que se acumulaban muchísimos trastos—, pero era demasiado cara de mantener y nos venía bien el dinero. Una vez mis padres la habían alquilado por doscientos dólares al mes, y ahora valía millones. Tuvimos que librarnos de un montón de cosas, ya que nadie tenía sitio para quedárselas. Las fotos eran lo peor: los pequeños detalles de esas vidas ya apagadas.

Lo que realmente quería hacer era montar un museo de mis padres, un museo con las paredes llenas de fotografías, de todos los retratos de ellos y sus hijas —nosotras—, un museo que no pudiera destruirse nunca. El lugar para hacerlo era evidente: la vieja Bibliomanía, con su ladrillo rojizo, sus extraños olores y sus paredes cubiertas de manchas. Pero mi hermana la había vendido. Y ahora nos disponíamos a hacer lo mismo con el apartamento. La existencia de mis padres quedaría reducida a sus estrechas tumbas, sus últimos bienes inmuebles. No habría ningún museo que, desde la inocencia o desde la experiencia, conservara sus recuerdos. Lo íbamos a vender todo por falta de espacio. Los recuerdos retrocedían ante el dinero.

Deseé creer en Dios. En cualquier dios. Lakshmi, Ganesh, Cristo, Alá. Deseé poder creer que mi madre no estaba pudriéndose en su ataúd. Deseé poder creer que su vida había tenido algún sentido, más allá de traernos al mundo a mis hermanas y a mí. Deseé que en el cielo hubiera un ábaco de oro

donde se sumaran todos sus méritos y su valía, o que tuviera lugar una ascensión angélica o que se convirtiera en santa; que ocurriera algo que le otorgara un sentido a su vida, algo más allá de su efímera fama y sus hijas envejecidas. ¿Por qué no puedo creer en un dios o en una diosa? ¿Por qué su vida se ha convertido en un montón de polvo, y, por extensión, la mía también? Toda su alegría de vivir, su rabia y su talento se están pudriendo ahora en una caja. Hay un proverbio italiano que dice: «Terminada la partida, el rey y el peón vuelven a la misma caja».

También vale para la reina y el peón. Deseé creer que, tras la muerte, tenía lugar una transfiguración. Deseé creer.

Pero, por supuesto, Buda no creía ni en el nacimiento ni en la muerte. Cuando se dan las condiciones adecuadas, el ser se manifiesta. Cuando no se dan, el ser permanece oculto. Mi madre ahora permanecía oculta. Tal vez alguna vez volviera a manifestarse en otra forma. Ella siempre había creído eso. Le encantaban las flores y las frutas y las plantas y no le habría importado volver a nacer en forma de dalia, de rosa o de peonía. Incluso de melocotón. O de tomate. Sabía que todo estaba relacionado.

¿Acaso pensar eso me consolaba? Sí y no. Para los budistas, los conceptos de nacimiento y muerte carecen de sentido. La ola se alza hasta la cresta y fluye, y después se rompe y vuelve a alzarse. Somos olas que volverán a alzarse y se romperán de nuevo y se volverán a alzar. No somos sólidos, sino fluidos. Nos encanta el mar porque somos el mar. Una ola es una ola es una ola. Con permiso de Gertrude Stein.

Le envié a mi agente las páginas que me había pasado Isadora, y mi agente casi se vuelve loca. Yo sabía que no estaba autorizada a enseñárselas a nadie, así que le dije a mi agente que las había escrito un amigo llamado Will Wilde. No tengo ni idea de por qué se me ocurrió ese nombre. Quizá lo de Will fuera por Shakespeare y lo de Wilde, por Oscar. Son dos de mis escritores favoritos. ¿Qué importa, de todos modos? Los nombres importan menos que la mirada.

Mi agente vendió su libro a una productora de cine por una burrada de dinero, y después lo vendieron por otra burrada a una editorial.

Contárselo a Isadora me ponía muy nerviosa. No tenía ningún derecho a hacer eso, y ahora resultaba que Will Wilde estaba a punto de convertirse en

una estrella.

Solo en su asteroide, Will Wilde se estaba preparando para su debut. ¿Qué coño iba a hacer yo?

Cuarta parte
VERANO

16. Bollywood en Goa

Pues habían vivido juntos lo bastante para darse cuenta de que el amor era el amor en cualquier tiempo y en cualquier parte, pero tanto más denso cuanto más cerca de la muerte.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,
El amor en los tiempos del cólera

Lo más importante que hay que recordar es que la vida es una comedia. Yo había perdido a mi padre, a mi madre, a mi perrita y casi a mi marido, pero mantenía la capacidad de ver lo absurdo de la vida. Y entonces recibí una invitación para ir a la India. Fue una cosa maravillosa, porque llevábamos un tiempo planeando hacer ese viaje.

Nadie debería morir sin conocer la India. Tuvimos suerte, porque, justo cuando habíamos decidido largarnos de Nueva York rumbo a ese país espléndido y aterrador, recibí una invitación del festival de cine de Goa. Por lo visto, *El mundo de Blair*, mi vieja serie, estaba teniendo muchísimo éxito en la India. Yo casi la había olvidado, pero millones de indios la estaban viendo con mucha pasión.

Lo más curioso del indeleble mundo del cine y la televisión es lo lejos que llegan las producciones y lo mucho que duran. En algún lugar, en otra galaxia, hay unos extraterrestres viendo *I Love Lucy*[\[23\]](#) y tratando de comprender lo que significa. Me imagino un día en el que la Tierra ya sea inhabitable, pero nuestras series de televisión se emitan en el espacio. ¿Acaso eso es lo que significa la inmortalidad?

Yo ya había estado en la India, pero Ash no. En cualquier caso, la India es tan increíblemente variada y enorme que nadie puede conocerla salvo que viaje mil veces a ella. Tienes que vivir allí tan solo para empezar a apreciar sus aromas y su fascinante diversidad. La India es un inmenso cosmos lleno de colores y olores y horrores y maravillas. Yo había estado en Bombay, en Nueva Delhi y en el estado de Rajastán, y sabía que no había más que arañado la superficie del subcontinente. Por supuesto, sentía un profundo escepticismo ante la posibilidad de que la India me cambiara la vida. No creía que esas cosas fueran posibles. Pero necesitaba tomarme un descanso tras tantas muertes tan perturbadoras, y la India me pareció el lugar perfecto. Acababa de leer un libro muy divertido y conmovedor ambientado, en parte,

en Varanasi, y pensé que evocaba los feroces contrastes de la India: la espiritualidad junto a las alcantarillas, la santidad junto a las patrañas, una civilización de lo más elevada junto a unas payasadas de lo más grotescas. Sabía que Asher y yo teníamos que ir a la India juntos, pero todavía no sabía por qué. En la adolescencia, había leído a Rabindranath Tagore y me había quedado embelesada. Después me enamoré de la India de Ismail Merchant y James Ivory. Un poco más adelante devoré *Pasaje a la India*, de E. M. Forster, sin dejar de cavilar sobre cuál de los personajes estaría inspirado por su amante indio. Yo sabía que ninguna de estas Indias era la auténtica India, como no lo eran la de Hermann Hesse ni la de Salman Rushdie ni la de Kiran Desai. Probablemente no exista una auténtica India, al igual que no hay un auténtico Estados Unidos. En cualquier caso, tenía que volver allí. En el siglo XIX, los estadounidenses y los europeos consideraban que Venecia era un lugar que producía unos efectos maravillosos sobre el cuerpo y el espíritu. En el siglo XXI, ese lugar es la India. Nos parece un lugar ideal; proyectamos nuestras necesidades conjurando una India imaginaria. Yo no era distinta de cualquier otra persona que sueña y se engaña.

Partimos hacia Dubái en un avión de Ali Baba Airlines, con sus aposentos particulares con olor a rosa y sus duchas. Ali Baba Airlines consigue que las demás aerolíneas parezcan de transporte de ganado. Las azafatas están todo el tiempo llevándote unas toallas calientes (que son toallas de verdad y están verdaderamente calientes), pijamas de seda y pantuflas bordadas. Hay unos pequeños platos llenos de exquisiteces aptas para musulmanes, hindúes, judíos y demás. No se sirve a bordo ninguna comida prohibida. Resulta sorprendente cómo el personal de vuelo logra que todo funcione a la perfección, pero eso es lo que ocurre. Estuvimos volando sin parar hasta que accedimos a un pasado mítico. Y a un presente mítico.

Aunque parezca increíble, Goa fue una colonia portuguesa hasta los años sesenta. Tiene unas catedrales preciosas, unas plazas públicas que parecen completamente europeas y el recuerdo de una Inquisición propia. Su historia es de verdad fascinante.

En el aeropuerto reinaba el típico caos de la India. Si sueltas por un instante la maleta o el teléfono móvil, te lo roban en menos de lo que se tarda en decir *maharishi*. Se ven sijs con turbantes, árabes con largas túnicas blancas de las que se usan en el desierto, mujeres con burkas o pantalones

vaqueros. En un aeropuerto de la India puede verse toda la diversidad del mundo. Buscamos alguna señal de nuestros anfitriones —«Bollywood en Goa»—, y al final vimos un cartel donde decía «Señora Blair y su invitado».

Supuse que el grupo de individuos que saludaba con la mano y gritaba se había congregado allí por mí. Nuestro séquito estaba formado por cinco personas: una joven muy esbelta llamada Parvati, que llevaba un sari de color crema y oro; el encargado de llevar las maletas, con un turbante dorado, y otros tres caballeros con turbante cuyos roles no quedaron claros en un primer momento. Cogieron nuestro equipaje de mano y nos acompañaron a un coche.

—Seré su sombra durante el congreso —me dijo Parvati—. La llevaré a todas partes y me ocuparé de lo que necesite. No se preocupe por el resto de su equipaje. Mis colegas lo recogerán y lo llevarán al hotel.

Me pidió los comprobantes de las maletas y mandó a los tres caballeros a buscarlas con un gesto de la mano.

—¡Nunca volveremos a ver nuestro equipaje! —le dije a Asher con mi ansiedad habitual.

—Bueno, pues compraremos cosas nuevas —replicó él—. No te preocupes.

La India ya lo había convertido en una persona tranquila. Pero no era solo la India, sino también el hecho de haber superado una crisis casi mortal. Y yo también la había superado. Si la meditación consiste en buscar la luz que hay en uno mismo, yo había atisbado esa luz. Había necesitado tanto el sexo que no me daba cuenta de que era distinto del amor.

Puede que sea el clima, o la humedad, o el derroche de color, o incluso puede que sea el *jet lag*, pero la cuestión es que la India, al igual que la experiencia de estar a punto de morir, te hace percibir tu vida de una manera distinta. Es como volver a nacer. Te encuentras ahí, en la cuna de una religión y de una civilización antigua, y sientes la posibilidad de empezar de nuevo.

Lo cierto es que la búsqueda de la iluminación parece profundamente enraizada en la psique humana. Cada civilización ha concebido este viaje de un modo diferente, y, en nuestro tiempo, los viajes a la India ocupan un lugar muy especial en el corazón humano. Allí es donde aprendes quién eres y en qué crees. Es lo bastante exótica y distinta como para desempeñar el papel

que desempeñaba Italia en el siglo XVIII, cuando todos los entendidos viajaban allí. Tengo un montón de amigos que han viajado a la India para cambiar su vida, y casi todos afirman que lo lograron. La India es un caldero lleno de mitología y misterio cocinándose a fuego lento. Más que un destino turístico, es una piedra de toque.

Cuando llegamos a la *suite*, descubrimos que sobre la enorme colcha de seda dorada habían esparcido unos pétalos de rosa. Dos mayordomos muy guapos, ataviados con turbantes, estaban listos para deshacer nuestras maletas y colocar la ropa en un vestidor donde había una piscina de mármol. Asher los echó dándoles un fajo de rupias y se derrumbó, como yo, sobre la cama. Solo Dios sabe cuánto dormimos. En mis sueños, pasé por diversas fases de mi vida. Viajaba en el tiempo una vez más, como si la India fuera un agujero espacio-temporal que llevara al pasado. Tuve unos sueños tan vívidos que no parecían sueños. Justo antes de despertar, soñé con pollas. Es un sueño recurrente en mí. Pollas rosadas, pollas negras, pollas amarillas, todas duras y dispuestas a follarme. Entonces se despertó Asher y me hizo el amor muy lentamente. Mi sueño lo había cambiado, lo había dotado de una sensibilidad distinta. Nos sentimos tan unidos como si fuéramos dos partes de una misma persona. Nunca había entendido eso, pero ahora lo comprendía. Nunca nos habíamos tomado el tiempo necesario para disfrutar del sexo lento, porque vivimos en un mundo que va demasiado rápido. Me acordé de la frase de Isadora: «Sexo lento en un mundo rápido».

O puede que fuera la India. La sexualidad de Asher había regresado. O quizás era que los dos nos habíamos vuelto jóvenes, como yo deseaba, o que por primera vez yo renunciaba a tener el control. Si el éxtasis existe en algún lugar, ese es la India. Puede que yo estuviera experimentando por primera vez aquello de lo que me había hablado Isadora. ¿Acaso la rendición consistía en eso?

—Ness, Ness, Ness —repetía Asher, metiéndose hasta el fondo en el húmedo centro de mi ser. Después nos levantamos y nos bañamos en la piscina de mármol. Sentada en el agua tibia, rodeada por pétalos de rosa, sentí que revivía el primer fin de semana que habíamos pasado juntos en mi bañera de Vermont. Habíamos estado horas conversando, contándonos la

vida. El tiempo quedó abolido entre nosotros, como cuando nos habíamos conocido. Recordé todas las razones por las que lo amaba. Él sintió que lo amaba. Era como si hubiéramos pasado a un nuevo nivel de comprensión.

—Nunca nadie me había conocido de verdad —me dijo Asher.

—A mí me pasa lo mismo —le dije yo—. Y deseo que tú me conozcas, lo deseo con toda mi alma.

—O con todo tu coño —dijo él—. ¿Se puede decir así?

—Desde ahora, se puede —concluí yo.

Aunque teníamos un *jet lag* terrible, nos habían invitado a una gran fiesta junto al mar organizada por uno de los patrocinadores del congreso, un magnate de la telefonía móvil que tenía más dinero que gusto. Su casa, un pabellón de mármol blanco, era una versión reducida del Taj Mahal de Agra. Su esposa iba vestida de blanco, él iba vestido de blanco y los sirvientes y camareros llevaban *kurtas* color carmesí. La comida era una mezcla de platos occidentales e indios servidos sobre unas bandejas espejadas.

—Estaba magnífica en el papel de Blair —me dijo—. Calculadora, intrigante e hipócrita, como todas las mujeres bellas. ¿Es así también en la vida real?

—Espero que no —respondí yo—. Blair es un personaje malvado. No es un ángel.

—Bueno, las mujeres indias la adoran, y los hombres también. Estamos todos a sus pies. Pensamos que usted es nada menos que una manifestación de Kali.

—¿Debo sentirme halagada?

—Sin duda, mi querida señora. Hacer el mal es mucho más dramático que hacer el bien.

En aquel momento apareció su esposa a toda prisa, me cogió la mano y me la besó con pasión.

—Usted ha revelado el alma de la mujer —dijo atropelladamente—. Usted ha mostrado el drama del alma femenina.

No sabía qué contestar, pero recordé que, en esa clase de situaciones, siempre viene bien dar las gracias.

—Gracias, gracias —le dije a la anfitriona—. Han sido muy amables al invitarme.

—Se dará cuenta de que sus episodios se emiten uno tras otro durante la fiesta.

Entonces señaló una gigantesca pantalla que había en la pared, y ahí estaba yo, caracterizada como Blair, veinte años más joven y con unas enormes hombreras. Me resultó bastante extraño verme; era como meterse en un túnel del tiempo y volverse otra vez joven. Hubo un tiempo en que eso era lo único que quería. Pero ahora que mi deseo se había convertido en realidad, me pregunté qué precio tendría que pagar.

—La verdad es que me siento otra vez joven —les comenté a mis nuevos amigos.

—Y sigues igual de guapa —dijo Ash.

La anfitriona ordenó que nos trajeran comida y, junto a su marido, nos acompañó hasta una mesa cercana donde nos sentamos los cuatro.

—Usted sabrá, desde luego, que toda la India la considera una diosa —afirmó.

—Pero ustedes tienen un montón de dioses mucho más encantadores —repliqué yo.

—Ah, pero nosotros adoramos las imágenes —precisó ella—. Las imágenes parpadeantes que nos llegan de Occidente.

—Ese es precisamente el problema que tenemos —añadió su marido—. Nos hemos vuelto hacia Occidente, cuando la India es la madre de todos nosotros. Debemos aprender a adorarla de nuevo.

—No podría estar más de acuerdo. Haría cualquier cosa por ser una diosa india. O incluso por interpretar a una.

—¿Estaría dispuesta, entonces, a quedarse y hacer una película aquí? —me propuso el anfitrión.

—¿Por qué no?

—Mi sueño es despertar el alma femenina de la India con una película sobre diosas indias. ¿Aceptaría leer el guion que he escrito?

—Lo leeré encantada —respondí sin pensar—. En cuanto se me pase el *jet lag*.

—¡Estupendo! —exclamó el magnate, que se llamaba Rajiv.

Al oír mi respuesta, su esposa no cabía en sí de júbilo. Yo estaba acostumbrada a que, en las fiestas, se hicieran todo tipo de promesas que después no había por qué cumplir. ¿Cómo iba a saber yo si realmente existía un guion? Los indios son muy entusiastas y tienen tendencia a la hipérbole.

En ese sentido, recuerdan al colorido de su hermoso país. Pueden pasar de elogiarte a olvidarte en cuestión de segundos. Les encanta el aura de la fama, por muy manchada o empañada que esta esté. Ansían la fama tanto como los norteamericanos o los ingleses.

Por eso no me sorprendió nada que Nigel Cavendish y su Vivienne también estuvieran en la fiesta. Vivienne tendría unos veinticinco años y estaba muy embarazada. Nigel y yo nos saludamos como viejos colegas y presentamos a nuestros cónyuges.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté a Nigel.

—Me he vuelto famosísimo en la India —contestó Nigel— y me han llamado de Bollywood. Voy a hacer una película aquí.

—¡Qué maravilla! ¡Mucha mierda! Te deseo que tengas mucho éxito, ya lo sabes.

—Y tú. Siempre —dijo Nigel.

Ya no había ninguna electricidad entre nosotros. Nuestras parejas lo notaron.

Asher le estrechó la mano a Nigel y a Vivienne y yo les di a ambos dos besos apuntando al aire.

Bueno, Nigel y yo habíamos sido fieles a nuestra manera. Como escribió Cole Porter, «siempre te soy fiel a mi manera, mi amor».

Y ahí estábamos los dos: en nuestros países nos habían olvidado, pero en Asia éramos famosos. Qué extraño era volver a ser famosa. Al pasar por el vestíbulo del hotel, me asediaban manadas de fans que me decían que Blair les había cambiado la vida. Era impresionante. Yo había deseado volver a ser joven y el viaje a la India, de algún modo, me había devuelto la juventud.

Y, sin embargo, también era huérfana. Cuando tus padres viven tanto como los míos, piensas que no se van a morir nunca. Yo no había podido asimilar la muerte de ninguno de los dos. Lo que había hecho, en cambio, era salir corriendo. Mi padre y mi madre me perseguían. Me hablaban todo el tiempo y me decían que no los olvidara.

Siempre he creído que adorar a los antepasados es la más antigua de las religiones. Las voces de nuestros padres sonando en el interior de nuestras cabezas son las más poderosas de las plegarias. Los muertos viven en nosotros. Los mantenemos con vida. No se mueren jamás.

Los turistas suelen ir a Goa por sus playas, pero también hay unas antiguas grutas muy cerca. Quizá no sean tan famosas como las de Ellora o las de Elefanta, pero son incluso más viejas y misteriosas. Yo había leído algo sobre Avalem y Jandepar y estaba deseando visitarlas. Ash se encontraba cansado y tenía *jet lag* y no parecía demasiado convencido, pero, después de descansar unos cuantos días, le pedí a Parvati, mi sombra, que nos llevara.

Ella dudó y dijo que antes teníamos que purificarnos, que las grutas eran una prueba para la imaginación, que no era tan sencillo visitarlas. Resultaba evidente que trataba de desanimarme, algo que solo sirvió para acrecentar mi curiosidad. Al final tuve que aceptar hacer yoga con ella durante una semana para purificarme bien antes de que nos llevara.

—Estas grutas son mucho más que un destino turístico —me comentó—. Son un lugar sagrado y peligroso. Hay muchos viajeros que no han regresado jamás. Solo vuelven los que se muestran humildes. Cuando llegue allí, será demasiado tarde para purificarse o para marcharse si el dios le ordena que se quede. Debe actuar con respeto y con serenidad. Debe aceptar perdonar a todos sus enemigos.

—¿Qué importancia tiene eso? —pregunté yo.

—Tiene muchísima importancia —dijo Parvati—. Los que están llenos de rabia nunca salen de la gruta.

En la India, llegar a cualquier sitio siempre resulta más difícil de lo previsto. Las carreteras son malas, el tiempo impredecible, y constantemente te encuentras con mendigos, animales, atascos, autobuses llenos de turistas y rebaños de ganado que te obligan a desviarte o te retrasan. Lo que ocurre durante el trayecto de un lugar a otro no puede llamarse tráfico. Se parece más a un huracán llevándose por delante el arca de Noé. Viajamos en una destartada furgoneta Volkswagen que acabó completamente cubierta del polvo de la carretera. Estaba decorada con unas banderolas satinadas y la conducía un chófer que discutía todo el tiempo con el copiloto sobre el camino que debían seguir.

Al cabo de lo que parecieron varias horas, llegamos a un templo excavado en la roca y protegido por una inmensa gárgola. Por lo visto, éramos los únicos turistas.

El conductor y el copiloto nos proporcionaron agua, toallitas faciales y un

tentempié, pero afirmaron que preferían esperarnos fuera. No querían entrar en las grutas, que tenían fama de ser peligrosas, ya que probablemente estuvieran encantadas y llenas de curvas sin señalizar. También había en su interior un lago escondido donde, según se decía, se habían ahogado unos cuantos turistas. No, de ningún modo iban a entrar con nosotros, por muchas rupias que les ofreciéramos.

Cuando Parvati, Ash y yo entramos, el primer objeto que vimos fue una gigantesca piedra con forma de *lingam*: se trataba del incansable pene de Krishna, con el que había fecundado el mundo y a todos sus seres. Oímos el ruido del agua al correr, sentimos la humedad hasta en los huesos, y poco después llegamos a una cámara en donde unas monumentales estatuas contaban la vida de un ser humano: el niño pequeño, el adolescente, el novio con su hermosa novia de pechos como melones, el padre rodeado por sus hijos, la madre con sus hijos adorándola y besando el dobladillo de su vestido, el padre ya viejo convertido en un *sadhu*[\[24\]](#), con las extremidades cubiertas de ceniza y un cuenco para mendigar comida. Cuando dejamos atrás estas estatuas, accedimos a una zona más oscura y más fría y empezamos a tiritar.

—Podemos volver —dijo Parvati—. Podemos acortar la visita.

Sus palabras solo lograron que me dieran ganas de quedarme.

Seguimos descendiendo por unas piedras resbaladizas. Varias veces estuvimos a punto de caernos. Me pareció ver, observando desde la boca de una cueva, la cara de mi amiga Isadora. Entonces todo iría bien. Me perdonaría por haber vendido su obra bajo el seudónimo de Will Wilde. Se reiría de que no le hubiera pedido permiso. Al fin y al cabo, ella de ninguna manera habría enviado el manuscrito. Las dos lo sabíamos. Si le hubiera preguntado, habría encontrado el modo de no contestarme. Conocía muy bien a Isadora. Como todos los auténticos escritores, no tenía ninguna fe en lo que había escrito. Solo los aficionados creen que sus obras son perfectas. Creo que fue Thomas Mann quien dijo: «Un escritor es una persona a la que escribir le resulta más difícil que a las demás». Yo sabía que Isadora quería ser leída, como todos queremos ser leídos. Las palabras pueden derrotar a la muerte. Casi todos los libros se convierten en polvo, como casi toda la gente. Pero unos pocos permanecen. A veces solo perduran algunos fragmentos, como en el caso de los libros de Safo. No importa. Aunque se trate de fragmentos, pueden volar.

Miré la húmeda pared de la gruta donde había estatuas de dioses toscamente talladas en bajorrelieve. De repente, un destello de luz. Los rostros de los dioses se convirtieron en los rostros de nuestros padres. Y luego la luz se apagó. ¿Estaba soñando? ¿Me lo estaba imaginando todo? Las estatuas de los dioses habían desaparecido y, con ellas, los rostros de nuestros padres.

No llores por nosotros, que hemos vivido nuestras vidas, me pareció oír decir a mi padre antes de que su rostro de piedra volviera a convertirse en el de un dios.

Ahora tienes que disfrutar de tu vida, oí susurrar a mi madre. *No tengas miedo. El miedo es una pérdida de tiempo*. Su rostro de piedra, entonces, se suavizó y volvió a ser el de una diosa.

Entramos en las profundidades de la gruta, siguiendo el sonido del agua. Llegamos a un lago humeante donde había infinidad de dioses y diosas que saltaban durante un instante sobre la superficie del agua y, después, se sumergían y desaparecían como si no hubieran existido nunca.

—Se dice que en esta cueva solo vemos lo que tenemos que ver —dijo Parvati.

—Y ¿qué es lo que ves tú? —le pregunté.

—Me veo y soy una esclava del dios, y me han abandonado en las escaleras del templo para que me convierta en la concubina de algún príncipe. Mi familia en otro tiempo era intocable. Lloro por la niña que fui.

—Yo no veo ninguna niña —repliqué.

—Claro que no. Usted solo ve lo que tiene que ver.

Seguimos descendiendo cada vez más profundamente.

Entonces, Ash echó a correr hacia delante y abrazó una gran roca, llorando.

—¿Quién es? —pregunté.

—Creo que es mi padre —respondió Ash—. ¿Es que tengo que perdonarlo? ¿O tengo que perdonarme a mí mismo?

Ash siempre había odiado a su padre. Le miré la cara en la oscuridad y lo abracé muy fuerte.

Pero lo único que vi fue una roca del tamaño de un hombre, salpicada de agua por todas partes.

—Sin la capacidad de perdonar, estamos perdidos —dije.

—Hay restos de civilizaciones muy distintas en esta gruta —dijo Parvati—. Nadie se pone de acuerdo sobre su origen, y nunca la han podido

cartografiar. Creo que ya deberíamos dar la vuelta.

Miré a mi espalda. La niebla velaba un muro de roca. Ante mí, unos escalones conducían aún más abajo.

—Pero ¿por dónde se vuelve?

Fui presa del pánico. Nunca conseguiríamos salir. El conductor y su copiloto tenían razón. No había modo de abandonar aquella gruta sin cartografiar.

—Hay gente que dice que el origen de esta gruta es budista y que la única manera de salir es silenciar la cháchara constante que tenemos en la cabeza. Si uno se deja dominar por el miedo, se quedará aquí atrapado para siempre.

¿Quién había dicho eso? ¿Parvati o el dios de la gruta? Era imposible saberlo.

Comenzamos a respirar al unísono. Parvati contó nuestras respiraciones, y el eco repetía sus palabras. Estuvo contando durante un rato que se me hizo eterno. Hay una pausa tras cada respiración, y se dice que en ese momento puedes decidir en qué mundo entrar. Yo me planteé elegir la muerte, pero me decanté por la vida.

¡Cuánto echaba de menos a mi madre! No a la madre en que se había convertido al final de su vida, sino a la joven llena de energía que nos había llevado en avión a Catalina cuando éramos pequeñas. La visión de Santa Catalina me hacía rememorar, una y otra vez, a mi madre atándonos los cordones de las zapatillas y riéndose de que nos diera miedo subir al avión. Era tan guapa y tan joven, y estaba tan llena de vitalidad. ¡No podía imaginarme la vida sin ella!

Todas las lágrimas que no había derramado ni en su funeral ni en su entierro ahora rodaban por mis mejillas, haciéndome pensar en el líquido amniótico que me había sustentado en su interior a lo largo de nueve meses. Estaba empapada en lágrimas. Sus destellos iluminaban el camino ascendente, los escalones que conducían a la salida de la gruta.

Durante el viaje de vuelta al hotel todos íbamos muy callados.

—Nunca pensé que vería de nuevo a mi padre —dijo Ash—. ¡Quién iba a decir que se encontraba en la India, en una gruta! Tengo que perdonarlo para poder perdonarme a mí mismo.

Vamos a la India porque la India representa el pasado de la raza humana. Nos metemos en sus grutas como si fueran las entrañas de nuestras madres. Buscamos un sentido a la vida en esos increíbles úteros del tiempo. Hubo un momento en que soñé con revivir mi juventud por medio de la magia. Ahora comprendo que revivo mi juventud todos los días. Como madre, como abuela y como esposa, estoy en el pasado, en el presente y en el futuro al mismo tiempo. Esto es lo que nos concede la India. La India nos ofrece un regalo que consiste en abolir el tiempo.

En el viaje de regreso a Goa, mientras oscurecía, Parvati dijo:

—La India ha encendido sus corazones, como predijo Tagore. He visto muchas veces a norteamericanos sufrir una transformación así. No es solo por haber descendido al interior de las grutas, sino por haber adquirido, de repente, la capacidad de contemplar su propia vida de una manera distinta.

—Pero ¿por qué? —dije yo.

—Esa es una pregunta sin respuesta —contestó ella—. Salvo que la respuesta sea el karma.

—Pero ¿qué es el karma? —pregunté yo.

—Hay quien dice que es el destino —afirmó ella—. Para mí es más que eso. Concibo el karma como todas las influencias de los propios actos que se han acumulado en las numerosas vidas que cada uno tiene. Si todo va bien, uno obtendrá el regalo de la extinción total, de modo que no tenga que volver a nacer bajo ninguna forma. Ustedes, los occidentales, sueñan con la inmortalidad. Nosotros, con lo contrario.

—¿Lo que os gustaría, entonces, es alcanzar la iluminación hasta tal punto que no tuvierais que volver a vivir?

—Eso es —respondió Parvati.

—Entonces la vida no os parece una bendición suprema, ¿verdad? —pregunté.

—Ni mucho menos —dijo ella—. No concebimos el hecho de no volver a nacer como algo equivalente a la extinción, sino como la unión con el creador.

—Si lo pienso así, es completamente distinto —continué yo—. Pero la verdad es que no acabo de entenderlo.

—No es nada fácil de entender —explicó Parvati—. Pero, si piensa que cada uno de los actos de cada una de sus numerosas vidas puede acercarla o

no a la unión con el creador, tiene más sentido. Nacimos de la cabeza del dios y regresaremos a ella. El único problema es cuánto tardaremos.

Entonces Parvati se puso a recitar algunos fragmentos de un poema de Tagore:

*No vayas al templo a dejar flores a los pies de Dios,
llena antes tu propia casa con la fragancia del amor.*

*No vayas al templo a rezar de rodillas,
arrodíllate antes para ayudar a levantarse a los oprimidos.*

*No vayas al templo a suplicar perdón para tus pecados,
perdona antes de corazón a quienes han pecado contra ti.*

—¿Qué significa eso? —preguntó Ash—. ¿Por qué iba yo a querer unirme a un dios?

—Para alcanzar el nirvana —contestó Parvati—. El perdón es el único camino que conduce al nirvana. Perdonamos a nuestros enemigos y de ese modo los dioses nos perdonan. De ese modo, no hace falta volver a nacer.

Más tarde, cuando Ash y yo estábamos solos en la habitación del hotel, me dijo:

—Todas esas grutas son como gigantescas *earthworks*. Me han hecho comprender qué era lo que buscaba. Lo que me atraía del *land art* era que de algún modo me daba cuenta de que era el arte más antiguo de todos. Cuando excavas en la tierra es como si te metieras de nuevo dentro de tu madre para volver a nacer. No me creo nada de eso de que deseen dejar de existir.

—Es por el miedo a morir —dije yo—. Estamos todo el tiempo ideando distintas filosofías para poder soportar ese miedo. Y todo es completamente ridículo, porque cuando estamos muertos ya no tenemos ningún miedo. La muerte nos libera del miedo. Lo que nos da problemas es anticipar la muerte.

—Cuando estábamos en la gruta, me di cuenta de repente de por qué de joven tenía tantas ganas de hacerme rico.

—¿Por qué?

—Pensaba que la riqueza me protegería de la muerte. Y, durante mucho

tiempo, incluso después de conocerte, creí que estaba protegido. Pero, después del aneurisma, descubrí que no soy inmune al destino de los demás, y entonces desapareció esa sensación de que era especial.

—¿Y ahora tienes más miedo a morir?

—Pues, curiosamente, tengo menos miedo. Pienso en los millones y millones de personas que han recorrido ese camino sin dificultades y siento más curiosidad que miedo. A lo mejor ya he vivido muchas veces antes. A lo mejor volveré a vivir de nuevo.

—Pero me había parecido entender que no creías en la reencarnación.

—Nunca he dicho eso.

—Es lo que había entendido.

—No. Creo que la reencarnación sería algo estupendo, pero siempre que me reencarnara junto a ti.

Ash y yo habíamos roto ciertas barreras, como si el viaje a la India fuera una segunda luna de miel. Pensándolo bien, nunca habíamos tenido una luna de miel. Nos habíamos limitado a comenzar a convivir. El ritmo escolar de Glinda marcaba el de nuestra vida. Pero ahora estábamos juntos y solos y descubrimos que nos queríamos de verdad. Con Ash nunca me sentía sola. Era una sensación que el sexo con desconocidos nunca lograba transmitirme, por mucho que lo prometiera. Pensé que debía de estar loca cuando buscaba relaciones íntimas con personas extrañas.

Aquella noche hubo una gran fiesta en los jardines del hotel y en las salas de baile adyacentes. Estaba muy claro quiénes eran los patrocinadores —Coca-Cola y Chivas Regal—, porque había unos inmensos carteles luminosos en las barras que habían instalado al aire libre.

Cada vez que daba una vuelta por los jardines, alguna hermosa anciana vestida con un sari maravilloso se me acercaba y me cogía por la cintura y me decía que Blair le había cambiado la vida. Eso me llenaba de perplejidad.

—¿Por qué? —preguntaba.

—Porque ella nos dio permiso para ser duras sin dejar de ser femeninas —me explicó una actriz mayor llamada Radka—. Las mujeres indias necesitaban ese permiso.

—Pero sus diosas son fuertes y femeninas a la vez. ¿No es suficiente?

—Solemos ignorar a nuestras diosas —me dijo ella—. Pero sus diosas

televisivas nos dan permiso para ser nosotras mismas. Y por eso debemos agradecerse.

—Pero ¿por qué las mujeres siempre necesitamos que nos den permiso para ser nosotras mismas?

Mi pregunta quedó en el aire. No hubo respuesta.

Cuando me tocó dar mi charla, empecé así:

—¿Por qué las mujeres siempre necesitamos que nos den permiso para ser nosotras mismas? Mucha gente me ha agradecido que le permitiera ser real, ser sincera, pero ¿por qué necesitamos ese permiso? ¿Quién nos ha quitado la capacidad de darnos permiso nosotras, y por qué? Creo que, si pudiéramos contestar esta pregunta, sería un gran avance para mejorar la vida de las mujeres en todo el planeta. Diré, por lo tanto, que tenemos permiso, que nosotras mismas nos lo damos. ¡Y con eso debería ser suficiente!

Blair había estimulado mucho a las mujeres, pero la idea de que nosotras mismas pudiéramos darnos permiso las llenó de energía. Cuando atravesé el jardín, muchas se acercaron a tocarme. Tenían una inmensa necesidad de autoafirmación.

—¿Quiere ser mi gurú? —me pidió una preciosa actriz joven.

—Estoy tratando de decirte que tú ya eres tu propio gurú —le dije yo—. Eres fuerte y poderosa. ¡Solo tienes que entender lo poderosa que eres y lo llena de vida que estás!

Y, entonces, como si fuera provocado por los dioses, las luces se apagaron.

Centenares de personas, en las salas de baile y en los jardines, nos quedamos a oscuras. Los camareros empezaron a traer velas y linternas y siguieron sirviendo comida. Pero, de repente, habíamos retrocedido a la época de las cavernas. La música siguió sonando.

En la oscuridad seguí recibiendo abrazos de gente que no veía. Notaba su calor, olía su perfume y oía la música. Pensé en lo extraña que es la vida, y en cómo todo continúa incluso en la oscuridad. El pasado es tan desconocido como el futuro. Podríamos estar viviendo en esa gruta en la que las estatuas se convierten en nuestros padres y tenemos miedo de no poder escapar jamás. Estamos aquí, en la oscuridad, y albergamos la esperanza de volver a nacer. Por eso habíamos ido a la India, al lugar donde la civilización ha sido creada una y otra vez.

«Cuando abandone mi cuerpo, ¿regresaré al mundo?», preguntó Tagore. ¿Acaso lo sabemos?

Busqué a Asher, pero, como no había luz, no pude encontrarlo. Lo único que vi fueron sombras en movimiento que podrían haber sido las de los muertos. Tenía la sensación de que nunca habíamos salido de la gruta, de que nos habíamos quedado atrapados allí para siempre por nuestra falta de humildad y de fe.

Me di cuenta de que llevaba toda la vida reemplazando la fe por el cinismo. Me había protegido para evitar conocerme en profundidad. Entonces les prometí a los dioses —me prometí a mí misma— que me libraría de todo ese cinismo y que exploraría el perdón, la humildad y el amor.

¡Qué poco me conocía a mí misma hasta que descendí al interior de la tierra en busca de mis ancestros! ¡Qué poco sabía de aquellos a los que afirmaba amar!

Sin ver hacia dónde estaba yendo, empecé a caminar sobre la hierba húmeda hasta que noté que las olas me mojaban los pies. Vi, en mi imaginación, las estatuas de mis padres. Alguien me abrazó con fuerza en la oscuridad. Y, cuando me di la vuelta, vi a Asher.

—Tenemos muchos misterios que resolver —afirmó.

—Tal vez los resolvamos juntos en la próxima vida —le dije yo.

—Si estamos juntos, podremos hacerlo —concluyó Ash, mientras las olas nos lamían los dedos de los pies. Parecían decir entre susurros que estaban de acuerdo.

Agradecimientos

Gracias a:

Ken Burrows y Gerri Karetsky, que cuando me desesperaba y aseguraba que no iba a ser capaz de escribir este libro me recordaban que siempre digo lo mismo.

Ann Pinkerton y Clarice Kestenbaum, que sabían que podía escribir incluso cuando a mí se me olvidaba.

Elizabeth Sheinkman y Adrienne Brodeur, que leyeron la novela antes de que estuviera terminada y siempre creyeron en ella.

Jennifer Enderlin, que me demostró que todavía se puede hacer un gran trabajo en el campo de la edición.

El doctor Harold Koplewicz, que decía una y otra vez que el título debía ser *Fear of Dying*, incluso antes de que yo pudiera entenderlo (mi título provisional era *Happily Married Woman*).

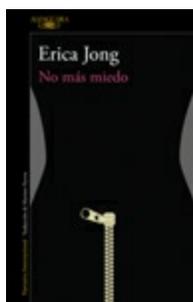
Cuando estoy escribiendo un libro, nunca quiero mostrarlo por miedo a que se desvanezca la magia. Ahora les recomiendo esto a todos mis alumnos de escritura creativa. Vladimir Nabokov dice en algún sitio que, en sus comienzos, escribió un cuento sobre su pasión por una chica muy joven y que pasaron décadas hasta que ese relato se convirtió en *Lolita*. Tuvieron que crecerle «las alas y las garras de una novela». He aprendido que las novelas tardan en escribirse lo que tardan.

Notas del traductor

- [1] La expresión *zipless fuck*, acuñada por la autora en su famosa novela *Miedo a volar*, significa, literalmente, «polvo sin cremallera» (o «jodienda descremallera», según la traducción de Marta Pessarrodona, Alfaguara, 2017), y con ella hace referencia a los encuentros entre desconocidos que solo buscan el sexo por el sexo. Lo traduciré como «polvo súbito».
- [2] Protagonista de *Miedo a volar*.
- [3] En español en el original.
- [4] «Un piano tintineante en el apartamento de al lado, / unas palabras torpes que te contaron lo que quería mi corazón», fragmento de la conocida canción *These Foolish Things*.
- [5] *Pez gordo* en yidis.
- [6] *Espíritu maligno*, en yidis.
- [7] *Bendición*, en yidis.
- [8] *Suerte*, en yidis.
- [9] La autora, en vez de escribir *huella*, juega con la marca de zapatos Angelic Imprint (*huella angelical*).
- [10] *Entrometidos*, en yidis.
- [11] *La pareja ideal, la media naranja*, en yidis.
- [12] *Desparpajo, audacia*, en yidis.
- [13] «Di a mi amor una cereza que no tenía carozo, / di a mi amor un pollo que no tenía huesos, / di a mi amor un bebé que no lloraba.»
- [14] *No judío*, en hebreo.
- [15] *Buena suerte*, en yidis.
- [16] Parte de un epigrama que llevaba en su collar un cachorro que Pope le regaló al príncipe de Gales («I am his highness' dog at Kew; / Pray tell me, sir, whose dog are you?»).
- [17] *Desconcertadas*, en yidis.
- [18] *Abuelas*, en yidis.
- [19] Cita de la ópera cómica *H. M. S. Pinafore*, de Gilbert y Sullivan.
- [20] *Familia*, en yidis.
- [21] *Entrañas*, en yidis.
- [22] *Todo el rollo*, en yidis.
- [23] Serie de televisión muy popular en los años cincuenta.
- [24] Asceta hindú.

Erica Jong revolucionó la manera de ver el amor, el matrimonio y el sexo de 27.000.000 de lectores con *Miedo a volar*: ahora regresa con una nueva y poderosa novela sobre la madurez llena de humor y sabiduría.

***No más miedo* es la novela que todas las mujeres estaban esperando.**



Woody Allen ha dicho...

«Es increíble cómo Erica Jong puede tratar todos estos temas sensibles y hacer un libro tan divertido. Me ha encantado leerlo.»

En la madurez de su vida, Vanessa Wonderman ve cómo sus padres envejecen, asiste a las revisiones de su hija embarazada y visita a Asher, su marido quince años mayor que ella, en el hospital. Atrás quedaron sus felices años como actriz y, ante un futuro que intuye que será difícil, está dispuesta a intentar colmar sus fantasías sexuales en zipless.com, una web inspirada en los escritos de su mejor amiga, nada menos que Isadora Wing, la inolvidable protagonista de *Miedo a volar*, que promete encuentros «sin compromiso».

***No más miedo* es una novela audaz y emocionante sobre lo que realmente implica ser mujer en el siglo XXI. Una historia divertida, mordaz y sincera sobre el amor.**

Críticas:

«Un clásico de culto en potencia.»

Cosmopolitan

«*No más miedo* es incansablemente optimista, cargada del humor negro que aparece con el paso de los años. Es un alegre entretenimiento para todas las mujeres que se sienten excluidas por su edad de la mayoría de producciones sobre el sexo y las relaciones.»

Hannah McGill, *The Independent*

«Una novela honesta, cargada de humor y de pasión.»

Elaine Showalter, *The Guardian*

«En *No más miedo*, Erica Jong encuentra la misma voz que encontró cuarenta años antes en *Miedo a volar*.»

Der Spiegel

«*No más miedo* desafía el ocaso del sexo.»

Alexandra Alter, *The New York Times*

«Unas páginas tiernas y muy inteligentes.»

Heidi Pitlor, *The New York Times Book Review*

Sobre la autora

Erica Jong (Nueva York, 1942) es una novelista, poeta y ensayista estadounidense. Tras terminar sus estudios de Literatura Inglesa en la Universidad de Columbia, Jong se dedicó a la escritura y a la enseñanza en distintas universidades. Alcanzó la fama en 1973 con su novela *Miedo a volar*, de la que se han vendido millones de ejemplares en cuarenta idiomas. Es autora de muchas obras centradas en la mujer como *Paracaídas y besos* (1984); *Canción triste de cualquier mujer* (1990); *El diablo anda suelto: Henry Miller por Erica Jong* (Alfaguara, 2002); *Miedo a los cincuenta* (Alfaguara, 1996); *Bendita memoria* (Alfaguara, 1999); *¿Qué queremos las mujeres?* (1998), o *No más miedo* (Alfaguara, 2017). Ha obtenido prestigiosos galardones como el Premio Bess Hokin por su poesía, el Premio Sigmund Freud o el United Nations Award for Excellence in Literature. Casada cuatro veces, vive actualmente en Estados Unidos.

Titulo original: *Fear of Dying*

© 2015, Erica Mann Jong. All rights reserved

© 2017, Mariano Peyrou, por la traducción

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-2643-3

Diseño de cubierta: Olga Grlic

Imagen de cubierta: © gst/Shutterstock

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[No más miedo](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Primera parte. Otoño](#)

[1. Mujer felizmente casada, o ¿hay sexo después de la muerte?](#)

[2. Mi padre \(«Se necesita chico»\)](#)

[3. Los desenfrenados Wonderman](#)

[4. Latidos](#)

[Segunda parte. Invierno](#)

[5. El dinero es la clave](#)

[6. Un ser humano](#)

[7. Querer al señor Huesos](#)

[8. Dolor, pérdida, exmujeres, perros](#)

[9. Furiosa con la edad](#)

[10. Perros viejos](#)

[11. Más, y más, y más](#)

[Tercera parte. Primavera](#)

[12. Abuelas](#)

[13. Agujeros espacio-temporales](#)

[14. Un lenguaje más allá del lenguaje](#)

[15. Tratemos a los muertos con ternura](#)

[Cuarta parte. Verano](#)

[16. Bollywood en Goa](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas del traductor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)